

ROSA MONTERO

LOS TIEMPOS DEL ODIO

Sin amor no merece la pena vivir



Independiente, poco sociable, intuitiva y poderosa, la detective replicante Bruna Husky sólo tiene un punto vulnerable: su gran corazón. Cuando el inspector Lizard desaparece sin dejar rastro, la detective se lanza a una búsqueda desesperada y contrarreloj del policía. Su investigación la lleva a una colonia remota de Nuevos Antiguos, una secta que reniega de la tecnología, así como a rastrear los orígenes de una oscura trama de poder que se remonta al siglo XVI. Mientras tanto, la situación del mundo se hace más y más convulsa, la crispación populista aumenta y la guerra civil parece inevitable.

Bruna tendrá que hacer frente a su mayor temor, la muerte, en una historia que es un certero y deslumbrante retrato de los tiempos en que vivimos.

Los tiempos del odio es una novela intensa y de acción trepidante, en la que están presentes los grandes temas de Rosa Montero: el paso del tiempo, la necesidad de los otros para que la vida merezca la pena, la pasión como rebelión frente a la muerte, los excesos del poder y el horror de los dogmas.



Rosa Montero

Los tiempos del odio

Bruna Husky - 3

ePub r1.0
Karras 20-02-2019

Título original: *Los tiempos del odio*
Rosa Montero, 2018

Editor digital: Karras
ePub base r2.0

Índice de contenido

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31

Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Epílogo
Agradecimientos y algo más
Sobre la autora

Para todos los hombres que he amado en mi vida,
incluso aquellos que no se lo merecieron.
Y para todos los hombres que me han amado en la vida,
incluso aquellos a quienes no merecí.

Cuanto más pequeño es el corazón, más odio alberga.

VICTOR HUGO

Yo estaba dispuesto a amar el mundo, pero nadie me entendía, así que aprendí a odiar.

MIJAÍL LÉRMONTOV

1

—Sin amor no merece la pena vivir.

Ángela había pronunciado las palabras en voz alta, como el juez que dicta la sentencia definitiva sobre su propio destino.

Y a continuación se entregó al dolor de manera voluptuosa, casi suicida.

Al dolor y a la vergüenza. Porque, ¿qué era peor en un rechazo sentimental, la pérdida del proyecto luminoso con el otro, o la tortura añadida de sentir tu bochornosa falta de atractivo, tu inadecuación e insignificancia? No había mayor humillación imaginable que el desdén o la indiferencia del amado, que por añadidura reflejaban la indiferencia y el desdén del Universo entero. Ángela tragó el buche de hiel de su último fracaso y tuvo la certidumbre, una vez más, de que ella era incapaz de suscitar cariño. Y de que el mundo la volvería a señalar con burla, como siempre.

Un cuchillo de pena.

Los pedazos de su corazón cayendo al suelo con tintineo de lata.

No, no había logrado que su amado la amara. Ni siquiera había conseguido que la tomara en cuenta. Había hecho de nuevo el ridículo, y el ahogo de su propia ignominia la dejó boqueando. No podía soportar pensar en ello y, sin embargo, no podía apartarlo de su cabeza. El hermoso futuro que había imaginado junto a su amado se estaba derrumbando en estos momentos sobre ella con fragor de avalancha. Ángela contempló las paredes del cuarto con estupor: ¿cómo era posible que los muros no temblaran, que no se rajaran ante tal cataclismo? Se abrazó a sí misma, sintiéndose incapaz de seguir adelante. ¿Qué iba a hacer ahora con sus días? ¿Cómo iba a aguantar la pena de existir? ¿Y cómo lograría no

despreciarse a sí misma?

Sin amor no merece la pena vivir, repitió, apoyando ambas manos sobre el diminuto lavabo de vapor e inclinándose un poco más hacia el espejo. Se miró con desmayo: lívida, ceñuda. La ancha y combada frente parecía aún más grande bajo la luz cenital. Arriba, cuatro pelos ralos de un tono indefinido que dejaban entrever el cuero del cráneo. Abajo, una nariz pequeña, una boca demasiado fina y siempre tenazmente apretada, una barbilla huidiza. Era fea. Ya lo sabía. Era muy fea. Debía haberse operado, eso decían todos, y el énfasis, incluso la irritación con que se lo decían era ya un insulto, como si estuvieran enfadados por tener que mirarla. No entendían que Ángela necesitaba que la quisieran a ella, a ella toda, a ella de verdad, no a los mañosos retoques que pudieran hacerle en el rostro los cirujanos plásticos. Necesitaba probarse que era digna de ser amada.

«Ángela, todo el mundo se opera, es lo normal», le había repetido una y otra vez su primer terapeuta, un hombre joven que lucía una cara de lo más vulgar, el típico trabajo básico y barato. «Operada, seguirías siendo tú; simplemente llamarías menos la atención». No, no, qué va. Se equivocaba, en eso y en tantas otras cosas. Ella siempre resultaría llamativa y chocante. Ella era demasiado distinta. Se lo habían demostrado una y otra vez todas las personas con las que se cruzaba. Desde la misma infancia, desde esa madre tan guapa a la que horrorizó, y desde los compañeros de las instituciones por las que fue rebotando, gente rechazada y jodida que, sin embargo, siempre consiguió ponerse de acuerdo para rechazarla y joderla a ella. Incluso entre los monstruos era el hazmerreír. Por lo tanto, ¿para qué camuflarse? Llevaba intentando esconderse durante toda su vida y no le había servido de nada. Lo único que de verdad podía salvarla era encontrar a alguien que la amara tal cual era. ¿Resultaba tan difícil de entender? ¡Pero si el propio psicoguía lo primero que quiso hacer fue mandarla al cirujano plástico! Tan inaceptable le debía de parecer.

Sí, ella era un borrón en la escritura del mundo. Una anomalía. Y no hubiera podido soportar tanta soledad si no hubiera sido por el dulce consuelo de los números. ¡Eran tan bellos los números, tan fiables, tan ordenados, tan generosos en su accesibilidad! Vivió con ellos y triunfó con ellos. Durante varios años trabajó con sus fieles

números a través de la Red, y la gente, que no la conocía en persona, la admiraba. Así logró ser independiente, tener su propia casa. Entonces apareció Ricardo, su vecino. Que la miraba sin mostrar repugnancia. La miraba como si la viera. Cuando le conoció, Ángela sintió que había llegado a un lugar que siempre creyó inalcanzable. Ángela pensó: esto es el paraíso. Pero luego el vecino dejó de ser dulce y amable. Incluso parecía tenerle miedo. Y hubo aquel problema con la policía. Lo de la policía fue muy duro, incluso brutal. Ricardo fue su primer fracaso. Y también el comienzo de la búsqueda.

Sin amor no merece la pena vivir, murmuró una vez más con sus labios resecos y erizados de pequeños pellejos. Llevaba dos días sin comer, sin dormir, casi sin beber. Grandes círculos morados ensombrecían sus ojos. Dos días sin tomar las medicinas. Se sentía febril y la vida era una llaga, puro sufrimiento. Pero la alternativa era peor. Esa fría tersura terapéutica. Esa calma artificial y embrutecedora que le metían en las venas. La paz del cementerio. Forzarla a no ser ella. Vaciar su cabeza. Lo que los otros llamaban curarse, para ella era borrarse.

Ángela era capaz de visualizar su propia mente. La veía como una inmensa construcción geométrica, un poliedro con miles de caras de fulgurantes colores que giraba a toda velocidad dentro de la oscuridad de su cráneo. Y en cada ángulo había un número, un signo, una fórmula, por eso se le daban tan bien las matemáticas, porque lo único que tenía que hacer era contemplar su mente y las soluciones se encendían por sí solas. Todas las combinaciones numéricas posibles estaban ahí: sólo bastaba con saber mirar. Ángela sabía que no todo el mundo disponía de un poliedro chisporroteante en la cabeza, y poder contar con esa belleza secreta era sin duda un refugio y un consuelo. Pero había algo aún más importante para ella, había una energía capaz de movilizar todo eso que Ricardo había puesto en marcha, y ese fuego sagrado era el amor. Por eso Ángela no quería que la cambiaran. Porque ella sabía que era fea, muy fea, pero su amor era hermoso. Lo mejor que ella tenía, lo que la definía, era su pasión, que los terapeutas consideraban excesiva, obsesiva y desenfrenada. Pero ¿acaso el verdadero amor no ha de rozar siempre lo extremo, lo sublime, lo absoluto? El corazón de Ángela era un lago de afecto profundo y

luminoso que amenazaba con desbordarse. Tenía un torrente de cariño para dar y nadie lo aceptaba. Qué desperdicio. ¿Moriría tal vez sin haber podido entregar a nadie la nuez de amor puro y recóndito que llevaba en el pecho? La amargura le revolvía las tripas igual que un veneno. Sí, otro fracaso más. Ángela le había ofrecido a ese hombre cruel el delicado tesoro de su corazón y él lo había rechazado. Ah, qué insoportable humillación. El dolor la partía.

Chilló.

Chilló y chilló con toda la fuerza de sus pulmones, chilló como si la estuvieran degollando. Sólo cerró la boca cuando agotó el aliento. Y luego se asustó. Eran las doce de la noche y estaba en un microapartamento de doce metros cuadrados que había alquilado en un edificio colmena. Era un lugar mísero de construcción barata, y decenas o quizá cientos de vecinos debían de estar al alcance auditivo de su alarido; era posible que alguno se quejara, o incluso que llamara a la policía. Ángela añadió un pellizco de terror a su sufrimiento: qué estúpida, qué estúpida. Se quedó inmóvil, esperando alguna reacción. Tictaquearon los minutos sin que ocurriera nada. Tragó saliva, serenándose un poco. Lo bueno de los edificios colmena de las zonas marginales de la ciudad era que, por lo general, nadie quería meterse en líos. Aun así, tenía que ser más prudente.

Suspiró y abrió la mochila deportiva negra que contenía todas sus pertenencias en este mundo. Apartó los fajos de gaias que había recuperado de su escondite de emergencia en la consigna de la estación de trams y sacó lo que había comprado en la todotienda de la esquina. Cogió uno de los objetos y le dio un par de vueltas entre los dedos. Era un cúter básico, de los que usaban los niños para las tareas escolares, pero serviría.

Se levantó la manga izquierda de la camisa y volvió a mirarse en el espejo. Ahí, en el antebrazo, estaba el tatuaje con su nombre. Con el amado y odiado nombre de él, los signos tan hincados en su piel como en su corazón, diez letras fatídicas viéndose al revés en el reflejo. Un símbolo de la entrega de Ángela, de su amor fiable y perdurable, convertido ahora en un estridente, insoportable memento de su último fracaso.

Pulsó el cúter para sacar la cuchilla y acercó el filo al borde del

tatuaje. Sin temblar. Hundió un poco la punta en la carne y se detuvo; un hililllo de sangre corrió alegremente brazo abajo. Apretó la hoja y comenzó a serrar, el pulso firme, los dientes apretados. Sin soltar ni un gemido. Disfrutando del momentáneo alivio de ser la dueña de su dolor. En el silencio se escuchaba el tenue rasguido de la carne y ahora la sangre era un escándalo. Cortó y cortó con cuidadoso mimo, intentando no torcerse. No era nada fácil, dado que no disponía de otra mano con la que estirar la piel. Tardó varios minutos en despegar la dermis y conseguir sacar la pieza entera. Depositó el despojo sobre el lavabo, soltó el cúter y lavó la herida con un chorro de vapor. Después cogió el espray coagulante y el parche desinfectante regenerador que también había adquirido en la todotienda y se hizo una cura apresurada. Ya con el brazo cubierto, agarró delicadamente el pingajo de carne y lo extendió sobre la falsa porcelana de la pequeña pila. Lo observó con ojo crítico y quedó bastante satisfecha: en el rectángulo de piel y sustancia se leía con claridad el nombre de su amado. Podía haber usado una cuchilla láser, que proporcionaba un corte más preciso, más fácil y más rápido, además de cauterizar la herida al instante; pero hubiera sido mucho menos… auténtico. Arregló los bordes con el cúter para quitar las hilachas y luego lavó el retal con delicadeza hasta limpiarlo bien de sangre. Tras secarlo meticulosamente, lo envolvió en papel de seda rojo y lo metió en una cajita de cartón también roja que ató con un primoroso lazo de satén morado. Pulsó su móvil y pidió un robot mensajero Express. Ahora sólo faltaba enviarle el regalo. Ángela levantó la cabeza y se miró en el espejo: tenía las mejillas empapadas de lágrimas y sonreía.

2

Bruna llevaba toda la noche sin dormir. Toda la noche en un desasosegado, afilado insomnio, vigilando el sueño de Lizard. El inspector de policía era una mole oscura que ocupaba gran parte de la enorme cama que compartían en esa velada. Roncaba Paul Lizard de cuando en cuando, un ruido sordo de motor al ralentí que tampoco le facilitaba el descanso a la androide. Pero no era eso lo que la mantenía espabilada. Lo que le impedía relajarse era la pena. O el miedo. O la rabia. O una mezcla de todo y algo más. Era la angustia de sentir que Lizard se le escapaba. Un barrunto de peligro y de dolor le oprimía el pecho. Se sentía desnuda, y no sólo físicamente, como en efecto estaba. Tres años, tres meses y dieciséis días.

El inspector y la replicante llevaban poco más de un año de relación. Un tiempo no exento de conflictos, de desencuentros, de idas y venidas. Pero entre ellos siempre fluyó una atracción volcánica. Juntos eran un cataclismo natural; sus pieles se derretían al rozarse y la sangre les ardía como la lava. La androide nunca había experimentado nada semejante: no se acercaba a Lizard, se zambullía en él. Y, por unos instantes, desaparecía. No más Bruna Husky, la tecnohumana de combate. No más esa replicante condenada a una vida cruelmente breve y a una muerte fija y ya programada. En el nido de los brazos de Lizard, vientre contra vientre y pecho contra pecho, machihembrados y convertidos en un único animal, ella era inmortal. La única eternidad posible para Bruna era la carne.

Pero la noche anterior la poderosa magia no había funcionado. Esta vez la rep se había arrimado a la espalda de Lizard; había comenzado a acariciar sus musculosas nalgas, cúpulas perfectas;

había refrotado con pedigüeño culebreo su cuerpo desnudo contra la piel de él, cuando el inspector, sin siquiera volverse, murmuró:

—Estoy agotado, Husky. Vamos a dormir.

Husky. La llamaba por su apellido cuando quería mantenerla a distancia. Estoy agotado, Husky, decía. Era la primera vez que dormían juntos sin hacer el amor. ¿Era así como abarataban sus relaciones los humanos? ¿Empezaban a no mirar del mismo modo a sus parejas, a crear rutinas de descuido, a ofrecer impenetrables espaldas a sus amantes? ¿La carne como una muralla y no como una promesa? Pero ella era replicante, maldita sea. Ella no tenía tiempo que perder. No podía malbaratar un solo día, una sola hora. Por todas las jodidas especies, ¡si ni siquiera vivían juntos! Si quedaban, tenía que ser para darse por entero. Bruna no quería, no podía convertir el fuego de la pasión en la polvorienta, descuidada costumbre de los humanos, que creían tener tanto tiempo por delante que acababan dilapidándolo todo sin darse cuenta.

Pensó en levantarse como un ladrón en la noche, sigilosa, y marcharse a su apartamento. Cuando Paul se despertara, ella ya no estaría. Entonces la echaría de menos. O quizá no. Suspiró, agobiada. El amor era un combate, normalmente sin sangre; y ella tenía la sensación de estarlo perdiendo.

Intentó serenarse. Era verdad que Lizard estaba muy cansado. Era cierto que todos llevaban una semana horrible. De pronto los Terroristas Instantáneos, un confuso y poco peligroso grupo de activistas urbanos, habían cambiado radicalmente de estrategia. Hasta entonces los Ins se habían limitado a reventarse individualmente de cuando en cuando sin causar apenas daños humanos: nada más que un muerto y tres heridos en los cinco años que llevaban de actividad, descontando a los propios suicidas. Pero ahora, y en tan sólo diez días, habían perpetrado un atentado masivo en Madrid y otro en Nueva Valencia, con un resultado total de ciento veinticinco muertos y tres centenares de heridos. Y esto sólo con respecto a la región española, porque había habido otros ataques en diversos puntos de los Estados Unidos de la Tierra: en Berlín, en Nueva Shanghái, en Bogotá… Tras la matanza de Berlín, los Ins habían lanzado un comunicado en el que asumían la autoría de las recientes masacres y declaraban que, puesto que el capitalismo mundial seguía asesinando día tras día a miles de

personas en el mundo con su desigualdad criminal, ellos habían decidido redoblar su ofensiva y lanzar una guerra frontal contra el sistema hasta conseguir que se derrumbara. Y añadían que a partir de ahora se denominarían Ejército de la Justicia Instantánea, EJI (o Instant Justice Army, IJA, en el inglés global). Todo ello expresado de una manera mucho más ampulosa y rimbombante, desde luego.

Pero lo más preocupante era que el nuevo EJI disponía repentina y enigmáticamente de unos medios materiales antes insospechados en los Ins: una infraestructura poderosa que les permitía pasar inadvertidos, dinero y tal vez apoyo social para sostener todo eso y, por desgracia, un nuevo tipo de explosivo indetectable por los métodos tradicionales y con una potencia de destrucción aterradora. Tras la deflagración, la desconocida sustancia, bautizada *Inferno* por la policía, provocaba un fuego voraz cuyas llamas tenían la peculiaridad de avivarse tanto con el agua como con las espumas y brumas ignífugas de los bomberos, ya fueran de base acuosa o anaeróbicas, lo cual complicaba sobremanera las labores de extinción. Además el calor alteraba los residuos del explosivo de tal modo que hasta el momento su composición no había podido ser desentrañada por completo. «¡Es el fuego griego!», había exclamado con horror Yiannis, el viejo archivero amigo de Bruna; y es que, al parecer, los griegos de la Antigüedad poseían el conocimiento de un arma así, un fuego inextinguible que había sido como la bomba atómica de la época y cuyo secreto nunca fue descubierto.

Por añadidura, y esto era lo más raro, la mudanza de los Ins había pasado por completo inadvertida para todos los servicios de información, tanto los regionales como los globales. De hecho, era un grupo que apenas suponía una amenaza y que estaba profusamente infiltrado por las fuerzas de seguridad. Lizard, que dirigía las investigaciones del atentado de Madrid, fue a hablar con Eñe, la responsable de inteligencia de la región hispana, y había regresado con una información confidencial bastante chocante:

—Al parecer estaban tan seguros de su control sobre los Ins que, si no se decidieron a detenerlos a todos fue porque consideraron que era mejor disponer de un movimiento ya intervenido y de bajo impacto que pudiera absorber a los individuos violentos antisistema…

—¿Cómo? ¿Me lo dices en serio? ¿Que podrían haber acabado

con los Ins hace tiempo pero no lo hicieron para poder proporcionar a los disidentes radicales su pequeño parque de atracciones terrorista? —bufó Bruna.

Lizard se encogió de hombros:

—Eso dice Eñe. Puede ser una bravata. Es probable que hubieran sido incapaces de desmantelarlos. Teniendo en cuenta que ni se han olido este cambio brutal de estrategia, yo diría que no los controlaban una mierda.

Cierto. Todos los cuerpos de seguridad se habían lanzado a la caza de los Ins en cuanto supieron que estaban relacionados con las masacres, pero no consiguieron encontrar a ninguno. Los domicilios que tenían fichados estaban vacíos, los terroristas bajo vigilancia parecieron evaporarse de repente y lo único que el movimiento dejó atrás fueron los cadáveres de tres de los policías infiltrados, atados de pies y manos y degollados, en uno de los pisos francos de la organización.

De manera que ahora estaban en la más completa oscuridad ante una escalada de violencia. Pero eso no era causa suficiente para la aguda inquietud que sentía Bruna. La tecnohumana había vivido crisis mayores. A decir verdad, toda su corta existencia era una crisis. Como replicante de combate, había tenido que pasar sus primeros dos años de servicio obligatorio en el planeta minero de Potosí, en condiciones tan duras que el recuerdo estaba difuminado por un velo de sangre. Luego, ya licenciada y convertida en detective, se había visto envuelta en la conjura especista que intentó exterminar a los replicantes y en las sucias guerras nacionalistas de los confines, de modo que la androide estaba acostumbrada a la violencia y sabía que el mundo era tan precario como feroz. En cualquier caso, nada era tan feroz como su propio destino, esa condena a muerte irreversible que todos los tecnohumanos padecían. Al ser clones madurados aceleradamente, los reps tardaban catorce meses en gestarse; el término *fabricarse*, ofensivo y despectivo, sólo lo utilizaban los supremacistas especistas. Cuando eran activados tenían una edad física de veinticinco años; diez años más tarde, con desquiciante puntualidad, un indeseado proceso degenerativo multiorgánico, el Tumor Total Tecno, acababa con ellos en tan sólo semanas en medio de terribles sufrimientos. Hoy, día 13 de febrero de 2110, a

Bruna sólo le quedaban tres años, tres meses y dieciséis días de vida. La androide no podía evitar que la obsesiva cuenta atrás zumbara de manera constante en su cabeza, como un parásito que hubiera logrado colonizar su cerebelo o un virus que la hubiera infectado fatalmente. Bruna estaba enferma, enferma del miedo y de la rabia de morir. Tres años, tres meses y dieciséis días.

O quizá no.

No era inevitable fallecer a los diez años. Cuando estalló la conjura supremacista contra los reps, Bruna descubrió que en Cosmos, una de las dos plataformas habitadas que orbitaban la Tierra, habían encontrado el secreto para alargar la vida de los androides al menos veinte años más. Pero Cosmos era una dictadura totalitaria que apenas si mantenía un simulacro de relaciones con los EUA: estaban en plena Guerra Fría. Ah, qué indecible, qué añadida tortura suponía saber que no estaba obligada a morir tan pronto y, aun así, no poder escapar a ese destino. Como decía Myriam Chi, la antigua líder del Movimiento Radical Replicante que fue asesinada durante la conjura, en la Tierra no había voluntad para encontrar una cura al TTT. Los androides morían a los diez años por la indiferencia de los humanos: aunque formaban el 15 % de la población mundial, sólo un 0,02 % del presupuesto de las grandes farmacéuticas se destinaba al estudio del Tumor Total Tecno.

Tres años, tres meses y dieciséis días.

Pero, aun siendo todo esto angustioso, Bruna sabía que la verdadera herida que la atormentaba hoy era el desapego que percibía en Paul. Le inquietaba que Lizard le prestara tan poca atención, la enrabietaba que el inspector no le hubiese pedido ayuda como detective («es terrorismo, altamente confidencial, no puedo») y esos pensamientos llevaban días impidiéndole dormir; más bien se desmayaba a golpe de vinos y a las dos horas volvía a abrir los ojos. Claro que ella era una rep de combate, reforzada genéticamente para tener más aguante. Por muy cansada que estuviera, quería seguir visitando el íntimo refugio que formaban sus cuerpos al unirse. Ese paraíso de la carne que era el único cielo que Bruna conocía, el único lugar en el que se sentía a salvo de la persecutoria muerte y olvidaba recitar su cuenta atrás.

Pero para Lizard no era tan importante, ése era el problema,

pensó Bruna, aún acodada sobre la cama, aún contemplando el macizo y confiado perfil del hombre. Para el inspector ella no era tan importante, se dijo, o más bien se rugió, porque advirtió que las palabras levantaban vendavales en su interior. Una súbita sensación de extrema debilidad la dejó anonadada. Las emociones debilitaban, la necesidad amorosa te lanza a los pies de los caballos, pensó Husky, apretando los dientes hasta hacerlos chirriar. Qué insensatez la suya, colocarse en ese lugar de indefensión. Ella pedigüeña, él indiferente. Eso era lo que más la humillaba, su asquerosa y humana indiferencia.

Lizard abrió los ojos con un pequeño sobresalto, como si hubiera percibido la soterrada furia de la rep, o quizá el chirrido de su dentadura. Se giró con fatiga boca arriba y ahí se sobresaltó aún más, al descubrir a Bruna junto a él, apoyada sobre su codo y escrutándolo sombría. La miró durante unos segundos con cierta inquietud.

—Pareces una serpiente a punto de devorar a un ratón de campo —dijo al fin.

Bruna no pudo evitar establecer una relación entre el comentario de Lizard y las pupilas de los reps, que eran verticales como las de los reptiles o los felinos, y se sintió ofendida.

—Muy ingenioso —dijo con acritud.

Una repentina, helada lucidez iluminó su mente y le hizo contemplar la situación desde otro lado. Desde el extremo más opuesto del Universo. Pero ¿cómo era posible que se hubiera sentido tan enamorada de este tipo? Al final todos los humanos eran iguales. Cerrar, cortar, acabar, amputar. Todas las defensas emocionales de Bruna se activaron. Ahora lo único que quería la androide era marcharse cuanto antes a su casa.

—¿Sabes? Los depredadores tienen las pupilas verticales y las víctimas, las pupilas redondas. Hablo en serio. Lo vi el otro día en un documental de una pantalla pública. Pensé que te interesaría saberlo —insistió Lizard mientras se levantaba.

Lo decía con naturalidad, sin la menor sombra de sorna, incluso afectuosamente, pero a Husky se la estaban llevando los demonios. Una furia roja crecía en su interior y amenazaba con alcanzar la boca y desbordarse en palabras. Calló por el momento, con esfuerzo.

Lizard había ordenado a las pantallas poner los informativos de la 2 y estaba dándose una apresurada ducha de vapor. Salió sin secarse, su rotundo y musculoso cuerpo brillando de humedad. Bruna sintió el deseo irrefrenable de salir huyendo.

—Me voy —declaró con demasiado énfasis.

—Espera, tómate un café por lo menos…

En ese momento sonó el timbre de la puerta. En pantalla apareció un robot de mensajería. El inspector abrió, se identificó arrimando el microchip hipodérmico de su chapa civil al ojo lector y el robot escupió en sus manos una cápsula pequeña y ligera. Paul desenroscó el envase protector y luego deshizo el bonito paquete de regalo.

—Pero ¡qué mierdas…!

No llegó a terminar la frase, tan atónito estaba: en sus manos, sobre un lecho de delicado papel de seda, había un rectángulo de lo que parecía piel humana con dos palabras tatuadas: «Paul Lizard».

Bruna observó el retal con estupefacta repugnancia. Abrió la boca para compartir el sobrecogimiento con el inspector y mostrarle su apoyo, pero, para su sorpresa, se escuchó gruñendo:

—La venganza de alguna amante dolida…

—¿Eso es lo único que se te ocurre decir? —contestó Paul, exasperado—. Joder, es… siniestro. Y no tengo ni idea de lo que significa. En fin, ahora no puedo ocuparme de esto… Me lo llevo para que lo analicen.

Envolvió de nuevo el despojo, lo metió en el envase de mensajería y lo guardó, y a continuación salió disparado. Tan veloz que a Bruna no le dio tiempo a decirle que en realidad era ella quien se iba. Así que, técnicamente, fue Lizard quien la dejó.

—Ya nos hablamos —farfulló el hombre a la carrera.

Y desapareció.

3

La inmensa Oli se acercó con la botella de vino en la mano y le rellenó el vaso sin siquiera haberlo pedido. A veces era un asco que te conocieran así de bien, se dijo Bruna.

—¿Qué es de Lizard? —preguntó mientras le ponía una tapa de aceitunas.

—No tengo la menor idea —respondió la rep con excesiva rudeza.

Oli le lanzó una ojeada inquisitiva y rápida.

—Hoy le he visto en las pantallas públicas…

—¿Ah, sí? —se interesó Bruna a su pesar.

—Sí, pero no era de hoy. Estaban repitiendo algo grabado hace unos días. Sale todo el rato con lo de los jodidos Ins.

—EJI. Ahora son el EJI, ya sabes.

—Ya. Los mismos soplapollas de siempre pero más cabrones. Y con ayuda. A ése es al que hay que buscar. Al cabrón nuevo que los está ayudando. O utilizando.

Dicho lo cual, giró dificultosamente sobre sí misma y se alejó con majestuosa lentitud. A Bruna siempre le fascinaba observar sus casi imposibles desplazamientos a lo largo del angosto espacio que había tras la barra. Era como un buque de gran tonelaje atravesando una esclusa demasiado estrecha. La negra Oli era tan increíblemente gruesa, tan paquiderma, en fin, que bien podía ser una mutante: quizá se hubiera quedado así tras un mal salto de teleportación. Pero cualquiera se atrevía a preguntarle nada. ¿Tendría razón en lo del nuevo cabrón que utilizaba a los Ins? Podía ser. Oli era tan sabia como un buda.

—Hola, Bruna, ¿qué tal? ¿Dónde has dejado a Paul?

La detective dio un respingo y descubrió con horror que el viejo

Yiannis acababa de dejarse caer en el taburete contiguo, con sus cuatro pelos alborotados y su patética cara de arrugado mandril.

Éste sería peor. Éste no pararía de preguntar.

—No sé. Andará por ahí salvando el mundo. Me pillas yéndome —dijo la rep mientras se ponía de pie de un salto y salía huyendo, dejando al archivero con la palabra en la boca. Ya camino de la salida, levantó la voz y el brazo—: ¡Apúntalo en la cuenta, Oli!

Bum, retumbó la puerta al cerrarse detrás de ella. El silencio de la noche y la soledad de la calle fueron un alivio tras el bullicioso ambiente del bar, siempre demasiado ruidoso por lo pequeño. Bruna advirtió que, con las prisas, había salido con la copa en la mano. Si la veía un PAC la multarían, pero el bar se encontraba en un callejón poco transitado y era cerca de la una de la madrugada. Así que se recostó en la pared, disfrutando del ligero frescor de la madrugada, un humilde remedo del invierno, y dio un trago a su vino.

No veía a Lizard desde la mañana del día anterior. Desde que el inspector recibió aquel regalo grotesco, el pingajo de carne con su nombre tatuado. Bruna había tomado la decisión de no ponerse en contacto con él, de no llamarlo, de hacerle sentir su lejanía. Pero no había podido demostrarle su frialdad, porque no había vuelto a saber de Paul. Claro que tampoco había transcurrido tanto tiempo. Ni siquiera cuarenta y ocho horas, aunque se cumplirían muy pronto. En otras ocasiones habían pasado muchos más días sin hablarse. Y aun así… Esta vez lo estaba llevando mal, muy mal. ¿Cómo era posible? Cada día más débil. Y más furiosa.

—¡Ahhhhhh! —exclamó, frustrada.

Apuró la bebida de un trago y luego estuvo a punto de estrellar la copa contra el suelo, pero se acordó de Oli y, refrenándose, la depositó cuidadosamente en un extremo del dintel. Mientras se enderezaba, tomó una decisión: se metería un *caramelo* y se iría a la cama con alguien. El tratamiento habitual contra las tonterías.

Lo más fácil sería acercarse al Oooops para conseguir la oxitocina. Era un garito impresentable frecuentado casi en exclusiva por humanos *vipis* y probablemente por algún que otro especista, pero los camellos solían tener buen material (camellos de ricos, ya se sabía) y estaba a tan sólo un par de calles de distancia.

Recordó que era viernes al comprobar lo llenísimo que se

encontraba el local. Caminó entre los cuerpos sudorosos como si avanzara por una piscina caliente, estirando el cuello para mirar por encima de las cabezas. Localizó al camello que conocía en su sitio de siempre, junto a los servicios, por si tenía que deshacerse del material; adquirió un *caramelo* de los azules, lo sacó del blíster y se lo metió debajo de la lengua. Un minuto después, su cuerpo se encendió y tomó el mando. Bendito cuerpo capaz de amordazar la mente. Con la piel ardiendo, Bruna bebió, bailó, se refrotó y mordió, presa de un hambre feroz pero feliz y fácil de saciar, una simple, indiscriminada hambre de cuerpo ajeno, de una unión tan sinuosa y tan casual como la de los gusanos. El mundo era sencillo y dentro de su cabeza flotaba una niebla tibia y húmeda.

De pronto la niebla empezó a disiparse. Mmm. Vaya, una bajada rápida, pensó la androide, parpadeando. Entre los jirones de bruma vio a un humano bajito junto a ella. Estaba desnudo. Y la miraba con fijeza.

—No me hagas daño, por favor… —imploró.

—¿Yo? ¿Te he hecho algo? —farfulló Bruna, asombrada, con la boca pastosa.

—¡No me hagas daño!

Debía de tener unos cuarenta años y no era tan bajito. Estaba en cuclillas, encogido sobre sí mismo, mirándola y temblando.

En torno a ellos, advirtió Husky mientras recuperaba los datos poco a poco, se fue materializando la sala de un apartamento moderno y sin duda mucho más caro que el suyo. Y ella también estaba desnuda. De pie junto a él.

—¿Es tu casa?

—Sí, tecnohumana —farfulló respetuosamente el hombre con un hilo de voz.

Bruna sacudió la cabeza con desaliento. El cerebro se movió de un lugar para otro dentro de su cráneo. No creía haberle hecho daño: los replicantes de combate tenían un mecanismo extra de control que funcionaba de manera automática. Pero en cualquier caso el tipo estaba aterrado. Empezó a buscar su ropa con la mirada.

—Oye, no sé qué ha pasado, supongo que nada, pero no tengas miedo que ya me voy.

—¡No no no no! —gimió el humano.

—¡Tranquilo, te digo que me voy! —repitió, irritada. Ya había localizado su mono de neoprex.

—No… no te vayas, por favor. A mí… a mí me gusta…

¡Ah! ¿Así que era de ésos? Bruna sabía que había humanos a los que les gustaban las reps de combate justamente porque les daban miedo, porque se sentían inermes ante ellas, pero nunca había tenido relaciones con uno de esos tipos y no sentía ninguna necesidad de adquirir semejante experiencia. Intentó verse desde fuera: alta, mucho más alta que él, con los músculos marcándose bajo la piel, la cabeza rapada, las pupilas verticales y la línea negra del tatuaje que ahora, desnuda como estaba, se le veía entera, recorriendo todo su cuerpo. Sí, tenía que reconocer que su aspecto podía ser amedrentante. El humano la observaba sin pestañear, casi sin respirar, de la misma manera que un ratón de campo observaría a la cobra que iba a devorarlo. Como hubiera dicho el maldito Lizard. Oh, por el gran Morlay, gimió Bruna para sí: no se sentía capaz de irse a casa sola, en la abrupta bajada de esa porquería de *caramelo*. Pupilas rasgadas de depredador, redondas pupilas de presa. Intentó recuperar la fiebre de la piel, pero apenas si se le puso carne de gallina.

—Espera. Espera —ordenó, extendiendo una imperativa mano delante de ella.

Y, pulsando furiosamente el móvil, pidió a un Servicio Express que le trajeran cuanto antes una buena botella de vino blanco.

4

Bruna despertó en brazos de su vieja amiga la resaca y con la agotada sensación de haberse acabado de acostar, cosa que debía de ser verdad. Antes de abrir los ojos, mientras las sienes le martilleaban, la androide calculó que llevaba por lo menos un mes enhebrando excesos. Demasiadas copas de vino noche tras noche. Dolor de cabeza y arrepentimiento cada mañana. Pero el arrepentimiento de hoy era descomunal, se dijo, estremecida, mientras iba rememorando lo que recordaba de la víspera. Que era poco y ya era demasiado. Qué estupidez haber tomado la oxitocina. Por no mencionar la botella de blanco.

—Debo de ser la única rep de combate con sentimiento de culpa —gruñó sin despegar los párpados.

Aunque los tecnos de cálculo e incluso los de exploración podían poseer personalidades más complejas, en los de combate predominaba la simpleza. No convenía que tuvieran problemas de conciencia: el arrepentimiento se avenía mal con la eficacia bélica. Pero ella, claro, ella de entre todos los tecnohumanos de la Tierra, había tenido la mala suerte de contar con un memorista como Pablo Nopal.

Todos los reps sabían que las reminiscencias de su infancia y de su primera juventud, hasta el momento de su activación a los veinticinco años, eran memorias implantadas, pero los estudios habían demostrado que tener recuerdos, incluso conociendo su falsedad, contribuía a la estabilidad emocional de los androides. De modo que los reps venían con una *mema* artificial de serie, y la carrera de memorista se había convertido en una pingüe salida para los escritores, sobre todo para los más mediocres. El problema era que Pablo Nopal, el memorista de Bruna, no era en absoluto

mediocre. Era un tipo retorcido, probablemente malvado, puede que incluso un asesino, pero era un buen novelista y un hombre singular. Husky visualizó a Nopal contra el telón rojizo de sus párpados cerrados: elegante, atractivo, esquinado, oscuro. Las memorias artificiales de los tecnohumanos constaban tan sólo de quinientas escenas y eran de una convencionalidad plana y tediosa, vaporosos relatos de familias felices, fiestas de cumpleaños, perros saltarines. Sin embargo, Nopal había hecho con Bruna algo totalmente ilegal y terrorífico: le había escrito una *mema* atormentada y larguísima con varios miles de escenas. Aún peor: le había dado a Husky sus propios recuerdos. Y la vida de Nopal había sido atroz: padres asesinados, maltrato en el centro de acogida de menores, abusos del tío carnal que después lo adoptó. Cuando Bruna se enteró de que arrastraba el pasado de Nopal a sus espaldas, comprendió por qué ella siempre se había sentido diferente, un monstruo entre los monstruos.

—Todo ese dolor que me has dado, ¿para qué? —le gritó un día la rep a su memorista, desesperada.

—Posees muchas más escenas que los demás tecnos. Eres mucho más compleja. Conoces la melancolía y la nostalgia. Y la emoción de una música hermosa, de una palabra o un cuadro. Quiero decir que también te he dado la belleza, Bruna. Y la belleza es la única eternidad posible —contestó Nopal.

¿Tendría razón? Husky se preguntó, como había hecho en otras ocasiones, si hubiera preferido poseer una *mema* más simple. Respiró hondo, sintiendo cómo la jaqueca golpeaba sus sienes y la congoja su pecho. Apretó los dientes hasta que le dolieron. Hubiera preferido no ser rep. Hubiera preferido no morir. Tres años, tres meses y catorce días.

Se levantó de la cama experimentando el vago y tonto deseo de prenderle fuego al edificio. En una esquina del cuarto, intentando pasar inadvertido, Bartolo roía pacientemente uno de sus juguetes mientras la observaba cauteloso. Bartolo había aprendido a intuir sus estados de humor y a adivinar cuándo la resaca la estaba matando: no era un bicho tan idiota, después de todo. La androide miró a la mascota alienígena con el ceño fruncido y el tragón se apresuró a farfullar:

—¡Bartolo tranquilo! ¡Bartolo no dar lata!

Tenía un aspecto muy gracioso, con sus grandes narizotas, su pescuezo alargado y los pelánganos rojizos e hirsutos coronando su cabeza como una cresta. No era de extrañar que el pequeño mamífero doméstico omaá se hubiera puesto de moda en la Tierra, aunque en ocasiones podía ser un fastidio. Como el bubi tenía una voracidad caprina y legendaria, y si sentía hambre, cosa habitual, era capaz de devorar un zapato, un pantalón, el plástico de los superconductores o lo que fuera (de ahí su sobrenombre de tragón), la androide le había comprado en el centro veterinario una bolsa de juguetes confeccionados con recia piel sintética de búfalo, unos objetos durísimos que al bubi le encantaban y que se tomaba su tiempo en roer, y había acordado más o menos con el bicho que, si se veía en una necesidad masticatoria, cogiera un juguete y no otra cosa. Verlo ahora ahí con su cara de susto y el aro de piel artificial bien agarrado entre sus deditos oscuros amansó un poco la ferocidad de Bruna. Sonrió la androide, o al menos relajó la apretada boca, y la expresión del tragón se iluminó de alivio.

—¡Bartolo bueno, Bartolo bonito! —dijo con embeleso.

—Sí, sí, vale, vale. Muy bueno y muy bonito —gruñó la androide.

Husky tenía algunas cosas que hacer. Pequeñas obligaciones que la salvaban de la pasividad más destructiva, del deseo de meterse en la cama y no salir hasta que la atrapara el TTT, la muerte que le iba creciendo dentro del pecho desde que los ingenieros la crearon. Total, para qué. Para qué tanta emoción, tanta tensión, tanto moverse en la vida de un lado para otro, tanto anhelar, tanto desesperar. Para qué el deseo, el dolor y la nostalgia que le había proporcionado Nopal, si todo se iba a acabar dentro de nada.

Algo caliente y peludo se agarró a su pierna derecha. Bruna miró hacia abajo y ahí estaba el tragón, abrazado a su pantorrilla de pies y manos y contemplándola sin pestañear con esa transida expresión de amor que, la detective lo sabía muy bien, significaba que el bubi quería desayunar.

Sí, Husky tenía algunas cosas que hacer. Prepararle la comida a ese animal tonto que, aunque resultara difícil de creer, en una ocasión le había salvado la vida a la detective. Y trabajar un poco en los dos casos que tenía. Eran más bien tediosos, pero le pagaban las cuentas. Entre otras cosas, Bruna Husky no podía meterse en la

cama a esperar el fin porque mucho antes de que éste llegara ya la habrían desahuciado y echado del apartamento por falta de pago. En este mundo, hasta para autodestruirse con estilo hacía falta dinero. Así era el capitalismo criminal, como decían los Instantáneos del EJI. De modo que Husky se duchó con vapor, anotó mentalmente que tendría que comprarse una nueva tarjeta de agua en el súper, preparó el desayuno para el bubi, se tomó un café y un Algicid contra la resaca, y se vistió con una camiseta y un mono ligeros pero térmicos: a mediados de febrero ya hacía bastante calor, pero podía refrescar inopinadamente. Y todo lo hizo despacio, muy despacio, con ese cansancio que no viene del cuerpo, sino de las pocas ganas de vivir. De no acabar de encontrarle sentido a seguir moviéndote.

De pie en medio de la sala, habló con una de sus clientas por la pantalla principal. El caso estaba prácticamente cerrado: Husky había reunido pruebas suficientes para demostrar que había sido acosada por la empresa de Turismo Húmedo para la que trabajaba. Que sus jefes le habían hecho la vida imposible, intentando que fuera ella quien se despidiera. Su clienta, una humana de unos cuarenta y cinco años, estaba en Nueva Venecia, a punto de conducir a un grupo de turistas en un *tour* submarino por la antigua Venecia, hoy sumergida. Soltó un pequeño chillido de felicidad cuando supo que Bruna había conseguido pruebas concluyentes y batió palmas como una niña. Estos humanos son siempre asquerosamente emocionales, se dijo la detective. Bueno, no todos: Lizard era tan reservado y rocoso como un rep. Tal vez fuera porque había sido educado por una androide desde los ocho hasta los quince años.

El otro caso era más desagradable y lo llevaba menos avanzado. Era el típico asunto de celos; humana de setenta y siete años casada desde hacía dos décadas con humana de treinta y ocho años a la que había mantenido y pagado la carrera de pianista. Ahora la joven era una estrella en alza mientras la mayor se sentía vieja y desplazada, vieja e iniciando el progresivo exilio de la vida que la edad imponía (por lo menos de eso se salvaban los reps). Creía que la pianista la engañaba con otra persona, y quizá fuera así; pero, por otro lado, Bruna pensaba: qué más da. ¿No podéis seguir amándoos sin hurgar en esos pliegues ocultos hasta convertirlos en

heridas sangrantes? Veinte años conviviendo con alguien. Qué esplendor, qué envidia, pensaba la rep. Ella sólo pudo disfrutar dos años de Merlín, su amado Merlín, antes de que el TTT lo deshiciera.

—Sin amor no merece la pena vivir —le había dicho la esposa de la pianista con la voz quebrada por las lágrimas.

Y Bruna había pensado: pero vivir sin amor es vivir sin miedo.

Así que la detective tenía esas pequeñas ocupaciones de las que hacerse cargo. Y también tendría que intentar conseguir más clientes. Quizá pudiera anunciarse en las pantallas públicas, aunque salían muy caras; o podía ir a ofrecer sus servicios a algunas empresas tecnológicas, se le daba bien rastrear delitos de espionaje industrial. En ese momento, Bartolo dio un respingo y la miró con cara de susto; y, al mismo tiempo, Bruna sintió algo raro; quizá sus oídos mejorados genéticamente captaron un ruido; o quizá la nexina, una enzima empática experimental que habían probado con su generación de tecnohumanos, le permitió percibir a otros seres. El caso es que el cuerpo de la rep se puso en alerta antes de que la información llegara a registrarse en su cerebro. No dio tiempo a ello: la puerta del apartamento se abrió con estruendo y de pronto la rep se encontró rodeada de policías. Cinco humanos y una androide de combate. Todos con traje de asalto y armados. Una calma fría bajó por la columna vertebral de Bruna como un dedo de hielo: en casos así, eran de agradecer los refuerzos hormonales que le habían dado sus anónimos ingenieros. Ahora la androide sentía la cabeza limpia, rápida, tan serena como el ojo de un huracán y tan luminosa como un relámpago.

—Vaya. Qué sorpresa. Otra forma de entrar es llamar a la puerta —dijo con sardónica tranquilidad.

—¡Silencio! ¡Las manos arriba y no te muevas! —chilló, evidentemente tenso, un humano hasta las trancas de adrenalina que la apuntaba con un fusil de plasma.

Bruna obedeció; soltó al bubi, que se había refugiado de un brinco en su pecho, y alzó los brazos. Bartolo siguió aferrado como un mono al tronco de la androide, un manojo de pelos temblorosos.

—Eres Bruna Husky, ¿verdad? —dijo con eficiente serenidad la rep.

Qué alivio. Esto era otra cosa. A la policía tecnohumana también se le había activado el hipercontrol.

—En efecto. ¿Y vosotros estáis aquí por…?

Nadie contestó. La androide se acercó a comprobar la chapa civil que colgaba del cuello de Bruna; como la mayoría de los tecnos de combate, llevaba la chapa física y visible, al estilo retro, en vez de hipodérmica. Otro policía se puso a revisar el apartamento de la detective. Acabó enseguida, porque sólo disponía de dos ambientes y el baño.

—Nadie —dijo innecesariamente al reincorporarse a la formación.

—¿Cuándo viste por última vez al inspector Lizard y dónde? —preguntó, más tranquilo, el humano que había hablado primero.

Pese a su reforzada calma, Husky sintió una especie de descarga eléctrica en la nuca. Rompió a sudar.

—¿Lizard? ¿Qué ha pasado?

—¿Cuándo lo viste por última vez?

—Hace dos días. El jueves por la mañana. En su casa. ¿Qué sucede?

—Ha desaparecido. El inspector Lizard ha desaparecido —dijo la rep—. No se sabe nada de él justamente desde la mañana del jueves. Hace ya más de cincuenta horas.

5

—Ese jueves, después de dejarme, Paul pasó por la Brigada un momento y luego volvió a irse. Su ausencia no preocupó porque solía estar mucho tiempo fuera. Suponen que se encontraba siguiendo alguna pista, pero nadie parece saber a dónde iba. Ya sabes lo reservado que es. Las alarmas saltaron al día siguiente, o sea, ayer, cuando no llegó a la reunión que él mismo había convocado. Le llamaron pero no contestaba. Intentaron rastrear el móvil, pero su señal ha desaparecido por completo. No existe. No está. Así que fueron a su apartamento y, como no abría, entraron por la fuerza. No había nadie. En los protocolos de seguridad de la casa vieron que yo tenía una autorización doméstica y también que había estado con él la noche del miércoles, por eso vinieron a buscarme. Bueno, por eso y porque supongo que en la Brigada deben de saber que Lizard y yo nos vemos… de cuando en cuando.

La angustia era un zumbido sordo. Un temblor constante de sus vísceras por debajo de la calma profesional a la que Husky quería aferrarse. Lizard desaparecido. Que hubieran borrado la señal de su móvil era malo. Muy malo. Su amigo Yiannis la miraba descompuesto y retorciéndose literalmente las manos, y su miedo evidente tampoco la ayudaba.

—Madre mía, Bruna, madre mía… ¿Qué crees que le puede haber pasado? —gimió el viejo archivero.

Que el tarado psicópata que le mandó el retal de piel lo haya degollado. Que los tarados psicópatas de los Ins cuyo atentado estaba investigando lo hayan hecho volar por los aires. Que cualquier otro tarado psicópata lo haya cortado en pedacitos. Por un instante imaginó el corpachón del inspector, ensangrentado y sin vida, tirado en cualquier callejón inmundo como una res

sacrificada.

—¡No lo sé! —contestó de malos modos. Y, tras hacer un esfuerzo para controlarse, añadió—:… Todavía. No lo sé todavía…

Bruna había venido a ver al archivero para traerle a Bartolo: iba a concentrar todas sus energías en la búsqueda de Lizard y no podía atender al tragón. Pobre Yiannis, se dijo la androide con una punzada de contrito afecto: siempre acababa haciéndose cargo de las responsabilidades de la rep. El archivero había terminado por adoptar a Gabi, la niña rusa que Husky rescató de una Zona Cero, y Bartolo probablemente pasaba más tiempo en casa de Yiannis que con ella. Sobre todo la adopción de la rusa había sido heroica, porque la niña era feroz. Demasiada energía y demasiada malicia para un hombre de más de setenta años.

—¿Qué tal está Gabi? —preguntó la rep con un vago sentimiento de culpabilidad.

El archivero sonrió feliz y sus chupadas mejillas se llenaron de chocantes arrugas. Parecía la cara de un mono o una imagen sacada de un documental antropológico. La manía que Yiannis le tenía a la cirugía estética hacía que fuera uno de los pocos viejos no operados de la Tierra.

—¡Muy bien! Mucho más civilizada, más centrada. ¡Esta semana no la han expulsado de clase! Increíble, ¿no? Estoy contentísimo.

Y, en efecto, de pronto el rostro de mandril del archivero irradiaba una felicidad jovial y luminosa. Ya se le ha activado la bomba, se dijo la rep con cierto fastidio. Al inestable Yiannis, propenso a súbitos ataques de melancolía, le habían implantado una bomba de endorfinas junto a la amígdala cerebral, el último grito en la terapia contra la depresión, y cuando su equilibrio psíquico se desplomaba, la bomba entraba en funcionamiento. En esta ocasión la angustia por la desaparición de Lizard había debido de activar el artilugio. A saber si lo que le había contado de Gabi era cierto: cuando estaba sumido en la química beatitud del implante, el archivero era poco fiable.

—¡Y lo más increíble de todo es que incluso tiene una amiga! Justamente está aquí ahora. Están en su habitación. ¿Quieres entrar a saludarla?

No, no quería. Bruna nunca se había llevado bien con los niños; la desasosegaban, la turbaban, la obligaban a pensar en esa etapa

vital que la androide sólo conocía por los recuerdos falsos que le había implantado su memorista. Los niños le producían siempre un poco de asco, una vaga sensación de náusea. Además, lo único en lo que ahora podía pensar era en buscar a Lizard.

—No, mejor no.

—¡Espera, se me ha ocurrido una idea buenísima! Justamente estaba pensando en prepararles algo de comer a las niñas. ¿Por qué no te hago también algo a ti? Te lo tomas y luego te vas. Estoy seguro de que no te cuidas nada —gorjeó Yiannis en pleno paroxismo de diligencia feliz.

Las palabras del archivero hicieron que Bruna se diera cuenta del hambre que tenía. Un agujero en el estómago. Había estado horas declarando en la Brigada, eran más de las tres de la tarde y aún no había tomado nada aparte del café matinal. Y sí, debía alimentarse. Los tecnos de combate sabían muy bien que, en situaciones de crisis, había que comer y dormir siempre que hubiera ocasión de hacerlo. Mantener bien atendido el cuerpo podía salvarte la vida.

—De acuerdo. Muchas gracias.

Yiannis trotó alegremente en dirección a la cocina, seguido con entusiasmo por Bartolo. La casa del archivero era un piso viejo, interior, oscuro y lleno de recovecos en el que la cocina ocupaba toda una habitación, a la manera de las antiguas viviendas. Tras un instante de duda, Bruna se dirigió al cuarto de Gabi. Tocó con los nudillos en la puerta cerrada y escuchó cómo se apagaba el murmullo de la conversación al otro lado de la hoja. Esperó unos segundos y volvió a tocar. Nada. Irritada, la rep accionó el picaporte y abrió; ella misma se había encargado meses antes de quitar el cerrojo para que la rusa no pudiera atrincherarse. Se quedó parada en el quicio de la puerta; Gabi, sentada junto a una niña sobre la cama con las piernas cruzadas, la miraba severa.

—No te he dicho que entraras —gruñó la rusa.

—Ése es el problema, que no me has dicho nada.

—No se debe entrar en la habitación de alguien si no te dan permiso, eres una maleducada —insistió la salvaje.

—La maleducada eres tú que ni siquiera contestas.

—Bueno, Gabi, no te pongas así, no pasa nada, ¿verdad? —dijo ansiosamente la otra niña—. Tú debes de ser Bruna, ¿no?

La rep la miró; era una pizca de persona, toda piernas y brazos delgadísimos. Tenía la piel de una blancura insana, casi traslúcida, los ojos redondos y azules, el pelo castaño muy corto. Se la veía muy frágil al lado de la recia Gabi.

—Sí, soy Bruna. ¿Y tú eres…?

—Soy Emma —dijo la chica, sonriendo con timidez.

Dientecillos grises. Su familia debía de tener un seguro médico muy pobre.

—Es mi amiga —dijo Gabi con una altivez no exenta de orgullo.

—Qué bien. Sí. Ya me había dicho Yiannis.

Se contemplaron las tres con cautelosa desconfianza durante unos segundos.

—Lizard ha desaparecido —soltó Bruna de golpe.

Y de inmediato se preguntó: por qué. Por qué se lo he dicho.

—Quieres decir que te ha dejado —dijo la rusa, desdeñosa.

La rep bufó:

—¡No! Quiero decir que ha desaparecido. Hace dos días que nadie lo ha visto. Y su móvil tampoco es rastreable.

Gabi arrugó el ceño:

—Ah… lo siento… ¿Crees que está en peligro?

Barruntos de sangre y muerte. Tres años, tres meses y catorce días.

—Estoy… estoy segura de que sí.

La rusa bajó la cabeza con una expresión de genuino pesar. Pero enseguida la volvió a levantar, desafiante:

—Pues lo siento, pero eso le pasa por hacer lo que hace. Por perseguir a los Ins. Por estar de parte de los malos.

Bruna la miró atónita:

—¿Qué malos?

—Los que cobran por el aire limpio. Los que no curan a los niños si no tienen dinero. Todos los malos.

—Pero ¿dónde has oído eso?

—No lo he oído, estúpida. Lo he vivido.

Las palabras de la rusa estallaron en la cabeza de Bruna y la dejaron sin respuesta. Desde luego. Desde luego que lo había vivido. Gabi se había criado en una Zona Cero, es decir, en uno de los rincones más contaminados del planeta. Había recibido unas dosis tan altas de radiactividad en su infancia que habría muerto en

meses si Bruna no hubiera conseguido para ella un seguro médico de primera categoría. Y, por añadidura, la exploración médica había descubierto que había sido violada poco tiempo atrás. Bruna no había hablado nunca con Gabi de eso. Pero sí, sin duda la niña tenía razón. A sus diez u once años (no sabían con exactitud su fecha de nacimiento) la pequeña rusa ya había vivido demasiado. La detective se sintió ridícula: sus palabras habían sido muy torpes. Pero lo que había originado su pregunta había sido la sorpresa de oír a Gabi expresarse así. La niña nunca se había referido antes a las circunstancias de su pasado, nunca se había quejado ni había mencionado ningún detalle de su vida. En fin, era evidente que se estaba haciendo mayor. La pequeña salvaje estaba madurando.

—Gabi ha tenido experiencias muy duras —dijo Emma, rompiendo el incómodo silencio con su vocecita juiciosa.

Bruna la miró con gratitud.

—Sí. Es verdad. Lo sé bien, Gabi. Mi pregunta te habrá parecido estúpida y lo es, pero… Lo que quería decir es… Claro que está mal lo del aire y lo de los seguros médicos y ya sabes que Yiannis pretende montar un movimiento ciudadano para luchar contra todo eso, pero… No puedes estar de acuerdo con que alguien ponga una bomba y destroce a doscientas personas, entre ellas niños como tú…

La rusa apretó los puños. Su cara cetrina y redonda de achinados ojos tártaros se crispó:

—Pues me dan mucha pena, pero es como una guerra. En todas las guerras hay sangre.

—Pero no es bueno, Gabi. Eso tampoco es bueno. Sangre por sangre no, por favor. Es mucho sufrimiento —intervino de nuevo Emma tímidamente.

Bruna la observó con atención: esa chica también debía de conocer lo que era el dolor. Vivían en un mundo miserable que robaba la infancia de los niños y los convertía a los once años en adultos mutilados. Gabi miró a su amiga, hizo ademán de contestar y luego cambió de idea y se calló. Alzó los hombros como dándose por vencida y le dedicó a Emma una sonrisa tan llena de cariño que conmovió a la rep. La salvaje Gabi.

—¡Bueno! ¿Y os conocéis desde hace mucho? —preguntó.

Las chicas sonrieron.

—Bueno, no sé, cinco días o así. Pero somos íntimas —contestó

Emma.

En eso seguían siendo niñas.

—Es mi primera amiga —susurró Gabi con un gesto casi feroz.

—Y también la primera mía —se enorgulleció la otra.

—Vaya, pues me alegro. Es bueno tener amigos… me parece —dijo Bruna, algo dudosa.

—Sin amor no merece la pena vivir —declaró Emma muy seria.

Y en ese preciso momento irrumpió Yiannis en el cuarto con una bandeja entre las manos y un grito promisorio:

—¡Bocadillos de queso fundido, piñones y algas fritas para todos!

6

Esa mañana en la Brigada, después de contar todo lo que sabía, de confirmar que el retal de carne que estaba en el laboratorio era el mismo que había recibido el inspector el jueves antes de desaparecer y de conseguir que el seguro de la policía se hiciera cargo de arreglarle la cerradura que le habían reventado con el ariete neumático, Bruna habló con los técnicos forenses. Era piel humana, en efecto, y pertenecía a una mujer en torno a los cuarenta. Su ADN no estaba registrado. El fragmento había sido lavado, lo cual dificultó el análisis, pero aun así era seguro que la mujer estaba viva cuando sufrió la mutilación; que la carnicería había sucedido en las veinticuatro horas anteriores; y que, como no parecía haber trazas de sedantes ni anestésicos, se diría que le arrancaron la piel sin ningún paliativo para el dolor. Lo cual había hecho pensar a los investigadores que podría tratarse de otra víctima, de alguien quizá muy cercano al inspector, y que, al mandarle el despojo, le estaban enviando un mensaje que tal vez hubiera provocado que el policía hiciera algo que le puso en peligro. ¿Estaba segura de que el inspector Lizard no había dado muestras de reconocer el macabro regalo? Sí, Bruna estaba completamente segura. Ella sabía bien cómo era Paul, respondió muy seria.

Pero ahora no lo tenía tan claro. ¿De verdad lo sabía? Bruna suspiró con desasosiego. ¿Y si no era así? Puede que se estuviera confundiendo. Esto es, quizá Paul la hubiera engañado cuando recibió la caja. El inspector y su rostro de piedra. Al principio la rep incluso había pensado, aunque no se lo dijo a nadie, que la piel podía ser de la madre de Lizard. Los padres de Lizard eran un enigma. Lo único que sabía Bruna, lo único que le había contado el

inspector, era que, cuando éste tenía ocho años, sus padres habían sido detenidos y condenados a prisión por un delito que la rep ignoraba. Una vecina replicante le acogió y crió hasta morir de su TTT, cosa que sucedió cuando Lizard tenía quince años. Por lo visto el inspector no había vuelto a contactar con sus padres ni sabía nada de ellos, ni siquiera si estaban vivos. Claro que todo esto podía ser falso, o incluso podía ser una de esas medio mentiras que, Bruna se había dado cuenta, los humanos solían contarse a sí mismos. Según los técnicos, la mujer torturada tenía unos cuarenta años y, dado que Paul había cumplido ya los cuarenta y tres, no podía ser su madre. ¿Una hermana, quizá? Nunca le dijo que tuviera hermanos. Claro que nunca le dijo gran cosa. Por otra parte, los del laboratorio también podían estar equivocados, así que Bruna decidió mentalmente que seguiría la pista de los padres, por si acaso.

Sin embargo, lo primero que iba a hacer era ir a ver a Natvel, el tatuador esencialista que ya la había ayudado en el caso de los tatuajes de poder labáricos. La secta a la que Natvel pertenecía era de origen maorí; aseguraban ser capaces de atrapar el aliento vital de las personas por medio de su tatuaje esencial, de una forma grabada en la piel que las representaba. A Bruna le reventaban todos esos cuentos esotéricos, sus pomposas jerigonzas y sus remilgos: por ejemplo, el esencialista estaba totalmente en contra de los tatuajes de láser y le horrorizaba la línea que Husky llevaba en el cuerpo. Pero, pese a esto, Natvel le caía bien, y desde luego conocía su oficio. Quizá pudiera decirle algo del pingajo de carne. Del atroz retal marcado con el nombre del inspector.

Lizard desaparecido, Lizard quizá muerto. La angustia aleteaba dentro de la jaula del pecho de la rep como un murciélago atrapado en una habitación. Tres semanas atrás, un atardecer especialmente sereno, antes de que comenzara la escalada de violencia de los Ins, hicieron el amor en el sofá del policía y al terminar, de manera natural, Bruna se acomodó sobre las rodillas de él. Había sido un cambio de posición en realidad pequeño, pero allí estaban los dos, en la divina calma de los cuerpos saciados y agradecidos, Lizard repantingado en el sofá y Husky, tan grande ella, sentada en el regazo del inspector y apoyada en su carnoso pecho como una niña. Y así se sintió la androide de pronto, se sintió la niña que nunca fue,

experimentó una debilidad y un deseo de protección que jamás se había permitido. El olor embriagante de Paul, su carne musculosa y tibia, los fuertes brazos que la anclaban al mundo. El sol se ponía en una esquina de la ventana y las sombras se iban espesando en la habitación como un humo nocturno. Algo se fundió en lo más recóndito del cerebro de Bruna, un cristal de hielo.

—Me da miedo lo que queda por venir —susurró.

El final de su corta vida, el doloroso y terrible TTT. Pero también: la decadencia de su relación con Lizard, el desapego, la probable ruptura. Todo se acababa, todo se perdía.

—Ojalá me muriera ahora mismo. Aquí, entre tus brazos —añadió con voz ronca.

Esa frase arruinó el momento, la tarde, la vida. Nada más decirlo, a Bruna le entró el pánico. Había sido demasiado sincera, había mostrado demasiado claramente su necesidad de él. La rep no sólo sintió cómo su cuerpo se iba poniendo rígido, sino también cómo se envaraba el cuerpo de Paul con simetría perfecta.

Y ahí se estropeó su relación.

7

Bruna entró a paso de marcha en el Mercado de Salud, el centro comercial especializado en medicinas alternativas en donde estaba la tienda del tatuador (o de la tatuadora: la rep no había conseguido deducir su sexo) y se dirigió al pequeño local esencialista. Empujó la puerta: estaba vacío, como siempre. ¿Cómo demonios se mantendría Natvel económicamente? La detective jamás había coincidido allí con ningún cliente y a ella nunca le había cobrado. Este pensamiento dejó a la rep algo turbada: ¿el negocio sería una tapadera de algún otro interés? ¿Drogas? ¿Espionaje?

—Hola, Bruna, cuánto tiempo…

Natvel acababa de salir de la trastienda, baja y redonda, con su gran cabeza lunar y el cuerpo informe embutido en una túnica. Su voz era melodiosamente femenina, lo mismo que sus rasgos. Pero Bruna sabía que dentro de dos minutos su aspecto podría ser inconfundiblemente masculino. Natvel no era andrógino, sino polimorfo. Su sexualidad estaba en constante cambio, en una resbaladiza alternancia de apariencias. Sí, seguro que Natvel era un mutante, seguro que esa falta de fijación del género era un desorden producido por los saltos de la teleportación.

—Sí, estuve muy liada. ¿Qué tal va el negocio?

—Muy bien, como siempre —respondió la tatuadora con placidez de matrona—. ¿En qué puedo ayudarte?

Bruna activó la interfaz holográfica de su móvil y proyectó en el aire una imagen tridimensional del fragmento de piel: en el laboratorio habían consentido que lo filmase. Natvel le lanzó una ojeada desdeñosa.

—Hay maneras menos bárbaras de borrarse un tatuaje. ¿Cuánto mide?

—Está a tamaño real. Sólo sabemos que es de una mujer de quizá cuarenta años, que le han cortado la carne estando consciente y que la despellejaron hace tres días. Cualquier cosa que me puedas decir, por mínima que sea, me vendrá muy bien.

—Mmmmmm… aumenta la imagen todo lo que puedas sin perder nitidez, por favor.

Bruna agrandó tres veces la holografía. Natvel fue a la trastienda y volvió con un pequeño tubo metálico negro que adaptó a su ojo.

—Es una antigua lupa de relojero… La compré en un anticuario… Mejor que los visores electrónicos modernos… —murmuró mientras se acercaba al holograma.

Ahora el esencialista tenía un aspecto totalmente viril. Incluso los nudillos de sus manos rechonchas parecían haberse agrandado. Estudió la imagen con atención durante algunos minutos.

—Bueno… Desde luego es una porquería de tatuaje. Realizado con láser, por supuesto. Los contornos no son limpios y el relleno de tinta tiene pequeños fallos, lo que indica que la máquina es de mala calidad o que el tatuador es pésimo o ambas cosas. Yo diría que está dibujado muy deprisa; probablemente no sea de un estudio profesional, sino de uno de esos tenderetes de tatuajes rápidos que hay en los centros comerciales o en los multiocios. Y lo más importante: aunque en apariencia el láser cicatriza instantáneamente, queda una microhuella en la piel, un pequeño hundimiento de la dermis que no se normaliza hasta pasadas un par de semanas. Yo diría que el tatuaje se hizo como mucho diez días antes de que lo arrancaran.

Levantó la cabeza, se quitó la lupa y sonrió.

—Déjame una copia del holograma. Si quieres, pregunto. Tengo contactos. Si se lo tatuaron en Madrid, podemos encontrarlo: si lo han hecho en los últimos diez días, se acordarán. Pero, claro, puede venir de cualquier lado.

—¿Las tintas y las técnicas son iguales en todas partes?

—Oh, sí. Este tipo de trabajo tan convencional y básico sí. Ya sabes, los efectos de la globalización… Menos en las Tierras Flotantes, claro… Ni los tatuajes de poder labáricos ni los punteados de los cósmicos son así.

No, claro, rumió Bruna. Menos en las plataformas artificiales que orbitaban el planeta. El Reino de Labari y la República Democrática

del Cosmos, dos mundos terribles, tiránicos, fanáticos. Dos enemigos de los EUT que acechaban a la Tierra desde el cielo.

Los policías le dijeron que habían peinado todos los hospitales y los centros asistenciales buscando a alguien con una herida compatible con la mutilación del rectángulo de piel y no habían encontrado nada, así que Bruna se sintió liberada de hacer esas pesquisas. En cambio dedicó el resto de la tarde a rastrear a los padres de Lizard. Desenredar las huellas documentales, brujuleando por soportes colaterales como las noticias, las pantallas públicas, las redes sociales o las fotos del colegio, y entrar legal o ilegalmente en los archivos burocráticos oficiales, era un trabajo que a la rep se le daba bastante bien, aunque le resultaba tedioso. Sin embargo, en esta ocasión fue una labor fascinante, porque para encontrar a los padres tuvo que remontarse por la vida de Paul. Y así, descubrió que, tras la muerte de la androide que lo cuidó, el adolescente fue a parar a un orfanato. Que un año más tarde, a los dieciséis, consiguió una beca para ingresar, también interno, en la Academia Armada Politécnica, la más prestigiosa escuela para aquellos que querían hacer carrera en el ejército o en los cuerpos de seguridad (quizá optara por la Academia para escapar del orfanato, pensó Bruna); y que a los dieciocho, cuando llegó a la mayoría de edad, se cambió legalmente el nombre. Lizard era el apellido de la tecnohumana que lo crió. Antes el inspector se llamaba Paul Aznárez.

Indagó y cribó en los Aznárez de la época y pronto dio con lo que estaba buscando. Un matrimonio apellidado así había sido detenido tras cometer decenas de delitos. Haciéndose pasar por asistentes sociales, funcionarios del ayuntamiento o cualquier otra excusa, entraban en las casas de los ancianos solos y les robaban, o bien en una distracción de la víctima, o bien, si se veían obligados, utilizando la fuerza. Un hombre centenario murió de un ataque cardiaco y otros dos sufrieron diversas heridas. La rep consiguió entrar en las actas del juicio y así supo que los padres eran unos mierdas que, mientras trabajaban, dejaban al niño encerrado en el cuarto de algún mísero hotel de carretera y pagaban a la persona de recepción para que no entrara nadie en la habitación mientras ellos no estaban. Cuando fueron detenidos no hablaron de su hijo hasta el cuarto día, porque no querían que la policía descubriera las

pruebas condenatorias que guardaban en el hotel: documentación falsa, el botín de otros robos. Encontraron a Paul, a ese niño de ocho años aún apellidado Aznárez, encerrado y muerto de miedo, tras haberse pasado más de tres días sin comer y sin atreverse a llamar a nadie, cosa que tenía prohibida. Fueron condenados a veinte años de cárcel por fraude, robo, asalto con lesiones y homicidio con agravante, así como por dejación de responsabilidad paterna y maltrato infantil. Al parecer, la tecno Lizard no era una vecina, como Paul decía, sino una rep de cálculo que trabajaba como secretaria del juzgado y que consiguió la tutela del niño.

A continuación, Bruna había entrado en la página de la prisión de Soto del Real, en donde cumplieron condena los Aznárez, y, utilizando su licencia de detective, había hecho una petición formal sobre el historial de esos reclusos. En dos horas le contestaron que el hombre había cumplido diecisiete años de cárcel y había sido puesto en libertad en mayo de 2093 por buen comportamiento. En Soto del Real ignoraban su paradero actual y aunque lo conocieran no estarían autorizados a comunicarlo. En cuanto a la mujer, había fallecido en el hospital de la prisión el 27 de octubre de 2088 a consecuencia de un ictus.

No se podía decir que Bruna tuviera muchas esperanzas puestas en la pista de la madre, pero en cualquier caso esto cerraba esa vía por completo. Aun así, movida por otro tipo de curiosidad, volvió a entrar en el archivo de Soto del Real y, utilizando el número de registro que le habían proporcionado en la respuesta y un programa por supuesto ilegal de infiltración, pudo acceder directamente a la documentación de Óscar Aznárez. No había nada interesante; incidencias registradas durante la vida del recluso, pormenores médicos. Pero había una foto y una dirección electrónica. La detective probó la dirección y en tres o cuatro pasos llegó a una página de la ubicua red social Mund-o. Ahí estaba Óscar Aznárez en la actualidad. Unos setenta años, muy parecido a Lizard, sólo que con ese gesto un poco rígido y forzado de los estiramientos faciales baratos. Vivía en Sevilla. Un lugar bastante económico, por lo tórrido. No debía de andar muy bien de dinero.

Salió de Mund-o sintiéndose un poco culpable, un poco sucia. Si era cierto lo que Lizard le había dicho, ahora ella sabía más que él sobre sus padres. Sabía cosas que el inspector no había querido

conocer. Se levantó, desasosegada, y se sirvió una generosa copa de vino blanco. Luego lo pensó mejor y devolvió la mitad del vino a la botella: tenía que mantener la cabeza clara, tenía que encontrar el rastro de Lizard.

—Casa, enciende luces.

Ya había atardecido. Desde el jueves por la mañana hasta ahora, sábado por la noche, habían transcurrido cerca de sesenta horas. Según las estadísticas, si no se encontraba a un desaparecido antes de las setenta y dos horas, el índice de supervivencia se desplomaba. ¿Habría conseguido la policía alguna noticia? Les había pedido que la avisaran, les había ofrecido trabajar juntos y, aunque no habían dicho que no, tampoco parecían muy abiertos a colaborar ni a compartir información. Impaciente, llamó a la Brigada. En pantalla apareció la rep de combate que había venido a su casa. La inspectora Kai. Subjefa del grupo antiterrorista que dirigía Lizard. Una tecnohumana especialmente atractiva, de nariz fina y sensible, cuello de cisne, pómulos eslavos. Rostro de delicada bailarina y musculoso cuerpo de pantera. ¿Y por qué Lizard no le había hablado nunca de ella? ¿Por qué no le había dicho que su segunda en el mando era una rep? Una extraña inquietud empezó a apelotonarse en su estómago, como las bolas de pelo que se tragaban los gatos y que podían llegar a ser mortales.

—Hola. ¿Hay alguna novedad? ¿Se sabe algo de Lizard?

La inspectora negó con la cabeza, sombría.

—¿Y tú? ¿Has recordado o descubierto algo? —preguntó.

—Tampoco —dijo Bruna.

Y era técnicamente cierto.

—¿De verdad no tenéis ninguna idea de lo que Lizard se traía entre manos, de a dónde iba cuando salió de ahí? —se exasperó Bruna.

—No sabemos. Suponemos que era algo relacionado con el atentado del EJI, por supuesto, pero estamos totalmente a oscuras. Los Ins que teníamos bajo vigilancia se han esfumado sin dejar rastro.

—¿Y no me puedes dar la lista de esos Ins que habéis perdido? —insistió la detective sin poder evitar cierto sarcasmo.

—Por supuesto que no. Estamos hablando de terrorismo. Es una información confidencial.

—¡Por el gran Morlay! Es una estupidez. Eso es lo que es. Yo podría ayudar —se desesperó Bruna.

—Pues así son las cosas —dijo la rep. Luego añadió con cierta simpatía—: Lo siento.

Y cortó.

Ya sé lo que es, se dijo Husky mientras contemplaba sin ver el anuncio automático que había ocupado la pantalla, unos pequeños robots comestibles que cantaban y daban saltitos por la mesa hasta conseguir que los niños reacios al desayuno se los zamparan. Sí, la rep ya sabía lo que era esa madeja de angustia que le estragaba el estómago: una bola de celos.

En ese momento comenzaron a sonar las alarmas de alerta climática; el ordenador se sintonizó solo en el canal de emergencia y apareció el meteorólogo habitual. Su nombre era Paco Lapesa, pero todo el mundo le llamaba Apocalipsis porque siempre anunciaba catástrofes.

—Previsión de tornados múltiples acompañados de tormenta ciclónica en la comunidad de Madrid en las próximas ocho horas. Fiabilidad de la predicción, 99,3 %. Éste es un mapa tridimensional de las posibles trayectorias. Como siempre, amigos, mantened la calma y, en caso de duda, ya sabéis, acudid al meteorrefugio más cercano.

El calentamiento global había provocado un caos meteorológico. Además de la subida del nivel del mar y del asfixiante aumento de la temperatura, feroces sequías se alternaban con diluvios bíblicos e inundaciones, con huracanes, tornados y granizadas que abrían brechas en las cabezas más duras. Por no hablar de las crisis polares, súbitas inversiones climáticas que desplomaban los termómetros a –15º o –20º durante varios días. Bruna estudió el mapa ciclónico; por el momento, su casa no estaba en la trayectoria, y la de Yiannis, que vivía a dos minutos, tampoco. También se salvaba la de Lizard.

Paul, Paul, dónde estás, qué te ha sucedido. Un golpe de pena le cortó el aliento.

Se levantó, angustiada, y se sirvió una nueva copa de vino, esta vez bien colmada. Debía comer algo o se emborracharía. Agarró de la cocina unas barritas de proteína prensada con sabor a pollo. Estaban hechas con medusa, por supuesto, como casi todos los

alimentos industriales, que aprovechaban la plaga de cnidarias que había arrasado los océanos, pero tenían un razonable gusto a pollo. Aunque de pronto Bruna cayó en la cuenta de que ella no había probado jamás un verdadero pollo, o sea que, ¿cómo demonios podía juzgar? Las estaba comparando con el gusto medio de los productos de pollo sucedáneo, pero bien podría saber a dinosaurio.

Se volvió a dejar caer ante la pantalla royendo una barrita y pasó un buen rato navegando para recopilar los datos de todos los Ins muertos en la región española desde que comenzaron a inmolarse unos cinco años atrás. Encontró 67, algo más de una docena por año; 41 hombres, 26 mujeres. En la totalidad de los Estados Unidos de la Tierra, en el mismo tiempo, 2.038. Todos humanos, por supuesto. Como le había dicho meses atrás Carnal, una inquietante rep de cálculo, era posible que los androides tuvieran implantado un chip que les impedía suicidarse, un seguro de los fabricantes para no perder sus caros productos. Se trataba de una idea insoportable, venenosa: si era cierta, pensó Bruna, demostraría la completa falta de respeto, la manipulación a la que los sometían los humanos, al robarles la mayor libertad a la que podía aspirar un ser vivo, que era la de gobernar su propia muerte. Tres años, tres meses y catorce días.

Sintió náuseas.

Se tragó de golpe el resto de la copa. El vino ardió en su estómago y apaciguó poco a poco su malestar. Tres años. Tres meses. Y catorce días.

Como, en efecto, se trataba de información terrorista clasificada, las herramientas ilegales que poseía Bruna para reventar los cifrados sencillos no le servían, y no había suficientes datos en la documentación disponible, aquella que había salido en los medios de comunicación, para saber a ciencia cierta el origen de todos los suicidas, su clase social, su educación o sus circunstancias personales. Sin embargo, Husky advirtió muy pronto un hecho notable: los terroristas siempre habían sido jóvenes; todos ellos, salvo dos, estaban por debajo de los veinticinco años. Pero la edad había ido bajando progresivamente, y en los últimos meses eran jovencísimos: dieciocho, diecisiete. Menores.

Súbitamente el viejo archivero se materializó a su lado. Bruna dio un respingo:

—¡Por todas las malditas especies, Yiannis, podrías llamar como todo el mundo!

El archivero era la única persona que tenía autorización para realizar holollamadas, un permiso doméstico del que a todas luces abusaba. Husky había amenazado muchas veces con revocarle la autorización, pero la posibilidad le ponía a Yiannis tan contrito que nunca tuvo el valor de hacerlo. Ahora el hombre, o su holografía, flotaba en el aire junto a ella. Parecía muy excitado.

—¡Pon el informativo!

—Pantalla, noticias —ordenó la detective.

Inmediatamente apareció la imagen de Enrique Ovejero, con su pelo rubio implantado y su sonrisa de silicona, todo tan falso como él mismo. Era un presentador deshonesto y sensacionalista al que Bruna detestaba. Yiannis estaba viendo el mismo programa, sentado en el aire junto a la detective, con la mirada fija en el rincón en donde debía de estar la pantalla en su casa.

—¿Y cómo van a responder los EUT a este desafío? Porque es un acto claramente hostil, casi podríamos tomarlo por una declaración de guerra…

—Ciertamente, Ovejero, tienes toda la razón, varias guerras del siglo XX y del XXI empezaron por cosas semejantes e incluso me atrevería a decir que menores, éste es un acto flagrante de invasión de nuestro territorio. Porque, aunque Ceres esté en el cinturón de asteroides entre Marte y Júpiter, pertenece a los Estados Unidos de la Tierra.

Quien hablaba, según decía un cartel, era el general retirado Tomás Lino. Bruna no le conocía. Seguramente sería tan derechista, belicista y especista como Ovejero.

—Y además ese planeta enano es muy importante, ¿no es así, mi general? Dispone de agua tanto congelada como líquida, y de los hidrocarburos esenciales para la creación de vida…

—Por supuesto, y su distancia del Sol hace que sea el candidato más idóneo, quizá el único de nuestro sistema, para ser colonizado, sobre todo después de los problemas insalvables encontrados en Marte. Y no nos engañemos, la Humanidad va a necesitar irse a otro planeta en un futuro muy próximo. Ya sé que es un tema políticamente incorrecto, pero es así. El calentamiento global sigue su curso, nos estamos quedando literalmente sin agua y dentro de

muy poco esta vieja Tierra será inhabitable para nosotros. Nadie lo quiere decir a las claras, pero es así.

—Desde luego, mi general, a ti no te pueden acusar de tener pelos en la lengua…

—Me acusan de otras cosas, ya lo sabes. De catastrofismo, de extremismo, de agitador social…

—Hombre, un poco catastrófico sí que suenas, pero, claro, es que lo que dices parece muy posible, y desde aquí invito al Gobierno, tanto al regional como al global, para que vengan a explicarnos si eso no es así. Pero dime, Lino: ¿y por qué Cosmos ha decidido tomar Ceres ahora? Ellos ya tienen su plataforma artificial…

—Pero no caben, Ovejero. No disponemos de datos fiables de Cosmos, es un sistema muy cerrado, pero sin duda padecen una superpoblación feroz. Además, no te quepa duda de que quieren conquistar la Tierra. Esos comunistas siempre quisieron acabar con el mundo libre.

—Y entonces, mi general, ¿tú qué crees que va a hacer la presidenta Guang?

—Yo sé lo que debería hacer: contestar con la fuerza a este acto de fuerza. Mandar al ejército inmediatamente, desde luego. ¡Nosotros somos la Tierra, maldita sea, nada más y nada menos que la Tierra! ¡Un respeto! Pero no creo que haga nada de esto. Es el gobierno global más débil y pasivo que jamás hemos tenido. ¡Pero si la presidenta ni siquiera ha comentado todavía la invasión del planeta!

—De hecho, lo que resulta increíble es que no hubiera nadie en Ceres, que los EUT no tuvieran allí una base del ejército para defender la soberanía del lugar.

—Bueno, ya sabes, Ovejero, la cantinela de siempre, que si la crisis económica, que si los recortes… ¡A esto llevan los recortes en Defensa, señora Guang! ¡A esto llevan! —clamó Lino señalando a cámara con un índice acusador.

—A que un puñado de soldados de la República de Cosmos se teleporten al planeta Ceres, aprovechando además la ofensiva de los Ins… ¿Estará relacionada una cosa con la otra? Comparten la misma ideología…

—Sólo te voy a decir algo, Ovejero: Cosmos sostiene económica

y estratégicamente al EJI, de eso estoy seguro.

—Pues hasta aquí nuestro programa especial sobre la crisis de Ceres. Muchas gracias, mi general, por tus siempre interesantes y valientes palabras. Y ya sabéis, reitero mi invitación para que un portavoz del Gobierno regional o global, o mejor de ambos, por qué no, acuda a este programa a explicarnos algunas de las muchas y legítimas dudas y preocupaciones que todos tenemos. El guante queda lanzado.

—Lo que faltaba —mascullό Bruna.

No sabía cómo podría afectar esta nueva información a la situación de Lizard, pero la rep se sentía como si la estuvieran enterrando viva. Las piedras se iban acumulando sobre ella.

—¿Tú crees lo que dice ese tipo, que Cosmos está detrás de los terroristas? —preguntó Yiannis.

—No sé. Cada vez entiendo menos este mundo —dijo lúgubremente la androide.

Los ventanales del apartamento crujieron de repente y un súbito fragor sobresaltó a la detective: una lluvia torrencial redoblaba en los cristales.

—La maldita tormenta ciclónica… —murmuró, y le echó un vistazo al mapa de los tornados: seguían sin estar cerca.

Suspiró un poco inquieta, mientras el viento racheado pateaba con furia las ventanas. No se lo había confesado nunca a nadie, pero el descomunal poder de la Naturaleza la amedrentaba. Su edificio de apartamentos era de los nuevos, construido después de la Unificación, supuestamente ignífugo, antisísmico, antitornados y antihuracanes, pero aun así no se sentía del todo segura. Claro que, ¿quién podía sentirse seguro en este mundo tan lleno de odio y de muerte? Tres años, tres meses y catorce días. No, trece días. Eran las doce y cinco de la noche.

—Pues a mí me parece que podría ser. Acuérdate de que Cosmos estaba detrás de la conspiración especista… —estaba diciendo el archivero.

—Son niños, Yiannis —dijo Bruna.

—¿Quiénes?

—Los Ins.

—Sí, tienes razón. Creo recordar que siempre han sido muy jóvenes.

—En la región española, todos, menos dos, menores de veinticinco años. Pero es que en los últimos meses ha bajado la edad. Ahora tienen dieciocho, diecisiete.

—Mmmmmm… No me extraña. Ya sabes que la madurez cerebral no se alcanza hasta los veinticinco años.

—No. No lo sabía —gruñó la tecno.

¿Por qué mierdas iba a saberlo? Eran zonas de la vida ajenas a ella.

—Pues sí. El cerebro no concluye su proceso de mielinización hasta esa edad y eso hace que no funcione correctamente.

Entonces, ¿era por eso por lo que los tecnohumanos se activaban a los veinticinco años? Todo parecía estar pensado hasta el más mínimo detalle para potenciar el rendimiento del producto, se dijo la detective con amargura.

—Y si a la inmadurez fisiológica añades la carencia de valores, la falta de esperanza, el desarraigo social y familiar, pues ya tienes la cosecha perfecta de mentecatos a los que lavar la cabeza fácilmente —peroró Yiannis con aire profesoral.

Oh, sí sí. El famoso y tedioso tema de la crisis de valores, al que el viejo archivero era tan aficionado. Por alguna razón que a Bruna se le escapaba, a Yiannis le escandalizaba especialmente que los adolescentes fueran tan ingobernables y tan salvajes que existiera un toque de queda para ellos. Ningún menor de dieciocho años podía estar en la calle desde las diez de la noche hasta las seis de la mañana, salvo que estuviera acompañado por una persona mayor de treinta años. Y pese a ello había manadas de vándalos catorceañeros por todas partes, asaltando viandantes para adquirir droga o pegando a sus padres para lograr salir. Claro que también ellos solían ser zurrados a menudo; se había creado una Secretaría de Estado de Protección al Menor, por la alta incidencia de maltrato infantil. No se podía decir que la relación entre los adultos y los niños fuera fácil. Pero todo eso a Bruna le parecía normal. Los adolescentes solían ser unas fieras. No había más que ver a Gabi.

Se despidió de Yiannis y se levantó a servirse otra copa. Las rachas de lluvia parecían arrojar guijarros contra las ventanas. Desasosegada, la rep se acercó al tablero en donde tenía su puzle a medio montar. Siempre hacía rompecabezas ciegos, sin imagen previa, con centenares de piezas. Los más difíciles. Casi imposibles

de resolver, salvo para individuos con el sentido espacial reforzado, como ella, dado que los reps de combate tenían que saber levantar mapas tridimensionales en la cabeza. Este rompecabezas iba bastante avanzado, apenas faltaba por rellenar una cuarta parte del tablero, y la rep ya sabía que se trataba de una foto del espacio. Había bastantes zonas oscuras intercaladas con los estallidos de luz y las hebras incandescentes de las estrellas y las nebulosas. Claro que en el agujero aún por cubrir tal vez hubiera algún objeto, por ejemplo, una astronave, recortado contra el fondo intergaláctico. La rep contempló el puzle con ojos entornados. Había una pieza negra ya colocada que tenía una forma peculiar y además estaba atravesada por una fina línea luminosa. Buscó entre los recortes troquelados esa misma forma, la continuación de esa misma línea. El segundo fragmento que probó encajó a la perfección. Había atinado.

Tuvo una idea.

Regresó a la pantalla y entró en la página policial de avisos de personas desaparecidas. Si las fuerzas de seguridad habían perdido el rastro de los Ins que vigilaban, eso quería decir que los terroristas habían desaparecido de sus hogares, de su entorno. Alguien los estaría buscando. Alguien podría haber denunciado su ausencia. Sobre todo si se trataba de menores. Era probable que esos padres no supieran en qué andaba metido su hijo.

Husky se topó con miles de avisos, pero restringió la búsqueda a menores de dieciocho años desaparecidos en el último mes. En la región española había 240. Resopló con desaliento y afinó la búsqueda a los últimos ocho días, justamente desde la víspera del atentado de Madrid: si se hubieran esfumado antes, habrían alarmado a la policía. Ahora se habían reducido a 71. La mayoría no debían de ser Ins: en la región hispana desaparecían en total, contando también a los adultos, una media de 24 personas al día, 720 al mes. Miró las cifras de los menores perdidos el día anterior a la masacre: 17. El doble que los demás días del mes. Restringió la búsqueda a la comunidad de Madrid: seis varones y dos hembras entre los tres y los diecisiete años. Se quedó sólo con los de diecisiete: eran cuatro, todos chicos. Parecían tan jóvenes y tan inocentes en sus fotos tridimensionales. Contempló sus rasgos con detenimiento y estudió sus fichas: estaba segura de que por lo

menos alguno de ellos era un Ins. Pero ¿cómo saberlo, cómo localizarlos? ¿Y qué podrían tener que ver con el pingajo de carne tatuada? ¿O quizá se tratara de dos cosas sin relación? No, no podía ser. Bruna no creía en las coincidencias.

Copió las fotos de los adolescentes y las pasó por su analizador de imágenes. Fue estudiando milímetro a milímetro sus rostros: una cirugía estética de nariz, un *peeling* de acné… Y uno de ellos, con unas enormes y despegadas orejas aún sin operar, lo que indicaba que debía de ser muy pobre.

Pero un momento. Un momento. El del *peeling* llevaba en el cuello el sello de un garito. Uno de esos tampones de pintura fluorescente que ponían a modo de entrada en los locales de moda. Hizo que el analizador copiara y completara el sello y que después buscara en línea una imagen semejante. En dos minutos tenía la respuesta: Crate. Además de ser la forma en que se llamaban los adolescentes de modo amistoso —una *crate*, un *crate*—, también era una discoteca para menores en la calle del Conde de Peñalver. Bruna miró la hora: las dos y cuarto de la madrugada. Una vez había ido a un garito semejante buscando a la hija de un cliente y sabía que por las noches estaban abarrotados de chicos que pasaban allí dentro el toque de queda. Miró el mapa de la emergencia climática y vio que Crate no se encontraba en la línea de peligro. Suspiró: se sentía agotada, pero no tenía tiempo que perder. Estudió la ruta más segura para llegar allí, se echó por encima una capa impermeable y salió de casa.

8

No se veía ni un coche, los trams nocturnos no circulaban a causa de la emergencia climática y el metro estaba cerrado en previsión de inundaciones. Las cintas rodantes sí seguían funcionando, vacías y bamboleadas por el viento, llenando la noche de chirridos mecánicos, como grandes grillos en la tempestad. Había muy poca gente, toda presurosa y encogida sobre sí misma, braceando contra la tormenta; al pasar junto a ella, siempre a prudente distancia, la atisbaban con tanto disimulo como temor. La rep echó a trotar; finas agujas de fría lluvia le pinchaban la cara. Un coche de los PAC, la Policía Autónoma Contratada, se emparejó con Bruna y, bajando las ventanillas, la miraron con gesto retador. La androide se detuvo y se volvió hacia ellos. Eran dos humanas y un humano, tan jóvenes como solían ser los PAC, un servicio de seguridad privado mediocre y barato que pagaba el Gobierno Regional. La detective inspiró hondo y se estiró, consciente de su altura, casi un metro noventa, y de la fuerza que irradiaba su cuerpo atlético y ágil (se había comprobado que una estructura ligera de músculos largos era más eficaz para el combate que un corpachón macizo). La capucha de la capa se le había caído al correr y ahora la lluvia resbalaba por su cabeza redonda y rasurada. La luz de las farolas brillaba en sus ojos de pupila vertical y permitía ver la sombría línea de su tatuaje, una raya negra que cruzaba su cráneo pelado para bajar luego por la frente, atravesar los párpados del ojo izquierdo, descender por la mejilla y el cuello y perderse debajo de la ropa. En realidad la línea seguía por el pequeño seno izquierdo de Bruna, las costillas y el vientre, bajaba por la pierna, daba la vuelta al pie y volvía a ascender pierna arriba, nalga, espalda y cogote, hasta alcanzar el cráneo

nuevamente. Era un tatuaje que parecía un tajo, que seccionaba un tercio del cuerpo de la androide. «Esa línea te está partiendo», le había dicho la esencialista Natvel con desagrado cuando se conocieron. Pero a Bruna le gustaba. Se lo había hecho en el planeta minero Potosí, durante los años de milicia. Casi todos los androides de combate estaban tatuados. Y esa raya oscura, Husky lo sabía, aumentaba el miedo que los humanos le tenían. Eso también le gustaba: puesto que no la amaban, le parecía justo que la temieran.

Así que Bruna se estiró y miró a los PAC con ojos fieros, disfrutando de la impresión que provocaba: los reps de combate iban envueltos en un aura de energía animal y de peligro. Los PAC intentaron sostenerle el reto y la mirada, intentaron seguir haciéndose los gallitos, pero Husky les vio perder convicción por momentos. Ya no les divertía su bravata.

—Ten cuidado, chica grande —gruñó una de las humanas—. La noche está difícil.

—Lo sé. Lo tengo.

Cerraron las ventanillas y salieron zumbando. Bruna reanudó su trote regular en dirección a Conde de Peñalver, aunque de cuando en cuando las bruscas ráfagas de viento la hacían tambalearse un poco. Todas las pantallas públicas estaban conectadas a la emergencia: era un alivio no tener que soportar la habitual avalancha de necedades que emitían. Ahora, en cambio, las pantallas no sólo mostraban los planos tridimensionales de la crisis climática, sino que iban marcando, con un código de colores rojo y verde, qué direcciones eran seguras o inseguras de tomar. La rep se dejó guiar por esas boyas luminosas urbanas, que la obligaron a dar un par de rodeos en su ruta hacia Crate. En un determinado momento vio a su izquierda el camino de destrucción que había dejado un tornado. Las potentes luces de los equipos de salvamento iluminaban fantasmagóricamente una línea de edificios en pie con los cristales rotos, seguramente construcciones modernas resistentes, entreverados con agujeros de ruinas y detritus, casas antiguas arrasadas hasta los cimientos. Parecía la boca desdentada de un viejo de la Zona Cero. Un poco más adelante, también a la izquierda, pudo ver a lo lejos un tornado, quizá el culpable de los anteriores destrozos, un sobrecogedor gigante que hundía su cabeza

en el oscuro cielo, un enfurecido, imparable monstruo huracanado. Las pantallas que apuntaban en esa dirección lanzaban cegadores destellos rojos y emitían la señal de alarma, cada vez más audible a medida que te acercabas al peligro.

¿Habría muerto alguien? Seguro que por lo menos habría heridos, pensó Bruna. Por no hablar de las pérdidas materiales: tanta gente sin techo, sobre todo los más pobres, que eran los que ocupaban la mayoría de los edificios viejos. Y, sin embargo, la vida seguía. Qué extraordinarios eran todos los seres sintientes, es decir, los humanos, tecnos, alienígenas, primates y cetáceos, todas esas criaturas con suficiente inteligencia como para tener noción de los peligros y de su propio fin. Llevaban décadas viviendo en el borde mismo de la catástrofe; la Tierra había atravesado colosales hambrunas y matanzas que redujeron la población a cuatro mil millones; seguían atrapados en el progresivo deterioro del calentamiento global; un ejército de locos terroristas se dedicaba a inmolarse y a reventar inocentes; la República de Cosmos había invadido Ceres y podría desatarse una guerra mundial; las anomalías meteorológicas acumulaban catástrofe tras catástrofe… Pero Bruna estaba segura de que Crate estaría a reventar de jóvenes que sólo querían divertirse. Chicos y chicas bailando, bebiendo, riendo, follando en los retretes. «Hubo un barco muy famoso a principios del siglo XX, el más grande del mundo en ese momento, lo llamaron *Titanic*, así de pretenciosos eran, y en el primer viaje inaugural chocó contra un iceberg y se hundió en menos de tres horas», le había contado Yiannis. «Murieron más de mil quinientas personas, pero lo que te quería contar es que la orquesta estuvo tocando hasta el final. Con sus pajaritas puestas. Así somos los humanos: nos dedicamos a tocar y a bailar aunque nos encontremos a las puertas del Apocalipsis. No sé bien si es heroico o estúpido».

Las botas de Bruna golpeaban rítmicamente contra la acera. La rep notó las losetas de policemento bajo las suelas, y más abajo le pareció percibir la cama de guijarros, y más abajo aún, arena, piedras, roca, la masa candente de la Tierra, el planeta entero girando lentamente bajo sus pies, una bola habitada por un hervor de miles de millones de sintientes, todos empeñados en seguir sintiendo. La vida se aferraba a la vida, la vida se adaptaba a todo con tal de perpetuarse. Lo había visto Bruna una y otra vez durante

la milicia: regresaban a los barracones después de luchar, de matar y morir, y se ponían a jugar al yong, ese tonto entretenimiento casi infantil, con alegre ligereza, sin pensar que quizá en unas pocas horas tendrían que regresar al infierno. Los sintientes se olvidaban de la muerte y del dolor para poder vivir. Menos ella. Bruna no podía. Tres años, tres meses y trece días.

9

Crate estaba en lo que parecía ser una moderna torre de oficinas. A su lado había una discoteca para adultos bastante conocida, Quantum, grande y ostentosa, profusamente iluminada con cañones de luz, que ocupaba la casi totalidad de la planta baja. La entrada a Crate era estrecha y modesta y había que descender unos escalones. Tenía un aire un poco clandestino y desde luego mísero. Bruna empujó la puerta: en el pequeño vestíbulo, un rep de combate vigilaba el acceso con los brazos cruzados sobre el pecho y una amenazadora porra eléctrica colgada del cinto.

—¿A dónde vas? —le dijo, helador—. Es un local de menores. Adultos prohibidos.

¿Tendría autorización para llevar esa arma? Ya había habido algún muerto a consecuencia de las descargas.

—Soy detective —contestó Husky, enseñando su licencia—. Estoy buscando a unos adolescentes desaparecidos. Uno de ellos venía por aquí, hay una imagen en la que lleva vuestro sello de entrada. Sólo quería darme una vuelta y hablar un poco con los habituales, a ver si le conocen y saben algo…

—Sí… el chico ese. La policía también preguntó por él hace unos días. No sabemos nada.

¿La policía? Por todas las malditas especies: Bruna creía estar avanzando por terreno virgen y los investigadores ya habían estado ahí, al parecer sin ningún resultado. Aunque, por otra parte, eso demostraba que, en efecto, el chico del *peeling* debía de ser uno de los terroristas sospechosos desaparecidos. Husky se irritó: habría podido ahorrar bastante tiempo si le hubieran dado la lista.

—¿Es éste? —dijo Bruna, mostrando la holofoto del menor en su móvil.

—Ese mismo. A mí no me suena. A nadie del personal nos suena.

—Bueno… Aun así, me gustaría pasar y hablar con los otros chicos. Seré discreta.

—¿Discreta tú? —rió sardónicamente el portero—. ¿Una rep de combate pelada y tatuada? Ja. Además, dame una razón por la que deba dejarte pasar.

Husky suspiró, hurgó en su mochila y sacó un billete de cincuenta gaias.

—Vale. Es una buena razón —dijo el rep—. Pasa y no la líes.

Del pequeño vestíbulo salía otro tramo de escaleras: el local era subterráneo. Por lo menos estarían a salvo de los tornados. Cuando llegó abajo le sorprendió lo grande que era. Tenía dos barras, dos zonas de baile equipadas con Soundtarget, la tecnología que minimizaba el sonido cuando te alejabas de la pista, y falsos tragaluces en el techo que dejaban ver un brillante cielo azul por el que se desplazaban perezosas nubes. Había muchísima gente, pero era un sitio tan enorme que no se veía abarrotado. Algunos chicos estaban echados en los sofás, en apariencia dormidos; quizá los atrapó el toque de queda sin darse cuenta, o tal vez unos hermanos mayores más noctámbulos los habían arrastrado hasta allí. Cruzó el local en dirección a la barra más cercana; la mitad de los adolescentes daban grititos de sorpresa, o de excitación, o de tonta fanfarronería, al ver pasar junto a ellos a una androide de combate que les sacaba a todos dos cabezas; la otra mitad no parecían ni verla, así de colgados estaban. Los locales de menores tenían prohibido vender alcohol, pero había bastantes chicos que apestaban a trago barato y muchos más que sin duda se habían metido algo sintético, *caramelos* seguro, a juzgar por el desaforado refrote de los cuerpos de unas cuantas parejas (la mezcla de la oxitocina del *caramelo* con las feromonas de la adolescencia era fulminante), pero quizá también *hielo* o *fresa*, drogas mayores y jodidas.

Se acercó al tipo que atendía la atestada barra. Humano, unos treinta años, con el pelo recortado en una cresta e implantes capilares que la prolongaban a lo largo del cuello como si se tratara de la crin de un caballo, una tradición de los alienígenas balabíes que se había puesto de moda. Estaba llenando media docena de vasos altos con un líquido ambarino y vagamente luminoso y miró a

la androide de reojo, se diría que no muy contento de su presencia.

—Hola, me llamo Bruna Husky, soy detective. Estoy buscando a un menor desaparecido…

El humano apretó los labios sin dejar de trabajar. Ahora adornaba las copas con gajos de frutas. Sus movimientos eran rápidos y exactos.

—Es éste. ¿Te suena de algo?

El barman echó un brevísimo vistazo al móvil de Husky.

—No.

—Casi no has mirado.

—Me lo sé de memoria. Ya me lo enseñó la policía. No lo he visto en mi vida.

—¿Y alguno de éstos? —insistió la rep, mostrándole las fotos de los otros tres muchachos.

El tipo volvió a lanzar una breve ojeada.

—Que no. Ninguno —repitió, sacudiendo vigorosamente la crin en una vehemente negación.

—Vale. Sólo una cosa más: de estos chicos que hay por aquí hoy, ¿hay alguno que sea habitual?

El barman sirvió las seis copas luminosas, cobró y se puso con otra comanda.

—Ni idea —gruñó, atareado, sin alzar la cabeza.

—No es que seas muy colaborador…

El hombre se detuvo y la miró de frente por primera vez:

—¡Y yo qué sé, tía! ¡Vienen miles cada semana! ¡Me paso doce horas al día detrás de esta barra y lo único que veo son los malditos vasos! —gritó, exasperado.

Y luego siguió a lo suyo con el ceño fruncido, rezongando para sí: «Colaborador… colaborador…».

Para su sorpresa, a Bruna no le irritó el exabrupto del hombre-caballo. En realidad, casi le cayó simpático. Una blandura de carácter que demostraba lo mal que estaba, se dijo la rep con ánimo sombrío. La desaparición de Lizard la había puesto demasiado sentimental y los sentimientos la debilitaban.

Cruzó la sala, dubitativa, mirando a los chicos. Sudaban, saltaban, reían, discutían, chillaban, contemplaban la nada con ojos vidriosos, bailaban, se metían la lengua hasta el esófago los unos a los otros, dormitaban, hablaban a gritos, bebían y algunos lloraban.

Un puñado convulso de humanos con el cerebro sin madurar entregados al fango de sus emociones.

Algo se aferró de golpe a su cintura y Bruna estuvo a punto de responder automáticamente con un rodillazo. Se contuvo en el último instante: era una adolescente pequeña y morena. Se había abrazado a las caderas de la rep y la miraba desde ahí abajo con expresión embelesada.

—Qué… qué… qué guapa eresssss, *crate*… —balbució.

Apestaba a alcohol. No debía de tener más de quince años. Ropas chillonas y baratas, pelo recortado con grandes trasquilones a la moda de los adolescentes de extrarradio.

—Quiero serrrrr tu *love*… ¿Quieres… quieres ser… tu *love*? No, mi, mi *love*…

—Venga, no sabes lo que dices, suelta…

Husky intentó aflojar sus brazos con suavidad, pero en cuanto conseguía apartarla un poco, la chica volvía a lanzarse sobre ella con desquiciado ímpetu. Empezaron a sonar risitas alrededor. Iba a tener que ser más contundente.

—¡Nooooo, nooooo, no me dejes, *crate*, por favor, no me dejes! —lloriqueaba la chica.

Entonces apareció una muchacha de la misma edad con la cabeza llena de trencitas de colores y agarró a la morena por los hombros:

—¡Elena! ¿Qué haces? Mírame. Soy yo. Te estaba *lukeando*…

La otra la contempló con expresión beoda:

—Ah, tú… sí… Me he per-perdido… —farfulló.

—Suelta a la *muñeca*. Suéltala —le ordenó la nueva.

—¿*Muñeca*? —se mosqueó Bruna.

La chica recién llegada levantó las manos en son de paz:

—Bueno, *crate*, perdona, nosotros os decimos *muñeca* y *muñeco* pero sin guerra, ¿eh? Sin mala intención. ¡Dale ya, Elena! Suelta a la tecno.

Con expresión confusa, Elena dejó libre a la rep.

—Está borrachísima —dijo Bruna.

Una obviedad innecesaria.

—Han sido unos *gilicanes* que traían *buzo* —dijo la de las trencitas, muy enfadada, mientras ayudaba a su amiga a sentarse en un sofá.

—¿*Buzo*?

—Bebida. Aguardiente. No sé. Algo fuerte…

Se la veía verdaderamente irritada. La punta de sus trenzas vibraba de furia. Por su aspecto y sus ropas, también ella hubiera podido pertenecer a alguna de las bandas de adolescentes furiosos suburbiales. Pero parecía una chica sensata y desde luego estaba sobria.

—Oye, perdona. Siento la *rajada*…

—No importa —dijo la rep.

Miraron a Elena: nada más sentarse se había quedado dormida. Uno de esos sueños fulminantes que son como desmayos y que Bruna conocía demasiado bien.

—¿Vienes mucho por aquí? —preguntó la rep.

La chica se encogió de hombros.

—Puf… Cuando tengo ges, porque es un *picotazo*. Pero el *loco* es *fabo*, no sé, buena *musik*, buenos *crates*. Claro, también hay algunos *gilicanes* como esos de hoy.

—Mira, soy detective y estoy buscando a un chico que ha desaparecido y que al parecer venía por aquí. ¿Le conoces? —dijo la rep, mostrándole el móvil.

La adolescente contempló la foto con atención.

—No. Digo que no —contestó al fin.

Bruna abrió entonces la página con los otros avisos.

—¿Y estos tres?

La chica de las trencitas se tomó un buen tiempo.

—Ellos no —dijo al fin—. Pero ésta sí.

Y señaló a una de las dos chicas. Tenía quince años y la rep no la había tenido en cuenta por la edad.

Bruna sintió el estremecimiento de excitación del cazador que ve cómo se agitan los matorrales. Pero enseguida se dijo: será una coincidencia, todos los días desaparece casi una decena de menores y por este local deben de pasar muchísimos.

—¿Estás segura?

—Total. Era una *crate* muy *faba*. No sé. Cerebrito. Hablábamos mucho.

—¿Por qué lo dices en pasado?

—Puf… Ya no viene.

—¿Y de qué hablabais?

La de las trencitas volvió a encogerse de hombros.

—De todo. Qué íbamos a hacer de *grones*.

—¿*Grones*?

—De mayores.

—¿Y ella qué iba a hacer?

—Iba a estudiar Derecho. No sé. Quería cambiar las leyes.

—¿Por qué?

La chica la miró, incrédula.

—¿Por qué? Porque todo *estinka*… El mundo *estinka*, la gente es buitre, sin ges estás muerto. Todo apesta. La vida no es justa, *crate*.

—¿De eso hablabais?

—Bueno. De eso y otras cosas. No sé.

—¿Cuándo fue la última vez que la viste?

Volvió a encogerse de hombros:

—Hace mucho que no asoma. No sé. Digo que dos meses. ¡Ah, sí! Contó que no tenía tiempo. Que iba con unos *crates* a hacer cosas.

—¿Qué cosas?

—Era como un *loco* cultural. Un centro de esos. No sé. Dijo que era muy *fabo*. Que había teatro y *musik* y eso. Me invitó a ir. Pero no fui.

—¿Sabes dónde era?

La chica frunció el ceño.

—Mmmm, digo que no… Pero el *loco* se llamaba Mosca, me acuerdo porque me dio la risa, no sé.

En ese justo instante, las claraboyas cambiaron su diseño y por encima de sus cabezas pareció estallar una tormenta pavorosa. Cegadores relámpagos virtuales encendieron las sombras y los truenos rodaron por el techo mientras los chicos aplaudían y daban grititos. Una excitación sorprendente, dado que bastaba con salir a la calle para asistir a un espectáculo climatológico mucho más dramático. Lo que le había contado la chica sonaba prometedor, pero la androide ya había vivido demasiadas decepciones profesionales como para dejarse llevar por el entusiasmo. Seguro que al final, como sucedía la mayoría de las veces, la pista terminaría por diluirse en nada. Aun así, buscaría ese Mosca, por si acaso.

—¿Sabes qué? —suspiró Bruna—. A mí tampoco me importaría que cambiaran algunas leyes.

Y volvió a sorprenderse de sentir cierta empatía con esa extraña adolescente humana que hablaba casi tan raro como un balabí. Era la maldita debilidad que le producía la ausencia de Paul.

10

Se despertó sobresaltada, con la sensación de que se desplomaba en un abismo. El martillo de la resaca machacó su cabeza con el redoble habitual. Sin abrir los ojos, Bruna buscó a tientas en la estantería junto a la cama la tira de Algicid, sacó dos comprimidos y los masticó: tenía la garganta tan seca que se veía incapaz de tragarlos. Cuando había regresado la noche anterior de Crate, cerca de las cinco de la madrugada, se había puesto a beber en vez de dormir. Había veces que se sentía tan agotada, no sólo de fatiga sino de vivir, que necesitaba adormecer la cabeza, entumecer el miedo. El vino blanco como amigable alternativa a un disparo de plasma en la sien. Tres años, tres meses y trece días. De todas formas, tal vez fuera cierto que los tecnohumanos no podían suicidarse. Y por eso ella se tenía que matar a pequeños plazos.

Esperó en la cama, con los ojos cerrados, mientras el Algicid se abría camino a través de la maraña del dolor. Ordenó a la pantalla que se activara y escuchó las noticias sin mirar. La presidenta Guang había dado horas antes un mensaje oficial: los EUT consideraban que la toma de Ceres era un acto hostil e ilegal y exigían a Cosmos que retirara sus tropas en el plazo de doce horas o que se atuviera a las consecuencias. Los comentaristas debatían interminablemente sobre qué quería decir *atenerse a las consecuencias*. Los más ácidos denunciaban que esa falta de precisión en la amenaza demostraba la debilidad de los EUT y del Gobierno Guang; los más oficialistas sostenían que era un silencio estratégico para no alertar sobre cuáles iban a ser las represalias. En cualquier caso, el plazo terminaba a las 20:00 horas. Otro bonito día por delante, pensó Husky.

La jaqueca empezaba a amortiguarse, aunque el cansancio

seguía siendo infinito. Pero eran más de las once de la mañana y ya había perdido demasiado tiempo. Se levantó con un gruñido y se dirigió directa a la ducha. No le quedaba vapor. Bufó, exasperada, y decidió usar agua, sólo medio minuto, aunque fuera una ruina. Pero tampoco quedaba agua. Incrédula, comprobó que tenía la tarjeta agotada. Cuando algo salía mal, después todo solía estropearse en cascada. Tendría que bajar al supermercado si quería ducharse.

Se echó por encima una túnica corta que sólo estaba medio sucia y salió a la calle. Camino del súper se topó con una manifestación; había bastante gente y parecía furiosa. Bruna cruzó el río de personas sin prestar mucha atención: en Madrid siempre había alguien que se manifestaba por algo. Entró en la tienda maldiciendo el afán de control del consorcio acuífero, que impedía poder recargar desde la Red; metió la tarjeta en el expendedor de agua y marcó en su móvil «99 ges», el coste del bono más pequeño. La máquina rechazó la operación.

—El precio del bono A-1 es de ciento noventa y ocho gaias, ¡muchas gracias! —gorjeó el estúpido aparato con vocecita entusiasta.

—¿Cómo? ¿Ciento noventa y ocho? ¡Pero eso es el doble! —barbotó Bruna.

—Las tarifas del servicio de agua han subido un cien por cien a partir del 16 de febrero de 2110, ¡muchas gracias!

—Eso no puede ser, eso es ilegal…

—Decreto administrativo regional ES-2110/2713E, ¡muchas gracias! —contestó la máquina, impertérrita, con inagotable alegría.

Una furia negra empezó a inundar a la rep y el deseo de aporrear el expendedor le acalambró las manos con un hormigueo nervioso. Pateó el suelo unas cuantas veces y logró controlarse: ya había dañado una máquina pública con anterioridad y tuvo que acudir a media docena de sesiones con un psicoguía como castigo. Reflexionó sombría durante unos segundos sobre la posibilidad de pasarse a las *Frescas*, unas repugnantes esponjas empapadas de una sustancia química con las que la gente se lavaba el cuerpo, en vez de usar vapor. Salían mucho más baratas, pero eran asquerosas. Y Husky se había jurado no volver a tocarlas tras los dos años que tuvo que utilizar unas esponjas semejantes (la marca blanca del ejército) durante su milicia en el árido planeta minero de Potosí.

Derrotada, la rep suspiró, marcó «198 ges» en su móvil y cargó la tarjeta.

—¡Disfruta de tu agua! ¡Muchas gracias!

Cuando salió a la calle cayó en la cuenta de que la manifestación era justamente por eso, por la escandalosa subida del servicio. El siniestro general derechista al que entrevistaba Ovejero debía de tener razón cuando hablaba de que se estaba acabando el agua potable. Las desalinizadoras eran muy caras, gastaban demasiada energía y no producían lo suficiente; sólo servían para que los grandes consorcios acuíferos se hicieran de oro. Le pareció escuchar a Yiannis: «¿Cómo es posible que el aire y el agua sean explotados por empresas privadas? ¿Cómo hemos llegado a esta barbarie?». A Bruna, sin embargo, le resultaba bastante normal; había sido así desde que nació. Es decir, desde que la habían activado a los veinticinco años. Y las supuestas injusticias sociales de las que se quejaban los humanos siempre le habían parecido una bagatela comparadas con la suprema, obscena injusticia de haber sido creada, en origen y antes de las guerras rep que los liberaron, como una mano de obra esclava. De haber sido manipulada, alterada genéticamente para aumentar su rendimiento comercial y condenada a esta breve vida de mariposa y a una muerte cruel a fecha fija que equivalía a una ejecución. Malditos fueran para siempre los humanos y malditas todas sus melindrosas, plañideras reivindicaciones.

Observó a los airados manifestantes que llenaban la calle mientras se abría paso dificultosamente a través de ellos camino de su casa. Agitaban pancartas holográficas y llevaban amplificadores de voz con los que atronaban contra el presidente regional, Chem Conés, y contra AcuoSA, la empresa proveedora. Hombres, mujeres, niños. Todos humanos, desde luego. La mayoría con ese aspecto áspero y básico de la gente de economía tan precaria que corría el riesgo de tener que mudarse a una zona de aire menos limpio: ropa chillona de mala calidad, trabajos estéticos burdos y repetitivos. Media manifestación con el mismo modelo de nariz. No, Bruna nunca había sentido una especial empatía con las reivindicaciones de los humanos, pero lo cierto era que, desde que había rescatado a la niña rusa de una Zona Cero, las fronteras que dividían el planeta en sectores más o menos contaminados le parecían más

incomprensibles, y las violentas desigualdades que existían en los EUT se le estaban haciendo cada día más irritantes. Meses atrás, el Tribunal Constitucional había prohibido cobrar por el aire, pero las empresas energéticas consiguieron eludir la sentencia creando unas tasas de potencia territorial que eran exactamente iguales a lo que la gente pagaba antes para poder vivir en una zona de aire más o menos puro. Las nuevas tasas también habían sido denunciadas como abusivas, pero llevaría su tiempo conseguir derribarlas y entonces a los poderosos se les ocurriría cualquier otra artimaña, rumió con amargura Bruna, que era mucho menos optimista que el cabeza loca de Yiannis. Las malditas fronteras no acabarían nunca. Al menos, no acabarían en su corto futuro. Tres años, tres meses y trece días.

En ese momento hubo una vibración en la masa, un griterío distinto que se originó a su derecha y empezó a esparcirse como un fuego. La rep pudo ver por encima de las cabezas de la gente que los PAC estaban cargando. Eran las fuerzas de choque y venían con armadura completa; la multitud empezó a empujar y a correr en un atolondrado e instantáneo caos. Bruna tuvo también que empujar para salvaguardar su espacio personal, pero siguió caminando con el mismo paso, una roca ante la que se partían las aguas de los manifestantes en su huida. Ahora se acercaba a ella la línea de los PAC con su aspecto de astronautas blindados repartiendo porrazos, y la androide se puso en alerta: fría, tranquila y preparada, dispuesta a contestar a la violencia con violencia, aunque desde luego no fuera lo más sensato por su parte. Pero no podía evitarlo, maldita sea: le enfurecía el abuso de poder, la envenenaba el rencor. Y estaba hecha para pelear. Así que siguió caminando sin alterar su rumbo, toda ella convertida en un arma; pero cuando la línea de PAC llegó a su altura, también la soslayaron como si no la vieran, también la rodearon como el agua a la roca. Sin duda no querían tenérselas que ver con una replicante de combate y, además, probablemente dedujeran que no formaba parte de la manifestación. Había sido una ventaja que la consideraran diferente: a veces el especismo ayudaba.

La androide sacudió hombros y cabeza para desbloquear la tensión adrenalínica; luego se volvió y vio cómo los guardias apaleaban las espaldas de la gente. Las pantallas públicas repetían

infinitamente sobre su cabeza el mensaje de Guang, imágenes de Ceres y los comentarios de los supuestos expertos en torno a la crisis del planeta enano; en ninguna se veía nada relativo a la subida del agua, a la manifestación, a la carga policial. Pobres humanos, pensó Bruna; sobre todo, pobres humanos pobres. Al menos a los replicantes no solía faltarles el trabajo, gracias a sus capacidades genéticamente potenciadas. La mayoría no se hacían ricos: no tenían tiempo para ello y había demasiada discriminación. Pero se ganaban la vida con comodidad. Si Bruna hubiera elegido trabajar en el amplio sector de la seguridad, su cuenta bancaria sería mucho más tranquilizadora; lo malo era que esos empleos siempre le parecieron embrutecedores y tediosos. Aun así, si en algún momento se veía de verdad sin recursos, la rep sabía que podía conseguir un puesto de guardaespaldas o de vigilante. Los humanos, en cambio, soportaban una tasa de desempleo del… ¿de cuánto era? La rep pulsó su móvil: 46 % en los EUT, 33 % en la región de España. Y los tecnohumanos, en cambio, observaba ahora en la pantalla, tenían pleno empleo. A la androide le impresionaron estos datos; los especistas solían insistir en que los reps eran una competencia desleal para los humanos y en que les robaban los trabajos, pero ella nunca se había parado a mirar los porcentajes. Pensó en el barman de Crate, el de la crin de caballo; en sus jornadas de horario monstruoso y ritmo agotador, y en el miedo que debía de sentir para aceptar esas condiciones. Sí, les costaba ganar suficiente para vivir, más aún si querían implantarse una crin a la última moda, y más aún si querían ser como otros jóvenes más afortunados, si querían vivir al ritmo de lo que dictaban las pantallas públicas. El barman la odiaba, por supuesto. Pero los humanos los habían hecho así, maldita sea. Cómo se atrevían luego a condenarlos. Tres años, tres meses y trece días.

Subió a su apartamento de muy malhumor, metió la tarjeta de agua en la ranura e intentó relajarse envuelta en vapor ardiente. No la alivió nada y lo puso helado. Tampoco. Salió del baño tensa como un muelle y acuciada por el creciente deseo de tomarse una copa. ¡Por todas las malditas especies, si ni siquiera había desayunado! En vez del vino sacó un cubilete de café, lo sacudió para calentarlo y se lo bebió de un trago. El estómago gimió bajo esa inundación abrasadora y amarga. Entró una llamada: era el

tatuador esencialista. La rep se cubrió con la toalla y contestó.

—Hola, mi Bruna. Hemos tenido suerte —sonrió Natvel.

Hoy estaba muy femenina, sus anchos rasgos suavizados por una dulzura maternal. La detective se enderezó de golpe, toda oídos.

—Ángela Gayo. Se llama Ángela Gayo. Se tatuó hace exactamente catorce días en un multiocio de Vallecas. Es una mujer de unos cuarenta años y al tatuador le pareció bastante rara.

—¿Rara?

—Se pasó todo el rato hablando de Paul Lizard y de lo mucho que se amaban.

Dolió. Le desesperó e indignó su propia fragilidad, pero eso no evitó que siguiera doliendo.

—¿Es guapa?

Natvel sonrió de nuevo:

—El tatuador pensó que era una chiflada. Caucásica, pálida, ojerosa, medio calva, pequeña y con una cabeza demasiado grande, poco memorable fuera de eso.

No parecía una enemiga peligrosa, se dijo Bruna. Claro que, ¿en qué clase de enemiga estaba pensando? Suspiró, dio las gracias a Natvel y, tras cortar, se tomó otra taza de café y buscó el nombre de Ángela Gayo.

En Madrid había once. Aunque podía haber venido de fuera. En la región sumaban ciento tres. Decidió seguir primero la pista madrileña.

Entre los treinta y los cincuenta años: tres. Añadió Vallecas: ningún resultado. Empezó a buscar a esas tres rastreando todos los listados públicos y los no públicos de encriptado débil a los que podía tener acceso: plataformas sociales, usuarios de tarjetas de agua, de bonos de transporte, del Archivo Central… Encontró a dos de las Ángelas: treinta y pocos años, aspecto muy joven, una de ellas mulata, la otra alta y fuerte. No casaban con la descripción. La tercera mujer se resistía a aparecer, pero al fin la descubrió en el listado de clientes del segundo seguro médico que investigó. Su rostro miraba a cámara con expresión de pena o quizá de miedo. Una frente muy grande y abombada parecía aplastar el resto de sus rasgos insignificantes. Tenía algo borroso en la cara, algo informe que resultaba turbador. El corazón se le aceleró: podía ser ella.

El encriptado de su historial de salud era demasiado fuerte para

poder romperlo, pero sí pudo entrar en la zona administrativa de la empresa médica. Desde hacía dos años no había habido ningún servicio, ninguna incidencia. Era un seguro caro y bueno, pero había algo raro: antes se veían bastantes consultas médicas, pagos parciales de medicamentos y alguna prueba diagnóstica, todo registrado así, sin especificar. La última actividad, de enero de 2108, había sido un traslado en ambulancia… a CRGM, callejón de los Sintientes, s/n, Vallecas. Sin aliento, buscó CRGM: Centro de Rehabilitación de Grandes Mentes. Una residencia psiquiátrica del Estado. *Un proyecto revolucionario e innovador para acoger, cuidar, recuperar, desarrollar e insertar socialmente a personas con capacidades excepcionales que padecen algún tipo de trastorno psíquico*, decía la página de la institución. Y también: *Como se ha demostrado hace ya muchos años, un elevado porcentaje de las mentes más brillantes sufren alguna anomalía genética o neurológica que puede afectar al correcto funcionamiento de sus cerebros. La creatividad parece ser de algún modo hija de lo que nuestros antepasados llamaban erróneamente locura: Mozart, Goya, Schumann, Beethoven, Leonardo da Vinci, Virginia Woolf, Galia Lalanda o Miguel Ángel, entre muchos otros, conocieron el lado oscuro de su genialidad. CRGM aspira a iluminar esas sombras*. Bruna sintió una excitación casi dolorosa, por lo aguda. Te he pillado, pensó. Te he pillado. Se puso unos recios pantalones y una camiseta de sus tiempos de milicia y salió zumbando.

11

Descendió del tram a trescientos veintiún metros de su destino, según le informó su móvil. Vallecas era una zona residencial de gente muy rica. Décadas atrás había sido un tradicional barrio proletario, pero su cercanía al nuevo centro urbano había atraído a los especuladores inmobiliarios, que, tras desalojar a los antiguos vecinos y empujarlos hacia el extrarradio, habían derruido los viejos edificios y construido grandes torres rutilantes de apartamentos de lujo con jardines aéreos y guardias privados las veinticuatro horas. Por aquí no se veían muchos reps, aparte de los matones de los portales, que, como de costumbre, eran en un noventa por ciento tecnos de combate. Tampoco circulaba mucha gente por las calles y, lo que era aún más notable, apenas había pantallas públicas, un oasis acústico en medio del incesante parloteo que inundaba Madrid. El silencio y los amplios espacios eran prerrogativas de los poderosos, se dijo Husky con acritud.

La entrada del callejón de los Sintientes estaba adornada por una gran estatua de Koko, la famosa gorila que, cien años atrás, antes de que los grandes primates fueran incluidos en el Género *Homo*, dominó el lenguaje de signos y se convirtió en una heroína para su especie. Husky rodeó el monumento y se adentró en el callejón, que en realidad no era más que un pequeño pasaje ajardinado entre dos torres. Albergaba un único edificio, uno de los pocos que habían sobrevivido a la piqueta de los especuladores. Era una estructura octogonal de ocho plantas, un típico ejemplo del estilo geómetra que tan de moda estuvo a mediados del siglo XXI. Su brillante superficie de vidrio cromático, ahora oscurecida para filtrar la luz del ardiente sol de la mañana, semejaba azabache. Tras un momento de duda, Bruna se dirigió hacia lo que parecía ser la

puerta, aunque en los edificios geómetras nunca se sabía, y, para su alivio, cuando se acercó a la pared vidriada, uno de los cientos de triángulos que formaban el gran octógono se abrió automáticamente, dejando expedita la entrada a un vestíbulo que recordaba más al de un hotel de cinco estrellas que a un centro médico.

—Buenos días. Vengo a visitar a una de sus pacientes —dijo Bruna al chico que estaba en recepción, intentando sonar lo más natural posible pese a su envergadura, su tatuaje y sus ojos de cobra.

El humano la miró de arriba abajo mientras Husky se arrepentía de haberse vestido con un ropaje militar tan agresivo.

—No todos nuestros huéspedes pueden ser visitados, y además necesitaré consultar con el supervisor de día y ahora está ocupado —dijo, reticente y claramente dispuesto a seguir amontonando dificultades.

—Bueno, no me importa esperar a que se desocupe… —contemporizó la detective con su mejor sonrisa—. Se trata de Ángela Gayo.

El nombre de la mujer tuvo el efecto fulminante de un conjuro. El recepcionista se demudó y saltó de su silla como sacudido por un calambre.

—¡Espera aquí! —ordenó, antes de desaparecer corriendo por una puerta.

Bruna estaba considerando la posibilidad de colarse en el edificio cuando el joven regresó acompañado de una mujer madura que tenía implantado un tercer ojo, ese visor prodigioso que al parecer era un potentísimo microscopio y también un instrumento de análisis por medio de rayos infrarrojos, ultravioletas, gann y T; además, el cacharro almacenaba y comparaba los datos obtenidos a una velocidad petafulminante y los resultados podían proyectarse a voluntad directamente sobre el nervio óptico. Era un artefacto carísimo y sólo lo usaban los investigadores más relevantes. Se había convertido en una especie de marca visible de la excelencia científica.

—Soy la doctora Carlavilla, directora del CRGM. ¿Quién eres y por qué quieres ver a Ángela?

Su tono era perentorio. El tercer ojo llevaba una cubierta

protectora semiorgánica, una membrana opalina que parecía palpitar y estremecerse en mitad de su frente. Resultaba bastante perturbador. La androide decidió ser sincera:

—Soy Bruna Husky, detective privada. Estoy investigando la desaparición de un policía. Hace dos días recibió un paquete anónimo que contenía un rectángulo de piel humana que llevaba tatuado su propio nombre. El nombre de Paul Lizard, así se llama. Y creemos que el pedazo de piel pertenece a Ángela Gayo.

A la rep le pareció que el plural de *creemos* le conferiría más autoridad. La doctora cerró por un instante sus tres ojos, o al menos el tercero también pareció opacarse durante medio segundo. Luego suspiró.

—Creo que será mejor que hablemos con calma. Ven a mi despacho.

La androide siguió a la mujer hasta una habitación de mediano tamaño amueblada con dos cómodos sofás blancos, una mesa de trabajo con su silla y un muro cubierto de archivadores. Enfrente, un enorme triángulo de cristal se abría sobre el jardín. Hubiera sido un espacio sobrio y agradable de no ser por el espantoso color rosa chillón con que estaban pintadas las paredes y el techo.

—Es relajante —dijo la doctora con sequedad.

—¿Perdón?

—La pintura rosa. Se ha demostrado que calma, tranquiliza y reduce la agresividad de las personas. Quizá las haga sentirse transportadas al útero materno. Y ahora cuéntame todo lo que sabes, por favor.

No era mucho, de manera que Bruna acabó enseguida. Por supuesto, no dijo nada de sus pesquisas sobre los padres de Lizard ni del supuesto centro cultural llamado Mosca. Tras escuchar su relato, Carlavilla permaneció unos segundos callada y pensativa; en la membrana de su frente se agitaban sutiles sombras, como diminutas nubes atravesando un cielo lechoso.

—Ángela Gayo no está aquí —dijo al fin—. Se fugó hace cuatro días. Llevaba dos años con nosotros y creíamos que estaba más o menos estabilizada. Nos engañó. Es muy inteligente, cosa normal en este lugar. Tiene una mente matemática prodigiosa y es un genio de la computación. Así consiguió huir, alterando, aún no sabemos bien cómo, todos los códigos de seguridad del edificio y desbloqueando

las puertas. Unos días antes había participado con otros internos en una salida programada; los llevaron a un multiocio cercano y se tatuó el nombre de Paul Lizard en un descuido de los monitores. El inspector Lizard salía mucho en las pantallas en esos momentos con motivo del atentado de Madrid y Ángela se obsesionó con él. Estaba todo el día pendiente de los informativos para verle. Creía haberse enamorado.

—¿Y no se te ocurrió que había que avisarle? ¿No se te ocurrió llamar a la policía? —se crispó Husky.

La cubierta protectora del ojo implantado se descorrió. Abierto era aún mucho más inquietante. Una pupila ciega que lo veía todo.

—Dio la casualidad de que yo me encontraba en Canberra en un congreso. Regresé después de que Ángela se fuera. Y no, de todas maneras no hubiera avisado al inspector. No era la primera vez que hacía algo así y no suponía ningún peligro para nadie. Pero de haber estado yo aquí quizá no se habría fugado, porque el tatuaje era una clara señal de recaída y habríamos tomado medidas especiales.

—¿Que no suponía ningún peligro, dices? Lizard ha desaparecido.

—Dudo mucho que su desaparición sea por culpa de ella.

—¿Eso piensas? ¿No te parece una coincidencia demasiado increíble? Como sabes, Lizard dirige el grupo antiterrorista encargado de investigar el atentado. ¿Y si Ángela está compinchada con el EJI?

—Imposible. Ángela no puede tener nada que ver con los Ins porque lleva dos años encerrada aquí. Ni siquiera la visitaba nadie, porque carece de familia. No tenía contactos con el exterior.

Bruna frunció el ceño. Estaba frustrada e irritada, pero no ardía de furia, como hubiera sido lo normal en ella. Suspiró y se recostó en el confortable sillón. El verdor que se veía a través del ventanal combinaba bien con el rosa intenso de las paredes. Quizá fuera verdad. Quizá, después de todo, ese color propiciara el sosiego. Pero no a ella. A ella no. Bruna no había nacido de mujer. No guardaba ninguna memoria de esa protectora, carnosa caverna maternal. Tres años, tres meses y trece días. La conocida serpiente de la rabia volvió a levantar la cabeza en su interior.

—Han desaparecido los dos a la vez. No me puedo creer que sea

casual. Y dado que en este centro parece haber bastante descontrol, no sé cómo puedes asegurar que no ha tenido contactos con el exterior.

Lo dijo despectiva y cruelmente, con deseo de herir, pero la doctora permaneció impasible, sus tres ojos fijos y quietos sobre la detective. Bruna suspiró.

—Necesito que me des todos los datos que sepas de Ángela Gayo. Tengo que encontrarla.

—Yo también quiero encontrarla. Fuimos a su casa, posee un pequeño piso en propiedad, había ganado bastante dinero antes de ser internada: como te dije, posee un dominio absoluto de la tecnología computacional. Pero no ha aparecido por allí. No sabemos dónde está.

—¿Y aquí no tenía amigos? ¿Compañeros del centro con quienes pudiera haberse confiado?

La doctora hizo un extraño gesto con la boca, algo a medio camino entre una sonrisa y un mohín severo.

—A decir verdad, sí. Era inseparable de dos hermanas gemelas que son unas pianistas extraordinarias.

—Quiero verlas, quiero hablar con ellas —exigió Husky.

Ahora la sonrisa de la doctora era evidente:

—Oh, sí. Desde luego puedes verlas. Lo que no tengo tan claro es lo de hablar.

12

Bruna resopló, exasperada. El silencio pesaba sobre sus cabezas como una manta mojada. Las hermanas Sarabia, Nina y Nena, la miraban con ojos redondos y plácidos, tan vacuos como los de las terneras. Estaban de pie, agarradas de la mano como niñas modosas, aunque debían de tener unos sesenta años. Sin operar. Eran palidísimas, casi transparentes, de rasgos borrosos, muy delgadas y con el esqueleto lleno de esquinas. Unas túnicas blancas y flotantes las desdibujaban aún más. Las lacias melenas rubias, partidas por una raya en lo alto del cráneo, les llegaban hasta casi las rodillas. Parecían unos extraños insectos peludos, libélulas con cabello en vez de alas.

—¿No queréis contarme lo que sabéis de vuestra amiga? Tenemos que localizarla. Es por su bien —insistió la androide, cada vez con menos convicción.

Ni un parpadeo en sus descoloridos ojos azules. Ni señal de haber sido tan siquiera oída.

—Ya te he dicho que no hablan jamás —intervino la doctora Carlavilla—. Sólo se comunican a través de la música, e incluso eso sólo lo hacen con muy pocas personas. Ángela era una de ellas, mejor dicho, era la única que se entendía de verdad con las Sarabia. Ellas tocaban y Ángela respondía por medio del teclado de alguno de los pianos.

En la habitación de las hermanas, muy amplia pero sin ventanas, había dos relucientes pianos de cola unidos y enfrentados el uno al otro, de manera que las Sarabia podían mirarse a los ojos mientras interpretaban una pieza.

—Pero me has dicho que Ángela era matemática, no música.

Carlavilla enarcó las cejas y la miró, burlona.

—Por supuesto. Y la matemática es música, o más bien al revés. En la antigua Grecia, la música era considerada la expresión artística de las matemáticas… Y en la Edad Media la música formaba parte de las artes del *Quadrivium*, junto con la aritmética, la geometría y la astronomía… O sea, formaba parte de las ciencias. «La música se ocupa de los números sonoros», dijo Zarlino, un compositor del siglo XVI… En fin, Ángela nunca estudió música, pero no sólo posee oído absoluto, sino que además es capaz de tocar cualquier serie de notas al piano con una facilidad inexplicable. Y así se entendían… Las Sarabia interpretaban una melodía relacionada con la sección áurea, por ejemplo, y Ángela respondía, digamos, con una secuencia Fibonacci…

Bruna la miró con tal cara de estupor que la doctora se rió.

—Me refiero a que tocaban notas musicales ordenadas conforme a unos patrones matemáticos… y eso es un lenguaje. Muy complicado, desde luego. Ni yo era capaz de entenderlas, aunque también soy superdotada. A menudo, Ángela nos servía de traductora de las hermanas.

—¿Y no hay ninguna otra manera de llegar a ellas? —preguntó la androide con desaliento.

—Bueno, en ocasiones Nina y Nena han consentido en comunicarse con nosotros por medio de un código muy simple: les preguntamos lo que queremos saber en un formato binario, y ellas contestan con el acorde de Tristán para decir que sí y con el acorde Prometeo para decir que no. Quiero decir que responden con unos sonidos predeterminados —se apresuró a explicar la doctora ante la expresión de la rep—. Pero desde que desapareció Ángela se han negado incluso a eso. Están totalmente aisladas en su mundo.

Bruna las observó en silencio. Seguían sin moverse, imperturbables. Pero, tras su aparente tranquilidad, la androide empezó a advertir pequeñas señales: los nudillos de sus dedos entrelazados se veían blanquecinos por la tensión y ambas permanecían arrimadas al muro, muy erguidas y pegadas a la pared, lo más lejos posible de los visitantes, como ansiosas de huir de este cuarto bonito y espacioso que, a pesar de todo, era una cárcel.

—Su madre murió cuando nacieron, quizá asesinada por el padre. Nunca se llegó a saber. El tipo creía tener la fórmula para

crear a un genio y quería pasar a la historia por ello. Encerró a las niñas en un sótano sin ventanas, completamente aisladas, y jamás les habló. Sólo disponían de dos pianos para expresarse. Cuando las rescataron tenían catorce años. Consiguieron dominar el alfabeto y llegar a entender el lenguaje, pero no pudieron aprender a utilizarlo —dijo lenta y sombríamente la doctora.

Bruna se horrorizó: los humanos y sus ambiciones demenciales. Sangrientas, crueles ansias de gloria.

—¿Y qué pasó con el padre?

Carlavilla suspiró.

—Escapó. Nunca lo encontraron.

Por supuesto. Ni el mal tenía castigo ni el bien premio, rumió la androide, que era una criatura proclive al pesimismo. Pobres Sarabia: continuaban cogidas de la mano y habían empezado a temblar. Husky se sintió como una torturadora.

—¿Qué les pasa?

—Siempre tienen miedo —contestó la doctora—. Sólo la música las calma.

La androide sonrió.

—Pues les daremos música.

13

Le costó convencer a Mirari y a Maio para que vinieran al CRGM, y no porque se negaran a ayudarla, sino porque tenían una función a las nueve de la noche y eran las 17:30 de la tarde. Pese a su maltrecha economía, Husky les ofreció un taxi de ida y vuelta: no podía perder ni un instante en su desesperada búsqueda de Lizard. Mirari era una falsificadora veterana y hábil: Husky había utilizado sus servicios en más de una ocasión. Pero en su vida legal, Mirari trabajaba como violinista en el Atom, un circo de ínfima categoría. También allí trabajaba Maio, que era un *bicho*, uno de los pocos alienígenas que vivían en la Tierra. Estaba exiliado del planeta Omaá y era ambalo, es decir, virtuoso del amb, una especie de flauta de su cultura. Bruna había conocido a Maio en su propia cama, cuando se despertó junto a él tras una noche loca de oxitocina y niebla. Aún recordaba su sobresalto y su desasosiego ante la idea de haber hecho el amor con un ser tan ajeno y tan traslúcido, pero Maio era un buen tipo y además, como le dijo Oli, «¿quién no se ha acostado alguna vez con un marciano?». Después de aquello, Mirari y él habían intimado de forma sorprendente hasta convertirse en pareja; el *bicho* se incorporó a la plantilla de músicos del Atom, y desde entonces el circo estaba teniendo mucho más éxito. Un ambalo era una delicada rareza que todo el mundo deseaba ver.

Llegaron a las 18:00 en punto causando la sensación habitual. El chico de recepción se quedó sin habla y enseguida se formó un corrillo de enfermeros y personal administrativo en torno al enorme Maio y a sus brazos tornasolados y medio transparentes. El resto del cuerpo, gracias a todas las especies, lo llevaba cubierto con una camiseta y unos pantalones negros, con lo cual se ahorraron ver

todos esos intríngulis palpitantes y rosados que tenía por ahí dentro.

Los condujeron de inmediato a la habitación de las Sarabia, que seguían adosadas a la pared como moscas rubias. Nadie dijo nada, porque había un lenguaje mucho más poderoso. Mirari se pasó los cinco primeros minutos apretando y calibrando los tornillos de su brazo biónico con un pequeño destornillador, y luego sacó parsimoniosa su violín del estuche, un Steiner austriaco del siglo XVII. Tenía un violín magnífico y una prótesis metálica cochambrosa y casi tan antigua como el instrumento. Había perdido el brazo en un salto de teleportación y por eso ahora completaba sus ingresos falsificando identidades para pagarse algún día un carísimo brazo de primera clase. Como el que Bruna tenía: indetectable hasta por ella misma, se dijo la androide, abriendo y cerrando con orgánica suavidad su mano izquierda, totalmente mimetizada con la carne real gracias a los tejidos artificiales cultivados en laboratorio. Era tan perfecto que la rep hasta solía olvidar que se había tenido que amputar ella misma el antebrazo unos meses antes para salvar la vida. Fue un momento atroz y dolió mucho.

Maio también había sacado su amb, una especie de vara de madera o de algo parecido a la madera con estrías a todo lo largo. Se la colocó en los labios: la soplaba transversalmente, como las armónicas. La violinista y él ni siquiera tuvieron que mirarse: de pronto la música empezó a brotar de una manera al principio casi inaudible, como una vibración de las propias vísceras, como un temblor ligerísimo del mundo. Era el amb, con su sonido líquido y sensual, unas notas inefables que más que escucharse te atravesaban la piel.

Entonces Nina y Nena se transformaron. Se despegaron del muro y parecieron encarnarse. Antes eran espíritus y ahora regresaban a la vida: los ojos se les fueron llenando de expresión y los cuerpos, de autonomía y decisión. A los seis o siete minutos de estar tocando la violinista y el ambalo, las Sarabia corrieron al unísono, excitadas como niñas, a las butacas de sus pianos. Sostuvieron un instante las manos en el aire, cuatro estrellas blancas ansiosas de volar, y luego, con perfecta simetría, cayeron a la vez sobre los teclados.

Y el tiempo se detuvo.

Los cuatro tocaron, improvisando pero perfectamente conectados, la música más hermosa que Bruna jamás había

escuchado. Algo que ya no era música, sino el ritmo mismo de la vida, el susurro tenaz del Universo. Tocaron y tocaron mientras Carlavilla y Husky, las únicas personas presentes, se olvidaban de respirar y de su propio nombre. Hasta que, de repente, el brazo de la violinista se trabó; un chirrido cortó ese fluir sublime y la ley de la gravedad funcionó de nuevo. El tiempo reapareció y, con él, la muerte. Tres años, tres meses y trece días.

—Maldita sea… —susurró Mirari, echando la cabeza hacia atrás. Y luego añadió—: Pero no importa.

La violinista estaba llorando, advirtió la androide con sorpresa: ¡la dura y estoica Mirari! Entonces se dio cuenta de que también lloraban las Sarabia y Carlavilla. Por el gran Morlay, ¡ella misma tenía las mejillas mojadas! ¿Y era una lágrima omaá eso que brillaba en la mirada de Maio?

El resto fue relativamente sencillo. Mirari propuso a Nina y Nena distribuir las letras del alfabeto en las notas de cuatro octavas, empezando por la más aguda del piano, y las hermanas contestaron a todas las preguntas con amabilidad y diligencia. Apreciaban mucho a Ángela y ella deseaba ser libre, por eso la ayudaron. Ellas, en cambio, no querían abandonar su precioso cuarto sin ventanas; eran felices aquí, con sus pianos. No sabían dónde estaba la fugitiva, pero Nina le había cambiado a Ángela su chapa de identidad. Aquí ella no la necesitaba y Ángela quería pasar inadvertida. Y, por favor, ¿volverían la violinista y el ambalo alguna otra vez para tocar con ellas? Mirari y Maio se lo prometieron.

Bruna aprovechó el taxi de regreso de sus amigos y desde el circo se dirigió en un tram a la comisaría. Las pantallas públicas estaban escupiendo furiosas y confusas noticias, más estruendosas y aturdidoras que nunca. El plazo de la presidenta Guang se había cumplido, tropas de los EUT se habían teleportado a Ceres, algunos hablaban de enfrentamientos en el planeta enano, otros de una tensa calma de los dos ejércitos frente a frente, nadie sabía a ciencia cierta cuál era la situación real. De pronto, cuando Bruna ya estaba llegando a su parada, todas las pantallas se apagaron. Volvieron a encenderse a los treinta segundos; los periodistas, histéricos, chillaban que estaban emitiendo por la vía de emergencia. Al parecer había habido un atentado en el nodo principal de la empresa de pantallas. ¡Con muertos!, aullaban los comentaristas,

¡un atentado Ins! Bruna resopló: los medios de comunicación siempre triplicaban su dramatismo cuando ellos eran las víctimas.

Entonces apareció ese tipo. Edad indefinida y un aspecto extraño. Las cejas demasiado altas, curvadas y finas como un dibujo de tinta, le daban una apariencia de perpetua sorpresa, o tal vez de burla. Vestía por completo de negro, con un jersey de cuello vuelto hasta la barbilla, y su cabello, negro y cortado a cepillo, se pegaba a su cráneo como un guante. Había algo afectado y artificioso en él. De repente se había materializado en todas las pantallas.

—Buenas noches, amigos. Me llamo Jan Lago y, como vosotros, soy un ciudadano de los EUT muy preocupado por la situación de nuestro mundo. Estoy seguro de compartir también con vosotros la certidumbre de encontrarnos en el momento más crítico que ha vivido hasta ahora nuestro joven Estado Unificado, así como la desconfianza ante unos dirigentes que no sólo no parecen estar a la altura de las circunstancias, sino que se diría que nos están llevando a la catástrofe. La falta de autoridad moral y real del Gobierno de la señora Guang ha hecho que unos terroristas que hasta ayer no eran más que un grupúsculo residual se hayan convertido en una grave amenaza, y nuestra debilidad es tan notoria que Cosmos, uno de los mundos flotantes, ¡una plataforma orbital, apenas un puñado de chatarra en el espacio!, se ha atrevido a humillar a la Tierra. ¡Nada más y nada menos que a la Tierra!

Nada más y nada menos que a la Tierra. Eso mismo había dicho el general Lino en aquella entrevista con Ovejero. Todos apelaban a los mismos bajos instintos, pensó Bruna.

—¡Tenemos que dar una respuesta firme, una respuesta unida, una respuesta a la altura de nuestra historia! Y tenemos que imponer el orden en nuestras calles, en nuestras ciudades. ¡Ni un muerto más por el terror! ¡Basta de indefensión! Amigos, sé que compartís conmigo todas estas inquietudes. Soy igual que vosotros, exactamente igual, salvo en un detalle. Yo tengo dinero. Tengo mucho dinero. Tanto como para haber pagado estos minutos de las pantallas públicas, que os aseguro que, en esta ventana de máxima audiencia, son carísimos. Y si estoy haciendo esto, si estoy saliendo del confort de mi vida privada y de la absorbente dirección de mis empresas, porque os diré que todo mi dinero me lo he ganado yo, desde el primer hasta el último ge. Y si he abandonado mi vida de

ciudadano anónimo, repito, que es la que de verdad me gusta, es por sentido de la responsabilidad, responsabilidad con la sociedad, con vosotros, conmigo mismo, con el mundo, ¡con nuestros hijos! Nuestra nación se hunde, pero yo sé cómo salvarnos. Tengo varias ideas, presidenta Guang, y hoy expondré la primera: ofrezco comprar Ceres. Yo me encargaré de la defensa del planeta enano y lo conservaré para el uso de los ciudadanos de la Tierra. Quién sabe, tal vez con el dinero de la venta nuestro patético Estado en bancarrota pueda pagar una policía lo suficientemente profesional como para desmantelar al EJI. Buenas noches, amigos. Y hasta muy pronto.

Las pantallas recuperaron su guirigay habitual. Husky miró alrededor: todo el mundo había estado prendido del discurso. Igual que ella, por otra parte: al bajarse del tram se había quedado quieta escuchando a Jan Lago. Desazonante sujeto, turbador mensaje.

Entró en la comisaría con los pensamientos revueltos. Preguntó por Kai, la tecno colega y quizá amante de Lizard, y, por fortuna, estaba en la Brigada. La inspectora salió enseguida.

—¿Qué ocurre?

—Te propongo un trato —dijo Bruna—. Creo que puedo darte información, pero para eso tienes que compartir la tuya conmigo.

14

Si Bruna había ido a la comisaría era porque ellos disponían de los recursos necesarios para rastrear de manera instantánea y eficaz la chapa de identidad de Nina. Y, en efecto, apenas tardaron dos minutos en encontrar dónde se había utilizado por última vez: en el alquiler de un microapartamento de la zona vieja de Madrid.

El operativo se montó de manera inmediata. Como subjefa del grupo antiterrorista, Kai logró que se aceptara la presencia de Bruna, aunque la obligaron a ponerse una coraza y le ordenaron mantenerse en todo momento detrás del grupo de asalto. Eran seis: dos tecnos y cuatro humanos.

El edificio colmena estaba cerca de la plaza de Callao, en la zona de la ciudad más destruida por las Guerras Robóticas. Un siglo antes había sido un barrio céntrico, pero ahora era un oscuro laberinto de míseras construcciones de realojo para los desplazados, viejas naves industriales y las colmenas más baratas de Madrid. La que ellos buscaban estaba junto a un *moyano*, los siniestros crematorios de androides. La oscura chimenea se elevaba en la noche por encima de la irregular aglomeración de tejados, y de ella salía ahora mismo un humo blanco. Bruna se estremeció: ahí o en un sitio parecido acabaría ella. Tres años, tres meses y trece días.

Por no tener, la colmena no tenía ni siquiera puerta en el portal. Es decir, sí la tuvo algún día, pero ahora estaba arrancada de sus goznes y apoyada contra la pared. Por lo demás, el vestíbulo era como el de todos estos edificios, enorme y con una treintena de ascensores, varios en funcionamiento cuando entraron. Había gente esperando y, para ser casi las once de la noche, bastante movimiento, lo normal teniendo en cuenta que entre los trece pisos había mil trescientos microapartamentos, a cien por planta. Pero

ese movimiento de hormiguero se convirtió en una loca carrera en cuanto el equipo de asalto apareció: los que bajaban en los ascensores volvieron a cerrarlos y a subir, y los que estaban aguardando salieron disparados como pollos sin cabeza hacia cualquier lado. Los policías se dividieron: dos quedaron abajo con los subfusiles de plasma armados, y los otros cuatro, seguidos por Bruna, utilizaron las escaleras.

Era el número 551, en el quinto piso. Se trataba de una colmena bastante antigua y eso se notaba en las puertas; las hojas, de mala calidad y poco aguante, habían sido reforzadas por los inquilinos de diversas maneras con el paso del tiempo. Algunos habían puesto una reja y otros, barras de acero o de metacrileno. Las había con modernos sensores de movimiento pero también con primitivas cadenas y candados, e incluso uno había colocado una parrilla eléctrica con un letrero de «peligro, alto voltaje». La 551 era de las menos fortificadas, apenas una línea de cerraduras de seguridad; se notaba que era un microapartamento rotatorio, de los que sólo se alquilaban por pocos días.

No se oía nada. Asomaron por un instante la cara unos vecinos, se aterraron, cerraron. Los policías se miraron, Kai hizo una señal con la cabeza y empezó la vorágine. Dos disparos de plasma reventaron las cerraduras y en cinco segundos estaban todos dentro: tomar un habitáculo que tan sólo medía doce metros cuadrados era muy fácil. Los sentidos genéticamente potenciados de Bruna, activados en el modo de máxima alerta, le permitieron observar la escena del asalto con una calma espectral y con un detenimiento capaz de ralentizar la noción del tiempo. Vio el microapartamento, compacto y polivalente, más parecido a la cabina de las antiguas lanzaderas espaciales que a una vivienda; y dentro de ese angosto espacio estaba incrustada Ángela, como un mejillón en su concha, mirando una pantalla. Una mujer insignificante y descolorida, más sorprendida que asustada, más desvalida que violenta. No es ella, intuyó Husky, mientras sentía que le daba un vuelco el corazón, no es ella la culpable.

En dos minutos la inquilina estaba asegurada con las esposas inhibidoras y los policías habían verificado su identidad. Ángela permanecía muda, estupefacta.

—¿Dónde está Lizard? —preguntó Kai.

—Nunununununununu… —se atrancó la pequeña mujer.

—¿Qué? ¡Contesta!

—Nunununununca quiso ververververme. Ni sisisisiquiera quiso conononononocerme. Lelele escribí, lelele llallallamé… —balbució Gayo.

—¿Dónde está?

—¡No lo sé!

Uno de sus brazos estaba vendado, sin duda el fragmento de piel había sido arrancado de ahí. Pero en el otro brazo había más heridas. Feas cicatrices ya curadas. En una pequeña barra sobre la microscópica tina había dos horrorosas bragas de mujer que parecían puestas a secar. Sobre una balda lateral, otro portátil, además del que la mujer estaba usando. Husky echó un vistazo a la pantalla que Ángela había estado leyendo. Era un texto de letra apretada, un informe o quizá una novela: *Cumbres borrascosas*, Emily Brontë. Ni idea. Le preguntaría al viejo Yiannis.

En ese momento uno de los policías humanos soltó un grito:

—¡Mirad!

Estaba contemplando algo en su móvil que enseguida pasó a proyectar en modo holográfico. La imagen, a un tamaño de un metro por un metro, mostraba a tres individuos con capucha roja. Uno de ellos hablaba con voz distorsionada por un modulador:

—… Pero como sólo entendéis el lenguaje de la represión y de la fuerza, utilizaremos vuestras mismas armas, y os demostraremos que somos mucho más poderosos que vosotros.

En ese momento, los encapuchados se apartaron y dejaron ver, a sus espaldas, una línea de hombres y mujeres de rodillas y con las manos sujetas a la espalda, probablemente con un cepo electrónico. La cámara empezó a enfocar sus rostros de uno en uno mientras la voz distorsionada seguía hablando:

—Ésta es una guerra… La guerra contra el abuso y la explotación. Y la vais a perder, porque la verdad está de nuestro lado.

En imagen se veía el rostro tenso y preocupado de una humana pelirroja de unos cincuenta años. Desde detrás de ella aparecieron dos manos enguantadas también de rojo; una sujetó y alzó la barbilla de la mujer, y la otra empezó a cortarle el cuello con un cuchillo.

—¡¡¡Por todas las especies!!!

—¡¡¡Me cago en el puto orbe!!!

Un clamor de horror se alzó en el pequeño grupo que abarrotaba el microapartamento, mientras la mano seguía cortando, demasiado lentamente, con dificultades, y la víctima se retorcía y chillaba de modo insoportable, hasta que el alarido se convirtió en un estertor gorgoteante. Chorros de sangre tridimensionales parecieron caer sobre los pies de los policías y al fin la pelirroja se derrumbó con la cabeza bamboleante, casi por completo seccionada. Otro de los encapuchados se apresuró a agacharse sobre ella, seguramente para terminar el trabajo. La cámara mostró de uno en uno a los demás rehenes: rostros en *shock*, aterrorizados, ensombrecidos, enfurecidos, derrotados. Quedaban trece.

El primer individuo volvió a dirigirse a la audiencia:

—Exigimos que pongáis en libertad a todos los Ins que estén encarcelados o detenidos en los EUT. Tenéis veinticuatro horas para hacerlo. Si no cumplís esta petición, mañana degollaremos a otro más y añadiremos una nueva demanda a la lista. La vida de vuestros perros será cada día más cara. Y para cuando acabemos con todos ellos, ya tendremos otros prisioneros. Esto no ha hecho más que empezar. ¡Por la libertad! ¡Por la igualdad! ¡Por la justicia! ¡Sangre por sangre! ¡Viva el EJI!

La imagen se apagó. Hubo un silencio aturdido, consternado. El silencio global de un planeta herido.

El quinto por la derecha era Lizard.

15

Los catorce rehenes habían sido secuestrados en diversos lugares de la antigua Europa y todos formaban parte de los operativos contra el EJI: eran policías o soldados. La mujer degollada, una irlandesa, era la única jueza de instrucción del grupo, el puesto de responsabilidad más alto entre todos ellos. Probablemente por eso tuvo la desgracia de ser la primera. De inmediato se tomaron medidas en los EUT, se asignó escolta a los magistrados y a los cargos políticos, se ordenó a los cuerpos de seguridad que activaran el protocolo de riesgo en su nivel máximo. Sin embargo, en las primeras cuatro horas tras la ejecución se constató la desaparición de al menos otros seis agentes, tres en la zona americana y tres en Asia.

El mensaje de los terroristas se había difundido en todas las pantallas públicas del mundo de manera simultánea. Se había colado en el sistema de una manera que los expertos de la policía todavía no habían conseguido entender y aún menos rastrear. Se trataba de una auténtica proeza tecnológica, porque las pantallas públicas (que, pese a llamarse así, eran negocios privados y cobraban por subir las imágenes) pertenecían a miles de empresas diferentes en los EUT, de modo que el EJI había tenido que *hackear* todas ellas. Husky había visto las imágenes decenas de veces, tantas que la carnicería llegó a perder su sentido y se convirtió en algo banal; pero cada vez que pasaba por el rostro sombrío de Lizard seguía experimentando el mismo pellizco. El estudio de la longitud de los brazos de los tres encapuchados, comparada con la medida aproximada de sus cabezas, mostraba que dos de ellos eran de tamaño y envergadura más bien pequeños. Sobre todo el verdugo, a juzgar por sus manos. Adolescentes, lo más probable. El fondo era

una pared lisa de un material metálico. Podría ser un laboratorio, una fábrica, un silo. La luz era artificial. O bien se encontraban en un lugar totalmente cerrado, o bien en una zona horaria en la que en ese momento era de noche. La rep sabía que la escena se había emitido en directo y sin manipulaciones. Y también sabía el nombre de todos y cada uno de los condenados a muerte, además del inspector. ¿Cuánto tiempo le quedaba a Paul? ¿Cuándo lo elegirían? Una vez, en Potosí, durante sus dos años de milicia, en una época especialmente dura, los mandos humanos del escuadrón, que estaban muy borrachos, se pusieron a jugar a la ruleta rusa con sus pistolas de plasma. Eran tres, y uno de ellos, el capitán, un malnacido psicópata. Hubo una primera ronda sin víctimas en la que Bruna estuvo deseando todo el tiempo que fuera el capitán quien se reventara la cabeza. Pero al final no pasó nada, porque alguien había avisado a la teniente coronel y los tres acabaron en el calabozo. Ahora la muerte danzaba otra vez en una ruleta rusa que nadie sabía cómo detener. Con suerte, con muchísima suerte, disponía como mucho de trece días.

Con autorización del juez, que había aplicado la ley antiterrorista, le habían inyectado zenthotal a Ángela Gayo. Lo que declaró la detenida bajo los efectos de la droga de la verdad había sido exactamente lo mismo que había dicho en la colmena cuando la detuvieron, y todo era consistente con los datos que tenían sobre ella. Increíblemente, el envío del pingajo de carne y la desaparición de Paul no guardaban ninguna relación y habían sido una simple coincidencia. Hablaron con la doctora Carlavilla, a la que despertaron, y ella corroboró una vez más sus suposiciones:

—Por supuesto que Gayo no ha hecho nada, ya se lo dije a Husky. Lleva dos años internada en nuestro centro. Y no es la primera vez que se ha mutilado. Por desgracia para Ángela, todo empezó cuando un vecino fue amable con ella. No estaba acostumbrada a ser tratada con simpatía y se desequilibró. Se enamoró de él. Le aterrorizó. A partir de entonces empezó a arrancarse la piel.

Le habían contado cinco cicatrices más, en los brazos, los antebrazos, los muslos. Pobre idiota. ¡Si ni siquiera había visto en persona a Lizard!

Ángela había usado como identificación una chapa civil que no

era la suya, lo cual era un delito. En algún momento habría juicio y multa, pero por ahora Kai le pidió a Bruna que devolviera a Ángela al CRGM, mientras ellos se encargaban de seguir investigando. Aunque la detective estaba segura de que no tenían ni puñetera idea de por dónde tirar.

—Cógete un taxi y pásanos el recibo luego.

Cuánta generosidad, bufó la rep. Saliendo de comisaría sacó dos cafés del expendedor y tendió uno a Ángela.

—Nonononono. Gragracias. Nononono tomamos.

Bruna supuso que el plural era una referencia a la comunidad de chiflados en la que vivía. La androide sacudió los dos cubiletes para calentar el brebaje y se los bebió uno tras otro. Su estómago gimió: cayó en la cuenta de que llevaba veinte horas sin comer ni dormir. Eran las seis y media de la mañana y empezaba a amanecer. Tres años, tres meses y doce días.

Cuando entraron en el taxi, la rep se recostó y cerró los ojos. Quizá lograra echar una cabezada mientras llegaban a Vallecas. Después no tendría tiempo.

—Yo puepuepuepuedo… —susurró Gayo a su lado.

Bruna no hizo caso. Dormir. Dormir.

—Yo puedo. Creo que puedo. Sé que puedo. ¡Yo puedo descubrir la manera en que entraron en las pantallas públicas! —dijo de un tirón.

Por el gran Morlay.

—Ángela, eso es lo que están buscando ahora mismo todos los expertos de computación de los EUT. ¿Tú te crees más lista? —gruñó la androide, arrancada a su pesar de su grata somnolencia.

—Yoyoyoyoyo soy una dededede esos experperpertos. Antes trababababajaba cococomo infoinfoinformática. Yo puepuepuedo rastrearlos. No memememe lleves al centro, por favor. Puepuedo ayudarte.

La frente abombada, los ojos demasiado separados, el escaso pelo clareando sobre su cráneo. Parecía un bebé anormalmente grande y viejo. Pero estaba en el Centro de Rehabilitación de Grandes Mentes. ¿Y no había dicho la doctora algo parecido sobre ella? Bruna llamó a Carlavilla; sí, en efecto, corroboró la doctora del tercer ojo: Gayo era un genio informático; sí, por supuesto que podría ayudar a rastrear al EJI, tan bien o mejor que el mejor.

Convencer a la doctora de que dejara provisionalmente a Gayo bajo su tutela fue bastante más difícil. La propia Ángela tuvo que pedírselo con conmovedora elocuencia tartamuda y prometerle a cambio que tomaría todas las medicinas y que hablaría dos veces al día con ella a través del móvil. Bruna tuvo que firmar electrónicamente un documento en el que se responsabilizaba de la mujer, pero en cuanto el taxi las dejó frente a su portal, la rep arrastró a Gayo hasta el piso del archivero, a dos minutos de distancia, para que él la cuidara. Pobre Yiannis: le iba llenando la casa y la vida con todas las criaturas de las que ella se hacía cargo de forma irreflexiva.

Mientras Yiannis, ayudado por un entusiasmado Bartolo, cocinaba un copioso desayuno para todos, Bruna fue a su casa, en donde recogió las medicinas de Gayo, que Carlavilla acababa de mandar con un robot mensajero, y su pequeña pistola de plasma, que guardaba escondida detrás del horno. Cuando volvió con los demás, Ángela ya había montado su centro de trabajo con la pantalla principal de Yiannis y los dos portátiles que la mujer se había llevado al microapartamento (en uno de ellos la pillaron leyendo esa cosa, ¿cómo se llamaba? ¿Picos Tormentosos?).

—Me tomará algún tiempo —dijo Gayo con perfecta dicción, lanzando a la rep una mirada seria e intensa.

—Ya supongo.

Bruna estaba devorando los huevos, el arroz y las algas fritas que había preparado el archivero. ¿Y si los rehenes se encontraran en Cosmos? ¿Y si, como decía aquel general especista en televisión, la Tierra Flotante estuviera ayudando a los EJI? Al parecer, según contaban los pocos terrícolas que habían estado en Cosmos, el lugar era fundamentalmente así, un laberinto de paredes metálicas. Y desde luego proporcionaría a los terroristas un cobijo perfecto.

Una repentina sensación de incomodidad hizo que Husky levantara la vista. Ángela seguía con los ojos clavados en ella. Absortos, ardientes.

—¿Qué miras? —se irritó.

—Ah, yoyoyoyo… nonononono. Es que… eres muy guaguaguapa —dijo con timidez.

—¡Una belleza! Y sobre todo muy simpática —se burló Gabi mientras salía de la cocina.

Enseguida escucharon un retumbante portazo: la rusa, con su delicadeza habitual, camino del colegio.

—Ha mejorado mucho —parloteó alegremente Yiannis con expresión desorbitada: la angustiosa situación debía de tenerle la bomba de endorfinas a pleno rendimiento—. Gabi, digo, ¡ha mejorado muchísimo! Fíjate, ya no tengo que obligarla a ir a clase.

Husky no contestó; estaba mirando en su móvil información cruzada sobre EJI y Cosmos. Algunos periodistas sostenían que en la Tierra Flotante había un campo de entrenamiento para los terroristas en donde recibían formación militar. Y que eran los científicos cósmicos quienes habían sintetizado el nuevo explosivo *Inferno*. Pero todo parecían ser suposiciones sin ninguna base documental. Ah, si pudiera teleportarse a Cosmos… Pero no podía. La Tierra Flotante tenía un escudo impenetrable para los saltos TP. Bruna había estado dos veces en Labari, disfrazada e ilegalmente (en las Tierras Flotantes no estaban permitidos los androides), pero nunca había visitado Cosmos. Podría pedirle una identidad falsa a Mirari e intentar entrar en la plataforma orbital con alguna excusa, pero la crisis de Ceres había hecho prácticamente imposible el acceso. El ascensor espacial, que era el transporte oficial entre la Tierra y Cosmos, estaba momentáneamente cancelado. Había algunas astronaves diplomáticas y otras de carga, pero esa vía era aún más impenetrable. Lizard podía estar atrapado ahí arriba, justo encima de su cabeza, y Bruna no era capaz de llegar hasta él. Qué insoportable frustración.

Tictaqueaban las horas y el día iba creciendo, camino de la siguiente ejecución. La detective se habría dejado caer en la cama, se habría echado a dormir durante tres años, tres meses y doce días, hasta fundir la pequeña muerte del sueño con la muerte inacabable y verdadera, pero no tenía tiempo. Así que, tras torturar su estómago con otros dos cubiletes de café, decidió darse una vuelta por el Mosca.

16

Bruna sólo había encontrado un local público llamado Mosca, y, a juzgar por lo que le había dicho la adolescente de las trenzas, estaba casi segura de que se refería a éste. Mosca, Movimiento Social Comunal Autogestionario, rezaban los anuncios; era un centro cultural que estaba en Getafe, que antaño fue un pueblo y ahora formaba parte de los suburbios de Madrid. En cualquier caso quedaba bastante lejos, y mientras la rep iba cambiando de cintas rodantes y de trams tuvo que soportar el diluvio atronador de las pantallas. Habían localizado a casi todos los familiares de los rehenes y ahora se les podía ver en los diversos canales implorando entre lágrimas a la presidenta Guang que pusieran en libertad a los presos Ins. Estos patéticos mensajes se alternaban con las noticias de la crisis de Ceres: al parecer los ejércitos seguían vigilándose estrechamente, el uno enfrente del otro, sin que la situación avanzara hacia ningún lado. Pero la guerra no declarada en el campo de batalla parecía estarse librando entre los comentaristas, que se insultaban con una agresividad inusitada. Unos sostenían que la presidenta Guang debía dimitir por su catastrófica y cobarde gestión de la crisis y otros respondían que era un genio de la diplomacia y que, fuera de los focos, estaba llevando a cabo una inteligente y eficaz ofensiva política; también había un porcentaje minoritario pero no despreciable de los charlatanes que se referían laudatoriamente a Jan Lago y aconsejaban aceptar la ayuda del magnate. Lo cual daba pie para volver a ver a Lago, con sus arqueadas cejas de tinta china, repitiendo mil veces su oferta de la noche anterior.

El edificio que albergaba el Mosca era cochambroso y raro. Parecía un enorme almacén circular y la parte superior, que

sobresalía de la fachada, estaba apuntalada. El centro cultural sólo ocupaba una cuarta parte del anillo; Husky le dio la vuelta entera y vio que también había una tienda de muebles de segunda mano, un taller de reparación de robots domésticos, una guardería y un restaurante de comida rápida que se llamaba Plaza de Toros. De manera que el edificio, dedujo, había sido una plaza de toros, cosa que indicaba la antigüedad de la construcción, porque hacía ya más de ochenta años que las corridas de toros estaban prohibidas.

El Mosca tenía la puerta abierta y un montón de carteles electrónicos parpadeando en la fachada: «Somos muchos, no estás solo», «Atrévete a cambiar el mundo», «Guang estinka», «Entra y únete», «Policía rakataka»… La gente salía y entraba, en su mayoría adolescentes ataviados con los uniformes de guerra suburbiales, colores chillones, ropas cosidas con grapas, trenzas tiesas, botas con la punta metálica. Husky se acercó con toda naturalidad y accedió al recinto; dentro había un vestíbulo bastante amplio, sillones destripados con gente sentada, una barra de algo parecido a un bar, corrillos de personas charlando. Media docena de puertas se abrían en las paredes: Sala 1, Sala 2, Biblioteca, Auditorio…

—¿Qué haces aquí?

Bruna miró hacia abajo. Era un chico de unos veinte años, fuerte y grande, y aun así la rep le sacaba media cabeza. Llevaba una falda escocesa que dejaba al aire sus robustas piernas peludas. Tenía las mejillas taladradas por dos líneas de clavos. No le quedaban bien. Una pena. Era bastante guapo.

—Estoy entrando y uniéndome —contestó la rep.

—¿Te quieres hacer la graciosa, *muñeca*?

—¿Es por eso por lo que me has parado? ¿Porque soy una rep? ¿Una *muñeca*?

Husky le vio titubear y remachó:

—¿O sea que también vosotros sois de ésos?

El chico sacó pecho:

—No tenemos nada contra los tecnos. Pero tú eres de combate. Sois todos de la bofia.

—Yo no.

—¿No eres poli?

—No.

—¿Y a qué vienes?

—A ver. A conocer. A informarme. Como todos.

El chico la miró durante unos instantes, caviloso y cejijunto, y luego cabeceó dejándola pasar. Ni siquiera le había leído la chapa de identidad. Y no la había cacheado. Claro que Bruna tampoco le hubiera dejado hacerlo: llevaba la pistola de plasma bajo la axila. En fin, eran unos pardillos, unos inocentes. En realidad eran buena gente estos pequeños matones suburbiales.

Así que Husky siguió adelante. Deambuló por el vestíbulo sin que nadie le prestara mucha atención. Se acercó a la barra; vendían bocadillos de pollo, jamón y tortilla. Compró uno de jamón y le dio un mordisco: el pan parecía de goma y el relleno podía ganar fácilmente el primer premio al sucedáneo de medusa más repugnante del año. Tragó con dificultades el bocado y arrojó el resto a la papelera. Su vecina de barra se lanzó a recogerlo. Con el bocadillo en la mano, la chica miró a Bruna escandalizada:

—Qué desperdicio… Cómo puedes…

Comenzó a devorarlo con fruición. Parecía una niña, no más de catorce años, aunque era tan bajita y esmirriada que quizá aparentara menos de los que en verdad tenía. Llevaba las uñas rotas y sucias, y su anticuada túnica tampoco era un prodigio de limpieza. Los zapatos, enormes y pesados, debía de haberlos heredado o quizá comprado de segunda mano en alguna ganga. Seguro que los pies no le llegaban ni a la mitad de la suela.

—¿Vienes mucho por aquí? —preguntó Bruna.

La chica negó con la cabeza mientras masticaba. Luego tragó y dijo:

—Sólo llevo un par de días. Me gusta.

—¿Y qué se hace aquí?

—De todo. Dan clases. Te ayudan. Son buena gente. Y son artistas. Pintan, hacen teatro. Y muchas cosas. Ahora hay un espectáculo —añadió, señalando hacia la puerta que ponía «Auditorio»—. Puedes entrar, es gratis.

En efecto, se escuchaba el retumbar de algo que provenía de allí, así que la rep decidió asomarse. Abrió la puerta con cuidado y se encontró en la parte de atrás de una gran sala con gradas. Al fondo estaba el escenario, iluminado y ocupado por tres muchachos que tocaban kangas, las tabletas musicales.

—«Si te dicen que es por tu bien, ¡no te lo creas!» —cantaban los

chicos a voz en grito.

Y las tabletas repetían, distorsionando el sonido, poniéndole ecos, convirtiendo la frase en una cascada atronadora:

—«¡NO TE LO CREAS! ¡NO TE LO CREAS!».

—«Sólo quieren multiplicar por cien ¡los ges que se llevan!» —seguían berreando los artistas.

—«¡LOS GES QUE SE LLEVAN! ¡LOS GES QUE SE LLEVAN!».

Husky avanzó por el pasillo lateral para tener una visión completa del graderío. Cabrían unas cien personas y ahora mismo estaba medio lleno de un público fundamentalmente juvenil que seguía el ritmo del grupo con los pies y coreaba el estribillo.

De pronto la espalda de Bruna se tensó y todo su cuerpo se puso en alerta antes incluso de ser consciente del porqué. Pero ahí estaba. Sí, ahí estaba. En un extremo de la segunda fila, justo al otro lado. Uno de los chicos desaparecidos. Era el de las orejas de soplillo. Lo miró absorta, sin siquiera parpadear, intentando asegurarse: la sala estaba a oscuras y sólo lo había visto en una foto tridimensional. Pero tenía que ser él, esas orejas resultaban inconfundibles. Y un momento, un momento: ¿quién se encontraba a su lado? En el asiento contiguo, riendo y aplaudiendo a la banda, estaba el hombre-caballo, el barman del Crate con la crin implantada a la moda balabí.

En ese momento una chica irrumpió en la sala:

—¡Los *azules*! ¡Nos asaltan los *azules*!

Su grito cortó la actuación y puso en pie al auditorio entero. Bruna salió corriendo por delante de todos y se topó con una tensa escena en el vestíbulo: una docena de policías fiscales, los temibles *azules*, habían entrado en el local y estaban desplegados en posición de defensa, armados con subfusiles de plasma y protegidos con esas corazas metalizadas azul brillante que les hacían parecer escarabajos. Uno de los *azules* sujetaba por el antebrazo a la adolescente de los zapatos grandes con la que Husky había estado hablando. La niña se retorcía, lloraba y casi colgaba en vilo atrapada por la zarpa del policía.

—... Y ha sido identificada como ilegal, por lo que se procede a su retirada —decía el *azul*—. Cualquier intento de impedir el cumplimiento de la Ley será considerado un delito.

Así que era una *polilla*, se dijo Bruna, sin mostrar mucha

sorpresa: por eso no hablaba con el argot de los suburbios. Debía de haber llegado hacía poco de alguna Zona Cero, los rincones más contaminados del planeta. Si no tenía antecedentes, la deportarían. La segunda vez, multa, o trabajos forzados hasta poder pagarla; a la tercera incursión ilegal en un sector limpio se acababa en la cárcel.

Detrás de la rep se apretaban las personas que habían salido del auditorio. Unidas a las que se encontraban en el vestíbulo y a las que habían acudido desde otros rincones del Mosca, sumaban más de un centenar. En el tenso silencio alguien gritó:

—¡Rakataka!

E inmediatamente toda la gente empezó a corear con ritmo amenazante y atronador:

—Po-li-cí-a ra-ka-ta-ka, po-li-cí-a ra-ka-ta-ka.

Los *azules* parecían tensos, pese a toda su parafernalia de armas y armaduras. Habían apostado guardias en la puerta para mantener la retirada expedita, pero debía de haber otra salida del Mosca porque una veintena de jóvenes se habían concentrado fuera, ante la entrada.

—¡PO-LI-CÍ-A RA-KA-TA-KA!

El chico de la falda escocesa y los clavos en las mejillas se acercó al *azul* que sujetaba a la niña y empezó a decirle algo que la rep no oyó. Y de pronto, sin venir a cuento, porque la actitud del chico no parecía agresiva, otro agente le reventó la cara con la culata del subfusil. El joven se derrumbó como un robot desenchufado con el rostro lleno de sangre. Y ése fue el comienzo de la batalla.

Con un aullido único de furia, la masa de *moscas* se abalanzó sobre los policías, que empezaron a disparar con cargas Beta, supuestamente aturdidoras, pero que en alguna ocasión habían resultado fatales. Bruna alcanzó la puerta en dos zancadas, un cabezazo y tres sopapos indiscriminados: ésta no era su guerra y además no podía permitirse que la detuvieran, sobre todo con una pistola sin papeles. Estaba a punto de salir cuando vio a una niña aferrándose a la pierna de un *azul*. Y no era cualquier niña. Era la rusa.

—¡Gabi!

Y a su lado, Emma, su amiguita, con las mejillas cenicientas ahora arreboladas por la adrenalina.

—¡Bruna, ayúdanos! —chilló la rusa sin soltar la pantorrilla del

azul, que estaba forcejeando con otro *mosca*.

Y eso hizo la androide. Desenganchó a Gabi de un tirón, la sujetó bajo el brazo derecho y, agarrando a Emma con el otro, se abrió camino hasta el exterior con un par de puntapiés y se alejó corriendo del edificio.

Pero ésa no debía de ser la ayuda que reclamaba la rusa, porque la pequeña salvaje se iba retorciendo y pataleaba y juraba en su idioma e intentaba golpear a la androide con sus puños. Emma, en cambio, iba tranquila, inerte y entregada, como los cachorros de perro cuando sus madres los trasladan por el cogote.

—¡Déjame, déjame, idiota, déjame! —berreaba Gabi.

Bruna siguió corriendo mientras la gente se apartaba con temor a su paso: era una androide de combate con dos niñas humanas bajo los brazos, una de ellas muy poco conforme con la situación. Alguien acabaría avisando a la policía. De modo que la detective torció por una calle secundaria y poco transitada y se detuvo. En ese momento sintió un agudísimo dolor en el antebrazo derecho: la rusa le había clavado los dientes.

—¡Maldita seas, Gabi!

Soltó a Emma, agarró la mandíbula de la rusa con la mano izquierda y apretó hasta obligarla a abrir la boca. Un reguero de sangre corrió alegremente piel abajo. No era la primera vez que Gabi la mordía.

Depositó a la niña en el suelo, sujetándola con firmeza por un brazo.

—¿Por qué has hecho esto?

—Traidora.

—Eres una bestia.

—Y tú eres como ellos. Renegada.

—¿Cómo que ellos?

Gabi frunció el ceño y apretó los labios. Estaba furiosa, pero ya no se peleaba. Había abandonado la batalla, cosa rara en ella.

—Vámonos a casa —dijo la vocecita juiciosa de Emma, que no se había movido de donde la androide la había dejado.

—Sí. Será lo mejor —gruñó Husky.

Subieron a una cinta rodante, taciturnas. La herida latía dolorosamente y sangraba aún, y Husky no llevaba nada en la mochila para curarla.

—No me puedo creer que me hayas hecho esto. Eres una salvaje.

—Está bien, lo siento —susurró la rusa.

Bruna la miró, sorprendida.

—Es que fue tan triste —intervino Emma—. La pobre *polilla*. Era como nosotras. Casi de nuestra edad. ¿Qué culpa tiene ella de haber nacido en una zona tan contaminada que se va a morir cuarenta años antes que los que viven aquí? Y ya ves, no puede salir de ahí porque no tiene dinero. Mientras que aquí, en la zona más limpia, viven tan felices los que la envenenan. No es justo, ¿no? A Gabi le duelen estas cosas porque las ha vivido. Por eso perdió los nervios y te atacó.

La rusa levantó la cabeza y miró a la rep. Su rostro se crispó:

—Ya sé que no debí morderte, pero te odio. Te odio.

17

—Está peor que nunca. Más violenta y más insoportable —se quejó Husky mientras Yiannis le desinfectaba el mordisco y se lo cubría con un parche regenerador.

—Nooo, Bruna, es que está entrando en la adolescencia, ¿sabes? Los humanos somos así. Tú… bueno, tú no lo sabes, claro, pero en esas edades, pues…

—Ya. Soy una jodida rep, un monstruo de laboratorio. Qué voy a saber de la verdadera vida —dijo con amargura la detective—. Pues te aseguro que tu Gabi es un monstruo aún mayor.

Tres años, tres meses y doce días. Aunque ahora tenía un nuevo cómputo atroz con el que obsesionarse: trece días. Trece días como mucho hasta la muerte de Paul.

—No te pongas así, Bruna. No he dicho que seas un monstruo. Y la niña tampoco lo es. Y además no es mi Gabi: ¡tú fuiste quien la acogiste! Me la trajiste tú…

—Sí. Ya lo sé. No me lo recuerdes.

La rep estaba tan cansada que no sabía ni lo que decía. Pero no podía perder tiempo: eran las cuatro y media de la tarde. Si los terroristas volvían a conectar a las once de la noche, sólo quedaban seis horas y media hasta la siguiente ejecución.

—¿Y Ángela?

—Ha estado trabajando, pero ahora se ha echado a dormir. Me ha dicho que la despierte a las seis. No ha conseguido nada todavía —dijo Yiannis.

Bruna gruñó, desesperada y furiosa.

—Lo van a matar. Lo van a matar. Nunca pensé que fuera a morir antes que yo —susurró, enterrando la cabeza entre las manos.

El archivero se puso a caminar muy agitado junto a ella, tres

pasos en una dirección y tres de vuelta, con la bomba de endorfinas a toda máquina.

—Pues precisamente, precisamente, para animarte, te lo digo para animarte… ¿Sabes en lo que he estado trabajando últimamente? Pues verás, hay un nuevo sistema de vertido de memorias en unas bases de sílice… Las mismas bases que se usan para vuestras memorias artificiales, pero en MemoLab han conseguido superponerlas unas a otras de tal modo que ahora tienen una capacidad de almacenaje prácticamente ilimitada. Y entonces se han puesto en contacto conmigo para ver si… Como yo soy archivero… para que colabore con ellos en el vertido de memorias reales, no las que escribe un memorista sino…

—Yiannis, todo eso me importa una mierda ahora mismo, ¿por qué se te ocurre que podría animarme?

El viejo se detuvo en seco y la miró con sorprendida cara de loco:

—Bueno, bueno, o sea… No sé, a lo mejor algún día conseguimos volcar toda tu memoria real, todo lo que tú eres en otro cuerpo… A lo mejor conseguimos que no tengas que morir en tu TTT…

Si hubiera tenido fuerzas, la rep habría soltado una carcajada. Pero no tenía energías para reír y tampoco para soportar los delirios del archivero. Se sintió sideralmente lejos de todos, de esa niña repugnante, de la chiflada de Ángela que se echaba tan tranquila a dormir, del estúpido y viejo Yiannis, siempre con sus proyectos imposibles. Ah, qué detestables le parecieron. Bruna sintió reverdecer su antigua y feroz misantropía y disfrutó con ello. El odio era un alivio.

Algo cálido y áspero le rozó la pierna. Echó un vistazo y se topó con la mirada embelesada del tragón, que se había abrazado a su pantorrilla.

—Bruna buena. Bartolo pena —dijo el bubi con conmovedora expresión de tristeza, tan feo y narigudo, tan barrigón.

Y a continuación empezó a besuquearle la pierna y a dejarle un reguero de babas sobre la piel.

Estúpido animal, se dijo Bruna, luchando contra sus sentimientos, contra la blanda tibieza que iba descongelando el carámbano de rabia de su pecho. Pero al fin no tuvo más remedio

que claudicar y fue una derrota en toda regla: cogió en brazos al tragón y hundió la cara en su cuello peludo. Tenía un olor acre y reconocible, el tranquilizador olor de la manada. Nunca se había permitido una debilidad así: abrazar a Bartolo. No se reconocía, ¿qué le estaba pasando? El bicho permanecía muy quieto, probablemente en éxtasis. Al cabo de un par de minutos, Husky carraspeó y lo depositó con suavidad en el suelo.

—Creo que voy a dormir un par de horas. Así no sirvo de nada —dijo.

Y era cierto. Ahora lo veía clarísimo. Tenía que descansar un poco.

Cinco minutos después estaba entrando por la puerta de su departamento. La cama estaba sin hacer, la casa sucia, olía a sábanas sudadas y a cerrado. Ordenó a la consola que activara la ventilación, que oscureciera los cristales y que la despertara a las 18:40. Después dejó la pistola en la mesilla y se desplomó sobre el colchón.

Un instante de negrura más tarde la despertó el timbre de la puerta. Husky salió de los abismos del sueño con un esfuerzo sobrehumano. Se levantó como una autómata y comprobó que estaba a punto de sonar la alarma: habían pasado las dos horas en un suspiro. Estaba aturdida, abotargada; jirones de niebla ralentizaban sus pensamientos. Volvieron a llamar. La consola mostraba a una mujer gruesa con el pelo rizado. La rep desanduvo sus pasos y, regresando a la cama, cogió su pistola. Abrió manteniéndola empuñada, medio oculta tras su muslo.

—Eres Bruna Husky —dijo la mujer; era una constatación, no una pregunta.

—Mmmm… ¿Y tú…?

—Soy Barri Aznárez —soltó muy segura, como si con eso estuviera dicho todo.

Husky la miró con suspicacia. La melena, corta y castaña, estaba entreverada de canas, cosa poco habitual. Era alta para ser humana, quizá 1,80, y desde luego estaba excedida de peso. Grande y redonda, con un rostro vagamente familiar. Sin operar, unos cincuenta años.

—¿Y? —preguntó la detective de malos modos.

Y de pronto un rayo de reconocimiento atravesó su entumecida

cabeza. Aznárez. Y esa cara. No era posible.

—Eres… eres… —tartamudeó, incrédula aún.

—Soy la hermana de Paul. La hermana de Lizard.

—Paul no tiene hermanos —respondió Husky, sin estar muy segura de sus propias palabras: ese rostro carnoso, esas mejillas, los ojos color caramelo velados por los pesados párpados. Se parecían mucho.

—Claro que sí. Paul me tiene a mí. Soy su hermana mayor.

—He investigado su pasado. Cuando detuvieron a sus padres no había nadie más.

—¿Vamos a seguir hablando en la puerta, o puedo entrar?

La rep frunció el ceño:

—Te voy a cachear.

—Está bien.

La gorda estaba dura como una piedra. Tenía mucha más carne que Lizard, pero igual de apretada. Y no llevaba armas. Tampoco móvil. ¿Cómo era posible? ¿Por qué demonios no llevaba el ordenador móvil en su brazo? Husky se irguió y dejó pasar a la mujer. La recién llegada se dejó caer con toda naturalidad en uno de los incómodos y feos sillones de piel aditiva, una barata impresión en 3D que era parte de la dotación del apartamento amueblado.

—Tengo cuarenta y nueve años, seis más que mi hermano. Cuando detuvieron a nuestros padres, yo llevaba ya un año fuera de casa. Me escapé a los trece. Debo decir que fue muy fácil. Ni siquiera me buscaron esos bastardos.

Vestía unos pantalones vaqueros reventones y una camisa también vaquera tan arrugada como si fuera de verdadero algodón. Todo muy retro. Va para largo, pensó la detective; y, con un suspiro, se sentó en otro de los sillones.

—Pero no lo hubiera conseguido de no ser por la Familia. Ellos me acogieron, me criaron. Me dieron amor y me enseñaron.

—¿Qué familia?

—Bueno, la gente suele decir que somos una secta. Y lo dicen de forma despectiva. Pero cuando todo se hunda, sólo nosotros sabremos cómo sobrevivir.

—¿Y sois…?

—Los Nuevos Antiguos.

Vaya. Por eso los vaqueros, las canas, el rostro sin operar, la extravagante ausencia de móvil. Los Nuevos Antiguos era un movimiento de gente retrógrada que vivía de la manera más natural y menos tecnológica posible.

—¿No sois vosotros los que os aprendéis libros de memoria? —preguntó Bruna: recordaba vagamente algo que le había dicho Yiannis.

—Noooo, eso es un mito que viene de una novela famosa en el siglo XX, *Fahrenheit 451*, de Ray Bradbury. Trata de una sociedad represiva en la que queman los libros y los opositores memorizan una obra cada uno para salvarlas. Pero nosotros poseemos muchos libros, maravillosos libros de papel, y nadie los quema. El problema lo tenemos con los datos, con el conocimiento contemporáneo, porque no queremos usar el Archivo Central y eso nos coloca en desventaja a la hora de acceder a informaciones que pueden sernos útiles. Así que cada uno de nosotros se especializa en una materia o en una parte de una materia y se aprende los datos de memoria. Todos juntos somos como un ordenador humano. Yo estoy especializada en trivialidades. Por ejemplo: el diez por ciento de todas las especies animales en el mundo son insectos parásitos.

Bruna la miró atónita. Y luego recuperó la sensatez de golpe:

—Van a matar a Paul. Quizá le degüellen dentro de cuatro horas. No podemos perder tiempo con estas cosas.

—Por eso he venido. Mi hermano me mandó una carta. Una carta de papel por medio de un robot mensajero. Es ésta.

Husky cogió la hoja con manos temblorosas. Era una cuartilla escrita a mano:

> Barri, no tengo casi tiempo, espero que sigas viviendo en el mismo sitio. Guárdame estos documentos, son importantes. No me fío de mis compañeros. No hables con nadie. Si algo me sucede, dáselos a Bruna Husky. No la llames. Vete a verla en persona. Paul Lizard.

Y añadía la dirección de la androide. Bruna levantó la cabeza, conmocionada: sólo confiaba en ella. En ella. Lizard.

—Hacía cuatro años que no hablábamos. Pero sí, sigo viviendo con la Familia —dijo Barri, tendiéndole un par de hojas dobladas.

Husky desplegó la primera. Era una copia suprarrealista de un

documento de aspecto antiguo. El original debía de ser un pergamino y parecían los planos para la construcción de un pájaro mecánico. El animal entero estaba dibujado arriba a la izquierda: era un cuervo y mostraba la mitad del cuerpo recubierto con plumas naturales y la otra mitad desnudo, enseñando su armazón de madera y metal. Más abajo venían los diagramas de la construcción y dibujos parciales: la bisagra de las alas, las patas, la cabeza con ojos de cristal, el pico articulado y el mecanismo del interior del cuerpo, hecho de madera y con ruedas dentadas, como las de un reloj. Se trataba de una lámina muy bella.

La detective la dejó en el suelo y abrió la otra hoja. Era un folio de papel y tenía anotados a mano, con letra de Lizard, los siguientes datos:

COGEIMEUTE100.3542709–35.789
KK6#555#UTTT+ +567((P//
17–111–233 SABUD
89–12–34 ORGGG
341–30–57 MIKIS
98–777–302 NEHHE

—¿Qué significa todo esto? —preguntó la detective.

—¿Y cómo diantres quieres que lo sepa? Esperaba que tú me lo dijeras.

Bruna dobló las hojas.

—¿Me las puedo quedar?

—Puedes, pero yo también me quedo. Voy a ayudarte. Esta vez quiero hacer algo por mi hermano. Siempre me sentí culpable por haberlo dejado con mis padres.

¿Cómo demonios cree que puede ayudarme esta gorda excéntrica recién aterrizada de su secta retrógrada?, pensó la detective. Pero no había tiempo para discutir.

—Entonces ven conmigo. Vamos a preguntarle a un amigo.

—Muy bien. ¿Puedo dejar la bicicleta en el portal?

—¿Eh?

A Bruna casi se le había olvidado la existencia de las bicicletas. Las usaba poca gente, eran grandes y engorrosas. Casi todo el mundo prefería las tablas del Go o las cintas rodantes. Pero, claro, Aznárez tenía que tener bicicleta.

—Creo que será mejor que la subamos a casa —dijo Husky. Y empezó a arrepentirse de haber aceptado su compañía.

18

—Qué maravilla de manuscrito —se embelesó Yiannis, absorto en el diagrama del pájaro—. Seguramente el original es vitela, el pergamino más fino, confeccionado con piel de becerro recién nacido. Y el autómata es hermoso… Por lo que aquí se ve, podía caminar, mover la cabeza y los ojos, aletear, abrir el pico y seguramente también graznar… Pero lo más increíble es que, si no me equivoco, y no, para qué falsas modestias, estoy seguro de que no me equivoco, lo más increíble es que ésta es la firma del gran Juanelo Turriano… ¡Es extraordinario! Si el original es auténtico, y eso creo, se trata de un documento valiosísimo. ¡Nada más y nada menos que los planos de un autómata desconocido de Juanelo! ¿Os dais cuenta de la enormidad?

Bruna y Barri miraron al archivero con esa expresión pétrea que suele disfrazar la total ignorancia, pero el viejo estaba tan excitado que ni lo advirtió.

—Mirad, aquí está la firma, justo debajo del dibujo del cuervo, en letra pequeña y con una tinta roja que destaca muy poco de la vitela, una firma incluso modesta, si se quiere, pero inequívoca: «*Janello Turriano fecit…*» y la rúbrica, esta línea recta con un pequeño rizo hacia la derecha. Es él, sin duda.

—Y… ¿quién es ese tipo? —inquirió la detective al fin.

Yiannis la contempló con una delectación profesoral que Bruna le conocía bien. Iba a impartir una clase magistral. Desde que le despidieron del Archivo Central cuando la crisis especista, sus arrebatos didácticos habían empeorado.

—Pues veréis. Juanelo nació en Cremona, en Italia, en 1500. Vino a la corte española de Carlos V en 1530 y el emperador le nombró Relojero de la Corte. Fabricó para Carlos V dos famosos

relojes astronómicos, pero además era un magnífico matemático que participó en la elaboración del calendario gregoriano y, por añadidura, un portentoso ingeniero que construyó el llamado Artificio de Juanelo, una enorme máquina hidráulica capaz de subir diecisiete mil litros de agua al día hasta el Alcázar de Toledo, salvando un desnivel de más de cien metros. Por cierto que el pobre hombre se arruinó con ese trabajo prodigioso, porque ni la ciudad ni el rey Felipe II le pagaron lo acordado. Murió en 1585 en la indigencia. Bueno, acabo de revisar ligeramente las fechas en mi móvil para citarlas correctamente, pero en fin… —concluyó con falso tono de modestia.

—Ya. ¿Y qué tiene todo eso que ver con el pájaro mecánico? —barbotó la impaciente Husky.

—Tranquilidad, ya voy, ya voy. Colmar los insondables agujeros de la incultura lleva su tiempo… Es que Juanelo era un increíble constructor de autómatas. En el Museo de Historia del Arte de Viena se conserva una de sus creaciones, una dama de la corte con laúd, que mide lo que una marioneta y toca música. Pero su obra más famosa fue el Hombre de Palo, que tenía tamaño humano y recorría las calles de Toledo pidiendo limosna… Lo construyó cuando estaba en la ruina, en parte para sacar dinero con el que vivir y en parte para afrentar al rey Felipe II, que no le pagaba… La Inquisición lo consideró diabólico y cuentan que mandó destruirlo a pedradas, es decir, lapidado… Pues bien, resulta que Juanelo era íntimo amigo del Greco, y parece ser que en su conocidísimo cuadro *El entierro del conde de Orgaz*… ¿Sabéis quién era el Greco? ¿Un pintor griego muy célebre de la corte española en el siglo XVI? Bueno, da lo mismo. Este famoso Greco tiene un cuadro magistral titulado *El entierro del conde de Orgaz* en el que algunos dicen que hace referencia al Hombre de Palo. En primer lugar, por un pequeño retablo que hay en la parte baja del cuadro, en donde se representa la lapidación de san Esteban; pero sobre todo por el extraño monje de hábito gris y de perfil algo envarado que está a la izquierda del lienzo, en primer término… Si uno se fija bien, su rostro no parece realmente de carne, incluso en el color. Además, a su lado está un niño que mira al espectador; tiene en el bolsillo un pañuelo con la firma del Greco y la fecha 1578, que no fue cuando se hizo el cuadro pero sí quizá cuando Felipe II se negó a pagar a

Juanelo, y señala con su dedo un bordado de la casulla del cura que podría interpretarse como el símbolo de una moneda de oro, es decir, de la deuda… Debo deciros, sin embargo, que mucha gente considera que todo esto que os acabo de contar, incluso la existencia del Hombre de Palo, es pura leyenda. La fecha del pañuelo del niño, por ejemplo, siempre se ha interpretado oficialmente como la fecha del nacimiento del hijo del Greco, a quien se supone que la figura representa… Pero a mí me parece que el cuadro del Greco está lleno de signos e indicios muy enigmáticos y, la verdad, pienso que el Hombre de Palo sí existió. También se creyó durante siglos que era leyenda otro famoso autómata de Juanelo, un san Diego compuesto por más de mil piezas, hasta que lo encontraron en Ginebra en 1977. Hoy lo tiene el Instituto Smithsonian de Washington y es prodigioso: camina en varias direcciones, mueve la cabeza, la boca, los ojos, blande un crucifijo y se da golpes de pecho… Sigue funcionando, tantos siglos después. Así que, ¿por qué no creer en todo lo demás?

Bruna miró la hora: las 20:05. Gimió interiormente: se quedaban sin tiempo. Un velo de sangre le nubló los ojos.

—Vale, todo eso está muy bien, pero ¿qué hacemos con ello? ¿De qué nos sirve? ¿Por qué lo tenía Lizard? Van a matarlo, Yiannis.

Al archivero se le apagó la expresión de golpe, como si acabara de salir de un ensueño. Se atusó los escasos cabellos, preocupado.

—Sí… Claro…

—Intenta obtener toda la información posible de ese pájaro, Yiannis. Intenta descubrir si Juanelo lo hizo por su cuenta o si fue un encargo, y, si es así, para quién lo hizo… Y dónde está. Eso sería formidable. Saber dónde está —dijo la detective.

—Si es que llegó a construirlo. Pero sí. Me pondré a ello.

—¿Y las cifras y letras de la otra hoja? —preguntó Barri.

—Ni idea. Esperad…

Copió los datos en el buscador general del Archivo Central y, tras un minuto de demora, la pantalla habló: «No hay coincidencias».

—Bueno, no te preocupes, esto no quiere decir nada, es el nivel más elemental. También me pondré a ello.

Un escalofrío recorrió la espalda de Husky. Una sensación sutil pero molesta. Se volvió con brusquedad: ahí estaba esa mujer

extraña, Ángela, con su pelo ralo y su abombada frente, mirándola sin siquiera parpadear. Desagradable.

—Vaya. Eres tú. ¿Qué pasa?

—Tententengo algo. Alalalalgo que te puede interererereresar.

Le temblaba la voz. Parecía muy nerviosa. Inspiró profundamente y luego soltó con seguridad y sin tropiezos:

—Ya sabes que hay miles de empresas privadas en todos los EUT que gestionan las páginas públicas. Pero si vas subiendo de nivel y vas mirando los grupos en los que están integradas, las firmas asociadas y los consejos de administración, resulta que, poquito a poco, va sucediendo esto…

Gayo había proyectado la imagen desde su móvil y ahora todos podían ver cómo las largas columnas con los nombres de las sociedades se iban uniendo y fundiendo y haciéndose cada vez más cortas, hasta que al final sólo quedó media docena de empresas.

—Estas cinco de aquí son las únicas totalmente independientes y son pequeñísimas. Están en zonas remotas. Pero ésta, Paseris, es un grupo empresarial inmenso con intereses diversos: farmacéuticas, transportes, electrónica y más cosas, no he tenido tiempo para verlo todo. Ahora bien, lo más importante es que Paseris está relacionada, ya sea por compartir accionistas o consejeros de administración como por medio de filiales, con todas las empresas de las pantallas públicas del mundo.

—¿Cómo? No entiendo… —dijo Aznárez.

—Quiero decir que cada una de esos miles de empresas gestoras remiten de algún modo a Paseris. Y ahora viene lo más grande: resulta que el soporte operativo de todas las pantallas públicas del mundo, a excepción de esas cinco diminutas, lo suministra Paseris. Así que basta con romper su seguridad. Todavía no sé cómo lo han hecho, pero el caso es que no tienen que invadir miles de sistemas, como creíamos, sino sólo uno. Así es mucho más fácil. Además…

Una explosión cortó sus palabras. El estruendo había sonado en el exterior pero muy cerca, y ahora se oía un griterío. Los cuatro se abalanzaron al balcón. Estaban en el piso tercero de un edificio de más de doscientos cincuenta años de antigüedad y el mirador, dotado de una vieja baranda de hierro, ofrecía un espacio muy angosto. Ahí se apretujaron Yiannis, Bruna, Berri y Ángela, y descubrieron que la calle estaba llena de gente que parecía furiosa.

Sonó otro estallido: era un petardo. Pancartas tridimensionales temblaban por encima de las cabezas en color rojo fuego: pedían la dimisión de Guang y de Chem Conés, el presidente regional de España, y sus nombres aparecían envueltos en llamas virtuales. «Políticos cobardes, la cosa está que arde», coreaban; y también: «Sois más que incompetentes, sois unos asesinos indecentes».

En ese momento aparecieron la rusa y su amiga Emma y todos tuvieron que apretarse aún más contra la barandilla para hacerles sitio. ¿Será seguro este viejo balcón o nos precipitaremos todos al vacío?, se inquietó Husky. Tenía a alguien tan pegado a la espalda que casi le era difícil respirar; miró por encima de su hombro y vio que era Ángela. ¿De verdad necesita estar adherida a mí de esa manera?, se irritó la androide; y de un caderazo la desplazó hacia atrás unos centímetros.

«Si mueren nuestros chicos os haremos añicos», rugía la muchedumbre. A la derecha se oyó una nueva explosión y una cinta rodante empezó a arder. Aunque esta manifestación era mucho más violenta que la organizada contra la subida del agua, los PAC de asalto se mantenían a un centenar de metros de distancia, en formación pero relajados, y no se les veía muy dispuestos a intervenir. De pronto todas las pantallas públicas se sincronizaron y apareció de nuevo Jan Lago. Hoy llevaba una chaqueta verde de cuello duro y alto que guardaba cierta semejanza con una casaca militar.

—¡Amigos! Sé que estáis tan desolados como yo. Dentro de un par de horas, esos terroristas anticapitalistas amparados por el Estado comunista de Cosmos, porque a mí no me cabe la menor duda de que están actuando conjuntamente, esos miserables, en fin, asesinarán con toda seguridad a otro de nuestros muchachos, a otra de nuestras muchachas, a los guerreros, a los mártires de nuestra civilización y de nuestro modo de vida.

La masa aulló.

—¿Y qué hacen mientras tanto aquellas personas encargadas de defendernos? Os lo voy a decir. No hacen NADA. ¡No hacen NADA!

«¡Asesinoooos!», clamaba la gente.

—Ni en el frente de Ceres, en donde todo sigue congelado, ni contra estos terroristas que no son más que un puñado de fanáticos asesinos adolescentes pero que han puesto en jaque a la

Humanidad. ¿Y por qué pasa eso? Pues porque hace mucho que esta sociedad ha perdido los valores que siempre la vertebraron. Porque hemos roto con nuestra tradición. Porque no sabemos quiénes somos. ¿Somos androides, somos alienígenas, somos mutantes? ¡No, señor! ¡Somos humanos! ¡Humanos! Y tenemos que recuperar el orgullo del largo legado de nuestra Humanidad.

De nuevo el discurso especista y supremacista, se enfureció Husky; en todas las crisis, independientemente de la causa que las originara, terminaban pagando los reps.

—¡Hoy amplío mi oferta de ayuda a estos dirigentes ineptos y corruptos! Estoy dispuesto a costear un ejército, un cuerpo militar profesional y eficiente, un ejército de humanos terrícolas capaces de luchar por nuestros intereses. El tiempo se acaba: les aconsejo que acepten mi propuesta, porque si no, habrá que buscar otras soluciones. Si el sistema no nos defiende, tendremos que defendernos nosotros del sistema.

Ésas fueron las últimas palabras del millonario. La retransmisión terminó y el gentío prorrumpió en aplausos.

—¡Qué suerte, qué suerte, Lago nos hará fuertes! —gritó alguien con un potenciador de voz.

Y todos los presentes se pusieron a corear la frase enfervorizados.

—Éseseste es uuuuuno de ellos —susurró Ángela, de nuevo pegada a la espalda de la rep como una segunda piel.

—¿Qué?

—Ese homhomhomhombre, ese Lago quequeque acaba dedededede hablar… Es uno de los conconconsejeros de administración de Paseris.

19

Tanto el Gobierno Regional como el Global intentaron eclipsar la emisión pirata del EJI, pero no lo consiguieron. A las 23:00 UTC +1, los terroristas volvieron a tomar las pantallas públicas de todo el planeta, declamaron su pomposo mensaje de amenaza y degollaron a un policía muy joven que sollozaba aterrado como un niño. Fue espantoso. Por último, los encapuchados añadieron una nueva petición a sus exigencias: derogación inmediata de las tasas energéticas que impedían que la gente sin recursos viviera en las zonas menos contaminadas.

—Ésa es una buena reclamación —gruñó Yiannis.

Bruna le miró atónita:

—No lo dirás en serio…

—Sí, o sea, no, no estoy a favor de los Ins, pero lo que están pidiendo es en sí mismo muy justo y muy necesario, ya sabes que esas tasas son un engaño, cuando se prohibió cobrar por el uso del aire las empresas energéticas se inventaron esto como sustitución, son unos cerdos. Pero no me mires así, estoy completamente en contra de los terroristas… Ahora bien, te digo que si empiezan a plantear cuestiones de este tipo, puede que acaben por hacerse populares.

Husky frunció el ceño, recordando la furia de la salvaje Gabi tras la detención de la *polilla*. Rumió en silencio las palabras del archivero: el espectáculo de la ejecución había sido demoledor y espeluznante, pero tal vez Yiannis tuviera razón y los Ins terminaran conquistando apoyos. Los humanos, eso había aprendido Bruna en su breve vida, eran especialistas en el arte de deshumanizar a otros humanos. Pronto la mitad de los terrícolas serían capaces de asistir en directo a las degollinas de los terroristas

sin parpadear.

Doce días como mucho para Lizard. Qué larga le parecía ahora a la detective su propia condena de tres años, tres meses y ya once días: era la una de la madrugada del martes 18 de febrero. Bruna se estremeció: había podido ver al inspector durante unos segundos. Le pareció que tenía una herida junto a una ceja, y luego, al repasar y ampliar las imágenes, verificó que en efecto se trataba de una pequeña brecha con un sucio encaje de sangre seca. Lo habían golpeado; quizá intentó escapar.

Bruna se levantó de la silla y caminó hasta el ventanal. La noche era más silenciosa que de costumbre: la ciudad, atemorizada por la situación, se enroscaba sobre sí misma. En las pantallas públicas vio reflejarse, diez veces repetidas, las caras descompuestas y llorosas de los padres del joven guardia asesinado. Un sonoro ronquido llegó desde el dormitorio; era la hermana de Lizard, a la que había prestado su lecho cuando las dos regresaron a casa de Bruna. La calma genéticamente reforzada de la androide le permitía seguir razonando, seguir trabajando y no ponerse a aullar de dolor como esos pobres padres, pero aun así, Husky sentía la angustia como una cuerda de nudos que estuviera apretándole el estómago. Se acercó a la mesa del puzle e intentó vaciar la cabeza y concentrarse en los perfiles de las pequeñas piezas troqueladas y en los juegos de luces y de sombras de la imagen. Trató de completar siquiera un fragmento más, pero a los cinco minutos se rindió sin haber logrado nada.

—¡No puedo ni pensar! —se desesperó en voz alta.

Ansió beber una copa de vino; en lugar de eso, agitó su enésimo cubilete de café y se lo tragó. Un robot mensajero acababa de traerle una docena de cafés instantáneos. Regresó a su asiento ante la pantalla principal y siguió brujuleando por la Red. Había buscado información sobre el asalto al Mosca y no había encontrado nada en los medios oficiales, pero sí furiosas y llameantes protestas en los foros alternativos. Además de llevarse a la chica de la Zona Cero, los *azules* habían detenido al joven de la falda escocesa, lo reconoció enseguida en las imágenes por los llamativos clavos de sus mejillas. Era una información decepcionante, porque Husky abrigaba la esperanza de que hubieran capturado al muchacho de las orejas prominentes, al supuesto Ins, si es que ese orejudo que

atisbó de refilón en el centro cultural era de verdad el adolescente desaparecido.

Pensó por un instante en llamar a Kai para preguntarle si había novedades, pero juzgó más prudente no hacerlo: Lizard había dicho que no se fiaba de sus compañeros. ¿Ni siquiera de la inspectora rep?, se preguntó con un leve aleteo de esperanza. Tras unos segundos de indecisión sobre qué hacer, comenzó a buscar información sobre Jan Lago.

El autoerigido salvador de la crisis era un rico de segunda generación; su padre, Dom Lago, había sido un científico brillante y construyó un imperio dentro de la industria farmacéutica: fueron sus laboratorios los que descubrieron y comercializaron el Nemeprot, el medicamento que acabó con el alzhéimer, cosa que le hizo multimillonario. El patriarca había muerto décadas atrás, cerca de los cien años; Jan Lago tenía ochenta y nueve, aunque tan bien operados que no los aparentaba en absoluto. Era un hombre reservado y enigmático que no concedía entrevistas y apenas se dejaba ver en público, una inaccesibilidad que favorecía la difusión de rumores en torno a su persona. Cada uno de los negocios de Lago estaba dirigido por uno de sus hijos; asombrosamente, tenía alrededor de una veintena, y la leyenda sostenía que todos ellos habían sido gestados por fecundación *in vitro* con madres de alquiler y sin contacto sexual con el magnate. Los hijos eran todos varones, cosa extraordinaria y desde luego muy sospechosa, porque la Ley no permitía la selección de sexo salvo en el caso de una enfermedad hereditaria asociada a los cromosomas de género. Al parecer, cada vástago se llamaba como el padre pero con el añadido consecutivo de una de las letras del alfabeto: Janá, Janbé, Jancé y así sucesivamente. Vaya mentecato, pensó Husky, mientras le echaba un vistazo rápido a las empresas. De pronto tuvo que reprimir una súbita arcada: ¡era el propietario de TriTon, el laboratorio de gestación de tecnohumanos que la había creado! La detective tragó con esfuerzo el buche de saliva acre que le llenaba la boca: ella era un producto de los negocios de Lago, ella era parte de sus pingües ganancias. Bueno, ella y las otras once Huskys, porque de cada clon se sacaban doce copias. Recordó con nostalgia a Clara, su hermana genética, muerta violentamente pocos meses atrás, y un alfiler de pena le arañó el corazón.

Respiró hondo para intentar sobreponerse al vértigo y el asco y siguió investigando los negocios del magnate. Varios laboratorios farmacéuticos, por supuesto; industrias aeroespaciales y armamentísticas; energía solar y mareomotriz; robótica anatómica… No figuraba ninguna firma de pantallas públicas.

En ese momento entró una llamada en su móvil: era Kai.

—¿En qué andas, Husky? —le espetó la tecno nada más descolgar.

—Son las dos de la madrugada. Estoy durmiendo.

—¿Siempre duermes así, vestida y sentada en una silla?

—Vale. Intento encontrar alguna pista. Sin suerte hasta ahora —contestó Bruna, cautelosa—. ¿Y vosotros?

—Básicamente igual. Y dime, ¿qué hacías esta tarde en el Mosca?

La detective se puso en alerta:

—¿Quién te ha dicho que he estado en el… en ese sitio que dices?

—Ya ves, soy una jodida adivina. No me hagas perder el tiempo, Husky, estás en las imágenes que tomaron los *azules* del operativo.

—Ah. Ya. ¿Me estás interrogando oficialmente?

—Más bien amistosamente. Y en realidad te hago un favor diciéndote que sales en el operativo.

¿De verdad era un favor? ¿Qué buscaba Kai? ¿Sería de ella de quien desconfiaba Lizard? Todos los timbres de alarma de la paranoia de Bruna se dispararon. La detective ya había sufrido en el pasado la traición de un androide, a quien Cosmos logró comprar proporcionándole una tecnología que le permitió triplicar su tiempo de vida. Salvarse de la temprana y terrible muerte de los reps era una convincente razón para corromperse.

—Mmmm… Pensé que el Mosca, al ser un centro de reunión de la juventud radical, podría tener alguna relación con los Ins. Palos de ciego, no sé bien por dónde tirar. Hasta ahora no he encontrado nada —dijo Bruna con cautela.

Se preguntó si en la grabación se la vería salir corriendo con dos niñas agarradas bajo los brazos. Había sido una coincidencia, pero resultaría muy sospechosa.

—Ya. No está mal pensado, en realidad. Lo de vigilar el Mosca.

—Bueno, la verdad es que no me dio tiempo a vigilar nada.

Enseguida vinieron los *azules* y lo jodieron todo.

—Así es la policía fiscal. Se creen los reyes. ¿Y las niñas? Una es tu rusa, ¿no?

Pues sí. La habían visto.

—Fue una sorpresa para mí. No tenía ni idea de que estuvieran allí. Una es Gabi, sí. Y la otra, una compañera del colegio. Tonterías que hacen los humanos inmaduros, ya sabes.

—Pues a lo mejor más que vigilar el Mosca tendrías que vigilar a esas niñas. A mí me parecen bastante radicales.

—Por todas las especies, ¡tienen once años!

—Los humanos poseen la capacidad de ser unos mierdas a cualquier edad.

Bruna sintió cierta incomodidad ante la acritud de las palabras de Kai, aunque hasta hace muy poco hubiera compartido por completo esa frase. Pero ahora la rep advertía que algo se estaba moviendo en su interior. Tal vez fuera por su relación con Lizard e incluso por la cercanía de la salvaje Gabi. Resopló, decidida a cambiar de tema, y sobre la marcha se le ocurrió lanzar un globo sonda:

—Por cierto, este Jan Lago que está tan empeñado en salvarnos la vida me parece bastante sospechoso. ¿Sabes que está relacionado con decenas de empresas de pantallas públicas?

—Sí, claro. Y hay algo peor que eso, y es el megagrupo Paseris, al que también pertenece. Es Paseris quien gestiona todas las pantallas de los EUT. Hemos hablado con Lago. Es un tipo muy vidrioso pero nos está ayudando mucho. Ha conseguido que los técnicos de Paseris cierren la brecha por la que se colaban los Ins. Hemos bloqueado al EJI. Recibiremos su próximo mensaje, pero no saldrá en las pantallas públicas y la gente no lo verá directamente.

Eso daría un respiro a los Estados Unidos de la Tierra y a su Gobierno, pensó la rep. Pero ella necesitaba ver las imágenes en directo.

—Yo tengo que poder verlo, Kai…

La inspectora asintió vagamente. Su rostro fino y delicado se ensombreció.

—Lo entiendo… Veré qué puedo hacer.

—También me gustaría hablar con Lago —añadió Husky.

—¿Por qué? ¿Sabes algo que no me has dicho?

La detective recapacitó un instante. No, sobre el magnate no tenía ninguna información. Sólo borrosas intuiciones y una inmediata antipatía.

—No. No sé nada de él. Pero me intriga —contestó con enfática autenticidad.

—Es un mal bicho, seguro. Es el propietario de TriTon.

Las dos se miraron a los ojos durante unas décimas de segundo. Fue un silencio intenso y cómplice.

—Pues no sé si podrás verle, pero mañana por la tarde, es decir, hoy ya, dentro de unas horas, lanza una campaña procíborgs en el Museo de Nuevas Tecnologías de Madrid. Es a las 19:00. Y es un acto público. Supongo que te dejarán pasar.

—Gracias, Kai.

—Espero poder darte yo también las gracias en algún momento. Si vas a lo de Lago y te enteras de algo, cuéntamelo.

Cortó abruptamente, sin despedirse. Dos segundos después, un alegre Bartolo se abalanzó sobre Bruna dispuesto a abrazarla y atravesó el cuerpo de la androide limpiamente.

—¡Ohhhhhhh! —gimió el bubi, apareciendo al otro lado de la rep con un gesto de desolado estupor.

El pobre tragón no conseguía entender el misterio de las comunicaciones holográficas. El archivero, que era quien había realizado la llamada, cogió a Bartolo en brazos.

—Hola, Yiannis, ¿qué pasa?

—Creo que sé… bueno, que sabemos… Me ha ayudado mucho Ángela. Creo que sabemos qué significan las letras y las cifras.

El corazón se le detuvo entre dos latidos.

—¿Qué?

Gayo apareció por una de las esquinas de la holografía. Su extraño y torturado rostro resultaba aún más inquietante al no poder verse el resto del cuerpo y quedar reducido a una cabeza flotante. La mujer miró a Bruna con la misma fijeza de siempre.

—Verás… —dijo el archivero, carraspeando de la pura emoción y pulsando su móvil para proyectar en el aire las hileras de cifras y letras recogidas en el documento de Lizard—. Lo más importante es la primera línea, la más larga. COGEIMEUTE100.3542709-35.789. Son las coordenadas de un lugar en el espacio. Las letras significan: Coordenadas Orbitales Geoestacionarias Inteligencia Militar Estados

Unidos de la Tierra Este. Es decir, son mediciones hechas por la inteligencia militar de los EUT de un objeto en órbita geoestacionaria, o sea, que no se mueve con respecto a la Tierra. Y las cifras a continuación nos indican que está a 100.3542709 grados de longitud este y a 35.789 kilómetros de altura. Como sabes, la altura no se suele dar en las órbitas geoestacionarias, así que demuestra una precisión locativa sumamente fina. Las coordenadas están escritas de una manera inhabitual, con la letra E descolocada y sin añadir la K a los kilómetros, seguramente para que el significado de la anotación pasara inadvertido y para que, si lo introduces en el buscador, como yo hice, no saliera nada. Naturalmente, no hace falta dar la latitud, porque al ser una órbita geoestacionaria, la latitud siempre es cero. Y ese lugar…

—… Está en Cosmos… —susurró Husky.

—Exacto. Esas coordenadas señalan un punto preciso de Cosmos. En concreto, uno de los nodos exteriores.

La estructura de la plataforma orbital Cosmos era una red de triángulos equiláteros cuyos vértices eran esferas o nodos habitables comunicados entre sí por medio de tubos. Estos triángulos se unían para formar tetraedros y los tetraedros se combinaban hasta componer una enorme pirámide de esferas y tubos que parecía flotar en el espacio.

—En cuanto a las otras cinco líneas —prosiguió el archivero—, son un acceso a Ultratumba, ya sabes, la zona más oculta de la Red oculta. Comunicaciones venenosas, blindadas e ilegales.

Sí, Husky sabía. Los gobiernos llevaban décadas intentando controlar ese infierno electrónico sin ningún éxito, lo que le llevaba a sospechar a la recelosa detective que en realidad no querían controlarlo.

—La línea de arriba, KK6#555#UTTT++567((P//, es uno de los portales de Ultratumba. Hay decenas, aunque los cambian a menudo, y además no basta con tener la dirección de acceso, sino que debes poseer las contraseñas adecuadas.

—Dinos que las otras líneas son las contraseñas… —susurró una voz junto al oído de Bruna.

La rep se sobresaltó: se había olvidado de la hermana de Lizard. No la había sentido levantarse de la cama ni llegar a la sala. Barri estaba de pie detrás de ella.

—Lo son, pero… Mirad, ¿veis este espacio resaltado?

Yiannis había pulsado su ordenador y ante él flotaba la página de acceso a Ultratumba. Una pantalla totalmente vacía salvo por un recuadro en blanco.

—Aquí hay que poner la primera línea, 17-111-233 SABUD… Y como veis, se abre otra pantalla igual. Metes en el nuevo recuadro la contraseña siguiente, 89-12-34 ORGGG… Y luego 341-30-57 MIKIS… Y, por último, 98-777-302 NEHHE… Y mirad lo que aparece.

Unas enormes letras rojas centelleantes cruzaron la pantalla: «Acceso caducado».

—Oh. Vaya —se decepcionó Bruna.

—Sí, una pena. Pero Ángela ha logrado entrar de manera remota en el ordenador de Lizard y rescató la última imagen que vio el inspector tras utilizar esas contraseñas. Es ésta…

Era una foto fija y de no muy buena calidad. Una decena de figuras encapuchadas de rojo, provistas con lo que parecían ser subfusiles del letal y prohibido plasma negro, se guarecían detrás de un muro bajo. Frente a ellos, al otro lado del parapeto, un robot con una pistola. Al fondo, de pie, otras dos personas con capucha contemplaban la escena.

—Parece… parece un campo de entrenamiento militar… —dijo Bruna, sintiendo que se le erizaban los vellos de la espalda.

—Eso creemos.

—Es decir… un campo de entrenamiento de los Ins en Cosmos… En ese nodo de Cosmos que las coordenadas señalan.

—Eso pensamos.

Husky observó con absorta atención la fotografía: tanto el suelo como la pared del fondo eran casi con toda seguridad de aleaciones metálicas. Semejante al entorno que se adivinaba en las conexiones de los EJI. En esta imagen el material tenía una tonalidad más clara, pero podría tratarse de una simple diferencia de iluminación. Era muy posible que los rehenes también estuvieran allí, en la Tierra Flotante. Las manos le dolieron y se dio cuenta de que tenía los puños apretados y se estaba clavando las uñas en la palma.

—Tengo que ir a Cosmos. Inmediatamente.

—Tenemos —gruñó Aznárez—. Voy contigo.

—Imposible. La crisis de Ceres ha interrumpido las

comunicaciones. El ascensor espacial de Cosmos está sin funcionar desde la invasión del planeta enano —dijo Yiannis.

—Pero no puede ser… Seguro que hay otras maneras de llegar. ¿Astronaves?

—Sí, los embajadores de Cosmos usan astronaves de valija diplomática, pero como comprenderás, no vas a poder utilizar ese medio…

—Mmmm… Esperad un momento.

Husky llamó a Mirari. Tardó en contestar y, cuando apareció, su rostro lucía una enmarañada corona de cabellos blancos y una expresión de adormilado malhumor.

—Mirari, perdona por la hora, necesito hablar contigo por medio de una comunicación blindada.

La mujer frunció el ceño y cortó. Antes de un minuto volvió a encenderse su cara.

—He activado un doble distorsionador. Creo que estamos más o menos seguras. Por lo menos durante unos minutos. ¿Qué pasa?

Bruna le hizo un rápido resumen.

—¿Se te ocurre de qué manera puedo llegar a Cosmos? —preguntó al fin.

—Podemos. Yo también voy —insistió Barri.

Husky reprimió con dificultad su irritación: no iba a cargar de ninguna manera con la rémora de esa gorda anticuada, ignorante y fuera de forma.

—Bueno, están los *perlas*… —dijo Mirari, pensativa—. Aunque son bastante desagradables.

—¿*Perlas*?

—Sí, la gente que comercia con productos ilegales… Llevan a Cosmos mercancías por encima del cupo y libres de las tasas con que los EUT las gravan…

—Estraperlo. Eso se llama estraperlo —dijo Yiannis.

—Pues eso. Lo que yo digo. Los *perlas*.

Las Tierras Flotantes poseían una casi total autonomía energética y alimentaria, pero aun así necesitaban algunas materias básicas, como superenzimas o tierras raras, que los EUT les vendían a un coste muy elevado. Gracias a estos bienes florecía el mercado negro.

—¿Podrías ponerme en contacto con ellos? ¿Me llevarían en uno

de sus viajes?

—Nos llevarían —remachó Barri, tenaz como una termita.

—Cállate, Aznárez —gruñó Husky.

—Conozco a un par de ellos. Les preguntaré. La buena noticia es que son tipos sin escrúpulos y de una codicia insaciable. Viven para hacer caja y serían capaces de vender a sus propios hijos, así que si les ofreces un trato atractivo, lo aceptarán. Pero la mala noticia es que te va a costar carísimo. No creo que puedas pagarlo.

Husky sintió que se ensombrecía el mundo, como si alguien hubiera atenuado la luz. Cierto. No tenía dinero.

—Po… podemos hipotecar mi casa —dijo el archivero.

La rep lo miró con afecto:

—Gracias, Yiannis. Pero tardarían en darte la hipoteca, si es que te la dan…

—Y no creo que fuera suficiente —remachó Mirari.

La creciente negrura atenazó la garganta de Bruna. Le costaba respirar.

—Yoyoyoyo puepuepuedo pagarles… —susurró Ángela con voz fina.

Todas las miradas se concentraron en ella.

—¿Tú?

La mujer carraspeó:

—Soy rirriririca. Tengo didididinero. Además, está enen efectivo, quiero decir, son ges en billetes. Te daré lo que necesites, Bruna.

A medida que hablaba, Gayo iba ganando seguridad y elevando el tono de voz. La tecno la miró, atónita, y recordó que la doctora del CRGM había comentado que Ángela era una profesional muy cotizada. Husky sintió un pellizco de culpabilidad: no había tratado nada bien a esa chiflada.

—Muchas gracias, Ángela —dijo, genuinamente agradecida—. Pero ya has visto lo que dice Mirari, saldrá muy caro.

—Puedo hacerme cargo. De verdad que tengo mucho dinero. Siempre me han pagado muy bien. Soy buena en mi trabajo —dijo.

Y una chispa de orgullo embelleció por un instante sus insulsos y demasiado separados ojos. Cuando se sentía segura de sí misma no tartamudeaba. Qué raros eran siempre los humanos, pensó Husky.

20

—Te digo que voy a ir contigo —se sulfuró Aznárez.

—Y yo te digo que no. Es un viaje muy peligroso y no puedo perder tiempo ni energías cuidando de ti —barbotó Husky.

Discutían en voz baja para no ser oídas, pero la rabia temblaba en sus palabras. Mirari había hablado con un *perla* al que llamaban Jaco y habían llegado a un acuerdo. La violinista había preparado una vaga y poco creíble excusa para justificar su petición, pero el tipo no quiso ni enterarse de para qué necesitaban ir a Cosmos. Tampoco consintió en llevar a Bruna: le parecía demasiado arriesgado. Sin embargo, estaba dispuesto a venderle la microlanzadera. Era un cacharro muy viejo y llevaba tiempo queriendo cambiarlo, era algo que sabía todo el mundo. La venta se haría de manera legal, dejando rastro. Si la androide tenía problemas en la Tierra Flotante, él simplemente le habría vendido la astronave. Lo que luego hiciera con ella la rep no era de su incumbencia. El precio oficial por el vehículo sería de doscientos mil ges. Pero en realidad tendría que darle medio millón. Ángela escuchó imperturbable esta cifra mareante.

—Lololo tengo. Puedo pagarlo.

Bruna había acompañado a primera hora de la tarde a Gayo a una cripta bancaria, de donde la mujer había sacado una bolsa de tela engomada llena de fajos de las famosas *lenguas*, los billetes rojos de quinientos ges. El medio millón apenas pesaba un kilo; en la caja sólo quedaban cincuenta mil gaias más, y la pequeña mujer también las cogió:

—Por si acacacacaso…

La rep se sentía tan llena de gratitud con la increíble generosidad de Ángela que ya no le molestaba tanto su mirada fija

y su arrobado silencio. La compra de la nave se realizaría al día siguiente, miércoles 19, a las 11:00. Bruna quería partir hacia la Tierra Flotante esa misma tarde; el viaje hasta Cosmos duraba tres interminables días (tres degollados más, tres angustiosas posibilidades de que fuera Lizard) y necesitaba llegar, encontrar a Paul y salir de allí antes de que la venta quedara anotada en el Registro Global de Vehículos Espaciales y de que, a continuación, Jaco informara a Cosmos para que revocaran la licencia del viejo aparato. Oficialmente, los *perlas* volaban registrados como mano de obra técnica de la plataforma. La androide sólo dispondría de una semana, como mucho. Mejor contar sólo con seis días, para mantenerse dentro de la franja de seguridad.

La jornada siguiente iba a ser muy dura y Bruna estaba agotada. Sabía que debía dormir, pero una corazonada la estaba llevando ahora, en compañía de la terca hermana de Lizard (esa tozudez era de familia, desde luego), al Museo de las Nuevas Tecnologías para asistir al acto de Jan Lago. En esos momentos estaban llegando a su destino. El museo apareció ante ellas; era un rutilante e inmenso cubo de acero pulido que parecía macizo, porque no mostraba ninguna abertura. La rep saltó de la cinta rodante seguida por la enfurecida Barri, que aún insistía en la discusión.

—Chisss… Calla, ahora no —siseó la rep, imperativa.

Faltaban veinte minutos para las 19:00 y ante la puerta ya se agolpaba un numeroso grupo de personas. La repentina fama de Jan Lago era un imán para las multitudes. Tuvieron que hacer cola para entrar y, mientras esperaban, a Bruna le llamó la atención una de las pintadas que cubrían la cercana parada del tram. «Los caperucitos rojos justicieros», decían unas letras fluorescentes color fucsia, y al lado estaba el torpe dibujo, también en tinta fucsia, de una caperuza. La androide se inquietó: ya lo había dicho Yiannis, podían acabar convertidos en héroes.

Pasaron los arcos detectores y entraron en el inmenso atrio del edificio. Quince plantas se asomaban a un patio central que ascendía hasta la techumbre de cristal del museo. Además, Bruna sabía que las paredes metálicas, en apariencia fijas, podían deslizarse, dejando a la vista u ocultando grandes ventanales de vidrio de caprichosa distribución. Ahora el cubo se encontraba tan cerrado como una caja fuerte, salvo por el techo transparente.

El atrio estaba adornado con plantas y flores de exótica exuberancia. Los robots camareros pasaban con bebidas, diligentes y silenciosos, y una buena parte de los invitados llevaba un lazo plateado en la solapa, el emblema de los ciborgistas. Por encima de las cabezas de la gente volaban pequeñas bolas de luz y sonido, como bellas luciérnagas cantarinas. «Por la derogación de la Ley de Integridad Humana», proclamaban, con llamativos latidos de luz, las grandes pancartas tridimensionales que flanqueaban el acto. Y también: «Nuestro cuerpo es sólo nuestro, no a la tiranía del Estado». En las banderolas que rodeaban todo el recinto se leía «Transhuman», el nombre de la empresa de recambios anatómicos artificiales que organizaba el evento. Era propiedad de Jan Lago, por supuesto.

Había un debate social en marcha desde hacía décadas en torno a los límites de la utilización de órganos e implantes robóticos en los seres humanos. Hacía ya mucho que se ponían hígados, corazones, riñones y pulmones artificiales, por supuesto, por no hablar de las prótesis de brazos y piernas, que habían llegado a rozar la perfección. Sin embargo, los experimentos sobre la sustitución robótica de partes del cerebro encendieron las alarmas en los sectores más conservacionistas de la sociedad. ¿Hasta qué punto un ser humano podía ser reemplazado por piezas artificiales sin perder su humanidad esencial? ¿Era un problema de cantidad, del porcentaje de sustitución del organismo, o más bien de calidad, es decir, de qué piezas habían sido robotizadas? ¿Un corazón metálico te hacía menos humano que una pierna de titanio? A fin de cuentas, en el corazón había neuronas. Y en el sistema digestivo. Y en muchas otras partes del organismo.

Poco después de la Unificación de los EUT se promulgó una ley restrictiva, la Ley de la Integridad Humana, que establecía una complicada tabla de porcentajes de humanidad medidos en puntos Bío, dependiendo del órgano a sustituir. En total un ser humano poseía mil Bíos, escrupulosamente reflejados en su chapa civil, y la ley prohibía que se le cambiara más del sesenta por ciento; esto es, la frontera estaba en poseer cuatrocientos puntos naturales. La ley había sido muy criticada por todos los sectores; los más inmovilistas la juzgaban excesivamente permisiva, un horror contra natura, y los ciborgistas la consideraban despótica. Además, se daba una casi

unánime condena del oscurantismo de la ley y de su farragosa, arbitraria complejidad. Las intervenciones en el cerebro, por ejemplo, estaban tuteladas, y para hacer una sustitución o alteración parcial de algún elemento había que presentar una petición que era resuelta por un comité de tres expertos de manera un tanto caprichosa y sin un protocolo objetivo en el que apoyarse. Yiannis tuvo que pedir permiso al comité para implantarse la válvula de feromonas en la amígdala, por ejemplo. Le costó cincuenta y dos puntos Bío.

Ahora estaban sirviendo canapés de hormigas culonas colombianas fritas con miel, una exquisitez crujiente y cara. Husky cogió un par pero Aznárez, con destreza de malabarista, consiguió llenarse las dos manazas y vaciar la bandeja: por lo menos el hecho de tener un camarero robot te evitaba las miradas de censura. Eran ya las 19:25, el lugar estaba abarrotado y aún no había comenzado el acto. La angustia crecía en el estómago de Bruna como una mala hierba, la angustia de la muerte y de la pena. Tres años, tres meses y once días. Y sólo doce días para Lizard. Husky agarró una copa de vino blanco de una bandeja que pasaba a su lado y, contra su costumbre, se bebió la mitad de un solo trago. Miró a los invitados: había gente de toda clase, muchos de ellos de apariencia humilde, seguramente atraídos por las proclamas populistas de Lago. Pero los portadores del lazo plateado eran todos patricios, tipos con dinero. Entre ellos había unas cuantas decenas de chicos y chicas de unos treinta años, tan guapos, perfectos e imperturbables que no engañaban a nadie. Sin duda eran robamantes, los robots eróticos. Los de esa calidad tenían un precio fabuloso. Sí, desde luego: había mucho potentado en esta sala.

Un puñado de aerobolas se concentró sobre el escenario, iluminándolo, y las demás se atenuaron, bajando también el volumen de la música hasta extinguirla. En la pared del fondo se encendió el nombre de la empresa anfitriona junto con su logo, un corazón metálico que palpitaba de la manera en que lo hacían esos artefactos, con un subir y bajar de émbolos. Un hombre de unos cuarenta años, alto y atlético, apareció bajo los focos. Una sonrisa rutilante, una cara bien operada. Derrochaba simpatía profesional y prepotencia.

—¡Hola a todos! Bienvenidos a la fiesta de la libertad. ¡Cuánto

me alegra ver a tantos amigos! Soy Janhache Lago, consejero delegado de Transhuman. Y sí, sí, ya sé que muchos de vosotros habéis venido para ver a mi padre, Jan Lago, que ahora está en la boca de todos, y con razón, porque puede ser el único que nos salve en estos momentos de extrema inquietud…

Un estallido de aplausos cortó sus palabras. Janhache agitó las manos en el aire por delante de él pidiendo calma:

—Tranquilos. Tranquilos. Lo veréis, pero más tarde. Antes tenemos que hablar de algo muy importante, de algo que en realidad también tiene mucha relación con esta crisis. Porque estamos en manos de un Gobierno de ineptos. De un Gobierno despótico, que nos arrebata nuestros derechos individuales; y, al mismo tiempo, de un Gobierno encerrado en sí mismo, cobarde e ignorante, incapaz de plantarle cara al enemigo y de defendernos.

Más aplausos.

—Luego mi padre os hablará más sobre esto, pero ahora nosotros vamos a centrarnos en el motivo que nos ha reunido hoy aquí: la derogación de la infame Ley de Integridad Humana. ¿Quiénes son esos ineptos para decidir sobre mi vida, sobre mi carne, sobre algo tan íntimo como mis riñones? ¡Eso es inadmisible! ¡Eso es tiranía! ¡Mi cuerpo es mío!

Clamor. Qué pena, pensó Bruna, que la justa indignación que tremolaba en las palabras de Janhache estuviera ensombrecida por el interés económico de la empresa Transhuman, que, naturalmente, sería la primera beneficiada por la desaparición de la ley.

—A lo largo de la Historia, el progreso siempre ha tenido que luchar contra la cerrazón y los prejuicios, contra el abuso de poder y contra los déspotas. Somos el futuro, amigos, y venceremos. Mirad…

Una extraña luz lechosa y rosada cayó desde las alturas sobre los presentes dejando a la vista, en una transparencia brillante y fantasmal, todas las prótesis, todos los implantes.

—Es un escáner de rayos T integrados, inocuo, por supuesto. Registra tanto las aleaciones metálicas como los biopolímeros —explicó el hijo de Lago.

El efecto era sobrecogedor. La práctica totalidad de los presentes mostraban trabajos de sustitución. Los más humildes apenas enseñaban una oreja o un diente, pero muchos otros, sobre todo los

portadores del lazo plateado, tenían hechos trabajos importantes. Piernas, hombros, fragmentos de cráneo, ojos biónicos, mandíbulas, tramos de la columna vertebral, pulmones que se esponjaban, corazones que latían, diminutos huesecillos de las manos, el enorme laberinto de algún intestino… Todos los componentes artificiales emitían un fulgor rosado que los hacía perfectamente visibles. Distribuidos entre los invitados humanos, los robamantes parecían islas de cegadora luz: eran tan luminosos que resultaban molestos para la vista. También estaba encendido su propio implante, advirtió Husky, esa prótesis biónica y casi perfecta que sustituía el brazo que se tuvo que amputar. La rep se lo quedó mirando, fascinada: un sedoso resplandor evidenciaba, bajo la piel artificial, el intrincado laberinto metálico. Abrió y cerró su mano izquierda, y todo aquello se movió suavemente. Husky le lanzó una ojeada a Barri Aznárez: no tenía ni un solo añadido artificial. Ni siquiera una muela. Debía de ser la única en toda la sala.

El escáner se apagó y el baile de espectros terminó de manera abrupta. Se miraron los unos a los otros, un poco turbados, como quien ha visto desnudo al vecino por accidente. Una pequeña explosión sobresaltó a la audiencia, que volvió a fijar su atención en el escenario. Había sido una bomba de humo, y entre los jirones de niebla anaranjada apareció junto a Janhache un personaje singular. Iba desnudo y descalzo, salvo por unos pantalones cortos azul brillante. Su tórax era de carne, aunque tenía una ventana transparente sobre el pecho izquierdo que dejaba atisbar el ritmo poderoso de su corazón artificial. El resto del cuerpo era metálico, resplandeciente y bruñido, con intrincados dibujos ornamentales realizados con un damasquinado de oro. De cada uno de sus brazos salían dos antebrazos con sus correspondientes manos articuladas, y los pies, que reproducían anatómicamente el miembro humano, estaban además provistos de ruedas retráctiles. Pero lo más llamativo era el rostro, que combinaba partes orgánicas y robóticas. Húmedos ojos humanos brillaban con furia en sus cuencas de acero, y al despegar los labios de titanio asomaba burlona una lengua carnosa.

—¿Qué demonios es eso? —susurró Barri, estupefacta.

—Un ciborrad. Un cíborg radical. Son unos chiflados. Me asombra que Janhache lo haya traído, porque están totalmente

prohibidos, por supuesto. O sea, son ilegales —explicó Husky.

El ciborrad se paseaba provocativamente por el escenario, levantado con gesto desdeñoso y triunfal sus cuatro manos con el signo de la victoria y agitando la roja y húmeda lengua en el aire como un poseso. Resultaba un poco aterrador. Una nueva bomba de humo ocultó su figura; cuando la neblina artificial se disipó, el ciborrad había desaparecido. La irrupción del activista apenas había durado un minuto. El público aulló y rompió en aplausos, como quien celebra un truco de magia. Cuando la ovación amainó, el sonriente Janhache tomó de nuevo la palabra:

—Amigos, ya lo habéis comprobado, somos los ciudadanos del futuro. No somos humanos, ¡somos transhumanos!

Un rugido recorrió la audiencia y luego, seguramente orquestados, empezaron los gritos. «No somos humanos, ¡somos transhumanos!», repetía la gente; y también: «¡Mi cuerpo es mío!». Janhache dejó que el personal chillara un rato y después volvió a pedir calma abanicando el aire con las palmas de sus huesudas manos.

—Nadie nos va a poner límites a lo que queramos hacer con nuestros cuerpos y nuestras vidas. Y para ello, lo primero que tenemos que lograr es derogar la ley. Hemos creado un movimiento social, una plataforma cíborg a la que os invito a sumaros. Tenemos un programa de acciones estratégicas para conseguir nuestro objetivo, pero de ello os va a hablar mi padre. Con todos vosotros ¡Jan Lago!

El personal aulló de regocijo y expectativa, pero la alegría se marchitó con rapidez cuando el magnate apareció en el escenario, sí, pero en holografía. Algunos silbaron mostrando su desagrado.

—Amigos, sé que queríais verme en persona, y a mí también me hubiera gustado compartir esta fiesta con vosotros, pero en estos momentos no es prudente, ni para mí, pero tampoco para vosotros, os lo aseguro, no es prudente, repito, que yo me deje ver en carne y hueso en ningún lugar… —empezó a decir Lago, vestido con un traje de una pieza morado y con un elegante pañuelo naranja anudado al cuello.

De pronto el mundo reventó con un ruido ensordecedor, un estruendo brutal que golpeaba el tímpano. Humo, alaridos de dolor, chillidos de pánico. Bruna advirtió, aturdida, que estaba

contemplando el suelo: había caído de rodillas, le zumbaban los oídos, le ardía la garganta. Esto no había sido una bomba de atrezo, como las de antes. Un barullo de gente se agitaba y retorcía a su alrededor. Se puso en pie de un salto, algo mareada. Respiró hondo, muy quieta, mientras hacía un rápido chequeo de su estado. Tosió otra vez, ese maldito humo. Pero se encontraba bien, operativa. Las sirenas de alarma sonaban escandalosas. Desde su altura, contempló la sala, iluminada por las luces rojas de emergencia. Apenas había transcurrido un minuto desde la deflagración. Unos metros hacia la derecha estaba sin lugar a dudas el punto cero, los chillidos, los gemidos, los cuerpos retorcidos por el suelo. Por el resto del local la mayoría de la gente huía sin saber a dónde, corrían desquiciados en todas direcciones, tropezando los unos con los otros. Y en el escenario, una batalla campal. Un grupo de encapuchados forcejeaba con Janhache y sus guardaespaldas.

La adrenaliza galvanizó el cuerpo de Husky. Lamentó no haber traído la pistola, pero no la hubieran dejado entrar con ella en el museo. Con tres empujones y cuatro saltos alcanzó la tarima y se subió de un brinco. Mientras aterrizaba, vio cómo uno de los terroristas le disparaba a un rep de combate que sin duda era uno de los escoltas de Lago: el tecno se desplomó con un agujero de diez centímetros en el pecho que le atravesaba de parte a parte. Era el maldito plasma negro, capaz de horadar una plancha de acero de un metro de espesor. Bruna se lanzó hacia el encapuchado, que intentó revolverse y apuntarla con el subfusil. Pero no fue lo suficientemente rápido: la androide le cogió la cabeza con ambas manos y le rompió el cuello. Dejó caer el cuerpo al suelo mientras se volvía instintivamente como un gato, pero un fuerte golpe sobre la oreja izquierda la postró de rodillas. Con los ojos nublados, vio cómo el asaltante soltaba la barra con la que le había golpeado y se lanzaba a coger el subfusil del terrorista que ella había matado. Husky intentó ponerse en pie pero no pudo. Estaba atontada, rozando el desmayo. El encapuchado pegó el cañón del arma a la frente de Bruna.

—Adiós, gilipollas —dijo el hombre.

En ese momento, una patada lateral le arrancó el fusil de las manos, y una mole de carne se abalanzó sobre él y lo machacó. El terrorista era grande y fuerte e intentó resistirse, pero su

antagonista era más ágil y sabía pelear mucho mejor. Una llave, tres puñetazos, una patada a los genitales, dos codazos y un golpe final en el cuello. El tipo se desplomó. Barri Aznárez resopló y se pasó los dedos por la alborotada masa de sus rizos para atusarlos.

—Si no llego a venir contigo estás frita. Vaya mierda de rep de combate que eres —gruñó mientras ayudaba a la asombrada Bruna a ponerse en pie—. ¿Tienes por lo menos la justificación de que te ha roto la cabeza? —ironizó mientras intentaba escudriñarle el golpe.

—Déjame —dijo la androide, dándole un manotazo; tenía una brecha y sangraba, pero ya empezaba a sentirse mejor—. ¿Y Janhache?

—Se lo han llevado.

Tirados sobre el escenario, tres terroristas y cuatro tecnos del servicio de seguridad. Se acercaron a verificar su estado. Los androides habían fallecido. Arrancaron las capuchas de los terroristas: los dos más jóvenes, quizá diecisiete o dieciocho años, también estaban muertos. Uno era una chica: fue a ella a quien Bruna había partido el cuello. Una maldita adolescente. Husky no había tenido más remedio y además la rep había sido diseñada para ser así de rápida y de letal, pero no pudo evitar esa especie de malestar, esa opresión en el pecho que ya había sentido en otras ocasiones semejantes y que se parecía bastante al dolor. El tercer terrorista, con quien la hermana de Lizard había luchado, aún estaba vivo, aunque inconsciente, y debía de rondar los veinticinco años. Las luces generales se encendieron y entraron al trote, muy nerviosos, un tropel de policías de asalto.

—¡Manos arriba! ¡Manos arriba todo el mundo! ¡De rodillas con las manos arriba!

Se arrodillaron con resignación junto a los muertos. En la sala seguía reinando la más completa confusión: cuerpos ennegrecidos y desmembrados, heridos gimiendo, gente llorando. Cerca del escenario había una mujer madura llena de cortes; entre sus brazos sostenía, con amoroso y sollozante mimo, la desbaratada chatarra de un robamante reventado por la explosión. El suelo estaba lleno de sangre y en los charcos flotaban, arrancados por la onda expansiva, magullados capullos de las flores exóticas que adornaban el local, como lotos sobre un lago decorativo. Qué mundo tan loco,

pensó Husky.

—La molécula de clorofila está compuesta por ciento treinta y seis átomos de hidrógeno, carbono, oxígeno y nitrógeno alrededor de un anillo central, y en el centro del anillo hay un átomo de magnesio. Pues bien, si cambias ese átomo de magnesio por un átomo de hierro, tendrás una molécula de hemoglobina. La sangre humana y la savia de las plantas son casi iguales —dijo lentamente Aznárez.

Bruna la miró aturdida y atónita.

—¿Qué quieres? Ya te dije que estoy especializada en trivialidades —se disculpó la hermana de Lizard.

Un par de policías estaba subiendo al escenario.

—¿Dónde has aprendido a pelear así? —susurró la detective.

Barri sonrió:

—Aún te quedan por descubrir muchas cosas. Así que ya lo sabes, Husky. Iremos juntas.

21

Bruna y Barri fueron de buen grado a la comisaría para declarar sobre el atentado. Estaban todavía allí cuando se produjo el tercer comunicado del EJI. Tal y como había dicho Kai, los técnicos de Paseris habían conseguido blindar el acceso a las pantallas públicas y los terroristas no pudieron emitir su macabro espectáculo por todo el planeta. Husky y la hermana de Lizard lo vieron en directo, sin embargo, en la línea especial de la policía. Degollaron a un hombretón que babeaba de terror y, entremezclado con el sentimiento de espanto y compasión, la rep no pudo evitar el salvaje júbilo de que no fuera Paul. Los Ins añadieron una nueva demanda: rebaja inmediata del precio del agua a la veinteava parte. Malditos fueran. Hasta a ella le regocijaba la idea de jeringar al consorcio acuífero. El EJI poseía un magnífico instinto propagandístico.

—Deberías ir a que te miren esa brecha en la cabeza… —gruñó la inspectora.

—No hace falta. Estoy bien —contestó Husky, apretando un cojín de frío contra su dolorido cráneo e intentando que no se le notara demasiado la brutal jaqueca que padecía.

Las noticias del asalto a Transhuman y del secuestro del hijo del magnate habían causado una profunda impresión en todo el planeta. En diversas zonas de los EUT, en Alemania, en Nueva Zelanda, en India, habían aparecido otros potentados que, siguiendo el ejemplo de Lago, compraron espacios de las pantallas públicas regionales y se ofrecieron a pagar ejércitos privados para defender al pueblo, según proclamaban con inflamada retórica. Los ciudadanos de la zona española se habían lanzado a las calles esperando un mensaje de Jan Lago, pero lo único que pudieron ver

fueron los resúmenes, sin imágenes, de la tercera comunicación de los terroristas. Se facilitó el nombre del ejecutado y se informó escuetamente de la nueva petición. Todo esto ocupó apenas medio minuto, pero a continuación los periodistas emplearon otros diez minutos en enfatizar la potente ingeniería que había logrado interceptar al EJI e impedir que penetrara en las pantallas públicas. La gente, desconcertada, siguió en las aceras, esperando la aparición de Lago mientras la cifra de muertos del museo aumentaba progresivamente: ya iban por 56, incluyendo al Ins suicida que había hecho estallar la bomba; además había 144 heridos, algunos en estado crítico. Sin embargo, las horas pasaban y el millonario callaba.

—Hoy me parece que no va a salir —dijo Kai—. Ha pagado un espacio de emisión como en los días pasados, pero dudo que lo use. Está destrozado. Creo que se culpa de lo que le ha sucedido a Janhache. Por lo visto tenía noticias de que querían secuestrarlo. Iban a por él, por eso el EJI utilizó un explosivo convencional y no el maldito *Inferno*, querían tener la situación bajo control para poder llevárselo. Gracias a eso no ha habido más muertos.

—Y, cuando vieron que Lago no estaba, cogieron al hijo —remató Aznárez.

Bruna había presentado a Barri a la inspectora, pero no le había contado nada sobre los documentos de Lizard y mucho menos aún sobre el proyectado viaje a Cosmos. La detective estaba al borde de sus fuerzas: el dolor de cabeza la estaba matando. Aznárez quería que un médico le curara la brecha, pero la rep se negó a ir. No veía el momento de regresar a casa y dispararse una de sus preciadas dosis subcutáneas de paramorfina: si no recordaba mal, aún le quedaban cinco. Necesitaba reponerse, descansar, comer. Y prepararse. Había vuelto a ver por un instante el rostro de Paul; en sus comunicados, los Ins se encargaban de enfocar y enseñar uno por uno a todos sus rehenes, para torturar a los familiares y aumentar el impacto aterrador de su amenaza. El inspector seguía manteniendo su habitual expresión de piedra. A Barri, en cambio, se le crispó el rostro cuando vio a su hermano. En eso no se parecían. Tres largos días hasta llegar arriba. Tres muertos más de la ruleta rusa hasta poder rescatarlo. Si es que estaba allí. Pero tenía que estarlo. Era su única esperanza.

—¿Podemos irnos ya, Kai?

—Sí, podéis. Pero no os vayáis muy lejos.

Sólo a la estratosfera, pensó Husky, levantándose de un salto y reprimiendo un gemido: demasiada rapidez para su machucado cráneo. En ese momento entró como una tromba en el despacho un policía joven y agitado.

—Está muerto, inspectora —dijo—. No ha sido culpa mía, era indistinguible de la piel, no he podido hacer nada…

El tercer terrorista, el hombre al que Aznárez había noqueado, se había suicidado con un parche venenoso.

22

Ángela había insistido hasta el agotamiento en acompañarlas al acto de adquisición de la aeronave y, dado que el dinero era todo suyo, había que reconocer que tenía cierto derecho a ello. Pero Husky se negó en redondo:

—Es por tu bien, Gayo. No puedo implicarte en esto de ninguna manera. Lo sensato es que te quedes al margen. Además, no tienes chapa falsa. Sería un suicidio, ¿no lo entiendes?

Lo más fastidioso, pensó Husky, era que a la mujer no parecía importarle nada suicidarse por ella. Oh, sí, le estaba muy agradecida a Ángela por su generosidad, pero su personalidad era irritante. Y, como además la rep se sentía culpable por no tenerle más afecto, la irritación subía por momentos.

La violinista Mirari había conseguido proporcionar a Bruna y Aznárez dos chapas civiles falsas con sus dos móviles correspondientes en un tiempo récord. Llegó con el material a casa de la androide a las 10:15, ojerosa y sin dormir.

—Me ha ayudado Maio, si no, no hubiera podido. Y, la verdad, tengo miedo de haberme dejado algún cabo suelto. No se puede trabajar bien con estas prisas.

La rep le había pedido una identidad masculina y ahora era Segundo Reyes, de origen hispano-filipino, un transportista y piloto de astronaves con un par de pequeños delitos en su juventud (hurtos, venta de *caramelos* y otras drogas blandas) que le habían llevado a la cárcel durante breve tiempo. Ahora estaba rehabilitado, trabajaba oficialmente de mano de obra eventual, y tenía un contrato intermitente con Cosmos de operario de refuerzo. En cuanto a Barri, era Virginia de la Cruz, mecánica de profesión, pareja de hecho de Segundo desde hacía una década y compañera

de trabajo. También contratada de cuando en cuando por Cosmos.

Husky se había pasado un buen rato camuflando su condición de rep, porque los tecnohumanos no eran admitidos en las Tierras Flotantes. Ocultó su tatuaje con dermosilicona, tapó sus pupilas de gato con lentillas negras y se cubrió la cabeza rapada con una peluca que imitaba un cráneo con cabello injertado pero medio ralo, como si le hubieran hecho un trabajo barato de repoblación capilar que se hubiera ido deteriorando con el tiempo. Además, reforzó su mandíbula y sus pómulos para hacerlos más masculinos, se dibujó el tatuaje de un par de cruces en las mejillas y aplicó sobre sus ojos unos espesos párpados orientales. Luego se colgó de las orejas dos ristras de pequeñas cruces de madera y se puso un traje sintético barato naranja chillón. Tenía un aspecto espantoso. En cuanto a Aznárez, sólo consintió en cambiar sus viejos tejidos de algodón por un vestido igual de tieso y de sintético que el de la rep, pero de color lila.

—No tengo que desfigurar mi cara. ¡Estoy desde los trece años con los Nuevos Antiguos! No hay fotos mías en la Red. Nadie podría identificarme.

Eso sí, le costó un buen rato habituarse al móvil: llevaba sin usar uno desde su adolescencia.

Cogieron un taxi para llegar a tiempo al Centro de Registro Notarial y lograron ser puntuales, pero, para desesperación de la rep, el *perla* no apareció hasta las 11:20. Entró en la sala de espera dando saltitos de pájaro. No era muy alto, pero su delgadez era tan excesiva que aparentaba mayor estatura. Sus hombros tenían la anchura de su cabeza, que era la única parte de su organismo de tamaño normal, y de ahí para abajo todo el cuerpo era un hilo. Parecía un insecto palo.

—¿Traéis el dinero? —dijo, por todo saludo, con un vozarrón de barítono totalmente incongruente con su falta de enjundia.

—Yo también me alegro de verte, Jaco —respondió Mirari, que había venido para servir de introductora—. Tu pregunta ofende.

—Bah, no seas tiquismiquis, Mirari. Ya me conoces. Vamos a la venta.

—Un momento —dijo Bruna, bajando el tono de voz para sonar más viril—. ¿Tiene combustible, tiene carga?

Jaco había acordado dejar el vehículo listo para volar y con una

partida de las mercancías que solía llevar a Cosmos. Esa sería su entrada a la Tierra Flotante.

—Claro, Crucecitas —dijo el bicho palo con tono de sorna—. Las baterías de positrones están al máximo y lleváis dos contenedores de pienso vegetal. Además, hay comida y agua, y también he remendado el condón de la nave.

—¿El condón? —dijo Husky en la más completa inopia.

Jaco la miró con súbita desconfianza.

—Para la basura espacial, Segundo —intervino Aznárez. Y luego se dirigió al hombre y añadió a modo de explicación—: Es que nosotros lo llamamos *la capucha*.

El *perla* se relajó.

—Bueno, pues eso. El condón para la *trash*. Pero vamos al *busines* que no quiero que me vean mucho con vosotros. No sé qué tramáis, pero no es nada bueno.

Se levantaron, pulsaron el botón petitorio para conseguir una sala y escogieron la más pequeña y barata de las que estaban libres. Era una habitación de cuatro por cuatro metros con una especie de armario en una esquina.

—Lo primero es lo primero —dijo Jaco, y se metió en el armario.

Husky le siguió y cerró la puerta detrás de ella. Era un cubículo insonorizado y muy angosto. Menos mal que el bicho palo no abultaba nada.

—Aquí tienes el resto —dijo la rep, dándole la bolsa engomada.

El *perla* la cogió sin decir palabra, sacó los trescientos mil ges del dinero negro y se puso a contarlos con calma. Luego los guardó de nuevo en el saco.

—Oki.

Salieron del cubículo y se dirigieron a la consola notarial. Aquí había cámaras, micrófonos, todo se registraba minuciosamente. El armario, en cambio, era un punto ciego. Activaron la consola, dijeron a qué venían, pasaron sus chapas civiles por el lector para identificarse, firmaron digitalmente el acuerdo y Bruna pagó la transacción introduciendo las *lenguas* por la ranura correspondiente.

—Doy fe de que el 19 de febrero de 2110 a las 12:01 UTC+1, la aeronave *Mosquito*, matrícula EX/ES/ 2079/403277, marca

Lockheed Airbus, modelo Panda, ha sido vendida por Jacobo Carlos, CHC AR/54666873, y adquirida en propiedad por Segundo Reyes, CHC ES/ 22765990F, quien ha saldado en este acto la totalidad de la deuda con la cantidad de doscientas mil gaias en metálico. Para que conste, se anota dicha transacción en las chapas civiles de ambas partes aunque la compraventa se hará oficial cuando sea inscrita en el Registro Global de Vehículos Espaciales, cosa que se efectuará en un máximo de siete días a partir de hoy —dijo la máquina con una voz femenina seca y eficiente. Y añadió—: Son cuatrocientas treinta gaias, por favor.

Bruna metió un nuevo billete en la ranura y recogió el cambio y el recibo. Se preguntó quién ordeñaría las máquinas notariales… Pagar cuatrocientos treinta ges por diez minutos del uso de una estúpida consola era abusivo. Lo mismo estaba también Jan Lago detrás de esto. O el consorcio acuífero.

En cuanto salieron a la calle, Jaco desapareció dando saltitos sin decir palabra. Bruna y Barri se despidieron de Mirari y se encaminaron al cosmopuerto de Cuatro Vientos.

—¿Cómo sabes lo del condón? —preguntó Husky en cuanto se quedaron solas.

—¿Y tú cómo no lo sabes? Me preocupas. ¿De verdad eres capaz de pilotar una lanzadera?

—Por supuesto. Es un conocimiento de serie para los replicantes de combate. Venimos así de fábrica —dijo con amarga ironía.

—Pues no entiendo tu ignorancia. Todo el mundo sabe que la Tierra está rodeada por un espeso cinturón de basura… Restos de naves, de estaciones y satélites, excedentes de las Tierras Flotantes, chatarra de accidentes… Han limpiado tres veces la estratosfera utilizando redes de nanotubos, pero aun así hay millón y medio de fragmentos de más de diez centímetros orbitando el planeta a diversas alturas. Así que hace algunos años se les ocurrió poner esa misma red de nanotubos recubriendo las naves para protegerlas, es una especie de condón abierto por detrás para dejar espacio a los propulsores de la lanzadera. Se trata de una cubierta porosa, permite el paso del aire, con lo cual no dificulta la salida de la atmósfera, pero detiene y rechaza los fragmentos pequeños de basura. Sin eso las astronaves podrían acabar agujereadas y destruidas. Los ascensores espaciales también cuentan con esa

envoltura. Y todo esto lo sé porque forma parte de mi especialización en trivialidades.

Por eso ella no lo conocía, se dijo la rep. Bruna había pilotado astronaves durante sus dos años de milicia en Potosí, pero allí la basura espacial era inexistente. Por otro lado, fue teleportada al planeta minero, de manera que ni a la ida ni a la vuelta tuvo que atravesar los cinturones de desperdicios de la Tierra. Miró con el rabillo del ojo a Aznárez con algo parecido a la admiración. ¿Cómo le había podido parecer gorda, anticuada y fuera de forma? Era sólida como una roca. Una presencia imponente. Y le había salvado la vida.

El *Mosquito* estaba aparcado en el hangar más alejado, mugriento y barato de todo Cuatro Vientos. Les costó media hora encontrarlo y otra media hora localizar al encargado del lugar. Estaba en uno de los bares del cosmopuerto, aferrado a una copa de anís seco como quien se sujeta a la barra del metro para no caerse. Se llamaba Gorki, o eso decía la inscripción en la pechera de su grasiento mono. Las acompañó de regreso al hangar sin soltar la copa. Dentro del galpón había tan sólo tres astronaves.

—Ésa es la vuestra —dijo el tipo, señalando la del fondo.

Se trataba de la más grande, lo cual no era bueno, porque tenía un aspecto vetusto y con ese tonelaje gastaría mucha más energía al desplazarse. A juzgar por la matrícula, el vehículo tenía treinta y un años, y aparentaba su edad hasta el último día.

—¿Tú crees que esa ruina volará? —murmuró Aznárez.

—Por lo menos modernizaron los motores —dijo Husky: el sistema de baterías de positrones sólo tenía quince años—. Volaremos.

—Oh, ya lo creo. Es una barquita muy marinera —farfulló Gorki mientras manipulaba una pantalla—. Pero no os iréis hoy.

—¿Cómo que no?

—Pues que no. Veo que acabáis de comprarla. Hasta que no se insbrique… insibre… inscribe en el Registro no se mueve.

—¡Cómo que no! Salimos ahora mismo, en cuanto haya ranura.

—¡Por mis muertos que no despegáis! ¡Resepren… represento a la Ley!… —clamó Gorki mientras hacía un ampuloso movimiento con la mano que derramó la mitad del pegajoso contenido de la copa sobre la consola.

Fue inútil discutir con él, sobre todo porque no era Gorki quien debía dar la autorización, sino la Mesa de Control de Cuatro Vientos. Y, en efecto, según comprobó la rep repasando a toda velocidad en su móvil la legislación relativa al transporte espacial, las astronaves necesitaban estar anotadas en el Registro Global para volar. Siete días. No podían esperar siete días. Además, para entonces, Jaco habría avisado a Cosmos y perderían la licencia. No lograrían entrar, se angustió la rep. La cabeza le ardía, sentía náuseas, vértigos. Se habían gastado medio millón de ges para nada. Lizard moriría.

De pronto, el corazón le dio un salto en el pecho:

—Espera… Mira lo que dice aquí… «Las naves comerciales con carga perecedera están autorizadas a volar aunque aún no hayan sido inscritas en el Registro si disponen de un pasaporte provisional expedido por la Dirección General de Transportes o por la Dirección General de la Policía. Dicho pasaporte tendrá un máximo de diez días de vigencia».

Se quedaron calladas unos segundos, pensativas y sombrías. Y al cabo la rep dijo:

—Vamos a hablar con Kai.

Regresaron a la comisaría: no era algo que se pudiera tratar a través del móvil. Pidieron a la inspectora que saliera a tomar un café con ellas, y la tecno accedió. Se quedó atónita al verlas disfrazadas. Fue una conversación dificilísima; Kai se indignó al saber todo lo que le habían ocultado; ardía con esa furia fría de los tecnos de combate que Bruna conocía tan bien, y estuvo varias veces a punto de irse. Pero al final no lo hizo, cosa que despertó una vez más en Husky el fantasma de su posible relación sentimental con Lizard. La detective se esforzó por aplastar la víbora de sus celos: no podía permitirse ese desgaste ahora.

—Entiéndelo, Kai. Lizard escribió que no confiaba en sus compañeros. Por eso te ocultamos lo que sabíamos.

Le habían contado todo, incluso lo de Juanelo. Se habían puesto en sus manos, cometiendo quizá un error fatal. Bruna se dijo, exasperada, que debería decidir qué paranoia prefería cultivar: o bien Kai era la amante de Paul, o bien era el topo de la comisaría, porque ambas sospechas no parecían compatibles. ¿O tal vez sí? La asfixiante rueda de sus obsesiones giraba cada vez más deprisa.

Aún enfadada, glacial y cejijunta, la inspectora les pidió los datos del *Mosquito* y gestionó la licencia a través de su móvil. Apenas le llevó quince minutos. La pantalla de Bruna se encendió cuando recibió el pasaporte.

—No diré nada a nadie por el momento. Yo también tengo algunas sospechas sobre la seguridad de la comisaría. Pero avisa a tu amigo Yiannis. Dile que iré a ver los documentos —gruñó Kai.

—Gracias.

—Estoy poniendo mi carrera en riesgo por vosotras. Espero que merezca la pena. Aunque en realidad no es por vosotros. Es por Lizard.

Un punto para la teoría de los amantes. Maldita sea.

23

Entre unas cosas y otras, cuando consiguieron ranura de despegue ya eran las 20:30. La oruga arrastró la lanzadera hasta su plataforma y aún tuvieron que esperar veinte minutos más para poder salir. Bruna aprovechó el tiempo para revisar el *Mosquito*; Jaco había cumplido con todo lo que le habían pedido, pero no les había informado del espesor casi geológico de la suciedad acumulada. Los sacos de las literas estaban tan impregnados de sustancia que parecían de cartón, y en los rincones del *Mosquito* había cúmulos de inciertas oscuridades que debían de remontarse hasta el año primero de la nave. Por no hablar de la peste reinante, especialmente difícil de soportar para una androide con los sentidos potenciados.

—Qué asco de sitio…

Los controles estaban pegajosos y las pantallas, rajadas. Pero los motores funcionaron a la primera y la nave se elevó entre crujidos y comenzó a acelerar de la manera prevista. Husky se mantuvo junto a los controles y atenta a la secuencia de salida durante una hora, hasta que se alejaron a más de quinientos kilómetros de la Tierra, porque ese primer cinturón era el más saturado de basura espacial y, aunque el condón se había desplegado adecuadamente, era conveniente vigilar la posible aparición de algún residuo demasiado masivo para que la cubierta de nanotubos lo pudiera rebotar. Por lo general, la Mesa de Control llamaba para avisar si detectaba un riesgo de colisión, pero el tiempo de respuesta era tan breve que convenía estar al mando y alerta.

—¿Has visto? Qué bárbaro… —dijo Barri, señalando al exterior.

Se refería a la nube de desperdicios, que se abría vertiginosa al paso de la nave como si fuera una lluvia plateada precipitándose

contra un automóvil en la noche.

—Esos fragmentos de chatarra se mueven a una velocidad de siete kilómetros por segundo… Ay… No me siento nada bien —añadió Aznárez mientras su voz se iba debilitando.

Se la veía lívida. La hermana de Lizard no había volado nunca en un cohete espacial y la microgravedad estaba cobrándose su precio. Cuando dejaron atrás la zona más saturada de detritus, Husky abandonó la consola de mando y fue a mirar en el también roñoso botiquín del carguero. Encontró unos parches estabilizadores caducados que consideró mejores que nada, así que regresó con uno y se lo pegó a Aznárez en el brazo sin decirle que estaban pasados de fecha. Ya fuera porque aún seguían funcionando o por sugestión, en pocos minutos la mujer empezó a mejorar.

Bruna, en cambio, empeoraba. Se acercaba el momento fatídico de cada jornada, las once de la noche, la declaración del EJI, la ejecución salvaje. Los segundos pasaban y la envenenaban. Su propio miedo era un tóxico, una ponzoña que le retorcía las vísceras y le cortaba la respiración.

—Ya es la hora, ¿no? —dijo Aznárez.

En vez de contestar, la rep llamó a Yiannis. Todavía estaban lo suficientemente cerca de la Tierra como para que, gracias a los satélites espejo de órbita baja, las comunicaciones no tuvieran apenas retraso. El arrugado rostro del archivero apareció en la pantalla: no, no habían degollado a Lizard, sino a un tal Charles; no, no se había visto la ejecución, los terroristas seguían sin poder conectarse a las pantallas públicas; no, Jan Lago no había vuelto a aparecer.

La rep estaba tan contenta que cortó sin preguntar cuál había sido la cuarta petición del EJI. Se levantó, emborrachada de alivio, y dio unas cuantas cabriolas en el aire aprovechando la microgravedad. Aunque aún quedaban dos días y medio hasta llegar a Cosmos.

Se calentaron unas bandejas de arroz con bolas de proteína sintética. La textura era gomosa, el sabor repugnante, pero la androide tenía tanta hambre (llevaba sin comer desde el desayuno) que, cuando se la terminó, se sirvió otra. Barri la miraba con horror.

—Yo estoy acostumbrada a comer de verdad —gruñó—. Sembramos, cultivamos, hacemos nuestras propias conservas… Por

eso no puedo tragar esta porquería…

Pero terminó vaciando la bandeja: sin duda esas generosas carnes que la mujer lucía habían sido logradas con un buen apetito.

—El pienso que llevamos debe de saber igual que esto… —dijo Bruna.

Le había extrañado que en Cosmos comieran pienso. Por supuesto que en las Plataformas Artificiales el alimento era siempre un problema, pero a los cósmicos les suponía un nivel de tecnología suficiente como para sintetizar alimentos mejores. Claro que se trataba, según las etiquetas, de pienso vegetal, y las Plataformas no solían disponer de suficiente espacio para plantar nada. Tal vez se tratara de un simple complemento alimenticio.

—Yo hago el primer turno, Bruna. Acuéstate. Te llamo en cinco horas —dijo Barri—. Y te despierto enseguida si veo que pasa algo.

La rep olfateó las literas hasta encontrar la menos apestosa y se metió en el saco que, sujeto a la cama, impedía que el durmiente saliera flotando. Se le habían olvidado las incomodidades de la vida espacial. Recordó que tendría que volver a lavarse con las asquerosas esponjas químicas y sintió un escalofrío de repugnancia. Cerró los ojos, dispuesta a conciliar el sueño de inmediato, e intentó recuperar la vieja costumbre de dormir en gravedad cero. Era una sensación rara, como si los pies estuvieran más altos que la cabeza. Como si quisieran salir andando solos. Mientras avanzaba la suave oscuridad de la inconsciencia en su interior, la rep recordó que, antes de despegar, había subido un interventor a la nave. Vio los contenedores y revisó sus chapas civiles, es decir, las chapas falsificadas por Mirari.

—Hay un problema —comentó—. Mejor dicho, hay bastantes problemas. Vuestros permisos personales de vuelo son para trabajar en Cosmos como operarios eventuales. No estáis autorizados a llevar mercancías. Sin embargo, el pasaporte provisional es para cargueros con productos perecederos… Y lleváis dos contenedores de entomopienso, que, por un lado, no es perecedero, o sea, que no se ajusta a la licencia, y por otro, es una mercancía, que tampoco se ajusta a vuestro permiso personal…

Era un tipo de unos sesenta años de facciones borrosas. Su tono era frío y profesional, pero por debajo vibraba un matiz de socarrona burla que curvaba hacia arriba las comisuras de sus

labios. Fue esa malicia subterránea lo que decidió a Husky.

—Sí… Pero mira, tenemos este otro documento que lo explica todo —dijo la rep, pulsando su móvil.

Lo puso en modo de pago por proximidad y marcó quinientos ges. El interventor le echó un desapasionado vistazo.

—Interesante —dijo—. Pero claro, entenderás que necesitas tener otro documento igual para tu novia, ¿no?

La rep suspiró y subió la cifra a mil gaias.

—Muy bien —dijo el hombre mientras se completaba la transferencia—, acabo de daros el OK.

Los EUT estaban podridos, rumió Husky, mientras colgaba como una cría de canguro en su apestoso saco. La injusticia y la corrupción eran hechos comunes. Por eso el enloquecido discurso de los Ins le resultaba atractivo a tanta gente. Y sin embargo… A Lizard le quedaban como mucho diez días. Sintió una opresión en el pecho que quizá fuera un grito incapaz de encontrar la salida. Basta ya, basta ya, se increpó Bruna: si quiero ayudarle, tengo que descansar. De modo que, echando mano de su calma artificialmente reforzada y del entrenamiento como rep de combate, fue cerrando uno por uno sus tormentosos pensamientos y, desconectando la conciencia, se dejó caer en el abismo del sueño.

24

La noticia se abatió sobre ellas como un hachazo. El hijo de Lago había aparecido junto a los demás rehenes en la quinta conexión del EJI.

—No puede ser, no puede ser… —balbució la rep.

Llevaban poco más de veinticuatro horas de viaje. En Madrid eran las 23:31 del jueves 20 de febrero y el arrugado rostro de Yiannis parecía un mapa de desolación desde la pantalla de la cabina de vuelo.

—Fue secuestrado en la noche del martes 18, Bruna. Hace cincuenta horas. Si los rehenes estuvieran en Cosmos, no podría haber llegado ya. Le faltarían por lo menos diez horas de viaje o más —razonó el archivero.

—¿Y si se hubieran teleportado?

—Tú misma me dijiste que en Cosmos tenían un bloqueador de tepes…

—Sí, cierto, no podemos tepearnos nosotros, pero ellos sin duda son capaces de hacerlo. Así trasladaron su ejército a Ceres, te recuerdo —insistió Bruna.

Nada les impedía una teleportación, eso desde luego. Pero también cabía la posibilidad de que Lizard estuviera en la Tierra. La duda inundó de pronto la cabeza de la rep, como si la hubiera mantenido represada y negada hasta ese momento y ahora se desbordara en una súbita riada. Si el inspector no se encontraba en la plataforma flotante, estaría subiendo a Cosmos para nada y habría perdido seis largos días. Rugió de frustración.

—No te desesperes —dijo Barri—. Puedes tener razón con lo de la teleportación. Y en cualquier caso estamos siguiendo la pista que nos dejó Paul.

La buena noticia era que, junto con Janhache, los Ins habían traído nueve rehenes más, capturados en diversos puntos de los EUT. Sumando al hijo de Lago, y restando a una mujer que acababan de matar, el número de víctimas en manos de los terroristas había subido a diecinueve. Bruna sonrió con amargura: qué terrible alegrarse de que hubieran secuestrado a más personas. Pero eso aumentaba las posibilidades de Lizard.

De alguna manera los Ins habían conseguido sortear los parches de seguridad establecidos por los técnicos de Paseris y habían vuelto a emitir en directo por todas las pantallas públicas. Y fue un espectáculo dantesco.

—Tengo las imágenes. Te las paso —dijo el archivero.

El sombrío escenario de las ejecuciones parecía muy lleno con tanto rehén. Los encapuchados arrastraron a un aterrorizado Janhache y le obligaron a arrodillarse en primer término.

—Esta vez te has escapado, Lago, pero ni tú ni tus muchos hijos os vais a salvar. Mira siempre por encima de tu hombro, porque estaremos ahí… —dijo, con su habitual distorsionador de voz, el que parecía estar al mando.

—Os creéis muy listos y habéis bloqueado nuestro acceso durante un par de días —prosiguió—. Pero nosotros somos aún más listos y por eso nos tenéis de nuevo aquí. En abierto, para que todo el mundo lo vea. Libertad de expresión. Ésa es la base de vuestra democracia, ¿no? ¿No alardeáis todos tanto de ello? Y luego, en cuanto alguien dice algo que no os gusta, lo censuráis.

De debajo de la caperuza salió un ruido seco que quizá fuera una risa. A continuación, el Ins hizo una seña con la mano y otros dos terroristas levantaron a una rehén y la trajeron en volandas. Era una china joven y menuda. Empezó a gemir desde que la cogieron; las piernas se le doblaban, así que los captores tuvieron que sostenerla en pie junto al arrodillado Janhache. La pequeña mujer se orinó encima.

—Hoy estamos enfadados por ese truco vuestro. Por habernos dejado sin acceso a las pantallas. Así que recordad, vosotros sois los culpables de esto —dijo el líder.

Hizo una señal de asentimiento con la cabeza y otro encapuchado se acercó a la china y, sacando un cuchillo, le vació primero un ojo y luego el otro, y a continuación la degolló. Todo lo

cual se podía enumerar con prontitud, pero fue ejecutado con lenta y ensangrentada torpeza, entre alaridos, retorcimientos y estertores.

—¡Por todas las especies! —jadeó Bruna.

A su lado, Aznárez luchaba contra las arcadas.

—¡En la bolsa, en la bolsa, que hay gravedad cero! —le gritó la rep.

Mientras la hermana de Lizard vomitaba con la cara dentro de la bolsa aspiradora, Husky escuchó el final del mensaje terrorista:

—Y ésta es nuestra reclamación de hoy: exigimos un sistema de salud público, gratuito, universal e igualitario. No puede volver a morir ni un niño más por falta de dinero para pagar sus medicinas. ¡Sangre por sangre! ¡Viva el Ejército de la Justicia Instantánea! Hasta mañana…

Caperucitos rojos, salvadores del pueblo, pensó Bruna con asco y desolación. Yiannis apareció de nuevo. Estaba haciendo un gasto fabuloso, porque las conexiones de voz y datos orbitales salían carísimas.

—Te vas a arruinar con las llamadas, Yiannis…

—Me da igual, para lo poco que nos queda por vivir… Jan Lago ha salido también en las pantallas, inmediatamente después de los terroristas. Éste es su mensaje.

El magnate estaba vestido de riguroso negro, desencajado y ojeroso.

—Sólo os advierto una cosa: no toquéis a mi hijo. Si queréis guerra, tendréis guerra, aunque para eso tenga que pelear antes con quienes no son capaces de protegernos. No os equivoquéis: yo sí sé defenderme. Todavía no lo sabéis, pero estáis muertos.

No dijo más, pero resultaba helado y peligroso. También poderoso. Husky tuvo que hacer un pequeño esfuerzo para no caer bajo la fascinación de su carisma. En esos momentos de extrema congoja, esa voz enfrentándose al horror proporcionaba protección y consuelo.

—El primer ministro de Cosmos, Krakotek, ha llegado a la Tierra a bordo de la lanzadera diplomática de su embajada y se reúne dentro de unas horas con Guang en el Palacio Presidencial. Si no se desbloquea el conflicto de Ceres no sé qué será de los EUT. La situación está muy tensa por aquí. Ya ha habido enfrentamientos en las calles entre los partidarios de Lago y los del Gobierno. Habrá

una guerra —dijo el archivero con cara de angustia y tono apocalíptico.

—Tranquilo, Yiannis, relájate y espera un poco, en un ratito entrará en funcionamiento tu bomba de endorfinas y lo verás todo mucho mejor.

—No. Estaré menos asustado y me descuidaré, y entonces llegarán los matones de Lago y me cortarán el cuello. Ya he vivido todo esto con las Guerras Robóticas… Otra vez lo mismo. Vamos al desastre. No sé si desconectar la bomba, el miedo te ayuda a sobrevivir… —gimió el viejo.

Y, sin añadir una palabra más, apagó la comunicación. En ese momento la androide recordó una cosa que le había contado el archivero tiempo atrás, una más de las muchas historias que a Yiannis le gustaba relatar, pero que ahora adquiría una siniestra relevancia. Sucedió a raíz de una antigua guerra civil que hubo en España como a mediados del siglo XX y que fue ganada por un dictador. Un buen número de los vencidos fueron destinados como prisioneros políticos a trabajos forzosos en las minas de la zona de Asturias, y en los primeros momentos de la posguerra hubo un grupo de matones partidarios del dictador que bajaban de cuando en cuando a la mina más grande, colocaban en fila a todos los prisioneros, les hacían numerarse y luego señalaban a unos cuantos al azar y les decían que dijeran un número. Al desgraciado que coincidía con el número mencionado, lo sacaban de la formación y lo fusilaban. Pero lo más conmovedor era que, en más de una ocasión, el prisionero al que preguntaban contestaba dando su propio número y, por consiguiente, condenándose a una muerte segura.

—Imagínate qué juego tan eficaz y tan perverso —había comentado Yiannis—. Porque, por un lado, los mejores de entre todos los prisioneros, los más valientes, los más generosos, los más difíciles de quebrantar, daban su propio número, y por lo tanto eran eliminados; y, por el otro lado, los demás, los que daban el número de un compañero, quedaban destrozados para siempre. Sí, parece un mecanismo de represión perfecto, y sin embargo… Sin embargo, yo creo que los verdugos no tenían en cuenta algo esencial, que es el ejemplo de entereza y heroicidad que ofrecía el compañero que se inmolaba. Cuando alguien ha muerto por ti, y evidentemente

todos les debían la vida a esos héroes porque no habían dado sus números; cuando alguien ha muerto por ti, repito, sin duda te sientes de algún modo obligado a ser mejor. A mantener tu existencia a la altura de ese regalo colosal. Así que, aunque los mejores fueron eliminados, su ejemplo tuvo que reforzar la dignidad de los que quedaban. Lo verdaderamente destructivo, lo que les habría aniquilado como personas, hubiera sido que todos dieran el número de un compañero…

Husky no estaba tan segura de esa lectura tan positiva del archivero, que era el depresivo más optimista que la rep conocía, y en cualquier caso la historia la había dejado temblando. ¿Por qué demonios había tenido que recordarla justo ahora? ¿Y si el EJI, que acababa de demostrar que no tenía límites en su crueldad, decidía aplicar un juego perverso semejante con los rehenes? Estaba segura de que Lizard diría su propio número, y Bruna enloquecería de pena. ¿Y si dijera el número de otro? Entonces enloquecerían los dos.

El corazón martilleó el pecho de la rep mientras su cabeza se disparaba imaginando tormentos. Intentó concentrarse en respirar para amainar la angustia, mientras contemplaba cómo se agolpaba la negrura del espacio al otro lado de la ventanilla. Al fondo, todavía muy lejos, la estructura piramidal de Cosmos brillaba oscuramente con los rayos del Sol. Qué hacía ella ahí, atrapada en una vieja lata en mitad de la nada, mientras la Tierra empezaba a arder, le sacaban los ojos sádicamente a una mujer y Lizard estaba esperando el turno de su martirio quién sabía dónde. Faltaban treinta horas para llegar a la Tierra Flotante: estaban justo a medio camino. Y, una vez allí, ¿serviría de algo?

Jaco no tenía vino entre las provisiones, ni blanco ni tinto, pero Husky había visto un par de botellas de vodka y otra de mussu, el aguardiente gnés. Fue a buscar la bebida y regresó con el vodka.

—¿Quieres? —le ofreció a Barri.

—No.

A la rep le pareció advertir cierto tono de reproche. Le importaba un carajo.

—Te toca turno —dijo—. Llámame en cinco horas.

Sacó de su mochila un hipnótico y se lo tragó con cuatro grandes buches del rasposo alcohol. Ni siquiera pensaba salir del sillón.

—Estupendo, como para necesitarte en una emergencia —oyó refunfuñar a Aznárez a su lado.

Y después, gracias al gran Morlay, la nada.

25

Tres años, tres meses y siete días. Según el horario de Madrid, UTC+1, eran las 04:30 del sábado 22 de febrero. Aunque aquí el tiempo era un continuo de fulgor y sombra indistinguible. El *Mosquito* estaba detenido a la distancia protocolaria, en la franja de recepción de Cosmos. Habían mandado la documentación de la nave y sus acreditaciones personales y ahora esperaban la contestación de la plataforma. Tenían puesto el vehículo en los parámetros de la órbita geoestacionaria y acompañaban a Cosmos en su lento rotar sincronizado con la Tierra. Un poco más arriba, no muy lejos, estaba la principal órbita cementerio de basura espacial. En la negrura cósmica se veía brillar un anillo de puntos luminosos, casi como una nueva Vía Láctea. Sólo que no eran estrellas, sino chatarra.

La noche anterior, Paseris había vuelto a colocar un parche de seguridad en el sistema y el EJI no pudo alcanzar las pantallas públicas. Pese a ello no adornaron la ejecución del rehén de turno, un guardia de origen sueco, con ninguna floritura sádica más, aparte del atroz degollamiento habitual, siempre ejecutado por manos ineptas con cuchillos demasiado pequeños. Ya estaba sucediendo, rumió Husky, sombría: ya se estaban acostumbrando al horror de la carnicería. A todo el mundo parecía impresionarle cada día un poco menos esa muerte sucia, acezante y espantosa. A todo el mundo menos a los rehenes, por supuesto.

Lizard. Dieciocho días.

—Cuánto tardan —se inquietó Aznárez—. ¿Tú crees que se han enterado de la venta del *Mosquito*? ¿O de todo ese lío del pasaporte provisional?

—Espero que no. Ellos conectan con el Registro Global para

sacar la información y ahí todavía figura Jaco.

—Y, si nos permiten atracar, ¿qué piensas hacer? —dijo Barri.

Era una pregunta esencial.

—No lo sé.

Habían conseguido llegar hasta Cosmos, pero ¿de qué serviría si no las dejaban entrar en la plataforma? No sabía cómo era el procedimiento habitual que seguían los *perlas*. Debería haber indagado más con el hombre palo, pero Jaco tampoco parecía muy dispuesto a hablar con ella.

—Control de Cosmos a *Mosquito*.

El rostro del funcionario del puerto apareció en pantalla.

—Ya hemos verificado vuestros datos. Todo en orden. Sólo falta la confirmación de carga.

La carga de los *perlas*, claro, no venía registrada oficialmente en la nave.

—Traemos dos contenedores de pienso vegetal.

El hombre asintió. Era joven, con las sienes afeitadas y una alfombra de pelo rojizo bien recortado en lo alto de la cabeza. En un lateral del cuello llevaba unas letras tatuadas que Husky no alcanzó a leer.

—¿Dónde está Jaco?

—Le están haciendo una nariz nueva. Se la rompieron en una cena con amigos —improvisó Bruna.

—No sabía que Jaco tuviera amigos —dijo el pelirrojo con sorna.

—Él tampoco. De ahí lo de la nariz —intervino Barri.

El tipo se encogió de hombros.

—Me da igual. Sólo que… A Jaco le gusta el mussu… y a mí también. Compartíamos eso —dijo, cauteloso.

Ah, vaya. ¿Era eso lo que parecía ser?

—No te preocupes… Yo también le doy al mussu —aventuró Husky.

—Muy bien. Te mando las coordenadas del puerto. Atraca y espera a que lleguen los robots y las instrucciones para la descarga.

El puerto al que las enviaron estaba en un nodo exterior, no demasiado lejos del que había señalado Lizard. Mientras se aproximaban a la plataforma, Husky admiró la formidable construcción espacial, enorme y ligera al mismo tiempo, con su red

de tubos y de esferas en mitad de la nada. El material era irreconocible, metálico pero con una cualidad resbaladiza y líquida; tenía un color rojizo muy oscuro, tan denso como la sangre coagulada, pero si los rayos del sol lo golpeaban de lleno, refulgía igual que cobre recién pulido.

Entraron en el hangar y las compuertas se cerraron tras ellas. Esperaron unos minutos mientras se recuperaban los valores de oxígeno y de gravedad. Husky advirtió el contorno de sus nalgas pegándose al asiento: de pronto el cuerpo volvía a ser pesado. La rep admiró la potencia tecnológica de Cosmos; la otra plataforma orbital, el Reino de Labari, que tenía la forma de un enorme neumático, lograba la gravedad por el procedimiento habitual de rotación. Pero los cósmicos no giraban, lo que significaba que habían encontrado un método revolucionario para solucionar el problema gravitatorio. Bruna reprimió un escalofrío: asustaba un enemigo con semejantes conocimientos científicos.

—Robots de carga pidiendo permiso —sonó una voz impersonal en su móvil.

Husky se dirigió a la bodega y abrió el portón. Dos robots carretilla esperaban pacientemente al otro lado. Husky los condujo hasta los contenedores.

—Son estos dos.

Hábiles y precisos, los autómatas desplegaron sus plataformas telescópicas, las deslizaron por debajo de las cajas y abrazaron los contenedores con sus grandes tentáculos articulados superiores. Una vez bien sujetos, los levantaron en el aire.

—Acompáñanos, Segundo Reyes.

Bruna agarró la botella de mussu: menos mal que la noche anterior prefirió beberse el vodka.

—Tú quédate aquí —le dijo a Barri—. Y mientras tanto intenta arreglar el… ese pequeño desperfecto que tenemos —añadió en un rapto de inspiración.

—De acuerdo —dijo ella, con expresión de sorpresa pero siguiéndole la corriente.

Era rápida, Aznárez.

Por dentro, los nodos también refulgían o al menos lo hacía éste, que estaba en apariencia dedicado al transporte espacial. Bruna vio varios hangares para astronaves y, más allá, señales que indicaban

el ascenpuerto. La media esfera superior, que hacía las veces de cielo, emanaba una luz plateada y brillante. En cuanto a la mitad inferior, las paredes estaban tapizadas con un acabado liso y mate. Todo era metálico, todo brillaba, las personas iban y venían en medio del fulgor en pasarelas mecánicas que se entrecruzaban a diversas alturas. En la zona media, pequeños vehículos que parecían bolas transparentes zumbaban de un lado a otro sobre rieles. Este nodo portuario estaba construido para impresionar, para apabullar a los visitantes, pero no por su belleza, sino por su fuerza. Ofrecía una imagen austera, dura y poderosa. Había algo marcial en el ambiente, reforzado por el hecho de que todo el mundo, mujeres y hombres, vestían el mismo uniforme, un mono que parecía hecho de goma de color gris plomo, sólo diferenciado por diversas insignias en hombros y pechera. La mayoría de los cósmicos, además, llevaban armas cortas a la cintura, y de cuando en cuando se veían ametralladoras robotizadas patrullando la zona. Más que una plataforma orbital de civiles, parecía un destacamento militar a punto de sufrir un asalto. Y puede que en verdad tuvieran razones de temer un ataque, dado el agravamiento de la crisis de Ceres.

Por encima de las cabezas de la gente, y por debajo de la bóveda radiante, vibraban en el aire frases que se encendían y apagaban en llamativas letras rojas. Eran lemas, y si estabas lo suficientemente cerca también escuchabas el mensaje en audio. «No digas *yo*, di siempre *nosotros*», «Somos las células del gran cuerpo de Cosmos», «Antes de ser libres hay que ser iguales», «Patria o Muerte», «La Revolución es nuestra madre», «El egoísmo es burgués, la solidaridad es revolucionaria», «La obediencia nos hace grandes»… En lo más alto de la cúpula celeste se veía un enorme retrato holográfico animado de la cabeza de un hombre con el rostro por completo rasurado, incluidas las cejas. Su cara colosal miraba hacia un lado del nodo y luego hacia el otro con gesto arrogante y una pequeña sonrisa de benevolencia, como un padre severo que se enorgullece de sus hijos. Debía de ser el primer ministro de Cosmos, supuso Husky.

—¿Ese de ahí arriba es Krakotek? —le preguntó al robot más cercano.

—Es el Gran Líder Krakotek, primer camarada entre los camaradas —contestó el artefacto; si no fuera un pedazo de

chatarra, la rep hubiera jurado que lo había dicho en tono de reconvención por no ser lo suficientemente respetuosa.

—Y esas frases que se encienden en rojo…

—Soy un robot de carga. No preguntes lo que no sé. Cada cual en su lugar y todos a una —le cortó la máquina.

Y la detective volvió a percibir cierto matiz didáctico.

Tomaron una pasarela ascendente que los condujo hasta la curvada pared del nodo. A pocos metros de donde ellos estaban se abría una gran boca circular de la que salían los rieles y los vehículos transparentes. La pasarela los dejó en la entrada a una bóveda alargada con cierto parecido a las estaciones de metro o de tram terrícolas. Por el centro circulaba de manera constante, a baja velocidad, una especie de ancha cinta rodante con asientos en un lateral. Los robots subieron a ella y Husky los siguió.

—Terrícola Segundo Reyes y dos robots de carga a EXX333 —dijo la máquina.

Husky observó que el suelo de la supuesta cinta rodante estaba segmentado en placas, y que la sección en donde ellos estaban se desprendía de las placas de delante y de detrás, se salía de la ancha cinta y entraba en un carril paralelo. En torno a ellos se materializó una burbuja transparente de protección: se habían convertido en una especie de pequeño vehículo a medida. Qué ingenioso, pensó la rep: ésas eran las bolas que había visto pasar sobre rieles. Unos metros más allá, el vehículo se internó en un túnel y aceleró de manera drástica. Sin duda estaban recorriendo uno de los tubos de conexión entre esfera y esfera. Las pulidas paredes de metal se deslizaban a ambos lados a toda velocidad, anodinas y vertiginosas. Pronto la burbuja aminoró y, después de pasar sin parar por una estación, salieron a otro nodo. Cruzaron la esfera sin detenerse, torcieron en el aire y entraron en un nuevo tubo de conexión. Invirtieron cerca de treinta minutos terrestres en el trayecto y en este tiempo atravesaron cuatro esferas, tres de ellas probablemente habitacionales, porque pasaron por encima de lo que parecían casas y calles. El cuarto nodo, en cambio, mostraba una extraña distribución. Oscuras y enormes construcciones ascendían pegadas a las curvas paredes de la esfera mucho más arriba del convencional horizonte que, en los otros nodos, parecía dividir el espacio entre cielo y tierra a partes iguales. Estos masivos edificios o lo que

fueran carecían de ventanas, pero estaban separados en segmentos por largas fisuras verticales. Semejaban colosales tubos de órgano. Las masas tubulares apenas dejaban libre un veinte por ciento del hemisferio superior, y ese pequeño fragmento de cielo plateado se veía casi por completo ocupado por el rostro tridimensional de Krakotek, que, como en los habitáculos anteriores, seguía derramando sobre Cosmos, imperturbable, su poderosa sonrisa patriarcal.

Mientras el vehículo atravesaba el nodo, Husky no pudo distinguir ni a un solo humano. Salvo la pequeña pizca de cielo, la pesada construcción alveolada recubría todo el lugar; no había calles a la vista, de modo que toda vida debía de ser subterránea, es decir, en el interior del gigantesco órgano. Una vez cruzada la cúpula, el vehículo en el que viajaban se salió del carril central por el que circulaba y se acercó al borde de la estación. La velocidad se ralentizó, la burbuja protectora se deshizo y los segmentos del suelo se unieron a los de delante y los de detrás, formando nuevamente una cinta continua.

—Síguenos, Segundo Reyes —dijo el robot, descendiendo del transportador con la carga bien apretada entre sus brazos metálicos.

Se dirigieron a un gran portón oscuro que se abrió nada más acercarse. Dentro los esperaba el funcionario del puerto, el de las sienes rapadas y el felpudo rojo en lo alto de la cabeza.

—A ver si está fresco. El último que trajo el maldito Jaco apenas si lo pudieron roer nuestros pequeños —gruñó a modo de saludo.

Por toda respuesta, Bruna le tendió la botella de mussu. El hombre la cogió, la descorchó, limpió el gollete con la manga y bebió un trago.

—Brrr, esto sí está bueno. Veamos.

Los robots habían descargado los contenedores y ahora estaban abriéndolos. Una vaharada de olor mohoso a hierbas podridas inundó la afinada pituitaria de Husky. Una mujer con bata blanca y trenzas que la rep no había visto hasta ese momento subió por las muescas del primer contenedor y metió unas varas medidoras en la carga; después repitió la maniobra con el otro.

Se encontraban en una amplia plataforma de cristal transparente que salía de la pared curvada de la esfera. Salvo una luz que los iluminaba de cerca, el resto estaba a oscuras. Sin embargo, la visión

nocturna de Bruna le hizo darse cuenta de que estaban en una especie de gran túnel vertical, sin duda en el interior de uno de los tubos. Por encima de ella, por delante y por abajo, se abrían grandes espacios, tinieblas rumorosas y chirriantes. Ásperos roces y el susurro de un mar de metal agitaban las sombras. Y había algo más ahí: por detrás de la punzante peste a hierba podrida, un olor frío e inquietante, un tufo irreconocible pero que parecía encerrar un peligro sabido desde antiguo. La mujer descendió del segundo contenedor y cabeceó afirmativamente.

—Es aceptable.

En un lateral del cuello mostraba un tatuaje: «La curiosidad es la excusa del reaccionario». Y ahora Bruna también pudo leer la frase que llevaba el funcionario en el pescuezo: «La revolución no se piensa, se hace».

—Está bien, toma tu dinero —dijo el oficial, tendiéndole un puñado de billetes arrugados.

Por supuesto, dinero real para no dejar rastro. Bruna lo contó cuidadosamente, como si le importara: mil seiscientos ges. No tenía ni idea de cuánto era lo acordado, pero pensó que sería más seguro protestar.

—Esto es menos de lo que…

—Ya le dije a Jaco que le rebajaría la siguiente carga. El pienso del viaje anterior fue una porquería. Reclámale a él. Además, te puedes llevar de vuelta los contenedores.

Con ayuda de los robots, la mujer de la bata blanca estaba descargando el pienso en unos depósitos adosados al muro.

—«La revolución no se piensa, se hace» —dijo Husky en voz alta.

—Eso es —contestó el hombre—. Es una frase del Libro Rojo del Gran Camarada Krakotek.

—¿Todos os tatuáis sus frases en el cuello?

—Todos. O casi todos.

—¿Y quiénes son los que no lo hacen?

El hombre se encogió de hombros con irritación.

—Soy un funcionario del puerto, no me preguntes lo que no sé. Cada cual en su lugar y todos a una.

—Hecho —dijo la mujer.

Y, enderezándose, tocó un panel de la pared y el recinto se

iluminó. Estaban, en efecto, en el interior de uno de los tubos. En torno a ellos, por encima y por abajo, hasta perderse de vista, multitud de alvéolos construidos en algo parecido a la resina palpitaban de vida infinitesimal. Negras y diminutas criaturas reptaban, crujían, trepaban por encima unas de otras, cubrían en racimos las paredes. Era una enorme granja de insectos.

—Ya han olfateado el pienso… siempre están muertos de hambre —dijo el tipo—. Esto que has traído no les va a durar más de siete días. Menos mal que no eres el único proveedor.

Alrededor todo temblaba y vibraba y zumbaba con la negra, queratinosa, chirriante agitación de los bichos. Husky vio grillos, cucarachas, escarabajos, saltamontes, arañas, cúmulos de élitros indistinguibles y trémulos. Claro, cómo no lo había pensado antes: sin duda, todo el alimento de Cosmos estaba elaborado a partir de insectos, era la forma más eficiente de conseguir nutrientes de calidad en una plataforma orbital como ésta. También en la Tierra los insectos formaban parte de la dieta, pero no de forma única y ni siquiera mayoritaria; milenios de prejuicios y de sensatos miedos hacían que la visión de estas granjas de insectos siguiera resultando difícil de soportar. La plaga de medusas que casi había acabado con la diversidad biológica de los mares terráqueos había proporcionado la base nutricional en el planeta: la práctica totalidad de los alimentos precocinados se confeccionaban con la sustancia de estos celentéreos, que era rica en proteínas y colágeno, baja en calorías y libre de grasa. Ahora la ingestión de medusas, o más bien de la pasta hecha con medusas que luego se aderezaba con sabores diversos a pollo, ternera, merluza o cerdo, estaba gastronómicamente asumida y no provocaba rechazo social alguno. Por el contrario, los insectos, salvo algunas excepciones extravagantemente caras, *snobs* y delicadas, como las hormigas culonas de Colombia, seguían produciendo una repugnancia general, aunque Bruna sabía que, en los agujeros más deprimidos de las más deprimidas Zonas Cero, la gente comía bichos si no tenía acceso a otra cosa.

Descargado el envío y cobrada la mercancía, Husky no tuvo más remedio que despedirse y desandar el camino de vuelta hasta su nave en compañía de los dos robots carretillas, de nuevo abrazados a los contenedores vacíos. Cuando llegaron al *Mosquito* y los

operarios metálicos, tras anclar las grandes cajas a la bodega, se despidieron y abandonaron la nave, Husky hizo un discreto gesto de negación con la cabeza a Barri y llamó al funcionario de puerto. El pelirrojo apareció en pantalla.

—Pido permiso para encender motores.

—Permiso concedido. Te abro ranura de desatraque en… diecisiete minutos a partir de ahora.

Esperaron en silencio; Husky temía que, mientras estuvieran anclados a Cosmos, sus conversaciones pudieran ser escuchadas. A fin de cuentas, tenían su sistema conectado al de la plataforma. Los minutos transcurrieron con una lentitud exasperante, pero al cabo el funcionario les dio el aviso de salida. Se selló el hangar, se abrieron las compuertas y el *Mosquito* activó la bomba de positrones y salió desde la plataforma a la negrura. La nave había empezado a describir una elipse alrededor de la gran estructura piramidal de Cosmos para después propulsarse hacia la Tierra cuando Husky detuvo los motores y dejó el vehículo geoestacionado.

—¿Qué pasa?

La rep no contestó. Se libró a toda velocidad del cinto de seguridad y salió disparada del asiento. Literalmente disparada, en realidad: no calculó de forma adecuada la microgravedad y su impulso hizo que se estrellara contra la pared.

—Pero ¿qué haces? —insistió Aznárez, preocupada.

—Gana tiempo, problema técnico —farfulló Husky mientras se impulsaba con los brazos nave abajo hacia el módulo de propulsión.

Cuando llegó a los propulsores, se introdujo reptando por el estrecho espacio que había debajo de los motores y desacopló uno de los muchos cables que comunicaban el ordenador central de la nave con el reactor. Emergió de las profundidades cubierta de polvo y telarañas y volvió a ascender a toda velocidad hacia la cabina. Encontró a la hermana de Lizard hablando con el hombre pelirrojo.

—No sé qué ha pasado. De pronto ha dejado de funcionar…

—Pero ¿qué ha dejado de funcionar? Estáis obligados a enviar de inmediato un informe de daños… —decía el tipo con evidente enojo.

—Ya estoy aquí, ya estoy aquí… Te envío el autoanálisis ahora mismo —bufó Husky, atándose al asiento.

Mandó ejecutar a la consola un diagnóstico del sistema y, en efecto, apareció registrada una anomalía, una desconexión de datos.

—Ya nos ha ocurrido antes, al salir de la Tierra. Esta nave es una maldita lata vieja —gruñó Husky—. Jaco sabe mejor en qué esquina hay que patearla para que ande, pero a mí a veces se me resiste.

—Podemos mandar un equipo mecánico —propuso el funcionario mientras estudiaba el diagnóstico—. No parece gran cosa.

—Naaaaa, seguro que es un cable suelto. Antes pasó lo mismo. Dame un rato y lo miro…

—De acuerdo. Os doy dos horas. Avisad cuando estéis listos.

La rep cortó y se volvió hacia Aznárez, que la miraba expectante.

—No he visto nada interesante en Cosmos… todavía —dijo Husky—. Pero mira…

Barri siguió con los ojos la dirección que marcaba el dedo de la rep y observó, a través de la ventana, el fragmento de la pirámide que ahora les quedaba más cerca, un oscuro nodo situado a unos mil metros de distancia.

—Esa esfera es justamente la que nos señalaba Lizard con sus coordenadas —dijo Husky—. Y creo que sé cómo entrar en ella.

26

Lo más viejo que había en el vetusto *Mosquito* eran los trajes espaciales. Eran cinco, uno de repuesto más los obligatorios de las cuatro personas que constaban como tripulación autorizada, pero en cuanto Husky se acercó a examinarlos advirtió que procedían de la época en que se construyó la nave y que, a diferencia de otras partes del vehículo, no habían sido sustituidos, modernizados y ni siquiera reparados. De hecho, cuatro de los trajes estaban inutilizados, sin reservas de oxígeno dos de ellos, con la cubierta picada o rajada los otros dos, y en cuanto al quinto, aunque parecía operativo, se le veía tan anticuado y tan sucio que su seguridad resultaba harto dudosa. Era evidente que el *perla* sólo utilizaba el *Mosquito* para estos cortos viajes a la plataforma y no le importaba demasiado la condición en la que estuvieran los trajes, que probablemente jamás usó. Le bastaba con tenerlos para poder pasar las revisiones.

Pero era lo que había, así que la rep se introdujo en el único traje intacto y selló la capucha hinchable.

—Por todas las especies… —refunfuñó: el modelo era para alguien más bajo y la capuchacasco le oprimía la parte superior del cráneo.

Probó el oxígeno: era un tanque antiguo, más pesado y de menor capacidad que los que ella había utilizado en sus años de milicia en el planeta minero Potosí. Pero funcionaba y si el medidor no estaba roto —y no parecía estarlo—, tenía exactamente dos horas de autonomía. Además, testó la carga de nitrógeno de los propulsores. Todo en regla.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó Aznárez, inquieta.

—Bueno, está claro. Volaré hasta el nodo e intentaré entrar —

dijo la rep, hablando a través del sistema de sonido del traje y comprobando, con alivio, que también funcionaba—. Vi que en todas las esferas por las que ha pasado había varias XOX estratégicamente distribuidas.

—¿Varias qué?

Por todos los sintientes, la ignorancia de los Nuevos Antiguos podía ser un fastidio.

—¿No conoces las XOX? Son las salidas de emergencia espaciales. Todas las construcciones del espacio exterior tienen que contar al menos con una.

—Pero si son de salida, ¿cómo vas a entrar?

—¡Son bidireccionales! Bueno, las pueden cerrar si lo desean, pero lo normal es que las mantengan bidireccionales y se puedan abrir tanto desde fuera como desde dentro, sobre todo en las construcciones permanentes del espacio, por lo del tránsito frecuente de astronautas…

—Pero te detectarán en cuanto salgas del *Mosquito*… —se preocupó la hermana de Lizard.

—No necesariamente. Apenas seré un punto en el vacío y hay demasiada basura dando vueltas por ahí. Me confundirán con ella.

Lo que no dijo Husky fue que estas pequeñas cámaras de socorro siempre tenían alarmas conectadas, aunque, como ella conocía bien las XOX de su estancia en Potosí, albergaba la esperanza de poder engañar al sistema. En realidad no estaba muy segura de que su plan fuera a funcionar, pero no se le ocurría otra forma de entrar en Cosmos. Y había que darse prisa: el funcionario del puerto sólo les había concedido dos horas. Metió un par de objetos en una bolsa estanca y se encaminó a la esclusa de salida. Entró sin despedirse de Barri y cerró el portón hermético detrás de ella.

—El cable que he desconectado es uno rojo que está justo debajo de la turbina derecha, en el primer nivel de propulsores. No lo he sacado del todo, no busques un cable suelto, sólo empújalo de nuevo hasta que sientas el clic del cierre, y si no atinas a ver cuál es, empuja todos… —explicó deprisa, mientras se despresurizaba la esclusa, porque de repente tuvo la sospecha de que no volvería.

—¿Por qué me dices eso ahora? —se inquietó Aznárez.

Pero la portezuela exterior ya se había abierto y Husky se impulsó afuera.

Nunca había volado antes en el espacio exterior. Sólo pequeños saltos a pocos metros de la superficie de Potosí. De pronto la atenazó un vértigo descomunal, el mayor vértigo de su vida, una sensación de caída infinita, casi insoportable. La rep rechinó los dientes, inspiró hondo y se concentró en mirar el nodo hacia el que quería dirigirse: si iba a desplomarse, que fuera en esa dirección. Pero no. No caía hacia ningún lado; era todo un engaño visual, una ilusión. En realidad estaba flotando. Encendió los propulsores. Y ahora estaba volando, impulsada por el chorro de nitrógeno.

Se esforzó en bajar el ritmo de su respiración, demasiado agitada. El oxígeno del traje olía a rancio. Calculó que a la pausada marcha a la que se desplazaba tardaría unos seis o siete minutos en salvar los mil metros que la separaban del nodo: iba un poco más deprisa que si fuera andando. De cuando en cuando tenía que volver a soltar un chorro de gas para enderezar su dirección, y observó que las reservas del nitrógeno bajaban a toda prisa. Tenía que haber un defecto o bien en los tanques, o bien en las mediciones, porque esa velocidad de gasto no era normal. A este ritmo apenas si tendría para volver al *Mosquito*, de modo que intentó aprovechar el impulso con avaricia y rectificar su trayectoria lo menos posible. Esto ralentizó su avance, al hacerlo más zigzagueante. Quizá diez minutos hasta la esfera. Rogó mentalmente al gran Morlay que el fallo estuviera en los medidores y no en las reservas de los tanques.

Tres años, tres meses y siete días. No, no, tenía que concentrarse. Seiscientos metros hasta el contacto. Quinientos cincuenta metros hasta el contacto. Quinientos metros hasta el contacto. Husky tuvo que hacer acopio de toda su calma genéticamente reforzada y focalizar sus energías y sus pensamientos para soportar el breve y sin embargo interminable vuelo. Cuando llegó a unos cien metros de la superficie del nodo localizó el ojo cerrado de una XOX a la derecha de su trayectoria. Corrigió la dirección y se encaminó hacia allí. Un minuto más tarde embistió violentamente la plataforma y, tras unos segundos de manoteo, consiguió cogerse al asidero de la escotilla. El mecanismo de apertura era un triple cuatro: había que hundir cuatro pulsadores a la vez con cuatro dedos y repetir tres veces el movimiento, la típica maniobra universal de seguridad para evitar activaciones

accidentales por error o impacto.

Antes de pulsar el triple cuatro, sacó de la bolsa un pequeño pero potente inhibidor dual. No podría evitar que saltara la alarma al abrir, pero podía intentar que esa señal no se transmitiera. Tanto si la señal se transmitía por radiofrecuencia o, lo que sería más probable, por medio de un circuito cerrado Meissner, el inhibidor impediría el paso de los datos. Claro que era posible que Cosmos hubiera desarrollado un sistema de alarma más sofisticado, pero tendría que arriesgarse. Husky arrancó la protección del adhesivo del inhibidor, pegó la caja al sedoso metal de la plataforma y activó el aparato. Una luz roja indicó que estaba operativo. La rep dio un trago hondo del apestoso oxígeno y apretó los botones. Una vez. Dos. Y tres. La compuerta de la XOX se abrió con silenciosa docilidad, un párpado de metal que destapaba un ojo. La rep se lanzó de cabeza al interior y la plancha se volvió a cerrar. Husky inspiró de nuevo: ahora se daba cuenta de que había estado aguantando el aliento. Estaba en la típica cámara de esta clase de salidas de emergencia, que siempre eran cubículos pequeños con uno o dos trajes espaciales adosados a las paredes. Aquí había dos. Mientras se presurizaba el habitáculo, la rep comprobó que la alarma era un circuito Meissner. Bien. Si el inhibidor permanecía activo mucho tiempo terminarían descubriendo el fallo en el sistema; por ahora las intermitencias podrían ser atribuidas a las alteraciones en el magnetismo solar.

Siguiendo una repentina inspiración, Bruna se despojó a toda velocidad del viejo traje espacial y entró en uno de los flamantes equipos de la XOX. No sólo solventaría el problema del bajo nivel del nitrógeno, sino que además podría ayudarle a moverse por la plataforma. Como no tenía acceso al uniforme gris de Cosmos, a la rep se le había ocurrido que pasaría más desapercibida vestida de astronauta. Es decir, sería raro, sería bastante llamativo, pero justamente por eso era probable que no sospecharan de ella. La segunda puerta pitó y se abrió mientras Bruna se quitaba el casco deshinchable y los guanteletes y los adhería a los colgadores magnéticos que el traje llevaba en la espalda. Asomó cautelosamente la cabeza fuera de la XOX: estaba en un extremo de una de las estaciones de transporte. Salió de la cápsula de emergencia con naturalidad y saludó con una leve sacudida de

cabeza a una pequeña cósmica que la miraba, o más bien miraba a Segundo Reyes, con extrañeza. La mujer desvió la vista y entró en uno de los vehículos burbuja. No había mucho movimiento en la estación. Echó una ojeada al ordenador: en la cronología artificial de Cosmos eran supuestamente las nueve de la noche. Una hora tardía para un pueblo marcialmente trabajador.

La elevada altura a la que estaban situadas todas las estaciones de Cosmos permitió a la rep una buena perspectiva del interior de la esfera. Parecía un nodo de almacenaje o fabril, porque el espacio se abría en una ordenada cuadrícula de calles con construcciones rectangulares de diversos tamaños, la mayoría carentes de ventanas y con aspecto de naves industriales. Poca gente circulaba por las pasarelas y la mitad superior de la esfera, la que correspondía al falso firmamento, lucía un apagado resplandor color azul cobalto que simulaba el anochecer, aunque el omnipresente rosetón central con el rostro animado de Krakotek estropeaba considerablemente el efecto nocturno. Bruna consultó su móvil: las coordenadas que Lizard había anotado con tanta precisión parecían apuntar a un gran edificio cuadrado situado casi en la otra punta del recinto. La rep saltó a la primera pasarela y, pese al incómodo traje espacial, intentó moverse lo más deprisa posible. Cuando alcanzó el pie de la construcción habían transcurrido ya cuarenta y seis minutos desde su salida del *Mosquito*. El tiempo apremiaba.

Empezó a recorrer el perímetro del bloque, que no parecía tener ninguna apertura, sin encontrar a nadie, lo cual disparó la inquietud de la rep: la cosa estaba siendo demasiado fácil. Metió la mano dentro del saco estanco que aún llevaba consigo y palpó su vieja pistola de plasma. A punto ya de cerrar la circunvalación del edificio, se topó con la entrada: un portón metálico con un tirador. No se veía cerradura por ningún lado. Bruna apretó el arma, manteniéndola aún oculta en la bolsa, y agarró el tirador con su mano biónica. Le resultaba absurdo y hasta un poco ridículo probar algo tan simple, pero lo hizo: tiró. La hoja se deslizó con toda facilidad y sin ningún ruido.

Era un almacén. Un maldito almacén sin más, o eso parecía. Bajo una luz blanca fría y desagradable, ordenadas hileras de robots de trabajo llenaban unos dos tercios del espacio. Bruna reconoció unos cuantos robots carretilla iguales que los que habían

descargado el pienso, pero los había de muchas clases y tamaños, ninguno antropomórfico, y algunos parecían estar a medio desmontar. Tal vez fuera un taller de reparaciones, o de mantenimiento. Por eso no había guardias, por eso ni siquiera estaba cerrado, se dijo Husky con hondo desaliento: porque el lugar no tenía la menor importancia.

Pero entonces, ¿por qué las coordenadas? ¿Por qué tanto cuidado en mandarle la carta a su hermana? ¿Era un error de Lizard? ¿Había sido engañado?

Husky paseó lentamente entre las hileras de robots, sintiendo crecer su desasosiego. Algo estaba mal. Algo estaba muy mal. Desesperada, buscó en su móvil la imagen fija que Ángela había logrado rescatar del ordenador de Lizard, esa foto que supuestamente reflejaba un campo de entrenamiento de los Ins, y la estudió detenidamente: la decena de figuras encapuchadas y armadas escondidas detrás de un parapeto, el robot con pistola al que parecían enfrentarse, los dos terroristas que observaban la escena de lejos…

El autómata armado era antropomórfico, y no había ninguno semejante en todo el almacén. Tampoco había ningún muro bajo, ningún parapeto. Las paredes y el suelo eran de metal y muy parecidos a los de la imagen, pero eso no era definitorio en absoluto. Ahora bien, un momento. Un momento. Al fondo, al lado de las figuras que observaban la escena, casi fuera del encuadre, se veía algo. Bruna amplió la imagen. Sí. A punto de salirse de la foto, había una línea vertical rematada por un pequeño ángulo. Era una puerta. En concreto, era el marco derecho del portón por el que ella había entrado. Excitada, la rep corrió a ponerse en el punto desde el que debía de estar sacada la foto. Observó el borde de la compuerta y comparó el tamaño de esa hoja y el espacio que mediaba desde el ángulo superior hasta el techo. La relación entre la altura de la puerta y la distancia con el techo era exacta a la de la foto, Bruna estaba segura, porque entre sus cualidades como androide de combate estaba un sentido espacial muy mejorado. Luego midió esa proporción con la distancia hasta la esquina del local, que también se veía a la derecha de la imagen. La relación era de nuevo idéntica. Este hangar era el campo de entrenamiento, aunque ahora lo hubieran camuflado.

Ochenta y dos minutos desde la salida del *Mosquito*. Sin aliento, Husky volvió a recorrer el almacén intentando ver lo que antes quizá no supo mirar. Tenía que haber algo. Tenía que quedar algo. Pensó, angustiada, que quizá le estuvieran ocultando la realidad con una capa de metamateriales, que, fabricados con átomos artificiales, eran capaces de desviar la luz y crear zonas de invisibilidad. Podrían haber escamoteado de ese modo todo el parapeto, por ejemplo. Si fuera así, se dijo con desaliento, no tendría tiempo suficiente para revisar a fondo ese enorme hangar. Comenzó a recorrer las hileras de dóciles máquinas manoteando en el aire por delante y alrededor de ella, por si tocaba algo que no llegaba a ver. Se sintió ridícula, además de desesperada. Todos los robots eran industriales o domésticos, humildes chatarras serviciales, ninguno de defensa. Si este lugar fuera un almacén o un hospital de auxiliares mecánicos, lo lógico sería que hubiera de todo. ¿Dónde estaban las ametralladoras articuladas que ella había visto al llegar? Desde luego siempre era posible que hubiera otro hangar más protegido para los robots de armamento, pero aun así Bruna empezó a abrigar la punzante, absurda sospecha de que todo el contenido del edificio era una puesta en escena, un decorado. Como si la estuvieran esperando. Y tal vez espiando. Un dedo de hielo bajó por su espalda: de pronto fue consciente de que se sentía vagamente observada. ¿Sería una mera, loca invención de su paranoia? ¿O una información real facilitada por la nexina, la hormona que multiplicaba la percepción?

Cada vez más alerta, más erizada, con el cuerpo inundado de adrenalina, la detective prosiguió su recorrido minucioso, fila a fila y pasillo a pasillo, entre las máquinas. Había examinado y manoteado cuatro quintas partes del hangar cuando lo olió. Estaba al final de una de las calles, muy cerca del muro de metal, cuando su fino olfato percibió el extraño y al mismo tiempo vagamente conocido tufo, un efluvio pegajoso y pertinaz. ¿Qué era eso? Husky estaba segura de haberlo percibido antes. Un olor grasiento, con un toque al mismo tiempo cáustico y dulzón. Eso era… Sí, ella lo conocía, y eso era…

La respuesta la dejó conmocionada. Eso era, sin la menor duda, el olor de *Inferno*, el nuevo explosivo que utilizaban los Ins. Enardecida, Husky se puso a husmear en el aire como un sabueso.

Apenas tardó un minuto en seguir la huella olfativa hasta detrás de un robot mensajero. Apartó la máquina y se arrodilló para observar el suelo: el tufo era potente. Junto al muro, en la línea de unión con el suelo, había una pequeña mancha de unos diez centímetros con restos de una sustancia pegajosa, una especie de grasa. Era el explosivo. Tal vez hicieron prácticas con *Inferno* en los entrenamientos, o tal vez les enseñaron a manejarlo. En cualquier caso, se trataba de una prueba inequívoca de que Cosmos estaba detrás del EJI, y además la mezcla estaba sin arder y, por consiguiente, sin desnaturalizarse: podría ser investigada. Husky sacó la pistola del saco estanco y la depositó en el suelo, y a continuación intentó darle la vuelta a la rígida boca de la bolsa para recoger una muestra de *Inferno* con la parte interior. No era tarea fácil: el saco era de un plástico especial tan impermeable e impenetrable que repelía todo tipo de sustancias, y la cantidad de explosivo era mínima. Pero la rep no disponía de otro medio, así que insistió con el filo de la boca hasta conseguir rascar una tenue capa de la grasa. Cerró el saco estanco, satisfecha. Medio segundo después, un disparo desintegró su pistola de plasma.

27

Cuando la rep empezó a ser consciente de lo sucedido, ya había rodado por el suelo y saltado y corrido hasta atrincherarse detrás de un robot carretilla: los reflejos de los reps de combate iban muy por delante de su velocidad de pensamiento. Miró alrededor: al menos había una veintena de guardias o soldados con armadura completa y fusiles de plasma dirigiéndose hacia ella. No podría vencerlos, eso desde luego. Quizá éste fuera el fin, se dijo con la fría, liberadora, luminosa calma que se le activaba ante el peligro. Y luego esa misma frialdad le hizo pensar: pero no quieren matarme, quieren apresarme. Si hubieran querido acabar conmigo no le habrían disparado a mi pistola, sino a mí. Esa certidumbre abría una ínfima ventana de esperanza que la rep estaba dispuesta a aprovechar, así que en un segundo ideó un plan vertiginoso, su única posibilidad, si tenía suerte.

Analizó a toda prisa el robot carretilla tras el que se guarecía; era idéntico a los que habían descargado el pienso y básicamente semejante a todos los de su especie. No podría moverlo con su móvil, porque no estaba enlazado; pero todos esos trastos llevaban un control manual como medida de seguridad, al menos en la Tierra. Lo que tenía que hacer era encontrarlo. Bruna subió a la pequeña plataforma de manipulación y, acuclillada para no ponerse a tiro, buscó el pulsador de encendido y activó la máquina. Una luz azulada se prendió en el acto, ribeteando y resaltando una membrana cuadrada. Qué práctico, se dijo la rep: ése debía de ser el control manual. Hundió los dedos en la membrana a toda prisa porque los soldados se acercaban, y el robot carretilla desplegó de un tirón la pala telescópica. Nonono, pensó Husky, manipulando intuitiva y alocadamente la sensible goma. El robot empezó a dar

vueltas sobre sí mismo, sacudió sus tentáculos derrumbando media fila de máquinas y por fin, con Bruna aferrada con dificultad al artefacto, salió impulsado en la dirección correcta y embistió el muro más cercano. Probablemente no habría podido abrir un boquete, o le habría costado más de una embestida, si no hubiera sido por los disparos de plasma de los guardias. Algunos dieron en el robot, volándole pedazos, pero otros impactaron en la pared y la agujerearon. El muro cedió con un horroroso rechinar metálico y rasgadas puntas de aluminio, agudas como cuchillas, pasaron a milímetros del cuerpo de la rep. El robot se detuvo, pero Husky ya estaba fuera. Y lo que era aún mejor, la dañada máquina bloqueaba a su espalda el boquete de salida.

Entonces Bruna corrió, cómo corrió, con toda la energía, con todos los recursos de su cuerpo perfecto, mientras manos armadas disparaban a través de los pequeños agujeros que quedaban en el muro roto. Pronto los tendría detrás, enseguida saldrían por la puerta, con el agravante de que Bruna estaba entorpecida por el traje de cosmonauta. Pero los guardias también llevaban armaduras completas y, además, la rep no podía permitirse pensar en el peligro: todas y cada una de sus células se concentraban en correr, en buscar un lugar en el que guarecerse, o algo con lo que defenderse, o un milagro. Y el milagro ocurrió. Encontró una XOX.

Voló hacia la salida de emergencia, pulsó el triple cuatro y al cerrar el portón detrás de ella ya los vio venir a lo lejos. La escotilla se bloqueó automáticamente y, mientras la rep se ponía el casco y los guantes a toda prisa, se inició el proceso de expulsión. Veinte segundos, treinta, cuarenta… A los cincuenta segundos, con la cámara a medio camino de alcanzar el vacío, una luz roja se encendió y una voz proclamó: «Procedimiento abortado». Los cósmicos habían desactivado la salida de algún modo. Se oyó el siseo del aire que volvía a rellenar la XOX. Desesperada, Bruna se abalanzó sobre la escotilla exterior: sólo disponía de unos segundos antes de que los guardias pudieran entrar. Sí, ¡sí!, había un control manual, un triple cuatro igual que el de fuera. Aporreó frenética los pulsadores y una sirena atronadora empezó a sonar. «Peligro peligro cámara presurizada cámara presurizada confirmar maniobra confirmar maniobra», proclamaba una voz perentoria entre destellos de luz roja. Husky ya había accionado tres veces los cuatro

pulsadores, pero la puerta seguía sin abrirse. Así que lo intentó una segunda vez, y luego otra. A la cuarta, tanto la escotilla como Bruna salieron proyectadas al exterior con enorme violencia. La presión interior había hecho que, al abrirse la XOX, la cámara se convirtiera en un cañón de aire comprimido.

El impulso arrojó a la rep al espacio dando tumbos y alejándose a toda velocidad de la Tierra Flotante. En el vértigo de ese torbellino insoportable, Husky se sintió caer, se sintió morir, pensó que su cerebro se licuaría y le chorrearía por la nariz, que vomitaría y se ahogaría en su propio vómito. Tuvo que hacer acopio de todos sus recursos de androide de combate, de sus hormonas artificiales, de sus sinapsis reforzadas, para inducirse en una especie de estado latente, en un letargo vigilante que era una de las tácticas extremas de la milicia tecno. Así, con los latidos, la respiración y el metabolismo reducidos, aguardó, en una rígida calma próxima a la muerte, a que el sistema automático de estabilización giroscópica que llevaban todos los trajes espaciales lograra que su cuerpo dejara de girar como un peonza.

Cuando al fin se detuvo y emergió del letargo, estaba a más de cuatrocientos metros de Cosmos. Entre ella y la plataforma vio flotar la compuerta de la XOX, que se había desprendido de la cámara. Lo cual no dejaba de ser una buena noticia: sin duda esa salida de emergencia ahora estaba sellada, porque su apertura pondría en riesgo todo el nodo. ¿Y qué era el pequeño objeto blanquecino que brillaba un poco más allá? Oh, no, maldición, no podía ser… pero sí, lo era. La bolsa estanca con la muestra del explosivo. La violencia de la salida había debido de romper el correaje. Tendré que ir a recuperarla, pensó Bruna, aunque no le hacía feliz gastar combustible y tiempo para recogerla. La rep se encontraba en una zona del nodo distinta a la que había entrado, ni siquiera veía al *Mosquito*, que debía de estar situado al otro lado de la esfera, y el camino hasta la nave sería largo. Ojalá el moderno traje de Cosmos dispusiera de unas buenas reservas de nitrógeno. Porque además debía regresar a toda prisa, antes de que salieran en su búsqueda.

Por todas las malditas especies.

Por el gran Morlay.

Estaba muerta.

Bruna tragó saliva, aturdida aún por la constatación de la catástrofe. Había pulsado la ignición de los propulsores en la manga de su traje de cosmonauta, y no había sucedido nada. Entonces había palpado a ambos lados de sus caderas, allí donde hubieran debido de estar los cilindros de los retrocohetes, allí donde estuvieron antes, desde luego, durante todo el tiempo que anduvo con el traje por dentro de Cosmos, y sólo encontró fibras flotantes, hebras de resistentes ligaduras que, sin embargo, no habían resistido. Los propulsores habían desaparecido. Ahora se daba cuenta Husky de cuánto le dolía todo el cuerpo, de la rudeza de la expulsión de la XOX, de cómo debía de haberse golpeado con los bordes de la cámara o con la escotilla. Atónita, miró el ojo abierto de la XOX en la superficie de la esfera y le pareció ver flotar algo junto a la esclusa, algo prendido a ella: eran los tanques propulsores. Por eso no la habían perseguido. De algún modo debían de haberse enterado de que había perdido los retrocohetes. Estaban seguros de que no sobreviviría.

La detective se hundió en un ataque de pánico tan puro y tan agudo que incluso perdió conciencia de sí misma. Ya no era Bruna Husky, sino una dura bola de terror flotando a la deriva en el negro y absoluto vacío del Universo. Tal vez chilló, tal vez incluso se desmayó durante algunos segundos. Fue un instante de desolación total, de muerte en vida. O de algo aún peor que la muerte: de una indefensión indescriptible, de una soledad imposible de asumir, tan delirante como un ataque de locura. Su mente comenzó a hacerse pedazos y le faltó el aliento. Se ahogaba.

Inspira. Espira. Inspira. Espira.

Nunca había necesitado Husky un esfuerzo tan heroico de autocontrol. Nunca había reclamado tanto de sí misma. Pero al fin, poco a poco, fue volviendo en sí. El pecho le dolía del ahínco con que había seguido respirando. Parpadeó. Flotaba plácidamente en la negrura, alejándose cada vez más de Cosmos a una velocidad lenta y constante. Un centenar de metros por delante, la bolsa estanca parecía marcarle el camino hacia la nada con un blanquecino fulgor de cometa. La plataforma orbital, ahora la rep podía tomarse el tiempo de fijarse en ella, era una inmensa estructura suspendida en el vacío, oscura y luminosa al mismo tiempo, densa y grácil. Sobrecogía por su aspecto inusitado, alienígena, y, al mismo

tiempo, su forma tenía algo profundamente reconocible, algo que la emparentaba con la estructura del átomo. Su hermosura era atroz.

Más allá, las tinieblas interestelares, salpicadas por las chispas de las estrellas, de los planetas iluminados por sus soles, las lunas, las nebulosas, las galaxias remotas. Aquí, a salvo del sucio filtro de la atmósfera terrestre, la inmensa mayoría de los cuerpos celestes mostraban un brillo redoblado y además fijo, sin ningún parpadeo, duros botones de luz. El cosmos parecía un joyero de terciopelo negro lleno de diamantes. Y a la izquierda, ah, ahora la veía con claridad porque su cuerpo había girado lentamente en el vacío, allí al fondo estaba la Tierra, esplendorosa, una bola de fulgor hipnotizante, colosal de peso y dimensión, su intenso azul tachonado por la nata batida de las nubes. Un hilo plateado, el cabo del ascensor espacial, amarraba blandamente Cosmos al globo terráqueo. Era tanta la belleza de lo que veía, era tan imposible y sobrehumana, que la cabeza de Bruna se quedó sin sitio para el miedo. Durante unos minutos simplemente flotó ahí, en su lenta deriva hacia el confín de la nada, con la misma placidez con la que debió de flotar en el tanque de líquido amniótico en el que fue gestada.

Pero luego se dijo: me voy a asfixiar. Cuando se me acabe el oxígeno, dentro de muy poco, empezaré a asfixiarme. Y todas las células de su cuerpo volvieron a estremecerse y a declararse en rebeldía contra la idea misma de morir. Pensó: no puedo aguantar esta lenta agonía; tengo que acabar pronto, acabar antes. Pensó: puedo quitarme el casco y el sufrimiento terminaría enseguida; aunque tardaría en fallecer más de tres minutos, perdería el conocimiento a los quince segundos. Pensó: ¿y por qué no lo hago? ¿Por qué no lo estoy haciendo? ¿Le asustaba el fugaz estallido de dolor cuando el aire de los pulmones reventara sus alvéolos? ¿Acariciaba acaso, pese a todo, alguna remota, absurda esperanza de salvación? ¿O sería cierto que los androides estaban programados para no poder suicidarse? Husky sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas y no supo discernir si era por el terror a morir o por la pena de no poder matarse, esto es, por sentirse una vez más un simple producto comercial al que los fabricantes han castrado con un chip secreto para no poner en riesgo su costosa mercancía.

Aunque, quién sabe, quizá tan sólo llorara ante la abrumadora belleza del Universo.

Entonces la vio aparecer por detrás del nodo. Borrosa, vibrando entre sus lágrimas, vio su nave. El *Mosquito*. Intentó hablar con Barri, intentó conectar con la consola de mando del cohete, pero Bruna no supo activar el panel de comunicación del traje de Cosmos, o quizá también se hubiera estropeado con la violenta salida de la XOX, o puede que incluso le hubieran cortado el acceso remotamente. Allí estaba Husky, dando tumbos como una beoda espacial en el vacío, mientras Aznárez pasaba inadvertidamente cerca de ella.

Náufraga e invisible.

Pero no, el *Mosquito* parecía estar aproximándose. Sí, era indudable, se dirigía hacia ella. Ahora ya estaba cerca. Y aún se acercó más. La nave se detuvo a un par de cientos de metros. Una vieja ballena de metal en el mar de la nada. Pero ¿qué hacía, a qué esperaba? Estaba en peligro, Cosmos podría dispararle.

Entonces Husky cayó en la cuenta de que llevaba puesto el traje espacial de la plataforma. Aznárez no sabía si era ella. Levantó los brazos y cruzó las manos a la altura de las muñecas, formando un aspa. Era el viejo símbolo de los androides durante las Guerras Replicantes; luego cayó en desuso, porque a la gente no le complacía recordar aquella época de carnicerías. Sin embargo, los especistas supremacistas solían emitir filmaciones antiguas de los reps para alentar el miedo. Bruna tenía la esperanza de que, pese a ser una Nueva Antigua, la hermana de Lizard hubiera visto con suficiente asiduidad las pantallas públicas como para reconocer el signo.

Un minuto más tarde, el *Mosquito* lanzó un pequeño robot sonda que, tras trazar un breve arco, vino con diligencia hacia la rep arrastrando un finísimo cable de carbono. Un cordón umbilical que la devolvió a la nave y a la vida.

28

Había muchas incógnitas. Demasiadas. Inquietantes preguntas sin respuesta que atormentaron a Bruna durante el largo viaje de regreso.

Era evidente que sabían de su llegada a Cosmos. Lo cual sugería, una vez más, la existencia de un traidor. Sabían de su llegada y habían preparado un decorado para que ella no encontrara nada y diera un informe exculpatorio al regresar. El primer ministro cósmico Krakotek se hallaba negociando en la Tierra, y le vendría bien una prueba de la no injerencia de su nación. Por eso había sido tan fácil entrar en la plataforma y llegar hasta el almacén. Pero Husky descubrió restos del explosivo *Inferno,* una prueba de complicidad con el EJI, y eso acabó con la pantomima. Pero ¿por qué no las mataron? ¿Por qué no dispararon al *Mosquito*? ¿Por qué dejaron que la nave la rescatara?

Respuesta A: Porque vieron que había perdido la bolsa con las pruebas. Una hipótesis absurda, era imposible que los cósmicos tuvieran tal capacidad de percepción y control de los detalles. Respuesta B: Porque un disparo contra una nave terrestre habría sido tomado como una declaración de guerra en la tensa crisis diplomática que se estaba viviendo. Eso sí era posible, incluso probable, pero de todas formas quedaban demasiados cabos sueltos. ¿Quién había informado de su viaje a Cosmos? Aparte de Yiannis y de Mirari, de cuya lealtad no le cabía duda a la rep, sólo lo sabían Kai y Jaco, el antiguo dueño de la nave. La figura de Jaco, fronteriza y turbia, casaba a la perfección con el papel del chivato, pero el tipo ignoraba quién era ella realmente, apenas tenía datos sobre el viaje y había mostrado una clara reticencia a saber más. Lo cual dejaba a Kai en el disparadero. ¿Sería ella la traidora? Su rival,

la compañera de Lizard en la comisaría. A Bruna casi le producía una sombría, perversa satisfacción pensar en ello.

Claro que también estaba Barri Aznárez.

¿Cómo había sido capaz de conducir tan bien la nave una Nueva Antigua que había sido educada desde adolescente en el odio a la tecnología? «Pero si me has estado enseñando, Bruna», contestó Barri cuando la rep le preguntó. Y era cierto. En los casi tres días de subida hasta la plataforma, la androide intentó explicarle el manejo del *Mosquito* para que la mujer pudiera regresar si a ella le pasaba algo. Pero seguía siendo extraordinario que lo hubiera hecho con tanta eficiencia y que incluso hubiera sido capaz de enviar el robot sonda.

—Mira, viene todo aquí —dijo Aznárez mostrándole el manual de la nave, un libro verde con sencillos dibujos y diagramas—. Además, soy una buena mecánica, mecánica de las de verdad, de las máquinas como es debido, las de antes.

Pero el mayor problema era que Barri Aznárez no existía. Husky había investigado minuciosamente, había recurrido a todos los niveles de manejo de la información a los que tenía acceso legal e ilegalmente, y no había encontrado rastro de esta Barri Aznárez, así como tampoco había constancia de que los padres de Lizard hubieran tenido ningún otro hijo. Claro que los padres del inspector eran delincuentes, falsificadores, estafadores, habían vivido toda su vida borrando sus huellas. Y los Nuevos Antiguos se negaban a participar en el sistema. Apenas si había datos sobre la secta.

Si la de Barri Aznárez era una identidad ficticia, estaba muy bien construida.

—¿Cómo se hizo Paul esa cicatriz tan rara en forma de ocho que tiene debajo de la clavícula? —preguntó un día Husky en tono casual.

Barri se encogió de hombros.

—En mis tiempos no tenía ninguna. Se la haría luego, después de que me fui.

—Creo que dijo que fue algo que le pasó a los cuatro años.

—Imposible. Exageraría. O mentiría. O te acuerdas mal. Cuando yo me fui no había ninguna cicatriz.

En efecto, Lizard no tenía ninguna marca con forma de ocho, había sido una trampa demasiado pueril. Contempló a Barri, que

dormitaba en el asiento del copiloto. Esos párpados carnosos y pesados, esa mandíbula rotunda. Sin duda tenía un aire con el inspector. Una semejanza tranquilizadora. También cabía la posibilidad de que el funcionario al que Bruna sobornó para despegar hubiera avisado a Cosmos de la llegada de una nave con irregularidades en los documentos… Pasar ese tipo de información podría constituir otra fuente de ingresos paralelos para él. Pero el hombre desconocía quién era ella o qué estaba buscando en la Tierra Flotante. La androide suspiró. Tres años, tres meses y cuatro días. Y tan sólo dos semanas de supervivencia como máximo para Lizard. Estaban a punto de aterrizar en el cosmopuerto de Madrid, eran las 17:10 de la tarde del martes 25 de febrero, hora local, y a los Ins sólo les quedaban quince rehenes.

29

Encontraron el cosmopuerto tomado por el ejército de los EUT. Tropas de asalto acorazadas y armadas hasta los dientes patrullaban de manera ostentosa por las instalaciones, e incluso pudieron ver varios robocombats, esas temibles pirámides truncadas capaces de paralizar a los sintientes durante largo rato con un disparo de ondas neurolépticas. Dependiendo de su capacidad, podían ser efectivas hasta con media docena de personas a la vez. Las del cosmopuerto eran grandes, de un metro de altura, sin duda potentes, material militar para neutralizar asaltos de infantería. En los Acuerdos de Casiopea, firmados tras los excesos de las Guerras Robóticas, se especificaba claramente que los robots bélicos no podían tener capacidad letal, pero a veces el impacto neurológico detenía el corazón de los afectados, por lo que los robocombats iban provistos también de un electrorreactivador cardiaco que la propia máquina aplicaba a sus víctimas si detectaba que habían entrado en paro. A Bruna Husky siempre le pareció el ejemplo supremo de la retorcida y cínica duplicidad de los humanos.

Además de la crispada atmósfera belicista, la rep y su acompañante se toparon con un control de identidad riguroso e inesperado. Por fortuna, lo pasaron sin problemas gracias a las magníficas falsificaciones de Mirari y al buen juicio que hizo que siguieran manteniendo el camuflaje hasta regresar a casa. Y es que hubo un momento en el viaje de vuelta en que la rep estuvo a punto de desprenderse de su piel de Segundo Reyes, pero al cabo decidió permanecer en la franja de seguridad y mantener la coherencia documental entre los registros de salida y de llegada, temiendo, con acertada intuición, un endurecimiento de los trámites de entrada. Y así, siendo aún las dos humanas, Bruna y Aznárez abandonaron el

cosmopuerto y se dirigieron a la casa de la detective por un Madrid de calles vacías, peatones huidizos y sacos terreros en los portales. De cuando en cuando, un pelotón del ejército de los EUT pasaba al trote con los fusiles de plasma armados. Husky advirtió que eran tropas compuestas mayoritariamente por reps de combate, cosa que demostraba de manera inequívoca la peligrosidad de la situación: los androides siempre eran usados como fuerzas de choque en las campañas más duras y arriesgadas. Ya se lo había advertido Yiannis mientras regresaban a la Tierra. Había sido muy breve en sus conexiones porque, en efecto, se había quedado espantado y tiritando tras los costes de sus primeras llamadas, pero resumió la situación de manera eficaz:

—Ayer lunes por la noche, los EJI lograron sobrepasar una vez más el cortafuegos de Paseris y accedieron a todas las pantallas públicas. Y aprovecharon la circunstancia para degollar a Janhache, el hijo de Jan Lago. Antes de cortarle el cuello le amputaron las orejas y la nariz. Jan Lago ha jurado vengarse y amenaza con lanzar una guerra total y eso estamos esperando, el estallido de una guerra civil. La sociedad está muy dividida.

Los muros de la ciudad, en efecto, se encontraban cubiertos de pintadas sonoras, observó Husky mientras regresaban en el tram a casa. Sus chillones eslóganes eran lo único animado en las lúgubres calles: «Lago presidente», «Lago asesino y dictador», «Acabemos con la mentira de los EUT», «Toma las armas para defender nuestra democracia»… Cuando llegaron al portal de su edificio y Bruna abrió el buzón de correos, tres o cuatro panfletos animados salieron volando del cajetín, lanzando destellos luminosos y gritando: «Matar para no morir, Matar para no morir, Matar para no morir». Cayeron a sus pies, exánimes, tras su breve vida de mariposas. En el suelo había una lacia cosecha de folletos semejantes, lo que indicó a la rep que sus vecinos se habían visto asaltados por las mismas consignas. Bruna miró los panfletos con asco: tenían la forma y el color de caperuzas rojas. Los Ins, o los partidarios de los Ins, habían entrado en su portal, y a saber en cuántos más de la ciudad, a buzonear sus sórdidos mensajes. Qué fuertes se sentían. O qué fuertes se estaban haciendo de verdad, a toda velocidad, inesperadamente, como un fuego devorador avivado por vendavales de odio.

Ya en casa, Bruna se quitó las lentillas, retiró con disolvente especial la persistente dermosilicona y regresó a su ser. Se miró a un espejo y suspiró. La rep sospechaba que le gustaba disfrazarse porque, cuando se quitaba el camuflaje, era el único momento en que le complacía ver su propia imagen. Un segundo de tregua en la desesperación de saberse una criatura manufacturada. Apretó las mandíbulas: el instante de sosiego ya se había esfumado. Mientras se tomaban una sopa precocinada de algas y garbanzos, Husky llamó al archivero, que había intentado conectar con ella media docena de veces.

—¡Por todas las benditas especies, menos mal! ¿Estáis bien, todo ha ido bien? —se agitó el viejo en su holografía.

La rep extendió las manos delante de ella en un seco ademán para detener la verborrea de Yiannis: no confiaba en la seguridad de las comunicaciones.

—Estamos muy bien. No digas nada más. Vamos a tu casa ahora mismo.

—¡Sí, por favor! Tenemos mucho de lo que hablar… Y además las niñas están muy asustadas.

—¿Las niñas?

—Bueno, es que Emma se queda muchas noches a dormir con Gabi. Yo creo que sus padres no la cuidan bien.

Otro pequeño monstruo más para añadir a la manada, rumió la detective con cierto fastidio: a veces le agotaba la humanidad universal del viejo archivero.

Cuando llegaron a su casa descubrieron que las famosas niñas no tenían ningún temor. Quienes estaban aterrorizados eran Yiannis y Bartolo. El bicho alienígena, tembloroso hasta en el último de sus hirsutos pelos, se subió de un salto a los brazos de la rep y empezó a besuquearla con arrobo, mientras Husky intentaba mantener la boca del tragón a suficiente distancia. No siempre lo consiguió.

—Son momentos muy malos, Bruna, muy malos. Yo he vivido ya varias guerras y sé de lo que hablo. Las fuerzas negativas van acumulándose de forma soterrada, depósitos crecientes de inquina y de tensión, hasta que un día cristalizan en un súbito estallido de violencia. Y ese día está cerca, muy cerca. Lo siento como una carga sobre mis hombros. Como si el aire pesara de repente.

—Es que el aire pesa —interrumpió Aznárez—. Un metro cúbico

de aire al nivel del mar pesa un kilo y doscientos gramos, es decir, más que un litro de agua. Y una superficie de un metro cuadrado a ras del suelo soporta diez toneladas de aire.

Todos se la quedaron contemplando, pasmados.

—Bueno, qué pasa. Es una información interesante, maldita sea… —se justificó la hermana de Lizard, un poco nerviosa.

Yiannis suspiró.

—En fin, pues yo ahora estoy percibiendo cada uno de esos kilos sobre mí. Ya os digo, sé reconocer este viento de cólera… esta ferocidad que nos devora por dentro como la peste negra. Ya oigo los cascos de los caballos.

—¿Qué caballos? —preguntó Aznárez, deseosa de mostrar un interés ferviente para hacerse perdonar la interrupción.

—Los de los cuatro caballeros que se describen en la primera parte del Apocalipsis de san Juan… Dios tiene un pergamino cerrado con siete sellos; Jesús rompe los cuatro primeros y libera a los jinetes. Uno va con un caballo rojo, y simboliza la Guerra; otro con un caballo negro, y es el Hambre; el tercero monta un bayo, y es la Muerte. Y el cuarto, el blanco, se supone que es la victoria del Evangelio… Cada vez que cabalgan estos jinetes por el mundo triunfa el dolor. O quizá suceda al contrario: cuando el dolor y el horror triunfan, se rompen los sellos de los caballeros… Los sellos del civismo, de la tolerancia y la concordia. Estamos abocados inexorablemente a una confrontación armada, lo sé. Y será feroz. Hay tres bandos cada día más enconados: los partidarios del orden democrático de los EUT; los seguidores de Jan Lago, que anhelan una dictadura derechista y para mí representan al caballo rojo, que es la Guerra; y los terroristas del EJI, el caballo bayo, la Muerte totalitaria y dogmática.

—Entonces los partidarios de los EUT son el caballo negro, ¿no? Representan el Hambre —dijo con tranquilidad una vocecita.

Era Emma. La miraron con admirada sorpresa, porque tenía buena parte de razón.

—Sí… ejem… Es verdad que nuestro sistema democrático es injusto e hipócrita… Y desigual y corrupto y…

—Hay mucha gente en la Tierra que tiene dificultades para comer —volvió a decir la niña con juicioso tono de profesora.

—Sin duda, pero este sistema tan lleno de contradicciones y de

agujeros es lo mejor que hemos sabido hacer los humanos hasta ahora. Nos ha costado siglos de sudor y sangre, de heroísmo y de sufrimiento. Y es el único sistema que tiene la suficiente transparencia como para reconocer sus lacras, y los suficientes mecanismos como para intentar solucionarlas —dijo Yiannis, desesperado. Siempre le desesperaba que menospreciaran su amada democracia—. Nuestra nación es muy joven. Los Estados Unidos de la Tierra se crearon en 2098, hace tan sólo doce años. Tienen vuestra edad, Gabi, Emma. Como a vosotras, les queda mucho por crecer y por aprender. Tengamos esperanza, aunque en este momento las estrellas sean negras y estemos atravesando los tiempos del odio.

—Y el cuarto caballo, el blanco, ¿qué simbolizaría ahora? —preguntó Aznárez.

Yiannis frunció el ceño.

—No sé. Quizá la verdad.

—Si es que eso existe —se burló Bruna.

—Existe la mentira, eso sin duda alguna —dijo el archivero—. Así que por lo menos la verdad sería el desenmascaramiento de las mentiras. De la misma manera que podríamos llamar Cielo a la ausencia del Infierno, que también existe. Pero en la Tierra.

—El EJI es el infierno —gruñó Aznárez.

—Es uno de ellos. Hay más.

—Desde luego, hay demasiados —corroboró Bruna, sombría, recordando sus años de milicia en Potosí.

—Elelelel único Cielo popopoposible es el amor —dijo una voz temblorosa.

Era Ángela. Había permanecido callada todo el tiempo, como era habitual en ella, y observaba a la rep con mirada fija y extasiada. Bruna pensó que le faltaba poco para echarse en sus brazos y empezar a lamerla como el bubi. Pobre y generosa Ángela. Intentó sentir afecto y gratitud por ella, pero le era difícil. No conseguía conectar con esa mujer extraña que la contemplaba sin pestañear mientras se rascaba de manera ausente las cicatrices que le habían dejado las mutilaciones de los tatuajes. Era un tic en ella habitual.

—Ángela, temo haber malgastado tu dinero. Como ya os insinué cuando hablé con vosotros desde el *Mosquito*, subir a la plataforma

no ha servido de nada, aparte de confirmar que Cosmos está implicado con los Ins. Pero perdí el residuo que podía probarlo.

Husky resumió su viaje a una audiencia expectante, salvo Bartolo, que se había quedado plácidamente dormido en brazos de la rep con una punta de la camisa de Bruna metida en la boca. Por fortuna, era una prenda militar fabricada en hiperkevlar, fina y flexible pero acorazada e irrompible. Detenía disparos de plasma convencional de media intensidad, así que Husky esperaba que también resistiera los trituradores dientes del tragón.

—Entonces seguimos sin saber dónde está Lizard —dijo Gabi cuando acabó el relato.

—Así es —contestó Husky, vagamente conmovida ante el hecho de que la salvaje rusa mostrara alguna preocupación por el inspector—. Pero ¿sabéis qué? Creo que no está en Cosmos. Y no sólo por lo poco que tardaron en llevar a Janhache a la guarida de los Ins, porque a fin de cuentas podrían haberse teleportado. Pero es que…

Se detuvo, sintiéndose un poco ridícula.

—Es que, no sé, allá arriba tuve la clara sensación de que no estaba allí. No estaba allí.

—¿Una sensación? —dijo Aznárez—. No me habías dicho nada.

—Es que no sé bien cómo explicarlo. Quizá sea la nexina, ya sabéis, la hormona experimental que nos implantaron… Se suponía que aumentaba la percepción empática, aunque los resultados no fueron concluyentes y abandonaron el proyecto. Pero bueno, quizá sea eso. Lo sentí. No está allí.

Hormona, ingeniería genética, implantación: Bruna se esforzó en darle un lustre científico a su intuición, pero en realidad estaba pensando en el kuammil, que era como los alienígenas omaás llamaban a la esencia vital. Su amigo Maio, el músico gigante y traslúcido, le había contado que los omaás, al hacer el amor, intercambiaban sus kuammiles y ya quedaban unidos de alguna forma para siempre, hasta el punto de que Maio era capaz de leerle los pensamientos a Bruna tras haberse acostado con él en una noche remota de droga y desmemoria. Sí, en el fondo más loco de sí misma, en ese rincón caliente y desmesurado en donde anidaba la pasión, Husky creía en el sutil, ectoplásmico entrelazamiento de kuammiles. Paul Lizard no se encontraba en Cosmos, estaba segura.

—Pues si tú ya has acabado, ahora empiezo yo —dijo Yiannis con el transparente y pomposo orgullo de un niño—. He descubierto bastantes cosas. ¿Recordáis lo que os conté del cuadro del Greco, *El entierro del conde de Orgaz*? Pues me estoy haciendo tonto y viejo porque lo que señala el niño con el dedo en la casulla del sacerdote no es una moneda de oro, sino un claro símbolo de la Rosacruz. Es algo sobre lo que se ha escrito mucho, es evidente, y además siempre se dijo que el Greco era rosacruz.

Yiannis unió las manos ante él entrecruzando los dedos, como si estuviera pidiendo perdón, y se las quedó mirando con una expresión contrita, compartiendo con ellas su frustración por no haber caído antes en tan clamorosa obviedad. Gabi, Emma, Ángela, Barri y Bruna aguardaron en silencio durante unos segundos, y al cabo la rep preguntó:

—¿Y se puede saber qué es esa maldita Rosacruz?

—¡Ah! Claro. Pues… era una sociedad secreta esotérica, es decir, de iniciados en los misterios de las ciencias ocultas, de la alquimia, la astrología y otros saberes antiguos…

—O sea, una mafia —concluyó la rep.

—Hombre, una mafia pero no de las malas, una mafia buena, por así decirlo… Buscaban el conocimiento, la armonía, los misterios del Universo… Supuestamente comenzó en el siglo XIV con un alemán llamado Rosenkreutz, pero seguramente este mito fue una creación posterior. La historia de Christian Rosenkreutz se cuenta por vez primera en el manifiesto *Fama Fraternitatis*, publicado en 1614 y de autoría anónima, aunque algunos se lo atribuyen a un tal Johann Valentin Andreae. En fin, como eran una sociedad secreta su historia está llena de brumas e imprecisiones, pero hay quien dice que el origen es muy anterior a 1614, y que ya fueron rosacruces Dante y Leonardo da Vinci y Lutero, y quizá Cristóbal Colón y desde luego el Greco, porque un signo rosacruz típico es el señalamiento con el dedo al cielo o al suelo, como hace el niño de *El entierro del conde de Orgaz*, que señala con un índice al rosetón rosacruz y con el otro hacia sus pies. Otro signo esencial consiste en una mano abierta apoyada sobre el pecho, como en el cuadro de *El caballero de la mano en el pecho*. Y… y me he perdido. ¿Por dónde iba?

—Que fueron rosacruces Dante y Colón y… —dijo Gabi, tan

diligente como una alumna aplicada, para asombro de Husky.

—Ah, sí. Y se dice que también fueron rosacruces gente de la talla de Descartes, Spinoza o el gran Isaac Newton. Que vosotras no sabéis quiénes son, pero creedme que fueron unos genios. Mafia buena, os he dicho. Pero lo fascinante es que me parece que he descubierto algo que no se conoce, y es la escisión de una parte de los rosacruces en una mafia mala.

Calló y sonrió beatíficamente.

—Estupendo, magnífico, cuenta —le jaleó de manera rutinaria Husky para que continuara. La rep conocía al archivero muy bien.

—Pues veréis… ¿Habéis oído hablar de la piedra filosofal?

Silencio.

—¿Ni eso? Por todas las especies… Pues era una sustancia mítica de la alquimia que supuestamente podía convertir el plomo en oro. Todo el mundo trataba de conseguirlo, pero los buenos alquimistas lo hacían no ya por el oro y el poder, sino porque la piedra filosofal era la llave de la inmortalidad. ¿Os dais cuenta? Suponía no sólo vencer a la muerte, sino dominar el mayor misterio de la existencia. Un reto irresistible para las mentes más brillantes de la época. Sin embargo, yo sostengo que en el siglo XVI unos cuantos rosacruces aspiraron a convertir la orden en un instrumento de poder terrenal. Que empezaron a interesarse más por el oro de la piedra filosofal que por la eternidad.

Qué estúpidos, pensó Bruna. Qué miserables estúpidos. Tres años, tres meses y cuatro días. Y quince noches de carnicería para Lizard.

—Yo recordaba vagamente haber leído algo en un documento antiguo sobre la relación de Juanelo Turriano con Fúcar, el banquero de Carlos V y Felipe II. Rebusqué por aquí y por allá y al cabo caí en la Real Biblioteca escurialense y en la colección de manuscritos del conde duque de Olivares que donó su sobrino, el marqués de Liche. Y ahí estaba. ¡Un códice increíble! Era un texto anónimo en latín titulado *De avibus malum*, «Sobre los malos pájaros», y contaba una historia fascinante. Ya conocéis a la gran familia de banqueros alemanes, los Fugger, castellanizados Fúcar, ¿no? Bueno, da igual, el caso es que uno de la saga, Anton Fugger, nacido en 1493, fue el gran prestamista del emperador Carlos I y de su hijo Felipe II. A mediados del siglo XVI, este Anton era el hombre

más rico de la Tierra, con una fortuna calculada en más de cinco millones de florines. Pero con el hundimiento de la economía de la Corona española en la bancarrota de 1557, Fugger perdió cuatro millones de florines y entró en quiebra. Al parecer, Anton era rosacruz y un hombre culto e inteligente, pero este tremendo revés le volvió medio loco. Supongo que no podía soportar la vergüenza de haber llevado a la ruina a un imperio familiar que se había forjado durante dos siglos. Acudió a sus compañeros rosacruces buscando apoyo y venganza. Puesto que ni el emperador más poderoso de la Tierra era fiable, decidió convertir la orden secreta en el máximo poder terrenal. Gobernar el mundo desde las sombras. Pero los rosacruces se negaron a secundarle en su proyecto, de manera que Anton Fugger se marchó y montó su propia escisión rosacruciana.

—La mafia mala —dijo Bruna.

—Eso es. Y como símbolo, en vez de una rosa y una cruz, pensó en un pájaro, porque las aves ven el mundo desde arriba, lo ven todo, pero si vuelan lo suficientemente altas, pasan inadvertidas para quienes están atados a la tierra y reptando como gusanos. Esta imagen es del autor del libro. O, bueno, eso me ha traducido mi móvil del latín.

—A propósito… —dijo Aznárez—. ¿Sabéis que el vencejo vive permanentemente en el aire? Come, duerme y copula volando. Sólo baja a tierra para poner los huevos y criar a sus polluelos. Durante nueve meses seguidos, vuela sin parar. Por las noches asciende a dos mil metros de altura, y ahí dormita, sin dejar de aletear… Bueno, vale, no me miréis así. Supongo que el manuscrito no hablará de vencejos, sino de Juanelo y su pájaro mecánico…

—Exacto. Al parecer, Fugger se puso en contacto con otros hombres poderosos para formar su secta, y contrató a Juanelo para que le fabricara un pájaro mecánico asombroso que cautivara a sus nuevos socios. Ésos son los planos que habéis visto, aunque no sé si el autómata se llegó a construir, porque Fugger murió en 1560, apenas tres años después de la bancarrota. El manuscrito no decía nada sobre eso. Está fechado en 1559. Tal vez lo encargara escribir el propio Fugger, porque es muy laudatorio con el banquero.

Husky se quedó pensativa.

—¿Y por qué tenía Paul los planos de un bicharraco mecánico

que mandó construir un banquero quebrado hace más de cinco siglos? —preguntó Barri.

—Porque los malos pájaros siguen existiendo. Porque esa sociedad secreta que aspira al poder terrenal todavía funciona. Espero que no vuelen tan bien y tan alto como los vencejos —dijo lentamente la rep—. Es una buena pista, Yiannis. Ahora sólo nos falta encontrarlos.

30

Tampoco murió Lizard la noche del martes, de modo que el corazón de Bruna retomó la regularidad de su latido para intentar aprovechar las siguientes veinticuatro horas de gracia. Tampoco estalló la anunciada guerra, más allá de escaramuzas aisladas entre grupos opuestos demasiado efervescentes. Tampoco Kai, con la que se reunieron en el bar de Oli tras la degollina para intercambiar información, supo o quiso contarles nada importante. Tampoco Husky fue capaz de solventar sus dudas y sospechas, o quizá paranoias, sobre la fiabilidad de Aznárez y de la inspectora rep. Volvió con Barri a casa arrastrando los pies, física y emocionalmente exhausta, pero mientras la hermana de Lizard se acostó de inmediato y empezó a roncar como una máquina, la rep se sintió atrapada en uno de esos estados de agotamiento y sobreexcitación nerviosa tan extremos que ni siquiera podía relajarse, y mucho menos pensar en dormir.

De modo que se acercó a la mesa del puzle e intentó vaciar la cabeza y concentrarse en los perfiles de las pequeñas piezas troqueladas y en los juegos de luces y de sombras de la imagen. Quedaba poco por completar y cerca de la isla vacía del centro había una bella galaxia cuyo resplandor se alargaba hacia el agujero. Piensa sólo en esto, se ordenó la rep. Sólo en esto. Con un amplio movimiento de la mano esparció sobre el tablero los fragmentos que aún no había colocado, y luego entornó los ojos y analizó sus oscuras superficies hasta encontrar los trazos luminosos que buscaba. Sí. Esa pieza era la continuación de la galaxia. Encajó el pedazo en su lugar y experimentó un levísimo consuelo. Miró las demás piezas: bordes ondulados, sinuosos, lobulados, rara vez rectilíneos. Piensa sólo en esto. Sólo en esto. Su cabeza fue

visualizando a toda velocidad las múltiples combinaciones de los perfiles. Probó y desechó, probó y colocó. Veinte minutos más tarde, con un leve empujón de su dedo índice, metió el último pedazo del rompecabezas en su apretado hueco. Contempló la imagen, que ahora podía ver entera por primera vez. Se trataba, como ya suponía, de una panorámica del espacio intergaláctico, con sus explosiones de llameante luz entre tinieblas. Recordó el paisaje de sobrehumana belleza en el que había estado flotando poco antes y se emocionó, aunque no era el mismo cielo que ella había visto junto a la plataforma orbital. Entonces enfocó el móvil al chip informativo del puzle para saber qué zona del firmamento estaba mirando y la respuesta la dejó anonadada. ¡No era el cosmos! Era una fotografía de las sinapsis neuronales: esos fogonazos se encontraban en el interior de nuestro cerebro. Bruna resopló; el pequeño alivio que había experimentado al resolver el puzle se estaba disipando como un rizo de humo. Pero ¿cómo iba a localizar a Paul si hasta confundía la vastedad del Universo con un mísero pegote de neuronas encerradas en un pequeño cráneo? Se sintió tan inútil y tan estúpida que dudó que su propia mente albergara ni un solo relámpago.

Con todo, el disciplinado y rutinario ejercicio de completar el puzle había conseguido relajarla un poco, así que se arrastró hasta su cama y se dejó caer, y el mundo se apagó antes de que su cabeza se posara en la almohada. Durmió como una piedra. Cuando el holograma de Yiannis irrumpió en su casa a las ocho de la mañana del miércoles 26 de febrero (tres años, tres meses y tres días, y catorce noches para Lizard), a la androide le costó un esfuerzo casi sobrehumano regresar de la nada.

—¿Qué… qué ocurre? —balbució, contemplando los grandes aspavientos del archivero.

—Ángela. Ángela se ha ido. Nunca sale de casa. Le da miedo salir. Y esta mañana, cuando me he levantado, se había ido.

—¿Y?

—¡Y Gabi me ha dicho que Ángela le ha dicho que se iba a hacer un tatuaje!

—¿Y? —repitió Bruna, embotada.

—Pero ¿es que no tienes sangre en las venas? Ya sabes lo que hace con los tatuajes. Esa pobre chica está fatal. Está bajo nuestro

cuidado y te ha dado todo su dinero, ¿no eres capaz de preocuparte por ella?

Bruna no tenía espacio en el pecho para preocuparse de nada más, pero resopló y levantó su cuerpo de plomo de la cama. Es decir, del sofá de la sala, porque en un momento de estupidez y nocturnidad le había cedido su habitación a la corpulenta Aznárez. El archivero se dio púdicamente la vuelta. Bruna siempre dormía desnuda.

—Está bien, está bien —gruñó la rep dirigiéndose a la zona de la cocina.

Sacó un café instantáneo, lo agitó para que se calentara y se lo bebió de un doloroso trago. Seguía siendo igual de repugnante. Luego se sirvió una copa de vino blanco. La noche anterior estaba tan cansada que ni lo había probado y sintió que el día empezaba tan mal que se lo merecía. Se sentó en el sofá a paladearlo. Odiaba beber el vino deprisa.

—Pero ¿qué estás haciendo que no sales ya a…? Oh, por todos los santos, ¿es que no vas a vestirte jamás? —gruñó Yiannis, volviéndose otra vez de espaldas.

Bruna sonrió y bebió otro sorbo. Le divertían los púdicos melindres del archivero.

—Ahora voy, Yiannis. Quédate tranquilo. Pregúntale a la rusa si sabe a qué tienda de tatuajes ha ido.

La figura flotante del viejo desapareció. Un instante de calma. El hombre regresó caminando prudentemente de espaldas.

—Que no sabe.

—Está bien. Puedes dejarlo en mis manos, Yiannis. Te prometo que voy a buscarla.

El archivero cortó la llamada y Bruna apuró la copa con una calma que nacía de su agotamiento, porque en su interior continuaba tensa como un muelle, obsesionada por la horrible urgencia del tiempo que se acababa. Después se dio una ducha de vapor y entró en su cuarto a vestirse. Aznárez estaba extendida sobre la cama. Más que encontrarse echada, parecía haber colonizado la superficie del mueble. Su cuerpo grande y sólido se desparramaba en todas las direcciones. Bruna se la quedó observando: rolliza pero atractiva. Sexualmente apetecible. Una versión femenina de Lizard.

—¿Qué miras? —gruñó Barri sin cambiar de posición.

—Así que estás despierta.

—Despierta pero reventada. ¿A dónde vamos?

Aznárez se sentó en la cama. También ella dormía desnuda. Redondos pechos potentes. Como la mayoría de la población, Bruna era más o menos bisexual. A la rep le gustaban más los hombres, pero no despreciaba una buena compañía femenina. Suspiró y abrió el armario.

—He pensado que nos podíamos acercar por el Mosca para ver si andan por allí esos chicos que sospecho que son Ins, pero primero tengo que ir a buscar a Ángela. No tardo nada. Vístete y desayuna y, si quieres, nos vemos en casa de Yiannis en un rato.

Había buscado en el móvil las tatooshops más cercanas y había dos más o menos a la misma distancia pero en direcciones opuestas, a unos diez minutos de cinta rodante cada una. En su anuncio, la que aparecía en segundo lugar mostraba la imagen de un tatuaje con letras, así que decidió empezar por ésa porque sospechaba las intenciones de Ángela. En el camino, Husky volvió a constatar el enrarecimiento de la situación. Las pantallas públicas vomitaban un incansable aluvión de noticias alarmantes, con imágenes de enfrentamientos callejeros, trams descarrilados y coches ardiendo. En un momento determinado, vio en las pantallas cómo una turba callejera asaltaba un supermercado, y casualmente estaba sucediendo eso mismo, en la realidad, en un comercio próximo a la cinta rodante por la que circulaba Bruna: producía una extraña, irreal sensación contemplar los saqueos en estéreo. Los periodistas no dejaban de denunciar el desabastecimiento de las tiendas de alimentación. La gente se pertrechaba y preparaba para lo que venía. Sí, el aire pesaba toneladas sobre los hombros.

Con todo, la mayoría de los locales comerciales permanecían abiertos, con esa tenacidad de hormiga de los humanos para intentar seguir manteniendo la normalidad, sobre todo cuando esa normalidad les afectaba las ganancias. Incluso un negocio tan incongruente en estos momentos como una tatooshop continuaba ofreciendo sus servicios. Bruna entró en la tienda y vio que en la antesala había un hombre de mediana edad esperando turno: hasta se le acumulaba la clientela. Husky cruzó en dos zancadas el pequeño y cutre recibidor y abrió la puerta tras la cual se escuchaba

el sutil pitido de la aguja láser. Y allí estaba Ángela, en efecto, ofreciendo uno de sus escuálidos hombros a la tatuadora, una humana de unos cincuenta años con el labio de abajo atravesado por una ristra de anillas.

—¡Para!

—¿Qué pasa? ¿Quién coño eres? —bufó la mujer.

Una tipa dura que no se arrugaba ante un rep de combate.

—Es… es ella —balbució Ángela—. Ella es Bruna Husky…

Eso desconcertó un momento a la mujer anillada. Y también a la androide, que entonces entendió súbitamente lo que no había querido reconocerse hasta ese momento. Se aproximó a Gayo y vio en efecto una B mayúscula perfectamente dibujada en lo alto del hombro.

—Pero ¡qué estás haciendo, estás loca!

—Se está tatuando tu nombre —dijo la mujer con una voz neutra que no consiguió esconder por completo la curiosidad que la situación le producía.

Husky se volvió hacia la anillada:

—Mira, no puedes hacerlo, fíjate en todas estas cicatrices espantosas, son mutilaciones, se escribe los nombres de gente que ella cree amar, y luego, como todo es imaginario, un puro delirio, se corta ella misma el pedazo de carne…

—¡Por los malditos dioses del Universo! ¿De verdad que hace eso? Ya me extrañaban esas heridas… —se admiró la mujer, bajando la pistola tatuadora.

—Así que no puedes ponerle mi nombre, bórrale la B.

—Yo no borro tatuajes, ¿tú quién te crees que soy? —se picó la anillada.

—Pues escribe otra cosa, Ballenas Azules, Bella Vida Mía, yo qué sé, lo que te parezca…

Estaban hablando de Ángela como si no estuviera presente, como si no fuera capaz de dirigir su propia vida, que era lo que desde luego Bruna opinaba sobre ella. Entonces la rep escuchó un pequeño sorbido y miró hacia abajo: Gayo estaba llorando. Lenta, suavemente, sin ningún aspaviento, sin esfuerzo, como si las dos hileras de lágrimas que atravesaban sus mejillas grisáceas fueran un fluido constante que produjeran sus ojos, riachuelos del rostro. Su expresión de tristeza era tal que la androide quedó sobrecogida.

—Sé que piensas que soy un loca. Locos, nos dicen. Nos encierran en habitaciones blancas, nos medican, nos temen, nos desprecian, nos ignoran. Como si llamarnos locos fuera una categoría taxonómica. Como si nos dijeran: coleópteros, crustáceos. Bichos raros definidos por nuestra locura. Y no es así. No es así. Somos muchas más cosas. Somos seres que sufren. Somos humanos. Tú deberías saber de eso, Bruna.

La detective nunca había oído hablar a Ángela con voz tan serena, tan segura, con una argumentación tan construida, tan poderosa. Y sin un solo tartamudeo. Parecía otra persona. Claro que llevaba varios días tomándose las medicinas, reflexionó. Yiannis se encargaba de suministrárselas meticulosamente.

—Nací en una Zona Tres y no conocí a mi padre. Supongo que salió huyendo de mi madre. Era guapa, muy guapa, por eso le horroricé desde el principio. Y era estúpida, ésa es mi venganza. Bebía demasiado, tomaba *fresas*. Fue dependienta, camarera, limpió casas. Estuvimos muchas veces a punto de caer en una Zona Cero por no poder pagar los derechos del aire. Entonces uno de sus amantes la invitó un fin de semana a un hedoné. Y se jodió la vida.

—Ufff, *kafí, kafí*, agujeros de muerte —gruñó la tatuadora, tocándose repetidas veces la frente con tres dedos, como hacían los alienígenas balabíes para ahuyentar la mala suerte.

Husky conocía bien la devastación que producían los hedonés, esos infectos locales de droga electrónica. Estaban basados en unos experimentos que se habían hecho en la Universidad de Canadá alrededor de 1950; le colocaron electrodos a una rata en una zona concreta del cerebro que es donde reside el centro del placer, y luego la metieron en una caja con una palanca que activaba el electrodo y que ella misma podía pulsar. El animal llegó a pulsar siete mil veces la palanca en una hora. Pusieron electrodos en más roedores: no bebían, no comían, las madres abandonaban a sus hijos, los machos ignoraban a las hembras en celo. Sólo apretaban y apretaban la palanca hasta morir. Los hedonés habían aparecido a finales del siglo XXI, cuando se desarrolló la nanotecnología de implantes cerebrales automáticos. Eran tan fáciles y seguros de insertar que cualquier idiota podía dispararse un nanoelectrodo en el cerebro a través de las fosas nasales. En el hedoné te daban la pistola sembradora ya calibrada y dirigida al lugar exacto. Una vez

insertado el electrodo en su sitio, te quedabas tumbado en alguna de las literas del local y apretabas el botón que activaba la descarga cuantas veces quisieras. Cada veinticuatro horas los vigilantes te desconectaban, te cambiaban los pañales, te aseaban de manera somera, saneaban tu piel con rayos D para evitar escaras. La alimentación e hidratación se hacía por vía parenteral. Se pagaba por días y el precio era altísimo. Cuando te echaban, castraban el nanoelectrodo para que no pudieras utilizarlo en otro lado. Pero la gente se quedaba tan colgada que muchos se freían el cerebro metiéndose cables por la nariz o las orejas para intentar activarlos. Sí, Bruna había visto perderse a mucha gente en esos mataderos. En Madrid estaban prohibidos.

—Después de eso mi madre se prostituyó, robó, hizo de todo intentando reunir dinero para regresar al hedoné. Cuando fue detenida por uno de sus delitos, los servicios sociales me encontraron. Yo tenía diez años y me había pasado todo ese tiempo encerrada en casa. Ya estaba volando, para entonces. Digo, mentalmente. Ya era rara. Me llevaron a una institución, luego a otra, luego empecé a ganar mucho dinero con mi capacidad tecnológica y me dejaron tener por un tiempo mi propia casa, aunque tutelada por un psiquiatra. Así estuve viviendo varios años. Pero después empecé con esto —se acarició con delicadeza una de sus mutilaciones— y me volvieron a ingresar, esta vez en el CRGM, el sitio de donde me escapé. Pensaréis que, cuando los servicios sociales me encontraron, fue un alivio para mí, tras haber vivido en ese abandono. Pero no. Yo sabía que iba a ser difícil encontrar a alguien que me amara. ¡Si ni siquiera mi madre me había querido! Y así fue.

—¿Y qué pasó con tu madre? —preguntó Bruna.

—No sé. No volví a saber de ella nunca más.

—Seguro que ha reventado hace mucho. ¿Una hedodicta? Muerta y podrida desde hace años —dijo la tatuadora con el tono de quien está consolando a alguien. Y quizá tuviera razón y la consolase.

—Yo también estaría muerta y podrida si no fuera por ellos.

—¿Por quiénes?

—Por los números. Cuando todo se hunde, yo me retiro dentro de mi cabeza. Filas ordenadas, cristalinas, perfectas. Delicadas

relaciones numéricas, tan sutiles y resistentes como un hilo de araña. Ellos son mi única familia. ¿Sabéis que hay números amigos? ¡Son tan bellos! Cuando un número es amigo de otro, es porque todas las cifras por las que es divisible, al sumarlas, dan el otro número. ¿Os dais cuenta? Por ejemplo: el número 220 es divisible por 1, 2, 4, 5, 10, 11, 20, 22, 44, 55 y 110. Pues bien, si sumas todos esos divisores da 284, que a su vez es divisible por 1, 2, 4, 71 y 142. Y si sumas estas cifras, ¿qué aparece? ¡El 220 otra vez! Hacen tan buena pareja y son tan hermosos, los dos de color magenta, con el mismo brillo, idéntico matiz… Luego también están los números perfectos, que son aquellos que, al sumar sus propios divisores, salen ellos mismos. Por ejemplo, el 6, que es divisible por 1, 2 y 3. Pues bien, resulta que 1 más 2 y más 3 son 6. Que es de color de plata. Los números perfectos son magníficos, sublimes, son el eje del mundo, el orden oculto de las cosas, los dioses del universo matemático. Me sobrecogen por su redonda y exacta omnipotencia, pero yo prefiero los números amigos. ¿No es maravillosa esa conjunción, esa ligazón tan íntima, tan esencial y estructural de las dos cifras? Unidas para siempre, la una el espejo de la otra. Exactas pero distintas. Distintas pero en el fondo idénticas. Y su relación jamás puede romperse. Los números amigos están destinados los unos para los otros. Son pulsaciones, vibraciones, sonidos del Universo que se crearon juntos. Ésa es para mí la representación exacta del amor. Ése es el amor que yo quiero. Mi número amigo. Un día comprendí que tenía que existir en algún lado. Y me lancé a buscarlo. Ese amor que, cuando llegue, se revelará como mi única manera posible de vivir. Eternos para siempre en nuestro lazo indestructible. ¿Eres tú, mi Bruna? ¿Eres mi otra cifra?

Noooooo, estuvo a punto de gritar Husky, horrorizada por la vertiginosa necesidad de Ángela, por su amor absoluto tan perfecto y helado. Un hielo que abrasaba. Y al mismo tiempo, la rep se sentía extrañamente conmovida y reflejada en las palabras de la mujer. ¿No buscaban todas las criaturas lo mismo? ¿Los humanos, los tecnohumanos, seguramente también, a su modo, los alienígenas y los primates, e incluso Bartolo? Un amor sin sombras, sin barreras, una complicidad total, la entrega hasta el abismo. Pensó en Lizard, en la difícil relación que mantenía con él, en su pasión

entrecortada de lava y de hierro, y Bruna tuvo que confesarse que abrigaba la loca ambición de que Lizard fuera esa cifra exacta destinada a combinar para siempre con ella. Catorce noches letales para Paul, tres años, tres meses y tres días para ella. A eso se reducía hoy su eternidad.

—No, Ángela, no soy yo. Estoy segura, lo sé. No te tatúes mi nombre, por favor. No te hagas más daño —dijo suavemente.

El rostro de Gayo, que la excitación del relato había iluminado, se nubló como si lo hubieran cubierto con un velo.

—Claro. Por supuesto. Soy tan fea. Un monstruo.

—No es eso —protestó la detective.

No era eso. Sí era eso. También. Además.

—Claro. Además soy tan rara —añadió Ángela, como si hubiera escuchado los pensamientos de la rep—. Por eso no he querido nunca hacerme la cirugía estética. Porque así puedo fingir que me rechazan por mi exterior, no por la persona que soy, yo toda entera…

Nadie supo qué decir, así que sobre ellas cayó uno de esos pequeños silencios que parecen tener presencia propia. Luego Gayo sonrió de medio lado con su gesto tímido de siempre, y añadió:

—Buebuebuebueno, y también hay otra rarararazón para no operarme: no he querido cambiar mi físico para que memememe pueda reconocer mi número amigo.

31

Cuando Bruna llegó con Ángela a casa del archivero, la mujer se había tatuado en el hombro el nombre de Bertha Kopp, la formidable matemática alemana cuyos cálculos habían sido esenciales para el descubrimiento de la luz densa, capaz de transportar cien mil veces más información y de manera cien mil veces más estable que la luz láser, y gracias a la cual en 2073 se teleportó a la profesora Darling Oumou Koité desde Mali hasta Encelado, una de las lunas de Saturno. Fue la primera vez que se logró tepear a un humano al espacio exterior, y fue gracias a Kopp. Tras informarse por medio de su móvil de que la matemática había muerto en 2104, a Bruna le pareció muy acertado que Ángela se inscribiera su nombre sobre la piel.

—Yiannis, hay saqueos en los supermercados, ¿tienes suficiente comida, tienes agua? —preguntó la rep al llegar.

—Sí, sí, ya lo he visto en las noticias. Y no, no tengo provisiones. Lo siento, no me he dado cuenta, no he pensado en ello. Además de investigar lo de Lizard, he estado trabajando mucho en el volcado de memorias. En la empresa nos están metiendo prisa. Y es fascinante.

—Ya me lo contaste, lo de las bases de sílice…

—Bueno, de la parte tecnológica dura yo no me encargo, eso lo llevan otros. Yo me ocupo de extraer las memorias, de saber qué recuerdos hay que tomar y de qué manera, de organizar esos fragmentos de información, de equilibrarlos… Para ello uso algoritmos y Ángela me ha estado ayudando. Lo que estamos intentando hacer no es guardar paquetes de memorias en un archivo exterior, eso ya se ha hecho, sino llegar a volcar en las bases de sílice una personalidad entera, una vida entera. Pero,

claro, ¿dónde reside la identidad? En la memoria, sí, pero también en los entresijos de la memoria. En las cosas que no sabemos que sabemos. En nuestra biografía sentimental y sensorial. En…

—Yiannis, es posible que dentro de diez horas le corten el cuello a Lizard. No hay tiempo para esto.

—Ah, sí. Perdón. Perdón. Es que… ayuda a sobrellevar la angustia, ¿sabes? Trabajar en algo que te emociona ayuda.

Como los números luminosos y perfectos de Ángela, pensó la rep. Una eficaz ortopedia para vivir. Ella no tenía nada semejante. Sí, a veces le absorbía su trabajo, sus investigaciones, se concentraba en ellas, le alegraba descubrir lo oculto y terminar con éxito un trabajo. Pero nunca estaba implicada por completo. Nunca era capaz de olvidar que iba a morir. Salvo cuando Lizard la penetraba y la rep dejaba por un instante de estar sola, carne en la carne, pieles indistinguibles una de otra, confusión de alientos, una plenitud sin oquedades.

Y a falta de Lizard, alcohol y drogas para embotar el filo del dolor. El sinsentido de su vida. Patalear diez años bajo el breve rayo de luz de la existencia para no llegar a ningún lugar: tanta agitación y tanto sufrimiento para nada. Y, aun así, no había más remedio que seguir luchando.

—Iré a comprar provisiones —dijo Bruna.

—Voy contigo —dijo Gabi—. Nunca traes las cosas que me gustan.

—Y yo voy con ella —añadió Emma, cuya constante presencia empezaba a resultarle irritante a la rep.

—Ni hablar. Ahora mismo las calles no son un lugar seguro para las niñas.

—Yo no soy una niña. Y he vivido sola siendo más pequeña en calles mucho peores —se indignó la rusa, mientras Emma, a su lado, cabeceaba su asentimiento.

—Sí. Lo sé. Tienes razón. Pero hoy no sales. ¿Me acompañas, Aznárez? —zanjó la rep.

La pequeña todotienda de la esquina estaba reventada, las baldas derribadas, las mercancías no comestibles pisoteadas y esparcidas por el suelo. No había nadie. Husky pensó por un instante en el matrimonio que la regentaba: eran dos hombres de mediana edad que habían nacido en una Zona Cero africana y que

habían conseguido escalar hasta la Zona Uno de Madrid.

—Espero que Abdou y Koffi tengan un buen seguro —dijo la rep.

—Espera mejor que sigan vivos —replicó Barri—. Mira.

En las pantallas públicas estaban pasando las imágenes de una de las algaradas callejeras. Una turba de saqueadores linchaba a tres guardias privados. Todos ellos eran reps, por supuesto. La escena resultaba escalofriante. Los tres habían fallecido, informaba el periodista. Cómo no, se dijo Husky con amargura. Porque además un tecno de combate no podía dejar de combatir… Estaba programado para seguir peleando hasta la muerte. Había un viejo debate entre los humanos que de cuando en cuando se recrudecía, avivado por los supremacistas. Algunos individuos proponían *castrar* a los reps de combate tras sus dos años de servicio militar, esto es, neutralizarles el refuerzo hormonal de la violencia. La idea no había prosperado hasta el momento porque esos androides resultaban después muy útiles como policías, guardaespaldas y fuerzas de seguridad privadas (aunque los partidarios de la castración sostenían que estaban quitando trabajo a los humanos). Sin embargo, cada vez que había una crisis de violencia y los tecnos de combate eran enviados los primeros al matadero, ni una sola voz se levantaba pidiendo que rebajaran su agresividad. Esa misma agresividad que ahora inundaba a Bruna de una furia venenosa y turbia. Uno no se podía fiar jamás de los humanos.

El supermercado estaba protegido por un cordón de soldados del ejército de los EUT. Todos androides menos los mandos. Dentro, una ansiosa muchedumbre se lo llevaba todo, hormigas enloquecidas de un hormiguero que alguien ha hostigado. Bruna cargó la tarjeta de agua de Yiannis y la suya y luego compraron cuanto pudieron encontrar: paquetes de algas liofilizadas, fruta deshidratada, bandejas de pasta de medusa con sabores diversos. E incluso una tableta de chocolate que había pasado inadvertida al quedar atrapada entre dos estanterías vacías. Para Gabi, pensó la rep en un repentino momento de debilidad afectiva.

Pero cuando llegaron a casa de Yiannis, las niñas no estaban.

—¡Se han ido! ¡Se han ido! No pudimos detenerlas. ¡Estas chicas son ingobernables! ¡No sé ni a dónde han ido! ¡Oh, Dios mío, las pueden matar! ¡O algo peor!

El archivero se retorcía las manos en pleno ataque de angustia,

nimbado por la deslucida corona de sus pelos de punta.

—Calma, calma, la cosa no está tan mal. Y además me parece que las dos saben moverse por lugares difíciles —intentó tranquilizarle la rep. Pero por dentro estaba muy irritada—. Nosotras nos vamos a pasar por el Mosca. Si al volver no han regresado, las iré a buscar.

Tendió la tableta de chocolate al bubi, que se abalanzó sobre ella como si se estuviera muriendo de inanición. Se comió la tercera parte de un bocado con envoltura y todo, y sus ásperos y rojizos pelánganos también se le pusieron de punta, pero de placer.

—Bartolo feliz tan rico rico —dijo con la boca llena.

El archivero rió y juntó las manos con expresión satisfecha.

—Qué gracioso es este bicho. Voy a guardar la compra y prepararé un té para cuando volváis. Seguro que ya habrán venido las niñas para entonces.

Ya le había entrado en funcionamiento la bomba de endorfinas, suspiró Husky. Qué extraña era la vida y qué tenaz, cómo se abrían las rutinas paso a través de las dificultades y las crisis, al igual que el agua siempre encontraba un resquicio para seguir corriendo. En apenas siete horas podrían cortarle el cuello a Paul y quizá antes mutilarle y torturarle, y ellas habían estado comprando chocolate en un supermercado. En cualquier momento podía estallar un enfrentamiento bélico feroz, pero al archivero se le activaba igual su bomba de endorfinas, el tragón se relamía los labios tragando algo, Gabi se comportaba como la salvaje que siempre era. Tiempo atrás Yiannis le había contado que en los breves momentos de calma entre los bombardeos de las Guerras Robóticas, las calles se llenaban de vendedores ambulantes voceando su mercancía, de parejas besándose y niños jugando: «Yo creo que las guerras las ganan esas poblaciones que no se rinden. Que insisten en seguir manteniendo la cotidianidad frente al horror», había comentado el archivero. La vida era tan resistente y tenaz como una rata.

32

Lo peor era tener que disimular. Fingir con Aznárez una confianza que no tenía. El encuentro del día anterior con la inspectora Kai en el bar de Oli había sido muy tenso. Tras explicarle lo que había sucedido en Cosmos, Husky remachó:

—Me estaban esperando, Kai. Alguien tuvo que pasarles el dato.

La policía la miró con el ceño fruncido:

—¿Es una acusación?

—Tú sabrás a quién se lo has contado.

—A nadie.

—Pues peor me lo pones.

—¿Y vosotras? ¿A quién se lo habéis contado vosotras?

—Está el vendedor de la nave, que no sabía mi verdadera identidad ni mis intenciones. Y está Mirari, pero pongo la mano en el fuego por ella.

—¿Nadie más?

—Nadie.

Bueno, también lo sabían Yiannis y Ángela y quizá las niñas y hasta el bubi, pero Husky se negó a permitir que su paranoia llegara a enfangarle incluso eso. Kai se mordió el labio inferior, pensativa. Era guapa, la maldita.

—Es muy preocupante, desde luego —dijo la policía—. También pueden habernos seguido, haber puesto escuchas, quién sabe. Tal vez tengamos un hyperdron flotando sobre nuestras cabezas.

—Pero ¿existen? —preguntó Husky.

Se decía que había unos sofisticadísimos aparatos de espionaje, unos drones diminutos provistos de cámaras y micrófonos de un alcance y una potencia inimaginables. Estas pequeñas máquinas eran activadas con el ADN de un individuo, y entonces el dron se

enlazaba con esa persona y la seguía constantemente a tal altura que era indetectable, grabando sus conversaciones y marcando su posición por infrarrojos incluso a través de los tejados de las casas. Un juguete muy peligroso, de ser cierto. Pero la rep siempre había creído que era una leyenda urbana.

Kai esbozó una seca sonrisa.

—Tú mira para arriba, a lo mejor lo ves brillar. Un puntito al sol. Y de cuando en cuando mira también para abajo. A Aznárez, por ejemplo —dijo la policía, encarándose con Barri—. No hay nada tuyo en ningún lado. ¿Por qué me voy a creer que eres hermana de Lizard?

—A mí tampoco me gustas, Kai —dijo Aznárez con la misma cachazuda calma que el inspector. Sí, tenía que ser su hermana. O quizá no.

—O tú misma, Bruna. Sabemos que en Cosmos han encontrado una tecnología capaz de hacernos vivir más años, capaz de salvarnos del maldito TTT. ¿Te venderías por eso, Husky? Es una buena razón para corromperse, ¿no? Incluso para traicionar a tu amigo Lizard…

—Te digo lo mismo, Kai.

—En fin, me doy por invitada —dijo la policía, levantándose del taburete—. Ya hablaremos.

Y no habían vuelto a comunicarse desde entonces.

Husky no se fiaba de nadie, por eso prefería estar siempre con Barri, para tenerla vigilada. Ahora quería acercarse al Mosca, desde luego, pero antes quería pasarse por la discoteca para menores de Conde Peñalver, Crate, a ver si podía hablar con el barman de la crin de caballo. No se lo había dicho a Aznárez para que no pudiera avisarle, en el caso de que ella fuera el topo. Cuando se lo comunicó, casi entrando ya en la discoteca, la hermana de Lizard no mostró ninguna intranquilidad.

Encontró en la puerta al mismo rep de combate que días antes y esta vez el trámite fue rápido: le soltó de primeras los cincuenta ges. Seguía tirando de lo que quedaba del dinero de Ángela y le mandó un breve agradecimiento mental.

El local estaba mucho más vacío que la primera noche, quizá por la inestabilidad de la situación política y seguramente también por la hora, las cuatro de la tarde. Se acercaron a la barra principal; la

atendía una joven negra muy delgada, de huesos puntiagudos y piel casi azulada. Parecía un espectro.

—Estamos buscando al otro barman, al chico que lleva el pelo con la crin de caballo a la moda balabí…

—Fer. Se ha ido —dijo la chica.

—¿Se ha ido a casa? ¿Se ha ido de vacaciones? —dijo Husky con cierta impaciencia.

—Se ha *volado*. Lo ha dejado. Se despidió.

—¿Cuándo?

—Hace una semana. De zas y ya.

—¿Sabes dónde vive?

—Ni *clu*. Si le ves, dile que a ver cuándo me paga los sesenta ges que me debe. Es un *gilicán*. Por mí puede morirse, pero que antes me pague.

Dejando amigos, el muchacho, pensó mientras salían. Ya le caía menos bien.

El Mosca seguía exactamente igual que diez días antes, con las mismas pancartas tridimensionales colgadas sobre la puerta, más el añadido de una foto hiperrealista del chico de la falda escocesa y las mejillas taladradas por clavos: «Libertad para David», llameaba un mensaje luminoso sobre el retrato. Al parecer seguía encarcelado desde entonces.

Aquí también había mucha menos gente que la vez anterior, y Husky imaginó a todos los *moscas* distribuidos en comandos de ataque y creando el caos en la ciudad. Se lo debían de estar pasando en grande.

También había otra diferencia, y era la tensión que se percibía en el ambiente. La vez pasada sintió que el Mosca era un lugar abierto. Ahora, en cambio, todo el mundo las miraba, y no amablemente. Sin duda destacaban demasiado, una rep de combate, que ellos asociaban a la policía, y una gigantona robusta, mucho mayor que ellos y con expresión de piedra. Ahora eran claramente el enemigo. Y es que, en los diez días transcurridos desde su primera visita al centro, el mundo se había llenado de enemistades, cada vez más enconadas, más virulentas. Siempre sucedía eso cuando el odio triunfaba.

La quincena de chicos y chicas que estaban en el vestíbulo habían dejado de hacer lo que estuvieran haciendo y ahora sólo

contemplaban fijamente a las intrusas. Formaron instintivamente una especie de amplio círculo alrededor de Bruna y Barri, y cinco o seis de ellos, los más fuertes, claramente del servicio de seguridad, se descolgaron de la cintura largas varas metálicas. Con la ayuda inestimable de Aznárez, cuya capacidad ya conocía, Husky estaba segura de vencerlos. Pero no tenía el menor deseo de luchar con ellos.

—Bueno, tíos, ¿qué pasa? Calma. Estamos buscando a Fer, ya sabéis, el de la crin de caballo. No queremos líos, *crates* —dijo la androide con repentina inspiración.

—Yo no soy tu *crate, muñeca* —contestó una de las chicas que blandía una barra de hierro, chaparra y fuerte como una boxeadora olímpica—. ¿Para qué lo *lukeas*?

Bruna suspiró.

—Tengo un amigo que está en peligro. Lo van a matar. Y creo que Fer puede darme información para salvarlo.

Sonó sincera. Lo era. La boxeadora de la barra de hierro dudó. Bruna volvió a pensar que estos bárbaros suburbiales eran buena gente.

—Dejadles pasar —dijo una voz a sus espaldas.

Se volvieron: era el barman, que acababa de aparecer por una de las puertas del vestíbulo. Hubo de inmediato una distensión general, hasta el punto de que Husky se asombró de que los chavales no se sacudieran, como hacían los perros para relajarse tras una subida de adrenalina. La rep y Aznárez cruzaron el vestíbulo y se acercaron al hombre.

—A ti te conozco —dijo Fer con el mismo gesto desabrido y antipático de siempre—. Viniste al Crate.

—Exacto.

—Está bien. Seguidme.

Y eso hicieron, seguirle a buen paso por estrechos pasillos y subir tras él por roñosas escaleras metálicas.

—Tenemos las oficinas arriba. Estaremos más tranquilos. Ahora soy el encargado de actividades del Mosca. He dejado el maldito Crate. Cobro lo mismo, una miseria, pero aquí soy útil —dijo, abriendo con llave lo que parecía la puerta de un despacho y franqueándola sin volverse, su crin ondeando a cada paso.

Qué locuaz está este tipo hoy, con lo que costaba arrancarle las

palabras el otro día, pensó Husky entrando detrás de él. Y en ese momento sintió un pinchazo en el cuello y el mundo se apagó a su alrededor.

33

Lo primero fue el oído. Un rumor de voces irreconocibles, como ecos de ondas sonoras bajo el agua. Luego notó partes de su cuerpo. La frente apoyada contra algo duro. Las rodillas también. Los brazos molestaban, sobre todo el izquierdo. El cuello en tensión. La cabeza ladeada. El pecho aplastado, las caderas torcidas. Estaba recuperando todo el cuerpo y su carne pesaba. Sí, cómo pesaba. Estaba boca abajo, tirada en el suelo, y tenía los brazos sujetos a la espalda. Atados quizá por las muñecas. Volvió a escuchar el murmullo de voces, cada vez más claras. Aunque aún no entendía. Intentó mover ligeramente un pie. No lo consiguió. Sus miembros parecían de cemento. Eran las pesadas piernas de un elefante. Probó a abrir los párpados. Costó, pero lo hizo. Un suelo de vulgar thermovinilo gris. ¿Dónde había visto un suelo semejante? ¿Qué le había sucedido? El cuello dolía. Eso era: un pinchazo y la nada. ¿Dónde estaba? Le pareció recordar, ante sus ojos, la ondulación de una crin hirsuta. El barman. Iba detrás del barman. Que se llamaba Fer. Estaba en el Mosca.

Y Aznárez iba con ella. Barrió con la mirada alrededor todo lo que pudo y alcanzó a ver unas piernas rollizas y embutidas en los horribles vaqueros de la hermana de Lizard. Estaba allí, tumbada en el suelo como ella.

—Pero escucha un momento, yo creo que ella no pinta nada con los otros rehenes. Husky vale, es detective y ha estado hurgando y combatiéndonos. Pero ¿la gorda? Los rehenes son todos de los cuerpos de seguridad o del aparato represor del Estado, la gente comprende que son el enemigo. Pero la gorda no es nadie. Llevarla con los demás no favorece nuestra imagen. Mejor nos libramos de ella aquí.

Bruna estaba recuperando sus facultades rápidamente. Dedujo que se encontraba aún en la oficina del Mosca y vio que quien hablaba era el barman, que estaba sentado ante una pantalla y de espaldas a ella. No oyó la voz de quien le respondía: Fer debía de estar usando audífonos.

—Ya lo sé, ya lo sé… Yo creo que te equivocas, pero… Está bien, tú sabrás, tú mandas… No, tienen por lo menos para una hora más de sueño. Envíanos gente para el transporte, los chicos que quedan por aquí no saben nada… Sí, descuida. Está todo preparado para el gran día. El viernes los lanzaremos a todos a la calle… De acuerdo. Hablamos. Suerte.

—Sangre por sangre, Fer —dijo una voz aflautada.

Había otra persona en la habitación. Bruna torció la cabeza unos centímetros, pero seguía sin estar en su campo visual y no quería moverse mucho, no deseaba delatar que estaba despierta. Sin duda al drogarla habían cometido un error de principiantes: para tumbar a un rep de combate era necesario duplicar las dosis efectivas con los humanos. Husky volvió a intentar mover un pie, y esta vez el cuerpo respondió. También se movieron sus dedos, entumecidos y atados a la espalda. Pegó un tironcito: parecía una traba muy segura. Palpó con discreción y dedujo que eran unas bridas metálicas. No se iba a librar de ellas fácilmente.

—Estamos haciendo historia, *crate*. Estamos haciendo la revolución —volvió a decir la voz de pito con un trémolo nervioso—. Estoy muy emocionado.

—Sí. A ver qué tal nos sale… —contestó el barman con cierta frialdad—. Ha habido muchas revoluciones en el pasado y muchos revolucionarios terminaron en el patíbulo.

Patíbulo. Una palabra en desuso que Bruna conocía porque tenía metido todo el diccionario en su memoria, eso había hecho su memorista Pablo Nopal con ella. Pero le sorprendió que un barman de crin a la moda balabí tuviera tanta cultura.

—¿Y cómo vamos a comunicarnos después de lo del viernes?

—Con palomas —contestó Fer.

—¿Con qué?

—Con palomas mensajeras. ¿No has oído hablar de ellas? Quieres hacer la revolución y no tienes ni idea de nada. Anda, vete a echarle un ojo a ésas, a ver cómo siguen.

Las piernas del otro tipo aparecieron en el marco de visión de la rep. Caminaron hasta el corpachón de Aznárez y ahí se acuclillaron: era el menor de las orejas de soplillo, el mismo que Bruna había visto en el auditorio del Mosca junto al barman. ¿Cómo se llamaba? ¿Julio, Jaime…? El cerebro de Husky iba a toda velocidad, un rayo de pensamientos controlados y fríos. Estaban esperando a los del transporte, iba a venir más gente, la situación sólo podía empeorar.

—La gorda sigue inconsciente. Y la *muñeca* seguro que también.

Las piernas se acercaron a la rep y el chico se inclinó sobre ella. Bruna lanzó un pequeño gemido, un débil lamento. El orejudo la agarró del hombro y le dio la vuelta, dejándola boca arriba, y se agachó un poco más a mirarle la cara. Todo esto lo intuyó Husky por un resquicio que había dejado entre sus pestañas; y cuando el bulto del adolescente se acercó, la androide se dobló como un resorte y golpeó el rostro del chico con su frente. Crujieron los huesos al romperse, retumbó el ruido seco del impacto. El muchacho se derrumbó igual que si le hubieran quitado el esqueleto. Husky saltó como una gata sobre sus pies y, para su sorpresa, casi perdió el equilibrio: la droga todavía afectaba a sus movimientos. Se irguió, retomando el control de su cuerpo, y en una sola zancada llegó hasta el barman, que se estaba levantando de la silla con torpe premura y alargaba la mano para coger una pistola de plasma. Husky alzó la pierna derecha y, bajándola como una guillotina, partió el antebrazo de Fer contra la mesa. El hombre aulló y se agarró automáticamente el miembro herido con la otra mano, momento que la rep aprovechó para lanzarle otra patada que le dio en la mandíbula y lo dejó inconsciente.

Husky jadeó, los músculos le dolían del exigente esfuerzo, peor aún con los restos de la droga en el organismo. Se acercó a Aznárez y tocó su cuerpo con un pie: sí, la hermana de Lizard no fingía, seguía totalmente dormida. Necesitaba quitarse las bridas con urgencia y sacar a Barri de allí, sería difícil de arrastrar con todo su peso. La pistola de Fer había salido disparada con el impacto y estaba en el suelo, cerca de la puerta. La rep se acercó y se agachó a mirarla: era un plasma negro, un arma ilegal y un modelo modernísimo que ella no conocía. Intentó deducir cuáles eran las posiciones del selector de tiro; supuso que, si llevaba la palanca hacia arriba, colocaría el impulso en un haz 00 o incluso 000, la

emisión de luz más pequeña y concentrada. Se arrodilló en el suelo de espaldas a la puerta, agarró la pistola, manipuló la palanca a ciegas hasta activarla de la forma en que creía correcta y sujetó el arma entre sus pies, de manera que el cañón quedara hacia arriba. Colocó las manos, estirando la brida lo más posible, sobre la boca del cañón. Estaba sudando. Revisó mentalmente toda su posición, imaginando la trayectoria del disparo; inclinó un poco la espalda hacia delante y agachó la cabeza, no quería abrirse un agujero en el cráneo. También movió las manos, para no taladrárselas, e intentó que sobre la boca del cañón sólo estuviera la brida, cosa harto difícil. Pero aún quedaba lo peor, quedaba alcanzar el gatillo con el dedo sin alterar la postura. Por fin rozó con el índice el pulsador y tomó aliento. Una micra de segundo antes de disparar pensó: ¿y si el selector funciona al revés?, ¿y si lo he colocado en el impulso explosivo máximo? Un disparo de plasma negro era capaz de partir un coche en dos. La reventaría. Apretó el gatillo. En el silencio más absoluto, el plasma negro no sonaba y no se veía, Bruna sintió al mismo tiempo que le abrasaban las muñecas y que estaba libre.

—Túmbate boca abajo en el suelo. Ahora mismo.

Husky alzó el rostro. El orejudo se encontraba arrodillado junto al corpachón de Aznárez y apretaba un cuchillo contra su cuello. El muchacho tenía toda la cara llena de sangre, hablaba con dificultad y estaba muy nervioso.

—¡Túmbate o la mato! ¡Túmbateeee!

El arma temblaba en su mano. Era idéntica a las que utilizaban los Ins para degollar a sus víctimas. El chico empujó un poco y la punta de la hoja se hundió unos milímetros en la carne de Barri, que exhaló una especie de suspiro. Un reguero de sangre brotó de la pequeña herida y se mezcló en el suelo con los goterones que caían de la nariz rota del muchacho. El orejudo no sabía que ella estaba desatada y que tenía un arma, pensó Bruna mientras daba vueltas a la pistola entre sus manos para sujetarla de forma correcta. La sorpresa de verla libre, calculó la rep, le haría perder unos instantes preciosos. Estaba prácticamente segura de poder matarlo. Pero era casi un niño. Esas orejas imposibles, esa cara sin curtir, ese goteo de sangre y el miedo tremendo de sus ojos. Casi un niño. Casi.

El muchacho fue deslizándose de lado hacia el suelo con lentitud, como si se estuviera acostando. Un pequeño orificio negro

justo en el centro de su frente dejaba escapar un tenue rizo de humo. Bruna se puso en pie, aún con el arma en la mano. Se miró las quemaduras de las muñecas: ardían, pero no parecían graves. Se acercó a Aznárez, que seguía inánime. La sacudió y abofeteó, y la mujerona dio un gañido sin abrir los ojos. La rep la volvió boca abajo y, sujetando sus brazos en alto, disparó a las bridas. El dolor de las quemaduras hizo que Aznárez se revolviera y reanimara un tanto.

—¿Qué… qué… qué? —balbució, los ojos entreabiertos pero vidriosos—. Ayayay…

—Deja de quejarte. Nos tenemos que ir ya. ¡Despierta! —le gritó mientras intentaba levantarla.

Entonces recordó al barman y se giró de un salto pistola en mano. No estaba. Fer no estaba. Había aprovechado la confusión para huir: la puerta se encontraba abierta. Sin duda era eso lo que había alertado a la rep.

Pero no había tiempo de perseguirlo. Agarró el cadáver del chico por la camisa y lo arrastró hasta esconderlo en un armario. Y luego, con mucho esfuerzo, logró poner en pie al mastodonte de Aznárez. Pasó uno de sus brazos por encima de sus hombros y la sujetó por la cintura con firmeza. Ahora sí que le parecía muy excedida de peso.

—Venga, ayúdame, despierta, nos tenemos que ir —rugió la androide arrastrando a la mujer, que luchaba por salir de la modorra e iba intentando sostenerse con sus pies de trapo.

Bajar la escalera fue lo más difícil; luego atravesaron penosamente el largo pasillo, con Barri respondiendo cada vez mejor. Cuando alcanzaron el vestíbulo causaron sensación: una veintena de chicos y chicas jovencísimos las miraron primero con sorpresa, después con suspicacia y enseguida con furia. Bruna enseñó la pistola.

—No es vuestra guerra. No tiene que ver con vosotros, os lo prometo. No quiero hacer una carnicería. Sólo queremos irnos.

Iba hablando mientras cruzaba la sala camino de la salida. Los chicos permanecieron completamente inmóviles, pero a cada paso que daban Bruna iba advirtiendo cómo subía la agresividad del grupo, cómo se iba acumulando el odio de los *moscas* contra ellas. Cuando por fin llegaron a la puerta y la franquearon, el ambiente resultaba casi irrespirable. Maldita guerra de niños. Los jinetes del

Apocalipsis galopaban.

34

Tras guardar la pistola en la mochila para no resultar más llamativas de lo que ya eran, Bruna saltó junto con Barri sobre la primera cinta rodante y a la vuelta de la esquina cambiaron a otra. En cuanto se alejaron lo suficiente (cuando los *moscas* descubrieran el cadáver del orejudo iban a ser feroces), Husky llamó a Kai y le contó que tenía un muerto en un armario.

—¿Ah, sí? Ven ahora mismo a verme a Doctor Esquerdo, 56. Bajo derecha. Cógete un taxi, si lo encuentras. Es urgente —contestó la inspectora. Y cortó.

Inquietas, la rep y la aún tambaleante Aznárez consiguieron parar a una taxista después de que un par de colegas no las cogieran: una rep de combate y una mujerona que parecía borracha no eran unos pasajeros muy apreciados en tiempos tan turbios. De camino, la androide se quitó los calcetines y ocultó con ellos lo mejor posible el arma que llevaba dentro de la bolsa. Era un plasma negro e ilegal, y se lo requisarían si lo vieran. Pero Husky había perdido su pistola en Cosmos y no quería estar desarmada en tiempos tan difíciles. Treinta ges más tarde llegaron al 56 de Doctor Esquerdo. El bajo derecha tenía la puerta abierta y había un trasiego de policías de uniforme y de civiles.

—Pasa, Bruna, pasa —la llamó Kai desde el interior.

Entraron en una sala pequeña y cochambrosa con un triste ventanuco de cristal esmerilado y una cocina sucísima. Y justo en medio de la habitación había un cadáver. Estaba boca arriba, con las piernas rectas y los brazos estirados a ambos lados del cuerpo, muy bien colocado, salvo por el hecho de que lo habían decapitado y su cabeza estaba puesta a sus pies. Era Jaco, el *perla* que le había vendido el *Mosquito*.

—Yo tendré un muerto en un armario, pero tú tienes éste. Creo que le conoces —dijo Kai.

—Sí.

—Me parece que a los de Cosmos no les gustó que hiciera tratos contigo. ¿O quizá fueron los del EJI? En fin, da lo mismo, ya que, por lo que dices, trabajan juntos…

Fuera de su sitio natural, la cabeza parecía aún más enorme en comparación con el estrecho y canijo cuerpo del *perla*. La contradicción entre la meticulosa, perfecta colocación del cuerpo y la cabeza grotescamente desplazada resultaba perversa y desasosegante. Ni siquiera había manchas de sangre. Bruna se asomó a mirar el raigón del cuello.

—Decapitado con un plasma negro —dijo Kai—. Por eso el corte quedó cauterizado.

La rep asintió.

—Pobre tío —susurró Aznárez.

Estaba recostada contra la pared con el rostro verdoso. Entre los coletazos de la droga y el espectáculo mortuorio no parecía sentirse muy bien.

—Así que oíste que se espera algo grande para el viernes… —comentó la policía con voz queda.

—Eso es. Pasado mañana. Sonaba a algo muy importante. ¿Un atentado masivo?

La consola del *perla* estaba encendida, como era lo normal, aunque sin sonido. Pasaban imágenes de la cumbre Tierra-Cosmos, que seguía celebrándose en el Palacio Presidencial de Reikiavik. Tras la Unificación de los EUT se había acordado que la capital iría rotando por sorteo cada diez años. La primera capital fue Buenos Aires; desde hacía dos años le tocaba a la ciudad islandesa, y la próxima, que ya se conocía para que el municipio pudiera prepararse, sería Argel. En la pantalla, la presidenta Guang parecía discutir agriamente con un Krakotek que en vivo resultaba tan pomposo y arrogante como en los medallones animados que coronaban los nodos de Cosmos. Las dos tecnohumanas se miraron.

—Ése sería un objetivo magnífico —dijo Husky.

Un mensaje entró en el móvil de Kai.

—Mmmmm. Mi gente ya ha encontrado al muerto del armario. El de la crin, sin embargo, no está por ningún lado. Están

registrando el Mosca en estos momentos.

Los chicos del local debían de estar contentos, pensó Husky.

—Tampoco han encontrado el arma utilizada en el homicidio…

—La dejé allí. Creo que la tiré al suelo —respondió Bruna con tranquilidad.

Kai la miró. Una pequeña chispa brillaba en sus ojos. Al cabo dijo:

—Está bien. Acompáñame a la Brigada, tengo que tomarte declaración. Te has cargado a un tipo y habrá una investigación.

—Ya lo sé.

—Informaré a las alturas de lo que me has dicho. ¿Y lo de las palomas?

—Ni idea. Puede que fuera una broma. Al barman no parecía caerle muy bien ese chico.

—Vale. Una cosa más, Bruna: este cuerpo del *perla* es un mensaje —gruñó Kai—. Te lo digo no sólo para que tengáis cuidado tú y ésa, sino también para que cuides de los tuyos. Puede que tu gente esté en peligro. Está claro que saben mucho de ti.

¿Mi gente?, se dijo Husky, sintiendo que las palabras le quemaban en la boca. Pero sí, era cierto, ella tenía su gente. Mirari, Maio, Yiannis, Gabi, Bartolo. Y ahora también Ángela y hasta un poco la fastidiosa Emma. No podía arriesgarse a perderlos, como había perdido a Lizard.

Camino de la comisaría llamó a la violinista y le dijo que desapareciera unos días junto con Maio. Luego habló con Yiannis.

—Las niñas acaban de llegar —dijo el archivero con notable placidez. Debía de tener todavía las endorfinas muy altas.

—Está bien, vamos para allá dentro de un rato —contestó Bruna, con un alivio que procuró ocultar.

Eran las 22:30 del miércoles 26 de febrero. Apenas faltaba media hora para el sangriento ritual de cada noche.

35

Tampoco en esa ocasión mataron a Lizard. Trece jornadas como máximo le quedaban, una cifra tópicamente ominosa. Husky había contemplado el atroz espectáculo en la Brigada, junto a Kai. Cuando le rajaron el cuello a una mujer y Paul volvió a salvarse, las dos intercambiaron una mirada y se turbaron al advertir la feroz alegría que sentían al ver degollar a otra persona. Fue un instante extraño, de intimidad y horror.

Llegaron de madrugada al piso de Yiannis. La rep no sabía muy bien cómo protegerlos mejor; la situación era demasiado turbulenta como para que un viejo, dos niñas, una chiflada y un tragón se marcharan de casa. Husky decidió quedarse esa noche con ellos, aunque temía que eso pudiera ponerlos aún en mayor peligro. Por otra parte, la casa del archivero estaba llena, así que Husky le dejó el sofá a Aznárez y ella optó por dormir en el suelo con un cojín bajo la cabeza. Se tumbó, sin darle mayor importancia para que los demás no se preocuparan, cruzando su cuerpo ante la puerta de entrada. Pensaba que así permanecería más vigilante, pero cuando a la mañana siguiente abrió los ojos y descubrió que Bartolo roncaba metido entre sus brazos, comprendió que podría haber pasado un ejército de Ins por encima de ella sin despertarla. La noche anterior estaba agotada. Ahora sólo estaba muy cansada. Era un avance.

Cuando los técnicos entraron en la consola que estaba usando Fer, todos los archivos se borraron. Ahora los mejores especialistas de los EUT intentaban rescatar la información, pero por el momento el sistema se resistía. Todo esto se lo contaba Kai en un mensaje que Bruna leyó mientras agitaba dos cafés, uno en cada mano.

—Tentententengo informamamamamación nueva —susurró Ángela, apareciendo como un espectro junto a ella.

Husky se sobresaltó. Gayo siempre se acercaba demasiado, no tenía conciencia del espacio personal del otro, pensó con cierta incomodidad. Dio un paso atrás.

—¿Ah, sí? —dijo Aznárez, levantándose del sofá a toda prisa.

—Y yo también. Yo también tengo algo. Algo importante, creo —se sumó Yiannis, las manos agarradas a la altura de su esternón, los dedos entrecruzados. Últimamente repetía todo el rato ese gesto, como si la angustia por la que todos estaban pasando le hubiera hecho adoptar de manera inconsciente esa eterna postura de petición de clemencia al destino.

Ángela volvió a aproximarse a la rep y Bruna tuvo que hacer un esfuerzo para no dar otro paso atrás. Se notaría demasiado su rechazo, mejor esperar unos momentos.

—Buebuebueno, sabéis quién es Stefania Vitali, ¿no? —dijo Gayo.

Silencio.

—Ah, gagaganó un Nobel de Economía en 2034 por inventar lala curva Vitali, que permite extraer pautas de repetición en sistemas complejos… De joven, hace casi cien años, en 2011, esta mujer y otros dos matemáticos de la Politécnica de Zúrich especializados en teoría de la complejidad, Glattfelder y Battiston, hicieron un estudio muy interesante. Analizaron 43.000 firmas multinacionales, y descubrieron que el ochenta por ciento de ellas estaban controladas por tan sólo 737 empresas. De modo que las 737 personas que dirigían esas empresas en realidad dirigían el ochenta por ciento de la economía mundial. Ellos y sus consejeros, un pequeño club de poderosos. Un trabajo precioso, ¿no? La curva Vitali también es muy bella, muy elegante…

Husky retrocedió un paso y respiró hondo.

—¿Y?

—Sí, sí, perdón, perdón, ya voy. Recordaréis que os dije que, en realidad, los miles de empresas de pantallas públicas que había en el mundo estaban relacionadas con o directamente dependían de Paseris. Todo esto lo encontré con la curva Vitali.

—Sí…

—Pues bien, el caso es que he seguido investigando. Recordé aquel trabajo de hace un siglo y me puse a estudiar las corporaciones globales, que es como ahora se llama a las

multinacionales, ya sabéis… Y son treinta y tres.

—¿Treinta y tres corporaciones?

—Nooo, hay decenas de miles… Yo he estudiado treinta y seis mil, las más importantes del planeta. Y he encontrado que hay treinta y tres personas que se repiten en los consejos o controlan mediante otra firma el setenta y tres por ciento de las corporaciones. Son los dueños del mundo. También controlan la empresa para la que estás haciendo los volcados de memoria, Yiannis…

—Treinta y tres… Es Trinity… —susurró Husky, impresionada.

Mirari y Yiannis le habían hablado de Trinity, que supuestamente era la mayor organización clandestina del mundo, la mafia de las mafias, un reservadísimo club de magnates que dominaban los tres sectores comerciales más poderosos del planeta: armas, energía y drogas, tanto las ilegales como las farmacéuticas. Se decía que sólo se podía entrar en el grupo tras el fallecimiento de uno de ellos y por invitación unánime de los otros treinta y dos; y también se rumoreaba que eran feroces, implacables y carentes de toda humanidad. Pero Bruna siempre había sospechado que se trataba de una exageración y una leyenda urbana.

—¡Te dije que era verdad! —remachó el archivero.

—Lo más importante viene ahora —dijo Ángela, sus amarillentas mejillas sonrosadas por la emoción—. El consejo de administración de Paseris está compuesto por esas treinta y tres personas. Y una de ellas, ya os lo dije, es Jan Lago.

La rep se quedó pensativa.

—La mala mafia… —murmuró.

—No, lo más importante es lo que yo he descubierto —se agitó el archivero.

Y permaneció en silencio durante unos segundos, sonriendo y disfrutando de la expectativa.

—¡Por el gran Morlay! ¿Qué?

—Paseris. El nombre de Paseris. Viene del latín. *Passer, passeris*. Significa «pájaro». No sé cómo no me he dado cuenta antes.

—¡La mala mafia! —repitió Husky, ahora casi gritando.

Había tenido una visión. Las piezas encajaban como un puzle.

—Trinity es la mala mafia de Anton Fugger, el banquero del imperio. La escisión de los rosacruces. Han debido de existir

secretamente desde hace cinco siglos —dijo la rep.

—Bueno, tal vez no, quizá los trinitarios sean nuevos y estén buscando referencias históricas con las que adornarse y fingir mayor importancia, eso se ha hecho a menudo, las leyendas del rey Arturo se inventaron en el siglo XII para dar legitimidad al primer rey Plantagenet, y los nazis recurrieron al Santo Grial o…

—Yiannis, ahora no —le cortó Bruna—. Entonces, si Lizard nos dejó el diagrama del autómata de Juanelo, ¿quería señalarnos a Jan Lago? Pero ¿qué sentido tiene esto? Los terroristas han degollado a su hijo…

—Mirad… —dijo Emma con su fina vocecita de niña juiciosa.

Estaba señalando a la consola de Yiannis, que acababa de conectarse de forma automática con una emisión de noticias urgentes.

—Casa, sube sonido —ordenó el archivero.

En la pantalla se veía el Palacio Presidencial de Reikiavik, de cuyo tejado salía, desde una de las esquinas del edificio rectangular, una pequeña columna de humo negro. Delante de las imágenes, e informando desde el estudio central en Madrid, estaba el detestable Enrique Ovejero, muy excitado y casi se diría que radiante:

—… los guardias del perímetro. De modo que, repito, sólo sabemos que el Palacio Presidencial de Reikiavik, sede de la cumbre Tierra-Cosmos y en donde actualmente, repito, en estos mismos momentos, se encuentran tanto la presidenta Guang como el primer ministro Krakotek junto con sus colaboradores, ha sido tomado por una fuerza militar de origen desconocido, repito, el Palacio Presidencial ha sido tomado por una fuerza armada que ha eliminado a la guardia y que se ha atrincherado dentro del edificio. Atención, Julia Caro Guang, presidenta de los Estados Unidos de la Tierra, y Diko Krakotek, primer ministro de Cosmos, rehenes en estos momentos, junto con sus asesores y colaboradores, rehenes en estos momentos de una fuerza militar de origen desconocido… Atención, atención, me dicen que el ejército asaltante podría estar bajo las órdenes del general Tomás Lino…

El rostro recauchutado del presentador destelló de satisfacción. Resultaba evidente con quién estaban las simpatías del golpista Ovejero.

—Sólo nos faltaba esto… —se espantó Yiannis.

Sí, desde luego, el asalto colocaba a la Tierra en una posición de extrema debilidad ante el ataque masivo del EJI previsto para el día siguiente, se inquietó la rep.

—El general Tomás Lino, un militar ahora en la reserva pero varias veces condecorado, uno de los héroes del ejército de los EUT… De confirmarse la información… Sí, me dicen que se confirma, me dicen que el general va a hablar en unos minutos… Bien, pues yo diría que es un alivio, por lo menos sabemos que no se trata del EJI. El Palacio Presidencial de Reikiavik, sede de la cumbre Tierra-Cosmos, tomado por…

Y en ese justo instante se apagó la imagen. No sólo la imagen, también la consola.

—¿Qué ha pasado? —dijo Aznárez.

Ángela se acercó al aparato:

—No tiene corriente… Extraño, todas las consolas llevan baterías delta para evitar esto…

—Casa, autoanálisis de problemas —ordenó Yiannis.

No hubo respuesta.

—¡Mi brazo! —exclamó Husky, sintiendo un pellizco de miedo en el estómago—. No lo puedo mover… y el móvil está muerto.

El brazo biónico de la rep, la magnífica prótesis indistinguible de su propia carne que le habían implantado después de que, meses antes, tuviera que amputarse el miembro por encima del codo para no morir, no respondía a sus impulsos mentales. Estaba doblado y rígido, sin sensibilidad, ajeno, paralizado. Y el móvil que llevaba enroscado en esa muñeca izquierda también estaba apagado.

—¿Cómo que no puedes moverlo? —se inquietó Yiannis—. Mi móvil tampoco marcha.

—Ni el mío —dijo Gayo.

Todos los ordenadores de muñeca estaban desconectados, no eran más que simples láminas flexibles y transparentes de grafeno enrolladas al antebrazo que no respondían a ningún estímulo.

—Estamos incomunicados —dijo la rep, entrando de inmediato en modo de peligro.

Un aluvión de hormonas inundó sus venas, activando su capacidad mental y muscular, su velocidad de respuesta y esa maravillosa calma helada que protegía a los tecnos de combate en los momentos críticos.

—Fuera de las ventanas, tumbaos en el suelo. Aznárez, verifica que la puerta de entrada sigue cerrada y búscate algo que te sirva de arma —ordenó con serenidad mientras sacaba la pistola de la mochila.

Barri regresó enseguida con un cuchillo grande de cocina.

—La puerta está bien. Pero tampoco funciona. No se enciende el visor.

Permanecieron en silencio: Husky y Aznárez de pie en el centro de la sala, espalda contra espalda, la rep sujetando el arma con la mano derecha delante de ella, la hermana de Lizard aferrada al cuchillo; Yiannis, las niñas y Ángela, que agarraba a un aterrado Bartolo entre sus brazos, tumbados en el suelo. Un minuto, dos. De pronto la androide se fijó en su pistola: el contador de carga no destellaba.

—¡Por el gran Morlay! Maldita sea…

Revisó el arma: también estaba desconectada, inerte. Un pedazo de metal sin ninguna utilidad.

—El plasma tampoco funciona —rugió, tirando la pistola al suelo.

—Eso es lo bueno de las armas clásicas, ¿ves cómo los Nuevos Antiguos tenemos razón? —dijo Aznárez, moviendo en el aire la afilada hoja.

—Calla… —siseó la rep, levantando una mano.

Aguzaron el oído. De la calle venía un rumor, una agitación de conversaciones, voces destempladas. Bruna se acercó a la ventana con cautela. Y luego abrió el cristal y se asomó a mirar:

—Las cintas rodantes están paradas. Y la gente parece asustada. Creo que tampoco les funcionan los móviles. No es sólo cosa nuestra.

Todos se agolparon en el estrecho balcón.

—Mira las pantallas públicas… —dijo Aznárez.

Oscuras, apagadas. En su vida las había visto así, se asombró Husky. Claro que era una breve vida de tecnohumana. Tres años, tres meses y dos días. Y sólo trece noches para Lizard. Se tocó el miembro paralizado; el recubrimiento biodérmico estaba por debajo de la temperatura corporal. La prótesis se estaba quedando fría.

—Maldita sea, maldita sea, maldita sea…

Había perdido el brazo izquierdo. Bruna fue a la cocina y agarró

otro cuchillo. Regresó a la sala.

—Vosotros quedaos aquí y no abráis a nadie —dijo a Yiannis, Ángela y las niñas—. Nosotras vamos a bajar a la calle a ver qué pasa.

Los ascensores no funcionaban. Por las escaleras se encontraron con varios vecinos, todos muy asustados. Salieron del portal a un mundo lleno de voces humanas pero, por otro lado, extrañamente silencioso; no se oía el chirrido de las cintas rodantes, tan habitual que habían dejado de advertirlo conscientemente; no retumbaba el tram al pasar; no había tráfico, porque todos los coches estaban parados en mitad de la calzada. Y, sobre todo, estaban libres del tormento atronador de las pantallas públicas. Todo lo que dependía de la electricidad estaba muerto. Y vivían en un mundo en donde todo era electrónico.

La gente deambulaba por la calle, atónita, perdida, acercándose a uno u otro corrillo. Pero nadie sabía nada ni entendía lo que estaba pasando.

—¡Es el EJI!

—¡Son los de Cosmos!

—¡Es la policía secreta de la presidenta Guang! ¡Quieren acabar con nosotros!

—¡Es el fascista de Jan Lago!

—¡Para fascista, Guang!

—¡Tenemos que armarnos, tenemos que defendernos!

Algunos parecían a punto de pegarse. Los ánimos se calentaban por momentos.

—Pero ¿sabe alguien hasta dónde llega el apagón? A lo mejor es sólo este barrio —decía una rep de exploración con sensatez.

Nadie podía saberlo, porque no había manera de establecer ninguna comunicación. Un corrillo cercano empezó a agitarse y se escucharon gritos angustiados. Bruna y Aznárez se dirigieron hacia allí: en el centro de un grupo de personas atónitas había un hombre burbuja. La rep reconoció a su vecino, víctima del SSQ. El compresor de aire purificado que hinchaba su habitáculo había dejado de funcionar, y la burbuja de plástico estaba medio colapsada. Envuelto en su sudario transparente, el hombre se encontraba de rodillas en el suelo y boqueaba. Era evidente que estaba a punto de asfixiarse, pero el horrorizado corro que le

rodeaba no hacía nada. Bruna se agachó e intentó abrir los cierres de la burbuja, pero, por supuesto, no funcionaban: también eran electrónicos.

—¡Ayúdame, Barri!

Sacó el cuchillo y empezó a apuñalar la cubierta. Era una burbuja bastante vieja y con remiendos, pero el plástico resistía. El hombre estaba amoratándose.

—Aquí, Bruna, aquí —dijo la hermana de Lizard, atacando uno de los parches.

Metieron la punta de los cuchillos por debajo de la pieza añadida y consiguieron arrancarla; y después, a partir de ahí, lograron rajar la burbuja. El vecino se tumbó boca arriba en el suelo y respiró agónicamente tres o cuatro veces hasta que recobró el color.

—Gracias —balbució.

Y después se echó a llorar, porque sabía que la exposición a la contaminación ambiental podía matarle. Sería una muerte más lenta, eso era todo. En las últimas décadas, el Síndrome de Sensibilidad Química se había agravado mucho. Incluso en las relativamente limpias Zonas Uno, como era el caso de Madrid, el contacto continuado con las sustancias artificiales, omnipresentes en todos los niveles de la vida, parecía estar descompensando y enloqueciendo el sistema inmunitario de los humanos. Bruna pensó en los efectos colaterales de la situación: las personas burbuja ahogándose, los enfermos de los hospitales perdiendo el soporte vital, los pacientes con corazones artificiales cayendo fulminados… ¿Y los aviones desconectándose en pleno vuelo? ¿Cuántas aeronaves no habrían conseguido planear hasta poder hacer un aterrizaje más o menos seguro? Husky se horrorizó. ¿Hasta dónde llegaría el apagón?

Regresaron a casa de Yiannis y encontraron a unos vecinos reventando el portal. Se podía salir abriendo manualmente, pero la entrada sólo se hacía con reconocimiento de huella, así que la puerta se había quedado bloqueada. Nada que no resolvieran un par de martillazos, era una cerradura más bien endeble. Subieron a pie por la escalera con más preguntas que antes de bajar. Yiannis estaba angustiadísimo.

—¿Y qué será del Archivo Central? ¿Y si se pierden todos los

datos? —gimió.

Husky le miró asombrada: era lo último en lo que a ella se le hubiera ocurrido pensar en estos momentos.

—¿Y a ti qué te importa? ¡Te despidieron del maldito Archivo, por todos los sintientes! —barbotó.

—Pero ¿cómo puedes decir eso, Bruna? ¡Es Patrimonio de la Humanidad!

El Archivo Central era el registro electrónico de los conocimientos del planeta. Era un servicio de documentación público y todo el mundo podía tener acceso al nivel más básico de información. Para niveles superiores se necesitaban autorizaciones cada vez más restrictivas. Yiannis había trabajado en el Archivo Central durante muchos años, hasta que fue despedido durante la crisis especista. Así que Patrimonio de la Humanidad, se repitió Bruna con irritación, rumiando las palabras como quien muerde un hueso. ¿Estarían incluidos en esa Humanidad los tecnohumanos? ¿O ellos eran tan recientes, tan artificiales, tan secundarios, que ni siquiera podían aspirar a disponer de algo tan pomposo como un patrimonio?

—Tranquilo, Yiannis. Ni siquiera sabemos hasta dónde llega el apagón. Con que un solo lugar de la Tierra esté enchufado, tu maldito Archivo seguirá intacto…

El viejo se restregó las manos con desesperación:

—Ojalá… Ojalá… De lo contrario sería terrible…

—Tiene que estar todo relacionado —dijo Aznárez—. La toma del Palacio Presidencial, la desconexión electrónica…

—O no. Éste puede ser el gran atentado que estaba preparando el EJI —dijo Husky.

—Pero ¿no era mañana? —preguntó Yiannis.

—Quizá lo hayan adelantado justamente porque los descubrimos… Porque la policía incautó la consola de Fer y temían que consiguieran extraer de ella la información… «¿Cómo vamos a comunicarnos después de lo del viernes?», le preguntaba el chico al barman. ¿No os parece que debe de tener que ver con esto?

«Con palomas mensajeras», había contestado el hombre-caballo. Lo cual a la rep le seguía sonando a broma. Pero, en efecto, era una cuestión esencial: ¿cómo podrían comunicarse los Ins? La androide volvió a tocarse el brazo, helado, rígido, paralizado en posición de

ángulo recto, molesto en su inmovilidad. Por primera vez se sintió mutilada.

—Qué desesperación —susurró con verdadero desconsuelo.

—A lo mejor se puede hacer algo con tu prótesis —dijo Aznárez.

—Arrancarla. Pesa —contestó Husky, furiosa.

Pero sabía que había dicho una tontería. Las prótesis de última generación, como la suya, estaban insertadas en la carne y conectadas a su sistema nervioso. No podría arrancarla sin hacerse un auténtico estropicio.

—No, no. Los Nuevos Antiguos también usamos prótesis, sólo que básicas. Algunas son articuladas, pero mecánicas. Quiero decir que la mueves con el otro brazo; la puedes doblar o estirar, puedes meter la mano en el bolsillo… Mejor que llevarla todo el rato tiesa, ¿no?

Bruna se visualizó corriendo con el antebrazo suelto y dando bandazos.

—No sé qué decirte. A lo mejor podría cortarla con cuidado utilizando el cuchillo, no sé, probar a desengancharla de mi brazo… —aventuró sin muchas esperanzas.

—No, no, ni se te ocurra. Vas a destrozar la prótesis y te vas a hacer daño. Lo que hay que conseguir es desbloquearla. Habrá alguna manera de pasarla a manual…

—Sí la hay —dijo Ángela—. En el hueco del codo tiene una especie de tornillo. Si se gira noventa grados, la prótesis se desconecta. Se utiliza cuando hay que montarla o desmontarla del muñón.

Todos se la quedaron mirando.

—¿Y tú cómo sabes eso? —preguntó la rep.

—He… he… he… —tartamudeó Gayo, y empezó a acunarse.

—Para. ¡Deja de mecerte, por favor! Nadie se va a enfadar. Pero dime cómo lo sabes.

—He… buscado el diagrama de la prótesis en la Red.

—¿Por qué?

—Porqueporqueporque, porque era tu proproprótesis, porque es parte de ti, porque quería saberlo tototodo de ti… Lo miré sólo un momento, sólo un momentito, pero es que me acuerdo de todo lo que veo —añadió en tono de disculpa.

No, Bruna no se sentía en absoluto enfadada, pero sí

sobrepasada. Sepultada bajo el amor de Ángela. Pero ahora no había tiempo para lidiar con eso.

—Bien, déjame a mí —dijo Aznárez, agarrando el cuchillo—. Soy una buena mecánica, ya te lo he dicho.

La posición rígida del brazo, doblado en escuadra, dificultaba alcanzar el hueco del codo. La hermana de Lizard hundió la punta del cuchillo en la biodermis y empezó a serrar una pequeña ventana. Por fortuna, ahora los finos sensores de la piel artificial no funcionaban y Husky no notó nada, pero el parecido con la carne real era tan grande que casi le pareció que le dolía.

—Seguro que luego este agujero te lo pueden arreglar fácilmente…

Quitó el recorte y oteó el boquete.

—Ajá… ahí está… un botón de un centímetro de diámetro con una hendidura… ¿Rotar noventa grados, dices? Espera…

Mordiéndose los labios, Aznárez batalló para meter la punta del cuchillo por el hueco pese al impedimento del brazo.

—Con esto no puedo. Necesito un destornillador.

—Seguro que tampoco funciona —dijo Bruna. La máquina de atornillar también era electrónica.

—Sí, sí. Yo tengo mi antigua caja de herramientas —dijo Yiannis.

Salió corriendo y al poco regresó con una vieja caja de plástico duro que parecía pesar mucho. Aznárez la abrió y revolvió un buen rato el caos de instrumentos que contenía. Bruna vio dos martillos, unas tenazas y otras piezas que no supo reconocer.

—Esto servirá mejor —dijo Barri, mostrando una pequeña regla metálica.

Agarró unos alicates y, con mucha habilidad y la fuerza de sus grandes manos, dobló un poco la punta.

—Si no, no se llega a la hendidura.

Así, con el extremo curvado, pudo entrar en la cavidad y accionar el tornillo. El codo se desbloqueó inmediatamente y el antebrazo quedó colgando. Era un peso muerto, pero era más cómodo llevarlo así que rígido y delante del cuerpo. En el hueco del codo, un rectángulo desigual y mal recortado dejaba ver el tinglado de circuitos integrados y piezas metálicas que formaban el mecanismo de la prótesis. Husky sintió un punzada de pena por la

perdida perfección de su brazo.

Y de pronto pensó: pero yo estoy bien. Yo no siento nada. Bruna sabía que los ingenieros genéticos que habían desarrollado a los tecnohumanos utilizaban una avanzadísima nanotecnología biológica, no electrónica. Por eso los reps no se paraban. No soy una máquina, se dijo con fiero orgullo. No soy una máquina. Aunque, si era cierto que tenían un chip para evitar suicidarse, quizá el apagón la hubiera librado de él.

—Muy bien. Vosotros os vais a seguir quedando aquí encerrados hasta que la emergencia pase. Pero creo que nosotras deberíamos ir a ver a Kai —dijo Bruna, mirando a la hermana de Lizard.

—Tendremos que ir andando.

—Es evidente. Ángela, ¿cómo crees que puede hacerse algo así? Apagarlo todo, quiero decir.

La mujer se mordió con nerviosismo sus casi inexistentes labios y después metió la mano en el bolsillo del pantalón y sacó algo que enseñó a la rep.

Bruna miró con atención el pequeño objeto que reposaba en la palma de Ángela.

—Mmmm… Es… Es una brújula, ¿no? ¿Y qué pasa con ella?

Era redonda, metálica, con cubierta de grueso vidrio y apariencia antigua.

—Sí, sí. Melamelame la regaló la doctora Carlavilla cuando cumplí mi primer año en el CRGM… pero mírala…

La doctora del tercer ojo del Centro de Grandes Mentes, recordó la rep mientras se volvía a inclinar sobre el aparato. La aguja temblaba y daba saltos como enloquecida.

—¿Qué le ocurre?

—Hay un fenófenómeno natural que puede causar todo esto —explicó Ángela—. Una tormenta solar. Si hay una erupción del Sol lo suficientemente fuerte, la Tierra puede recibir un chorro de plasma magnetizado que lo arrase todo. Que reviente los satélites, las redes eléctricas, los aparatos electrónicos. Ya ha sucedido otras veces en la Historia. La tormenta más fuerte de la que tenemos noticia fue el evento Carrington, que sucedió en 1859 y destruyó el telégrafo, aislando Estados Unidos de Europa. La ionización de la atmósfera fue tan brutal que hubo auroras boreales aquí, en Madrid. Debió de ser precioso. Por fortuna, por entonces casi no había

dependencia de la electricidad, así que no hubo que lamentar víctimas. Después de eso las dos mayores tormentas solares fueron la de 1989, que dejó a seis millones de personas sin electricidad en Canadá, y la de 2087, que apagó la mitad de África durante meses y causó bastantes muertos. Pero como fue en lo más álgido de las Guerras Robóticas no está bien documentada.

—¿Quieres decir que puede ser una catástrofe natural?

Ángela parpadeó, desconcertada.

—No. La actividad del Sol es vigilada estrechamente. Los efectos de las tormentas solares alcanzan a la Tierra entre diecinueve y cincuenta y dos horas después de que se produzca la emisión. Para un apagón así, tendría que haber habido una erupción fortísima. Habrían dicho algo en las pantallas públicas. Lo sabríamos. De modo que, si tenemos en cuenta las amenazas del EJI, la situación de guerra y la falta de avisos de una tormenta solar, la probabilidad estadística de que estemos viviendo los resultados de una catástrofe natural es de 0,001. Lo que quiero decir es que deben de estar utilizando una tecnología capaz de crear plasma magnetizado en cantidades colosales. Por eso la brújula ha enloquecido.

Todos se inclinaron sobre la mano de Ángela y contemplaron sobrecogidos el pequeño instrumento, cuyas convulsiones mostraban la fuerza invisible y torturadora a la que estaba siendo sometido. Y de pronto, ante sus mismos ojos, la aguja comenzó acortar sus saltos y a aquietarse, hasta que al fin se detuvo. Allí quedó, vibrando levemente como si estuviera jadeando después de tanta agitación, pero tranquila.

—¿Y ahora?

—Nonono sé. Hanhanhanhan debido dedede apagar la emisión de plasma. Nonono sé cómo lo hacen.

Husky alzó su brazo muerto con la mano derecha y miró la pantalla apagada de su móvil.

—Y si ya no están emitiendo el plasma ese que dices, ¿por qué siguen sin funcionar las cosas?

—Porque ya está todo dañado, todo fundido.

—¡Escuchad! —dijo la rep.

A lo lejos se oía algo, un rumor que parecía megafonía. Volvieron a precipitarse al balcón y a estrujarse en el pequeño habitáculo. Tuvieron que esperar casi cinco minutos hasta que la

fuente del sonido apareció: era un convoy de cinco vehículos militares acorazados y armados con cañones cortos. Circulaban lentamente mientras una voz de hombre iba diciendo:

—¡Ciudadanos! ¡Pueblo de Madrid! ¡Somos el Ejército Privado de Jan Lago! ¡Venimos a restablecer el orden! ¡No tengáis miedo! ¡Meteos en vuestras casas y permaneced allí hasta nuevo aviso!

La gente salía corriendo a su paso y las calles iban quedando tan vacías como si el convoy fuera una escoba. Algunos vitoreaban y saludaban militarmente antes de obedecer y retirarse.

—Madre mía… —musitó Yiannis, tan tembloroso y aterrado que parecía a punto de desmayarse. Obviamente, su bomba de endorfinas había dejado de funcionar.

—¿Y por qué sus coches sí se mueven? —rugió la rep.

—Nononono lololo sé —dijo Ángela, a punto de llorar—. No sé cómo lo han hecho. A lo mejor han usado algún tititititipo de pantalla de protección. A lo mejor lo tenían totototodo apagado y desconectado. No sé.

—¿Quieres decir… quieres decir que los aparatos que hubieran estado totalmente desconectados y apagados durante el ataque podrían funcionar? Un ordenador, por ejemplo… —preguntó Aznárez.

—Supongo que sí, aunque no estoy del totototodo segura. De todas formas un ordenador, pues… Los satélites deben de estar fritos, los nodos de comunicación también… Tendrías la pantalla operativa, pero no sé si podrías comunicarte con alguien…

—Pero hay alguna posibilidad… —insistió la hermana de Lizard.

—Sí…

Aznárez se volvió hacia la rep.

—Puedo conseguir una pantalla que creo que estará intacta.

—¿Dónde?

—En la Familia. En mi comunidad de Nuevos Antiguos.

—¿Y dónde está eso?

—A cuarenta y nueve kilómetros de Madrid.

—Mmmmm… Necesitaremos caminar todo el día.

—Dos horas en bicicleta. Es al sur y no hay cuestas. Te recuerdo que así es como vine —dijo Aznárez.

Claro. La fastidiosa bicicleta de Barri estaba metida debajo de su cama, recordó la rep.

—Pero ¿no tienen un motor electrónico? No funcionarán.

—Nosotros las usamos para transportarnos, pero vosotros creo que las utilizáis fundamentalmente como deporte. Así que no, no son como las tablas del Go, que te llevan solas. El otro día vi no lejos de aquí un dispensador de bicicletas, y todas eran mecánicas.

La rep reflexionó un instante. No se había subido nunca a un trasto de esos, pero no creía que fuera difícil para ella. Sin embargo, el plan tenía un defecto.

—Hay un problema. El caso es que Ángela debería venir con nosotras, porque, si la pantalla funciona, ella es quien podrá sacarle más partido… Y no creo que tú sepas montar, ¿no?

—Puespuespuespuespuespuespuespuespues… —Gayo se encasquilló peor que nunca: se había puesto nerviosísima.

La mujer cerró la boca, respiró hondo y volvió a intentarlo:

—Puespues la verdad es que sí sé… En el CRGM utilizaban las bicicletas para que hiciéramos ejercicio —dijo por fin.

Y sonrió, orgullosa y feliz.

—Muy bien. Entonces en marcha. Primero iremos a ver a Kai. Y luego a buscar ese maldito ordenador.

36

Decidieron conseguir en primer lugar las bicicletas para no tener que perder tiempo en ir andando hasta la Brigada, que estaba bastante lejos. Ignoraban qué hora era porque no había ningún reloj que funcionara, pero el fino sentido geoespacial de Bruna le hizo calcular con bastante seguridad que debían de ser como las 17:00. El apagón había sucedido alrededor de las 14:00. Caminaron a buen paso por las calles desiertas llevando el velocípedo de Barri por el manillar. Un ventarrón helado les golpeaba la cara; hacía un tiempo inusitado para ser 27 de febrero: a estas alturas solía instalarse ya un calor agobiante.

—¡Qué frío! Espero que no se vaya a producir una crisis polar justo ahora —resopló Bruna, lamentando no haber pasado por su apartamento a recoger una chaqueta térmica.

El calentamiento global no sólo había hecho aumentar la temperatura del planeta varios grados, derretido los Polos, inundado miles de kilómetros de costas y desertizado tierras antes feraces, sino que además había originado todo tipo de inestabilidades climáticas, entre ellas una inversión térmica de la llamada *oscilación ártica,* un fenómeno incomprensible para la rep pero que originaba de cuando en cuando unas inusitadas y breves olas de intensísimo frío, un día o dos de nieves copiosas y caída a plomo de los termómetros, que en Madrid podían llegar fácilmente a veinte grados bajo cero. Si se produjera una crisis polar ahora, sin energía ni posibilidad de calentarse, moriría mucha gente.

—Sería terrible. Habría muchas víctimas —dijo Aznárez, como si le hubiera leído el pensamiento. Y añadió—: ¿Sabías que el ser humano sólo puede vivir desnudo en un quince por ciento de la superficie de la Tierra?

Otro de sus absurdos datos, pensó la rep: cómo podía invertir tanto esfuerzo en memorizar cosas inútiles. Los humanos no tenían conciencia del valor del tiempo.

—¿Dónde se supone que están las bicicletas?

—Allí están los dispensadores. Ah, claro. Los dispensadores.

Aznárez no había pensado en ello, evidentemente. Las bicicletas estaban enganchadas a sus rieles y los dispensadores no funcionaban.

—Estupendo…

Se oyeron gritos, disparos. Husky agarró a Ángela con su único brazo y la arrastró casi en volandas hasta el escondite más cercano, el precario refugio que los dispensadores de bicicletas proporcionaban. Se apretujaron detrás con Barri, que ocupaba, como siempre, casi todo el espacio.

—Chisss…

Justo a tiempo. Vieron pasar corriendo a tres tecnos de combate con el uniforme de los EUT. Los estaban persiguiendo a tiros. De pronto cayó uno. Y unos metros más allá se desplomó otro. El tercero consiguió proseguir su huida. Aparecieron trotando una decena de soldados con el uniforme verde brillante del ejército de Jan Lago, seguidos por un carro acorazado. Se acercaron al primer caído, que se removió e intentó defenderse con algo que parecía un bastón. Uno de los enemigos le reventó la cabeza con un disparo de plasma. La comitiva continuó hasta encontrar al siguiente tecno, al que tantearon con la punta del pie. Debía de estar muerto porque siguieron adelante. Bruna y sus compañeras esperaron a que desaparecieran antes de salir de su escondite. Gayo temblaba tanto que casi no se podía mantener de pie.

—Qué pedazos de mierdas… —bufó Aznárez.

Bruna calló. Sentía tanta ira que no podía permitirse manifestarla, o perdería el control. Se acercó a la víctima más cercana: el tiro le había destrozado la cara, pero era sin duda una mujer. En la mano agarraba todavía un palo de golf de cabeza metálica. Un arma improvisada que no le sirvió de nada contra el disparo de plasma, aunque, como era el caso, se tratara del plasma legal y no del negro. Cogió el palo y caminó hasta el otro cadáver. Un varón con un agujero en la parte de atrás de la cabeza. Aznárez se detuvo junto a ella a contemplar el cuerpo.

—No tienen armas, claro. El ejército de los EUT, digo. El apagón los ha dejado indefensos —comentó la rep con amargura.

Tampoco llevaban puestas las armaduras… Porque no funcionarían, naturalmente. Porque no debían de abrirse o de cerrarse. Porque si se ponían el casco estarían a ciegas, ya que el visor no se encendería. La rep se dio cuenta, horrorizada, de que tampoco funcionaban los portables, todos los trajes o gafas o guantes o cualquier otro elemento personal que estuviera potenciado y modificado electrónicamente. Su propia chaqueta térmica no se calentaría.

—Es increíble, es… Nunca me había parado a pensar en cómo dependemos en todo de la electrónica —susurró.

—Nosotros no. ¿Te das cuenta ahora de que los Nuevos Antiguos tenemos la razón? —dijo Aznárez, exultante.

Husky la miró, desolada, incapaz de iniciar una discusión sobre el tema.

—Acabemos con esto. Coge el arma del muerto. Puede servirte.

El segundo cadáver llevaba una larga porra, como las de los policías de asalto. Husky dio media vuelta y regresó hasta el dispensador de bicicletas, junto al que temblaba Gayo.

—Apártate.

Sólo podía utilizar la mano derecha, pero era muy fuerte y ahora ese vigor estaba potenciado por la ira. Comenzó a golpear los dispensadores con el palo haciendo un ruido espantoso. Van a volver los de Lago, pensó; hay que darse prisa.

Al cuarto o quinto embate, y tras agradecer mentalmente a la empresa constructora del palo por su resistencia, Husky rompió el tope de la barra aseguradora y luego la terminó de arrancar a patadas. Sacaron dos bicicletas; Ángela se subió a la suya con facilidad. Bruna probó a pedalear y se movió unos cuantos metros dando bandazos. El tener una sola mano tampoco ayudaba, pero enseguida se hizo con el aparato.

—Venga. Estoy lista.

La calle seguía vacía, pero tras las ventanas atisbaban amedrentados vecinos. Algunos se apresurarían a delatarlos a los soldados de Lago.

Pedalearon en dirección a la comisaría luchando contra el viento por la ciudad desierta. De cuando en cuando se cruzaban con otro

ciclista fugitivo o con algunos peatones huidizos como sombras. También vieron cadáveres tirados en el suelo, víctimas del ejército invasor o quizá de implantes vitales que se habían apagado. Y aún más, pensó la rep: los ciegos redirigidos electrónicamente habrían dejado de ver, los cojos de andar, los paralíticos de moverse. Los diabéticos morirían sin sus páncreas artificiales y los epilépticos volverían a tener ataques. Recordó la fiesta procíborg de Janhache y a los invitados reluciendo con el fulgor rosado de sus implantes. Todos habrían dejado de funcionar, como su antebrazo. Por otro lado, el apagón democratizaba de manera radical la sanidad y devolvía a los ricos al mismo lugar de dolor y de precariedad en el que vivían los pobres, que nunca dejaron de ser ciegos, cojos o epilépticos. Era un pensamiento que seguro que regocijaba a las pequeñas salvajes de Gabi y Emma.

Delante de la puerta de la comisaría había una barricada hecha con muebles y escudos de asalto. Bajaron de las bicis y se acercaron despacio.

—¡Alto ahí! —gritó alguien desde detrás del parapeto—. ¡Manos arriba!

La rep obedeció y el antebrazo colgó como un péndulo por delante de su cara.

—Maldita sea, Barri, ponte a mi izquierda y levántame la jodida prótesis —dijo la rep. Y luego gritó—: Soy Bruna Husky. Tecno de combate. Amiga de Lizard. Nos conocemos. Ésta es Aznárez, la hermana de Lizard. Venimos a ver a Kai.

Silencio.

—Está bien. Acercaos despacio y sin bajar las manos —dijo la voz al fin.

Kai estaba en la barricada y las hizo pasar. Llevaba una pistola al cinto, una antigualla de aspecto dudoso.

—¿De dónde has sacado eso? —preguntó Husky.

—Del almacén de pruebas. Habíamos requisado unas cuantas armas de pólvora y las hemos cogido. Sólo hemos encontrado cuatro. Y no mucha munición. Debe de haber alguna más, pero no podemos acceder al catálogo de los contenidos porque el sistema está apagado. Así que hemos abierto los cajones casi a ciegas, guiándonos por el recuerdo de la fecha aproximada de las incautaciones.

Las armas de pólvora habían sido retiradas de circulación tras la Unificación con la famosa Ley de Manos Limpias, que limitó también de manera estricta el uso del plasma a las fuerzas de seguridad y al ejército. Las viejas pistolas y revólveres fueron rastreados con eficaces escáneres capaces de detectar sus aleaciones metálicas, y las pistolas de plasma necesitaban para su fabricación una lámina de celadium, el nuevo mineral de las remotas minas de Encelado, en donde cada una de las láminas era registrada, numerada y dotada de un chip localizador. Pese a todas estas precauciones, en la Tierra abundaban las armas ilegales de todo tipo, reliquias de la era de la pólvora y plasmas variopintos.

—¿Qué noticias tenéis? —preguntó la policía.

—No sabemos nada. El ejército de Lago está aterrorizando la ciudad. Los hemos visto ejecutar a dos soldados tecnos.

—Sí… —suspiró Kai, sombría—. Aquí tampoco tenemos ninguna información. La falta de comunicaciones es desesperante. No sabemos hasta dónde llega el apagón, aunque se han acercado compañeros de seis comisarías de zonas diversas de Madrid y todas están afectadas. Y hay algo peor: las líneas seguras tampoco funcionan. No sé si habrá alguna agencia del Estado que siga funcionando de algún modo, pero desde luego estaría totalmente aislada. Es un golpe de Estado planetario y perfectamente organizado.

—Y a los golpistas sí les funcionan las armas, sí les andan los coches…

—Cierto, y no lo entiendo.

Entonces le explicaron a Kai la hipótesis de Ángela y volvieron a contemplar la brújula con atención: la aguja seguía tranquila. La policía frunció el ceño.

—¿Quieres decir que si encontramos componentes electrónicos que estuvieron totalmente desconectados durante el apagón quizá pudieran funcionar? —dijo al fin.

—No sabemos. Es una posibilidad.

—También tenemos pistolas de plasma requisadas en el almacén —exclamó Kai, triunfal.

Y salió corriendo, seguida por Bruna y Barri y por una titubeante Ángela que no podía soportar la idea de quedarse sola.

Bajaron las escaleras de dos en dos y se dirigieron al almacén,

cuya puerta guardaba un policía humano de uniforme que apretaba en el puño un grueso martillo como si le fuera en ello la vida. Lo cual, por otra parte, era bastante probable.

—Belmonte, puede que las pistolas de plasma que tenemos guardadas funcionen. Hay que encontrarlas.

—Será otra vez un jodido problema —contestó el hombre, desabrido.

—No… mientras buscaba las de pólvora ya vi alguna… —dijo Kai.

Entraron en la bóveda. En circunstancias normales debía de ser un lugar tan ordenado como el armario de un quirófano, con hileras de estanterías y cajoneras de poliplast numeradas y ordenadas por tamaños. Pero ahora muchas de ellas estaban tiradas en el suelo, los cierres reventados y sus contenidos esparcidos caóticamente.

—Los jueces se van a poner muy contentos con esto —refunfuñó el policía, que tenía el cuello más ancho que su frente y no parecía especialmente sagaz.

—Belmonte, quizá ya no haya jueces, quizá ya no haya ni futuro —se impacientó Kai—. Creo que era por aquí. Sí, ¡ahí hay una!

Recogió rápidamente una pistola de plasma del suelo e intentó activarla. No sucedió nada. Repitió el movimiento dos o tres veces, incrédula. El arma siguió muerta.

—¡Por todas las malditas especies! Os habéis equivocado. Este plasma estaba apagado y desconectado y aun así no funciona.

—No, inspectora. No es así. Todas las pruebas están conectadas al sistema. Cuando se trata de algo viejo como un papel o las pistolas de pólvora, les pegamos un chip. Así están controladas y catalogadas en todo momento. El plasma estaba encendido y conectado —dijo el policía, obviamente satisfecho de poder humillar un poco a una tecno altiva.

Bruna sintió algo parecido al vértigo. Era abrumador. Era así. Estaban todos permanentemente conectados. Es decir, lo estaban hasta el apagón. Ese mismo sistema de catálogo y almacenaje en línea se usaba en las tiendas de móviles, en las factorías de productos electrónicos, seguramente también en las secretas fábricas estatales de armas. Todo se había perdido.

—¿Y ahora qué?

Las cocinas no funcionarían. Y las estanterías de los mercados no

soltarían sus productos. Aunque las tiendas ya estaban todas saqueadas. Las tarjetas de agua tampoco servirían, ¿de dónde sacarían agua para beber? Quizá los golpistas proveerían. Lo debían de tener previsto. En cuanto se rindieran. Sólo los estaban doblegando. No les interesaría que hubiera un gran sufrimiento civil ni mucha mortandad. ¿O quizá sí?

Subieron al piso principal derrotadas.

—Hemos establecido controles con las otras seis comisarías con las que hemos conectado. Una cadena de emisarios cada seis horas. De aquí mandamos a alguien hasta la más cercana, y luego regresa. De allí mandan a otro hasta la siguiente, y así hasta llegar de nuevo a nosotros por el otro lado. De este modo podemos compartir la información —dijo Kai—. Y hemos enviado también a dos policías a la sede de la Presidencia Regional, pero aún no han vuelto. Quizá los hayan detenido, o matado. Lo más probable es que la Presidencia esté bajo ataque. O que la hayan tomado los golpistas.

—Está bien, Kai. Nosotras vamos a acercarnos a los cuarteles del ejército. Supongo que también allí están combatiendo. Nos sumaremos a vuestra cadena de controles… Quiero decir, volveremos por aquí. Quizá de madrugada.

—De acuerdo.

Kai las acompañó hasta la barricada. Fuera atardecía; debían de ser como las 18:30. Iba a ser una noche muy oscura. La inspectora le puso una mano en el hombro a Bruna. Extraño gesto de contacto entre dos tecnos de combate.

—Sé que van a venir, Husky.

La rep calibró el endeble parapeto, las cuatro arcaicas pistolas de pólvora.

—Sí. Yo también lo sé.

Y, tras despedirse con una sacudida de cabeza, se subieron a las bicicletas y se pusieron en camino.

37

—¿De verdad vamos a ir al cuartel del ejército? —preguntó Aznárez en cuanto se distanciaron un poco de la comisaría.

—No.

—Mmmm… ¿Sigues sin confiar en la inspectora?

—Por ahora no tiene por qué saber nada más —contestó Husky, sintiendo una molesta punzada de remordimiento tras haber percibido el roce de la mano de Kai en su hombro cuando se despidieron—. Además, de todas formas todavía no hay nada que saber. Veremos si funciona esa pantalla que dices que tienes.

La comunidad de Nuevos Antiguos a la que Aznárez pertenecía vivía en las afueras de Valdelaguna, un pueblo a cuarenta y nueve kilómetros al sureste de Madrid. Le echó una ojeada a Ángela: iba la última, pero parecía que iba bien. En torno a ellas la noche caía rápidamente. Evitaron una avenida en la que vieron movimiento de tropas y dieron un rodeo que hizo que Aznárez se perdiera.

—Es que llevo años sin pisar Madrid… Esperad aquí, voy a pedalear hasta esa glorieta y vuelvo.

Bruna apoyó los pies en el suelo y descansó su brazo. Cincuenta metros más allá había una estación de trams. Vio que por el raíl elevado avanzaba penosamente una fila de personas. Iban a cuatro patas, a horcajadas, abrazadas de pies y manos a la vía, deslizándose microscópicamente hacia delante con esfuerzo y cuidado. Bajo ellas había una caída de quizá quince metros, unos cuatro pisos de altura, lo suficiente para ser mortal. Sin duda el tram las había dejado colgadas en el aire entre dos paradas. Debieron de estar aguardando durante horas a ver si se arreglaba el apagón o las rescataban antes de perder la esperanza. Imaginó lo mucho que habían debido de sufrir hasta salir del tram y conseguir

aferrarse al raíl. Debieron de romper la ventana delantera o trasera y descolgarse desde ahí, ayudándose entre ellos. Ahora los últimos ya estaban alcanzando la estación, mientras que los primeros en llegar bajaban a la calle por las escaleras. Entonces los vio aparecer por una esquina: cuatro chicos jóvenes, una mujer y tres hombres, todos humanos. Llevaban unas anchas cintas verdes anudadas en los brazos y arrastraban cadenas por el suelo, haciendo un ruido espantoso: era evidente que no les importaba llamar la atención, antes al contrario. En la escasa luz del anochecer no se fijaron en Bruna: les había llamado la atención el pequeño barullo de la estación. Se acercaron a los pasajeros contoneando los hombros con pavoneo ridículo. Con sus pupilas verticales y su mirada genéticamente mejorada, Husky veía mucho mejor que los humanos, e incluso en esta hora azulada del atardecer había podido apreciar que el color de los brazaletes de los chicos era exactamente igual que el del ejército de Lago. ¿De dónde habrían sacado esos retales de tela? ¿Se los habrían proporcionado los golpistas?

—Ya sé por dónde es. Vamos —dijo Aznárez, parando junto a ella.

Bruna no contestó. Seguía observando la escena.

—¿Qué ocurre?

La hermana de Lizard aguzó la vista, pero ya no conseguía ver muy bien. Los cuatro matones de pacotilla estaban hablando de manera arrogante con los pasajeros. Éstos sumaban por lo menos quince, pero era gente asustada que no quería líos.

—¡Venga! ¡No os oigo! ¡Más alto! ¡Viva Jan Lago! ¡Gritadlo todos más alto! —se le oyó decir claramente a uno de los chicos del grupo.

Un pasajero también joven le contestó algo inaudible, y el del brazalete le dio un cadenazo y lo tumbó. Eso sí lo vio Aznárez.

—Venga, Bruna, vámonos. Tenemos algo más importante que hacer y está cayendo la noche. Acuérdate de que no sabemos nada de mi hermano.

Lizard. Sí. Trece degollinas como máximo. ¿Y ahora cómo iba a poder enterarse de si lo habían matado? Tres años, tres meses y dos días. Bruna puso los pies en los pedales y avanzó un par de metros. Luego se detuvo.

—Esperad un momento.

Se bajó de la bicicleta, agarró con su única mano el palo de golf que llevaba sujeto a la espalda con una cuerda que le había dado Kai y se acercó al grupo. El primer garrotazo se lo pegó al chico que había llevado la voz cantante y que parecía ser el líder. No quería matarlo, así que se lo dio en un lado de la cabeza, de refilón, abriéndole una brecha y medio arrancándole la oreja. Al siguiente bravucón, que intentó pegarle con la cadena, le encajó una patada en los genitales que le sentó en el suelo boqueando sin aire. El otro chico y la muchacha salieron corriendo.

—Venga. Largaos antes de que estos mierdas se recuperen. Meteos en casa y no salgáis. Y llevaos a éste —dijo Bruna, señalando al muchacho que había recibido el cadenazo, que estaba sangrando y medio atontado.

Los pasajeros se apresuraron a obedecer sin decir palabra. Eran todos humanos y resultaba evidente que le temían tanto a Husky como a los matones del brazalete, o quizá incluso más. Pero la detective regresó a coger la bicicleta sintiéndose mejor, algo más ligera. Los tecnos de combate estaban hechos así, las situaciones de ira y de violencia creaban una respuesta dentro de ellos que iba creciendo como un moho y que los asfixiaba si no hallaba salida. No había nada que aliviara tanto la pesadumbre como una buena pelea.

—Vámonos.

Lo único que amargó un poco el placer de la rep fue el profundo arrobo que percibió en la mirada de Ángela. Era evidente que la mujer la consideraba una heroína, cuando Husky sabía que tan sólo actuaba llena de ruido y furia. Menos mal que la sonrisa burlona de Barri mitigaba un poco su sentimiento de impostura.

A los pocos minutos ya se había hecho de noche. Impresionaba atravesar una ciudad completamente a oscuras. En alguna ventana se atisbaba un tembloroso resplandor, algún afortunado que disponía de velas, sin duda decorativas. Por lo menos el tiempo se había templado, así que no iba a declararse una crisis polar. Por mucho que dijera Aznárez de las bicicletas deportivas, las luces formaban parte de un pequeño ordenador, que por supuesto no funcionaba. Bruna no tenía problema para ver, de manera que marchaba delante y las dos mujeres la seguían. Aun así, iban más despacio que antes.

—A este paso vamos a tardar tres horas o más —gruñó la

hermana de Lizard.

Cuando salieron de Madrid la cosa mejoró. Había aparecido la luna, que estaba en creciente, casi tres cuartos llena, y no había nubes. El resplandor era suficiente hasta para Aznárez y Gayo. Aumentaron el ritmo y se deslizaron como cuchillos en las sombras; había algo hipnotizante en el hecho de moverse a través de un mundo apagado. Ya estaban a punto de llegar cuando de pronto se encontraron con que la carretera estaba inundada.

—¿Y esto?

—No sé —contestó Aznárez.

Se bajaron de las bicicletas. No era poca cosa. El pequeño valle hacia el que descendía la carretera se encontraba sepultado bajo una masa de agua que parecía mercurio bajo el fulgor lunar.

—Ahí un poco más arriba hay una presa. Quizá al fallar el sistema se han abierto las compuertas por error, o por seguridad, o yo qué sé… Siempre está protegida por los guardias del consorcio acuífero… Me extraña que no anden por aquí. Lo mismo se han ahogado —aventuró la hermana de Lizard—. Vamos a tener que dar un rodeo. Pero queda cerca, es el valle siguiente.

Husky gruñó. Estaba cansada, no tanto por hacer un ejercicio desconocido como por el hecho de estar obligada a dirigir la bicicleta con una sola mano. Le dolía un poco el brazo, el codo, la muñeca. Problemas de manca, se dijo con amargura. Avanzaron campo a través bordeando la recién creada laguna, a veces montadas pero la mayor parte del tiempo andando y llevando la bicicleta por el manillar. Gayo no se quejaba, pero era evidente que estaba agotada; tropezó un par de veces, y tuvieron que ayudarla a sacar la bicicleta de alguna zanja. La lámina plateada de la superficie del agua dejaba ver objetos medio sumergidos, troncos, muebles rotos, un animal ahogado que quizá fuera un perro.

—Esto tiene muy mala pinta.

Escucharon un ruido de hojarasca en los árboles próximos, un batir de alas. Levantaron los ojos. Eran dos palomas.

—¿Qué mierdas hacen dos palomas volando de noche? —se extrañó Aznárez.

Uno de los pájaros siguió adelante, pero el otro dio un par de vueltas sobre ellas, como si algo atrajera su atención. Tenía en el pecho un brillo extraño.

—Las palomas —dijo Husky con la voz ronca de la excitación—. Era verdad. Están usando palomas mensajeras.

Aznárez le echó una rápida ojeada a la rep y luego se agachó y rebuscó por el suelo. Se levantó enseguida y, tomando impulso, le arrojó una piedra a la paloma y acertó. El ave aleteó descompasadamente un par de veces y luego cayó al suelo.

—¡Ay! —se quejó Ángela como si hubiera sido ella misma la golpeada.

—Pero ¡qué haces! —Bruna detestaba por igual a humanos y reps, pero sentía una inconfesable simpatía por los animales. Esa debilidad era la que la había llevado a adoptar al tragón.

—Soy la mejor de mi comunidad en la caza de pájaro con piedra. Nos los comemos. Lo siento, pero necesitábamos atrapar a esa paloma.

Cierto. Aznárez tenía razón. Husky le dejó la bicicleta y se metió en la espesura en busca de la víctima. La encontró enseguida. Cogió el cuerpo del pobre bicho, todavía cálido y palpitante. Pero también duro y frío. Cuando lo levantó a la altura de los ojos, el pájaro dio una pequeña sacudida: acababa de morir. Tenía una herida sangrante en el cuello y el nacimiento del ala. Y la mitad de su cabeza era metálica.

38

La colonia de los Nuevos Antiguos estaba a las afueras de Valdelaguna, en la loma de uno de los suaves y pelados montes que rodeaban el pueblo. Era una vieja granja a la que habían añadido con posterioridad más dependencias. Había en total cuatro casas, las tres más nuevas divididas en pequeños apartamentos, mientras que la construcción original albergaba las zonas comunes. El colectivo estaba compuesto de treinta y nueve individuos, incluidos tres niños menores de doce años. Siete familias o grupos de más de una persona y dos que vivían solas; una de ellas, Aznárez. Como buena hermana del huraño Lizard, se dijo la rep. Ahora estaban construyendo una quinta casa porque un par de jóvenes querían independizarse. Iban despacio, todo lo hacían con sus manos y además tenían que cultivar la tierra, cazar (ilegalmente), cuidar de sus ovejas, alpacas, vacas y gallinas, y tejer y teñir los chales artesanales de lana de alpaca que vendían en Madrid y que eran su fuente principal de ges. Bruna tuvo que reconocer que eran bonitos. También carísimos, un producto de lujo. Era una comunidad bastante próspera.

Y además autónoma, autosuficiente y operativa. El apagón no les había afectado en absoluto. De hecho, llegar allí y entrar en la gran sala común, a medias comedor y cocina, fue penetrar en un mundo de deslumbrante luz. Tenían velas, quinqués de aceite y también bombillas que se encendían con manivelas; los fogones eran de leña o de tacos prensados de turba; el agua salía directamente de los grifos, extraída de un pozo con bomba manual hasta llenar un depósito elevado. Aznárez les iba enseñando todo, radiante de orgullo. Y era para estar orgullosa. Una gota de civilización en mitad de un mundo colapsado. Porque era tal el caos

reinante que daba igual que esa civilización perteneciera a una realidad histórica desaparecida doscientos años atrás.

Habían llegado a la colonia bastante tarde, aunque según los relojes del lugar, arcaicos aparatos de esferas redondas, eran las 21:40 de la noche.

—Están ajustados con la hora solar. Para ti son las 23:40, más o menos —explicó Aznárez.

Lo que significaba que la ejecución de esa noche ya habría sucedido, en el supuesto de que el EJI continuara con su macabro espectáculo. Aunque, si habían fundido todas las pantallas, ya no tendrían espectadores. ¿Significaría eso que habrían ejecutado a todos los rehenes que les quedaban? Husky sintió que la nuca se le ponía rígida, que se mareaba, que le faltaba la respiración. No podía ser. No podía ser. Apretó las mandíbulas: tenía que continuar como si aún existiera la esperanza. Avanzar a ciegas, y nunca mejor dicho, pero seguir adelante.

La cena había acabado y casi todos los miembros de la comunidad se habían retirado a sus apartamentos. Barri saludó a un par de rezagados que estaban cerrando y apagando la sala común y luego condujo a sus compañeras de nuevo al exterior. Iba en busca del Mayor Ingrido, que era quien dirigía en esos momentos el lugar. La colonia era liderada de forma rotativa y por periodos de dos años por los Mayores, que eran aquellos o aquellas que ya habían cumplido cuarenta y cinco años; cada Mayor era ayudado por un Menor, un puesto también ocupado sucesivamente por los jóvenes entre veinte y veintiocho años.

—Total, que si tienes entre veintinueve y cuarenta y cuatro años no pintas nada, jajaja —dijo Aznárez, que tenía cuarenta y nueve y llevaba poco en la Mayoría: todavía no le había tocado ejercer—. Tenemos suerte, Ingrido es bastante razonable.

Entraron en el edificio que parecía más nuevo, subieron hasta el segundo piso y llamaron a la puerta del apartamento del Mayor. Salió a abrirles un adolescente con robusto cuerpo de hombre y cara de niño.

—Hola, Xim. Venimos a ver a tu padre.

El chico miró a Bruna con expresión de horror. Luego dio media vuelta sin decir palabra y desapareció en el interior de la casa. Enseguida salió Ingrido, de quien el chaval era una copia exacta,

pero en pequeño. Era un hombre muy fuerte con el rostro tostado y tan lleno de arrugas que parecía un anciano. Pero no debía de tener mucho más de cincuenta años. Llevaba el pelo rubio y canoso trenzado a la espalda, como su hijo.

—Ah. Vaya, Barri. Ya has vuelto. Y acompañada —dijo, echando una ojeada imperturbable a Husky.

—Sí. Ha sucedido algo terrible. Un apagón general…

—Lo sabemos. Hemos visto desaparecer Valdelaguna al caer la noche. Y han perdido el control de la presa. Puede que haya muertos.

—Necesitamos utilizar el móvil, Ingrido.

El Mayor frunció el ceño. Se volvió a mirar sobre su hombro: al fondo del pequeño pasillo, Xim escuchaba con atención.

—Vamos a la sala general. ¿Tenéis hambre?

—Estamos desfallecidas.

Cierto, pensó Bruna, sintiendo una repentina flojera y un apetito voraz: no habían comido nada en todo el día.

Se dirigieron de nuevo al edificio principal, oscuro y vacío. El Mayor encendió los quinqués y señaló hacia una de las dos grandes mesas de madera. Se sentaron allí mientras Ingrido revolvía en las alacenas. Las dos mesas ocupaban la mitad del espacio del gran salón, pero además había sofás y sillones de aspecto envejecido aunque confortable. El Mayor volvió con tomates, queso, pan y algo que parecían tiras secas de carne. Luego trajo una jarra de agua y tres vasos.

—¿Eso es carne de verdad? —preguntó Husky.

—Naturalmente. Cecina. Carne ahumada de vaca —dijo Aznárez, metiéndose un pedazo en la boca con verdadero deleite.

Husky advirtió que, a su lado, la siempre callada Ángela se estremecía. La rep tampoco había probado nunca carne auténtica. Cosa que consistía en comerse un cadáver. Una idea que encontró desagradable. Las medusas, que eran la base de su alimento habitual, también estaban muertas, desde luego. Pero las medusas le caían menos simpáticas que las vacas. Aunque tampoco había visto muchas vacas en la vida real. En cualquier caso, la rep sabía que era proteína de primera calidad, y necesitaba alimentarse. Así que cogió una de las tiras y le dio un mordisco. Estaba buena. Junto a ella, Ángela roía un poco de queso con perseverancia de ratón.

Ingrido se sentó al otro lado de la mesa y colocó sus anchas manos sobre el tablero. Al igual que Aznárez, no llevaba móvil. Husky no conseguía acostumbrarse a la visión de esas muñecas desnudas. Ella misma seguía llevando su placa de grafeno, aunque no sirviera para nada.

—A ver. Contadme todo —dijo él.

Y Aznárez le habló de los papeles de su hermano, de Cosmos, del EJI, de las ejecuciones, de Jan Lago, del golpe de Estado, del apagón y de por qué necesitaban acceder al móvil. Ingrido escuchó todo sin mover un músculo.

—Sabes que tenemos que decidirlo en reunión —dijo al fin.

El rostro de Aznárez se ensombreció:

—Me lo temía.

—Mañana a las ocho. Apagad y cerrad cuando os vayáis —dictaminó Ingrido.

Y, tras ponerse bruscamente en pie, se marchó. Una salida bastante abrupta.

—¿Qué quiere decir eso? —preguntó Husky, aunque también ella temía saberlo.

—La comunidad entera tendrá que decidir si nos dejan utilizar el móvil o no. Un voto por persona y votan los mayores de veinte años. Mañana a las ocho de la mañana.

—¿Qué? Pero no puede ser, no podemos perder todo ese tiempo, no podemos pasar toda la noche sin saber si han ejecutado a Lizard o no —se sulfuró la rep, y sus propias palabras iban recalentando su ira—. Pero ¿es que este tipo no se ha enterado de lo que le has dicho? ¿No ha entendido que es una emergencia mundial? ¿Y este cretino es el razonable?

—¡Son nuestras leyes! Son nuestras costumbres —dijo Aznárez, irritada.

Pero Bruna ya no podía parar:

—¿Qué leyes, qué costumbres? ¡Si sois una treintena de chiflados perdidos en un monte! Pero ¿qué pandilla de tarados sois que no entendéis la gravedad de lo que está pasando?

Barri se levantó de un salto, tirando la silla.

—¡Entendemos muy bien lo que está pasando! ¡Lo entendemos mejor que vosotros! ¿Quiénes son los chiflados, quiénes son los tarados? ¿Los que podemos sobrevivir, o vosotros que habéis

perdido todo contacto con la realidad, que vivís enchufados a vuestros aparatos, que sois esclavos de vuestras máquinas, de manera que os pueden apagar a todos como quien apaga una vela? ¡Sois una aberración tecnológica! ¡Mira tu brazo, maldita sea! ¡Y mírate a ti misma, tú misma eres una…!

Aznárez se detuvo. Su rostro congestionado y rojo contrastaba con la palidez espectral de la rep.

—Continúa. Dilo. No te contengas. Yo misma soy una aberración, ¿no? Un monstruo. Una máquina defectuosa —dijo Husky, poniéndose también en pie con la helada calma del combate.

Se quedaron mirándose la una a la otra con los ojos ardiendo, pozos de odio.

—¿Y porporporpor, por qué por qué por qué tenéis los Nuevos Antiguos un móvil, si puepuepuepuede saberse? —preguntó Ángela con voz temblorosa.

Bruna y Aznárez contemplaron un instante a la pequeña mujer y luego bufaron, respiraron hondo, patearon un par de veces en el suelo sin moverse del sitio, soltaron dos gruñidos que sonaron a rugidos de leonas y a continuación se sentaron con el ceño fruncido. Lo hicieron al unísono, como si fuera un *ballet* previamente ensayado, exactas en todo salvo por el hecho de que Aznárez tuvo que levantar la silla del suelo.

—Ejem… Es una defensa. Y un instrumento vital para poder sobrevivir en vuestro mundo —dijo al fin Barri con voz ronca—. Por ejemplo, daos cuenta de que hace mucho tiempo que ya no existe un servicio de correos como había antes. Hoy si quieres mandar algo físico tienes que usar los robots mensajeros. Así fue como mi hermano me envió los papeles. Y nosotros no queremos usar los robots, va en contra de nuestros principios y además son muy caros, en los sitios remotos en donde vivimos. Así que en todas las colonias de Nuevos Antiguos tenemos un móvil o un portátil. Nos conectamos con las otras colonias, intercambiamos información, vemos los resúmenes de las noticias que puedan afectarnos. No les caemos bien a los Estados Unidos de la Tierra: siempre nos están hostigando. Nos ayudamos unos a otros, en fin, y organizamos los proyectos conjuntos, como la memorización de datos. Necesitamos el móvil, por desgracia, porque habéis destruido las redes sociales

tradicionales. Eso sí, sólo lo enciende el Mayor o la Mayor una vez al día. En la región española es a las once de la mañana… Nuestras once, es decir, a las 13:00 de Madrid.

—Pepepero entonces a lo mememejor también estaba conectado durante la emisión de plasma… —dijo Ángela.

—No, no creo. Normalmente lo usamos durante veinte minutos o, como mucho, media hora. Estoy casi segura de que cuando se produjo el apagón, que fue a las 14:00, nuestro portátil estaba desenchufado… Bruna, lo siento, no quería decir que eres una aberración. No lo pienso en absoluto. Perdóname.

Hielo y calor se mezclaron en el pecho de la rep, en su garganta. Carraspeó:

—Yo también he dicho cosas muy desagradables. Olvidémoslo. Tenemos muchas cosas que hacer de aquí hasta las ocho de la mañana.

—Entre ellas, dormir —gruñó Aznárez.

—Sí. Pero antes vamos a investigar el cadáver de nuestra paloma.

El apartamento de Aznárez era de una sencillez espartana y estaba situado en la planta baja del único edificio de la colonia que tenía tres alturas. Se trataba de una sola habitación de no más de veinte metros cuadrados. Una enorme cama ocupaba la mitad del espacio; luego había un sillón, una mesa, dos sillas, un armario, unas baldas con libros de papel, una pequeña estufa metálica que debía de servirle también como fogón. El baño era común para la planta.

Barri prendió un par de quinqués y luego cogió de una balda una especie de flexo eléctrico unido a una caja con una manivela.

—Esto de aquí es la dinamo —explicó mientras movía la palanca —. Nos dará mejor luz.

La bombilla se encendió, en efecto, y Aznárez puso el aparato sobre la mesa. Bruna sacó la paloma de su mochila; el pobre pájaro estaba rígido, con las plumas desflecadas y la sangre de su cuello coagulada. Lo examinaron cuidadosamente a la luz: la mitad de la cabeza y del buche eran metálicos, así como una especie de fleje que recorría las alas por debajo. Resultaba inquietante, desagradable, incluso algo espantoso. Husky miró con atención el ojo artificial: profundo, abombado. Aznárez le tendió una lupa y

luego se puso a activar la dinamo de nuevo.

La distorsión, el biselado. Era una lente, sin duda.

—El ojo es una cámara. Deberíamos desmontar toda la parte cíborg, ¿tienes…?

Con un gesto de triunfo, Aznárez depositó sobre la mesa una caja de herramientas perfectamente limpia y ordenada.

—Déjame a mí. Ya te he dicho que soy una buena mecánica. Y, además, sólo tienes una mano. Dicho sea sin intención de molestar.

—Empieza por el pecho. Tiene aquí un reborde como si fuera la tapa de un registro —dijo la rep.

En efecto, a un lado del buche había una finísima acanaladura. Aznárez usó sus destornilladores más pequeños, una navaja, un alambre aplastado. La fisura empezó a agrandarse.

—Ya va…

Una especie de tapa rectangular se desprendió y cayó al suelo con tintineo cristalino. El pecho de la paloma estaba abierto. Su pecho artificial.

—Dedededededejadme a mí —tartamudeó Ángela.

En el habitáculo había un pequeño cubo transparente dentro del cual parecían agitarse diminutas nubes lechosas. Gayo metió un destornillador fino por debajo y, con mucho cuidado, sacó el cubo del pecho del pájaro. Lo sostuvo entre dos dedos.

—Es una bababase de sílice. Una base de sílice. No muy diferente a las que usa Yiannis para sus experimentos de memoria. Aquí está todo. Las imágenes, los mensajes. Todo lo que el pájaro tenga que decir lo guarda aquí.

—¿Y cómo podemos acceder a esa información? —preguntó Bruna.

—Puesssss… con el móvil de Aznárez. Siempre que sea un modelo lo suficientemente nuevo como para que disponga de un puerto simpático. Y siempre que lo conectemos y funcione. Y siempre que los Nuevos Antiguos nos dejen usarlo…

Un velo de desánimo cayó sobre las tres mujeres. Permanecieron en silencio unos segundos, sumidas en sus pensamientos o quizá simplemente embotadas por el cansancio.

—Ahí estaba Valdelaguna —dijo Aznárez, señalando hacia la ventana.

—¿Qué?

—Tú te asomabas y veías el pueblo ahí abajo. Todo encendido. Y ahora mira.

A través del cristal sólo se atisbaba una negrura perfecta.

—¿Sabes el efecto que tiene la sombra en el peso de las cosas? —continuó la hermana de Lizard.

—¿Cómo?

—La luz es energía, claro, pero también fotones, y los fotones tienen masa. Y al caer sobre la superficie de las cosas, ejercen una presión que las hace más pesadas. Es decir que, en la oscuridad, las cosas son más ligeras. Por ejemplo, se ha calculado que, de noche, Madrid pesa ciento cuarenta kilos menos. Y ahora, con estas tinieblas absolutas, la cifra puede que sea aún mayor.

La rep se pasó la mano por la cara. De golpe percibió que le dolía todo el cuerpo. Los fotones la oprimían, la aplastaban. Necesitaba tumbarse y apagar.

—Vamos a dormir. Tenemos que descansar.

—Totalmente de acuerdo. Debajo de la cama tengo un colchón. Lo sacamos y ahí puedes echarte tú, Bruna. En cuanto a Ángela, puede compartir la cama conmigo.

La rep sonrió para su coleto. Gracias, pensó mientras se dejaba caer sobre el colchón. Muchas gracias, Aznárez.

39

La colonia se levantó al alba en pleno zafarrancho de combate. Para las ocho ya habían desayunado y atendido a los animales. Fueron llegando todos puntualmente a la sala común.

—Vosotras no podéis asistir a la sesión —las avisó Barri.

—¿Por qué?

—Es así. Son reuniones de la comunidad y la gente tiene derecho a poder expresarse libremente.

Bruna cabeceó en asentimiento: no quería volver a enfrentarse a la hermana de Lizard.

—Ya os contaré. Deseadme suerte.

—Está bien.

Hacía una bonita mañana y la temperatura aún estaba fresca, así que la detective y Gayo se sentaron en uno de los bancos de madera que había en la especie de gran patio que mediaba entre las cuatro casas. Otro de los bancos estaba ocupado por tres adolescentes, dos chicos y una chica, entre los doce y los dieciséis años. En una esquina, detrás de una malla metálica, un montón de gallinas picoteaban el suelo. Aparte de sus cacareos y del piar de los pájaros, el silencio era total. Los chicos no hablaban entre sí, sólo las miraban. Era un sitio muy raro.

Pasaron los minutos. Por el cielo cruzaron tres palomas; una de ellas brillaba tanto al sol que sin duda era una cíborg como la que Aznárez había derribado con su piedra. Demasiado movimiento de mensajes. Y ellas, mientras tanto, condenadas a esta desesperante pasividad. Un gato blanco y negro atravesó el patio en diagonal, sigiloso. Los adolescentes seguían observándolas sin pestañear. Obviamente, les habían encargado que las vigilaran. La reunión duraba demasiado. No era buena señal. Bruna se puso de pie.

—Voy a echarme un poco, a ver si duermo. Sigo reventada y esto se alarga —dijo en voz alta.

—Vovovoy contigo —se sumó enseguida Gayo.

—No. Tú te quedas aquí y, cuando salgan, me avisas.

Su tono fue tan tajante que la mujer se volvió a sentar, obediente y contrita. La rep se dirigió al apartamento de Aznárez, seguida por la chica que las vigilaba, que era la mayor del grupo. Entraron en el edificio y llegaron hasta la puerta del piso. Husky se volvió: la muchacha se encontraba como a un metro de ella.

—¿Vas a meterte en la cama conmigo? —le dijo.

La adolescente enrojeció y apretó los puños. Miró a la rep con miedo, pero sobre todo con odio. Sin contestar, se sentó con aire retador en el suelo del pasillo.

—Muy bien, no pierdas de vista la puerta, eso sobre todo —ironizó Husky, entrando en el apartamento.

Los pisos no tenían llave, pero sí un cerrojo en el interior que la rep se apresuró a echar. Luego se asomó a la ventana: daba sobre un abrupto desnivel del terreno, un pequeño precipicio, en realidad. Y allá abajo, en efecto, se veía Valdelaguna. Se subió de un salto al alféizar y, agarrándose al marco de la ventana, sacó el cuerpo fuera para mirar. El edificio tenía en su base un zócalo que sobresalía dos o tres centímetros, y arriba lo recorría una especie de cornisa ornamental. Hasta la esquina del bloque, en donde podría descender a tierra firme, había unos tres metros de muro sin ventanas. Con sus dos manos hubiera sido un paseo sencillísimo, pero con una… Se colgó con el brazo derecho de la cornisa y bajó con mucho cuidado un pie y luego el otro hasta el reborde del zócalo. Era más confortable de lo que se temía. Empezó a desplazarse hacia la derecha, primero deslizando la mano por el voladizo y luego moviendo los pies. Alcanzó la esquina sin problemas, pletórica y orgullosa, como a menudo se sentía, de su perfecto cuerpo. Pero tres años, tres meses y un día.

Y quizá doce noches de sangre para Lizard.

Avanzó por el lateral del edificio y se asomó a mirar desde detrás del gallinero. La obediente Ángela seguía muy derecha en el banco, sin moverse. Y enfrente, igualados en rigidez, estaban los dos niños que la vigilaban. O sea que la adolescente debía de seguir de guardia en el pasillo. Con una pequeña carrera se guareció detrás de

otra de las casas, y desde ahí llegó fácilmente al edificio principal. Dio la vuelta a la granja, buscando el mejor sitio desde donde espiar la reunión. Encontró una ventana abierta en un lateral y se acuclilló debajo de ella. Escuchó la voz de Aznárez, ronca y dolorida:

—Nunca imaginé, Ingrido, que le permitirías decir a tu hijo semejantes barbaridades.

—Tiene veinte años. Ni le permito ni le dejo de permitir. Es adulto y tiene su opinión.

—Una opinión criminal —insistió Barri.

—¡Pues que sepas que no soy sólo yo quien piensa eso! —dijo una voz chillona y juvenil, sin duda Xim—. A ver, ¿cuántos estáis de acuerdo en que habría que matar a todos esos engendros?

Varias voces gritaron «yo también» y un confuso alboroto estalló en la sala.

—¡Silencio! ¡Silencio! —pidió el Mayor.

—¡Que se vote! —chilló alguien.

—No se va a votar y no se va a hacer nada —dijo Ingrido con voz tajante—. Viene con Aznárez. Es nuestra invitada. Por no hablar de lo peligroso que sería atacar a una rep de combate.

Bien, se dijo Bruna, así que de eso trataba la reunión. De que ella era un engendro y de que había que matarla. No le extrañaba que le hubieran impedido la asistencia. El corazón batía contra sus costillas y el estómago era una bola. Sintió náuseas. Y una furia feroz que la inundaba. Deseos de convertirse en un viento de violencia. De demostrarles que tenían razón para temerla.

—¡Y además de eso, rep de combate! ¡Todos han estado en el ejército y forman parte de las fuerzas represoras del Estado! Además de ser el ejemplo más claro de la aberración de la tecnología, ¡son nuestros enemigos! —chilló una mujer.

—No sé cómo hemos llegado a este delirio, pero esta reunión no era para eso. Ya ha dicho Ingrido que ese tema está fuera. Lo que tenemos que decidir, y lo que os estoy pidiendo, es que nos dejéis utilizar el móvil de la comunidad —insistió Aznárez con un trémolo de desesperación.

—Y yo vuelvo a repetir que los Nuevos Antiguos no deberían prestarse a eso —dijo un hombre que por la voz debía de ser bastante mayor.

—¡Pero estamos en una emergencia planetaria! ¡Hay un golpe de

Estado en marcha! ¡Puede haber muchos muertos, entre ellos mi hermano! —imploró Barri.

—¿Y a nosotros qué nos importa ese Estado? Siempre ha sido nuestro enemigo. Que se hunda su sistema aberrante. Eso sólo puede favorecernos. Ahora estamos en una posición de poder frente al caos que ellos mismos han provocado —insistió la misma voz.

Siempre repetían esas dos palabrejas, *sistema aberrante*. La frase debía de formar parte del catecismo de grupo, de las consignas básicas, pensó Husky con acidez. Ya había retomado el control de sí misma, la cabeza clara como un cristal y la sangre helada.

—Tiene razón Gandarín —dijo el Mayor—. ¿Qué nos han dado los EUT? Multas, persecuciones políticas y policiales, incomprensión, acoso. Así que no creo que ahora debamos intervenir de ninguna de las maneras. Lo siento por tu hermano, Barri, pero no os vamos a dejar usar el móvil. Y te pedimos, además, que las hagas marcharse de inmediato. Tú puedes quedarte, somos tu familia. Pero ellas tienen que irse ahora mismo.

—Lo que viene va a ser mucho peor, os lo aseguro. Lo que viene…

Husky ya no siguió escuchando las palabras de Aznárez, porque emprendió el regreso a toda prisa. La reunión estaba a punto de terminar, todos saldrían al patio y no quería que la descubrieran. Cruzó como un soplo por detrás de los edificios, se colgó de la cornisa con su única mano y avanzó lo más deprisa que pudo sobre las puntas de sus pies, mientras el patio se llenaba con el rumor de los colonos. Por lo menos, pensó, ahora estaba segura de que Barri decía la verdad, de que era la hermana de Lizard. Este pensamiento la consolaba. Cuando estaba entrando por la ventana oyó los golpes en la puerta.

—¡Bruna! ¡Abre! —gritaba Aznárez.

La rep cruzó la habitación y descorrió el cerrojo. La hermana de Lizard entró como una furia, seguida por una temblorosa Ángela.

—¡Recoged todo! ¡Nos vamos! ¡Nos vamos ahora mismo!

Nadie dijo nada. Empezaron a guardar sus pocas pertenencias a toda prisa. Husky vio que Barri sacaba algo envuelto en una bayeta de un cajón de la alacena.

—¿Qué es eso?

La hermana de Lizard destapó el bulto: era una antigua arma de

pólvora. Tenía dos cañones y era algo más grande que una pistola.

—Nos la llevamos —murmuró.

Y la metió en su bolsa, a mano.

Se colgaron las mochilas, salieron al exterior y recuperaron las bicicletas, que estaban aparcadas junto a las de los colonos. A Bruna le parecieron una rara manada de animales metálicos. Toda la comunidad las miraba, cuatro decenas de personas envaradas y hostiles en mitad del patio, las piernas separadas, los pies bien plantados en el suelo, la actitud arrogante de quien dice: esta tierra es mía.

—Vámonos. Que se jodan —masculló Aznárez.

Y empezaron a pedalear camino abajo. Aznárez iba deprisa, muy deprisa. La rep estaba a punto de decirle que aminorara un poco, porque temía que Ángela se quedara atrás, cuando llegaron a un riachuelo y, para su sorpresa, la hermana de Lizard abandonó el camino, echó pie a tierra y se metió en el agua arrastrando la bicicleta por el manillar.

—¡Rápido! Seguidme.

Husky y Ángela la imitaron y avanzaron entre piedras remontando el sinuoso trazado de la corriente. Las orillas estaban llenas de zarzas y mimbres y enseguida el camino quedó oculto. Marcharon por el cauce durante al menos treinta minutos más y, al llegar a un pequeño puente de piedra, Aznárez salió del río, volvió a subirse en la bicicleta y salió disparada por otra vereda de tierra. Husky pedaleó hasta ponerse a su altura.

—¿Qué sucede? —preguntó—. ¿Tienes miedo de que intenten matarme?

Barri la miró frunciendo el ceño, y de pronto estalló en una carcajada irrefrenable.

—Ahora sí —dijo—. He robado el móvil.

—¿Qué? ¿Cómo?

Aznárez volvió a ponerse seria:

—Por lo que hablé esta mañana con unos y otros en el desayuno ya me di cuenta de que no nos lo iban a dejar. Así que aproveché un momento de descuido, justo antes de entrar en la sala, y lo cogí. No lo cierran con llave. No cerramos nada con llave. Lo llevo metido en el pantalón. Sabía que al salir de la reunión íbamos a estar vigiladas todo el tiempo.

—¡Por todos los sintientes! Debemos de tener a toda la comunidad detrás, ya ha pasado la hora de vuestra conexión y sin duda saben que nos lo hemos llevado… Y si hubieran dicho que sí, ¿qué hubieras hecho?

—Iban a decir que no.

—Pero… tus cosas, tu ropa, tu casa, tu vida… No te lo van a perdonar…

—Que se jodan.

Aznárez apretó los labios y aumentó la marcha. La rep la dejó adelantarse: entendía muy bien que la soledad era a veces la única compañía posible.

Siguieron el camino durante media hora más; estaban dando un gran rodeo, Bruna era capaz de visualizarlo en su bien entrenada cabeza. Pronto llegaron a una presa casi vacía; ante ella, un camino de destrucción marcaba el paso por donde habían ido las aguas torrenciales. Todo estaba lleno de lodo, pozas, arbustos arrancados. La hermana de Lizard se detuvo.

—Creo que no nos siguen.

Abrió la bolsa y sacó el arma.

—Es una escopeta recortada. Las usamos para cazar. También como defensa, claro. Aunque en general compartimos casi todo, la escopeta es mía. La conseguí yo. Lo malo es que la munición es muy escasa y es de la comunidad. Sólo tengo los dos cartuchos que están puestos —dijo Aznárez, haciendo bascular los cañones y enseñando la carga—. Son de perdigones. ¿Sabes lo que es?

Sí. Los reps de combate venían dotados con unos conocimientos exhaustivos sobre todo tipo de armas. Aunque nunca había usado una escopeta así, sabía cómo hacerlo.

—Claro. También sé que puedes disparar un cañón y luego inmediatamente el otro.

—Exacto. Primero sale el izquierdo.

—También sé que el disparo suele tener una pequeña desviación. El tiro de la derecha va hacia la izquierda y viceversa.

—¡Muy bien! Pero eso es si apuntas lejos. De cerca es muy precisa. Toma —dijo Aznárez, tendiéndole el arma a Bruna.

—¿Me la das a mí? —se asombró.

—Eres una rep de combate, maldita sea… Aunque sólo tengas un brazo, eres cien veces más rápida y mejor tiradora que yo. Por

no hablar de tu sangre fría. Nuestros dos cartuchos estarán en mucho mejores manos contigo. O sea, mano.

Tenía razón, así que Husky colocó el arma a su espalda, en el bolsillo superior de la mochila. Le bastaría levantar la mano por encima de su cabeza para sacarla. Después se quedaron unos instantes mirando el arrasado y apocalíptico panorama que se extendía ante ellas.

—Habrá que volver a caminar.

Se bajaron de las bicicletas y empezaron a descender por la ladera. No era fácil: a veces se hundían en el pegajoso lodo hasta los tobillos y las ruedas quedaban enganchadas. Era un paisaje crispado, desolado, enloquecido. La perfecta representación del momento social que estaban viviendo, pensó Bruna. Los que vendrán serán peores, había dicho Barri, y tenía razón. El general Lino era un supremacista. Los golpistas quizá mandaran ejecutar a todos los tecnos.

—¡Ah ah ah! —dijo Ángela con un hilo de voz, como si no le saliera el grito de la garganta, señalando algo con un dedo.

Miraron en esa dirección: entre las ramas desgarradas de un olivo había un cuerpo humano. Por la descoyuntada posición, sin duda cadáver.

—Una víctima de la inundación —dijo Bruna, haciendo el ademán de acercarse.

—No… —Aznárez la agarró del brazo y la paró—. Mira ahí.

Unos metros más adelante había otro cuerpo en el suelo. Y poco más abajo se veía un tercero. Los tres cadáveres estaban vestidos de blanco, o más bien se intuía que la ropa debió de tener ese color antes de embarrarse.

—Son del cementerio de nuestra colonia. Los Nuevos Antiguos enterramos a nuestros fallecidos, no los cremamos. Y, además, los momificamos. El rito funerario es muy importante para nosotros. Muerte y renacimiento. Somos granjeros. El cementerio está cerca de la presa. La fuerza del agua ha debido de desenterrarlos. No quiero acercarme: seguramente los conoceré. Ni los muertos se quedan en la tierra. Es una señal. Tenía que irme —dijo Aznárez lúgubremente.

Una riada de cadáveres. Si se trataba de una señal, era siniestra, pensó la rep. Un ruido atronador rompió el aire por encima de sus

cabezas. Encogieron los hombros instintivamente y miraron al cielo: eran aviones de combate, tal vez los temibles CIT del ejército de los EUT, los Cazas Invisibles Tripulados en los que ella había volado durante su milicia. Invisibles para los sistemas de detección, no cuando los tenías sobre tu cabeza. Un arma poderosa, pero que también podía pertenecer a las fuerzas golpistas. Los aviones se perdieron en el horizonte dejando detrás de ellos un pesado silencio.

—¿A dónde vamos, Barri? —preguntó la rep.

La hermana de Lizard se encogió de hombros.

—No sé. Sólo voy en dirección de una carretera que nos lleve a Madrid. Estamos a punto de caer sobre la C-3. No quería volver por la que hemos venido, que es la más cercana y la natural desde Valdelagua. Si nos persiguen, nos buscarán ahí.

Y, en efecto, a los pocos minutos salieron a la autopista, que estaba totalmente vacía, salvo unos cuantos vehículos detenidos aquí y allá en los lugares en donde los había sorprendido el apagón. No se veía a ninguna persona.

—Mirad, una estación de electrocarga. Podríamos guarecernos ahí y ver si funciona el móvil —dijo la rep.

Cruzaron la carretera y llegaron a la estación de servicio, que también estaba abandonada. Una camioneta vacía seguía enchufada a uno de los postes. Entraron en la tienda, que había sido violentamente saqueada: las estanterías expendedoras estaban rotas y medio derribadas, seguramente porque a los asaltantes les costó arrancar los productos de las sujeciones electrónicas de las baldas. Había paquetes rotos y comida esparcida por el suelo.

—Vamos ahí detrás. No nos verá nadie.

Se metieron con las bicicletas al fondo de la tienda. Allí, protegidas por las estanterías, estaban a salvo de las miradas ajenas. Se sentaron sobre las baldosas, entre restos pisados de paté de medusa con sabor a cerdo. Aznárez se bajó la cremallera de su viejo vaquero y dejó ver la lámina del ordenador pegada a su redonda y dura barriga. Sacó el dispositivo y lo alisó y depositó sobre el pavimento. No era un móvil de muñeca, sino un portátil enrollable y, además, un modelo bastante nuevo.

—Tietietiene puerto simpático —dijo Ángela.

—Sí…

La rep puso el dedo sobre el botón del interruptor. Todavía estaba tibio tras su roce con la piel de Aznárez. Que funcione, por el gran Morlay, rogó mentalmente; que funcione. No sólo porque lo necesitaban, sino porque de otro modo el robo de la hermana de Lizard hubiera sido un suicidio sin sentido. Apretó el pulsador aguantando la respiración. Durante un par de segundos no ocurrió nada. Y luego la pantalla se encendió a todo color.

—¡Biennnnn!

Las células de energía de esa generación de móviles tenían carga para cinco años, y esta pantalla, que apenas se usaba, estaba al noventa y ocho por ciento, casi llena. Aznárez puso la mano sobre el parche simpático, que leyó su ADN y desbloqueó la pantalla. Bruna suspiró, agarró la resplandeciente lámina y se la pasó a Ángela.

—Toda tuya.

Permanecieron en silencio mientras la mujer pulsaba, tecleaba y bisbiseaba.

—Los satélites de comunicaciones están bien. Están todos en su sitio, operativos. Lo que demuestra, por si hubiera alguna duda, que no ha sido una explosión solar, sino un atentado —dijo Gayo con la voz seria y segura de su otro yo—. Y parece que la desconexión sólo ha afectado a la península Ibérica. El resto del planeta está encendido y funcionando normalmente.

—¿Anoche ejecutaron a alguien los Ins? —preguntó la rep con ansiedad.

Gayo frunció el ceño y buscó en el portátil.

—Sí… Pero no fue Lizard —respondió.

Bruna suspiró. Doce. Doce noches más.

—Veamos qué dicen las emisoras que están fuera del apagón —continuó Gayo.

Subió el volumen, activó la imagen tridimensional e hizo un recorrido por los principales canales de noticias del mundo. Casi todos estaban operativos; un par de ellos no emitían y uno estaba en manos de los golpistas. Las informaciones eran tremendamente contradictorias y confusas; tras pasar media hora viendo a unos y a otros, consiguieron hacerse una idea general de la situación. El EJI había reivindicado el apagón y amenazaba con repetirlo en otras partes del planeta quince horas más tarde (a las 06:00 del día

siguiente, sábado, según la hora de Madrid) si no se cumplían antes de ese plazo unas reclamaciones delirantes: exigían la disolución del Gobierno de los EUT, la proclamación de la República Democrática Justiciera, y la detención y entrega al EJI, como prueba de compromiso con la causa, de todos los ministros del Gobierno Global, de todos los presidentes y ministros de los gobiernos regionales, de todos los generales de los ejércitos y de todos los mandos de las fuerzas de seguridad de la Tierra.

—Pero ¿están locos? ¿La entrega a quién? Los terroristas necesitarían tener unas fuerzas tremendamente grandes, ¿no? ¿Dónde están? ¿O acaso las tienen y no nos hemos enterado? —se desesperó Aznárez.

Bruna pensó en las muchas pintadas en favor de los caperucitos. Pensó en los chicos y chicas del Mosca, fácilmente inflamables, y en tantos otros *moscas* como ellos. Pensó en seguidores ocultos y también en los partidarios oportunistas, en todos esos individuos que se suman a última hora a las causas triunfantes. La rep confiaba tan poco en el ser humano que estaba convencida de que cualquier locura podía salir adelante.

Por otro lado, el general golpista Tomás Lino continuaba atrincherado en el Palacio Presidencial de Reikiavik teniendo como rehenes a la presidenta Guang y al primer ministro cósmico Krakotek, de quienes no se sabía nada desde el principio de la crisis. Cosmos amenazaba con enviar un contingente armado para rescatar a su líder, mientras el magnate Jan Lago, que era considerado el cerebro del golpe de Estado, enviaba mensajes desde paradero desconocido deponiendo al Gobierno de Guang, proclamándose presidente en funciones de los EUT, suspendiendo la Constitución de 2098 y declarando el estado de máxima emergencia. Lago aseguraba que sabía cómo neutralizar el arma secreta del EJI y que podía acabar en horas con la amenaza terrorista, y para ello pedía al ejército de los EUT que depusiera las armas, cosa que aún no había sucedido, aunque algunas unidades del ejército de la Tierra se habían pasado a las fuerzas de Lago. Se combatía ferozmente en diversos puntos del planeta, especialmente en las fronteras y el cielo de la península Ibérica, que había sido tomada por los golpistas aprovechando el apagón, y en los alrededores del Palacio Presidencial.

—Pero hay algo que no casa… algo que no cuadra en absoluto —dijo Aznárez—. Según los informativos, Lago está en contra del EJI, pero cuando el apagón su ejército estaba preparado… Ellos no sufrieron la desconexión. Por no hablar de la coincidencia en el tiempo entre el acto terrorista y la toma del Palacio Presidencial. Tienen que estar coaligados.

—O bien Lago se enteró de algún modo del apagón y pensó en aprovecharlo para su golpe de Estado —observó Bruna.

Era una hipótesis plausible. Los Ins siempre habían sido fáciles de infiltrar, al menos hasta que se convirtieron en el EJI.

—¿Y los papeles de mi hermano? Parecían unir al EJI con los trinitarios…

—O no. Lo que sabemos gracias a las pistas que nos dejó Lizard es, por un lado, que Cosmos ayuda al EJI, y, por otro, que Paul quería llamar nuestra atención sobre los trinitarios… Puede que hubiera descubierto que estaban preparando este golpe de Estado —argumentó la rep.

Un pasajero estruendo las silenció: estaban siendo sobrevoladas por más aviones de combate. Ahora que sabían que la Tierra libraba una batalla en el aire con los golpistas, Bruna cruzó imaginariamente los dedos para desear buena suerte a los pilotos de los EUT.

—¿Puedes conectar con el Ministerio Global del Ejército? Supongo que les vendría bien tener informadores en la Península… —dijo Bruna.

—Puedo, pero no creo que sea prudente. Llamaríamos la atención del ejército de Lago y nos localizarían fácilmente —contestó Gayo.

—¿Y así no?

—Así no. Ahora sólo estoy robando los datos que otros terminales están recibiendo en Madrid por medio de un programa cliente. Lo que vemos es lo que están viendo los golpistas. Pero enviar un mensaje propio es otra cosa.

—Ya. Veamos entonces la información de la paloma.

Bruna sacó de su mochila el pequeño cubo traslúcido y lo mantuvo un instante a la altura de los ojos. Las diminutas nubes parecían flotar en su interior. Era hermoso. Se lo tendió a Ángela, que lo palpó delicadamente hasta encontrar la invisible ranura de

conexión y lo colocó sobre la membrana del puerto simpático. El cubo se encendió con un fulgor azulado y lechoso; pocos segundos después se oyó un pitido y se apagó.

—Ya está.

—¿Qué está?

—Ya se ha descargado la información —dijo Ángela, pulsando el portátil.

De pronto se vieron las tres en la pantalla, en el campo, grabadas desde arriba, desde el ojo del pájaro. Por eso dio dos vueltas por encima de ellas: las palomas no sólo servían para mandar mensajes, también tomaban imágenes de lo que estaba pasando. Ellas eran lo último grabado, pero antes había muchas otras tomas. Pasaron las imágenes al triple de velocidad: enfrentamientos, persecuciones, movimientos de tropas, calles semivacías, asaltos a edificios.

—¿Qué más hay?

—Mmmmmm… Hay un mensaje, pero está encriptado. Es una clave de máximo secreto, quizá un algoritmo AES-876, así que me llevará tiempo poder leerlo… Lololololo siensiensiensiento… —dijo Gayo, compungida.

En cuanto creía que fallaba en algo, Ángela volvía a tartamudear y a derrumbarse, pensó Bruna, sintiendo un pellizco de afectuosa compasión.

—No pasa nada. Cuando tú puedas estará bien. ¿Algo más?

—Nonono… Buebuebueno, sí… Popodemos… Sí, podemos rastrear el trayecto de la paloma. Las direcciones quedan grabadas por defecto en el cubo. Sólo hay que encontrarlas…

La pantalla se llenó de cifras que empezaron a pasar vertiginosamente, una catarata de datos que duró varios minutos, hasta que Gayo se volvió sonriente y triunfante hacia ellas.

—Aquí está. Estas coordenadas geográficas marcan los sitios en donde la paloma se detuvo más de diez minutos en las últimas veinticuatro horas, o sea, más o menos desde el apagón.

El móvil mostraba siete direcciones. Ángela se movió por encima de ellas.

—Son de diversos puntos de la Península… Pero mirad, hay una coordenada que se repite tres veces… Es la única que se repite. Y además es la primera en el tiempo. La paloma salió de ahí… 40° 23’

32.78” N 3° 41’ 50.06” O. Es en Madrid. Aquí.

La pantalla mostró la imagen de unas naves enormes y antiguas de hierro y ladrillo. Algunas estaban medio en ruinas y otras revelaban una reconstrucción reciente.

—¿Esto qué es?

—Mmmm… Aquí dice que es una zona industrial. Antiguos mataderos de Madrid inaugurados a principios del siglo XX… En el siglo XXI los convirtieron en un centro de arte… Destruidos y abandonados tras las Guerras Robóticas, ahora están siendo rehabilitados como zona industrial y de almacenaje…

Bruna asintió.

—Habrá que ir a ver qué hay allí.

Debían de ser más de las cinco de la tarde, calculó Husky, y, a causa del rodeo que habían dado, estaban a cincuenta y cinco kilómetros de Madrid. Llegarían de noche. La rep sintió una sed y un hambre feroces. Se levantó y entró en el cuarto de baño; los grifos no funcionaban, por supuesto. Regresó junto a sus compañeras.

—Tenemos que encontrar comida y sobre todo agua.

—Sí, ya lo he pensado —dijo Aznárez—. Vamos a mirar bien a ver si podemos aprovechar algo.

Inspeccionaron toda la tienda y levantaron las estanterías tumbadas. Debajo de una de ellas encontraron ocho botes de leche artificial y consiguieron que sólo se les rompiera uno al sacarlos de las abrazaderas. Bebieron tres enseguida y guardaron los otros; el sabor era bastante asqueroso, pero las hidrató y alimentaba algo. Aun así, el hambre apretaba. Bruna cogió una lata reventada de sucedáneo de paté de cerdo y, quitando la parte que había estado en contacto con el suelo, devoró lo demás.

—No hagáis ascos. Necesitamos comer.

Aznárez debía de estar tan desfallecida como la rep, porque se puso a carroñear de manera inmediata; Bruna y ella comieron salchichas que habían rodado por el suelo, mordisquearon la parte seca de panes medio mojados y chuparon lo que quedaba de sopa en latas agujereadas mientras Gayo las observaba sin moverse.

—Nonono tentengo hambre…

—Tú te lo pierdes.

Consiguieron llenar más o menos la panza tras veinte minutos de

frenesí.

—Hora de irnos —dijo Husky, limpiándose la mano en el pantalón.

Y entonces oyó algo. Un vehículo que se acercaba. Miró por la vidriera: era un carro blindado de los golpistas. Y parecía venir hacia la electrocarga.

—¡A los baños! ¡Meteos en los baños!

Se escondieron en los servicios; las bicicletas apenas cabían y tuvieron que levantarlas. Escucharon cómo entraba alguien en la tienda y Bruna cogió el arma.

—Te digo que marcaba aquí la señal de un móvil activo… Ahora no la veo, pero estaba —dijo una voz de hombre.

Bruna se volvió y vio a Ángela pulsando la pantalla silenciosa y frenéticamente.

—Qué raro —dijo otro hombre.

—¡Ah! Ha vuelto a aparecer… A tres kilómetros de aquí. Es donde está nuestra brigada.

—Qué raro.

—Pues es la misma señal. Y no es un móvil de los nuestros.

—Avísales. Y diles que vamos para allá.

Los oyeron salir corriendo, arrancar y alejarse.

—Desdesdesvié la señal al momóvil activo más cercano —dijo Ángela—. Aparte de los suyos…

—Eres una genio. Pero será mejor que desconectemos el portátil.

Salieron de la estación de servicio preocupadas por el encuentro y por la noticia de que a tres kilómetros había una brigada de golpistas. La tarde se apagaba rápidamente y la oscuridad les daría ventaja. Volvieron a subirse a las bicicletas y circularon despacio sorteando los coches parados. Pronto vieron, a lo lejos, una concentración de vehículos militares. Dejaron la autopista y dieron un rodeo a pie por el campo hasta salvarlos. En el momento en que regresaron a la carretera, advirtieron que a unos cien metros de distancia cuatro ciclistas subían en dirección contraria. Cuando éstos las vieron salir sorpresivamente de la cuneta, saltaron de las bicicletas y, abandonándolas, salieron a todo correr campo a través.

—¡Por el gran Morlay, ni se han parado a mirar quiénes somos! —exclamó la rep.

—Gente aterrorizada que escapa de los golpistas, supongo —dijo

Aznárez.

Pasaron al lado de los velocípedos tirados: una red con latas de comida, mochilas repletas, sacos de dormir. Una familia huyendo.

—No toquemos nada. Cuando nos vayamos volverán —dijo la rep—. O eso espero.

Una vez con Merlín, con su amado Merlín, antes de que lo matara el TTT, recordó Bruna, encontraron dos pollos de mirlo caídos del nido en el pequeño parque que había al lado de su apartamento. Los pollos aún no volaban y estaban piando al pie de un seto. Merlín, que era un tecno de cálculo y lo sabía casi todo, buscó alrededor y encontró el nido en la rama de un árbol, un poco ladeado, quizá por el viento o por la rotura de una rama o por un gato. Enderezó el nido y, cogiendo a los pollos, los metió dentro. Una semana más tarde pasaron por el mismo parque y se acercaron a ver a los mirlos. Los pajaritos estaban dentro, tal y como los dejó, pero con el pico abierto, rígidos, muertos. Una vez que Merlín los hubo tocado, los padres ya no los reconocieron, no los alimentaron. ¿Y por qué demonios se estaba acordando de esto ahora?, se preguntó la rep.

El cielo tenía ese color blanquecino que a veces adquiere el firmamento justo antes de la llegada de la noche, y parecía mucho más iluminado que la carretera, en donde se empezaban a remansar profundas sombras azules. Circulaban en silencio sorteando los vehículos parados, cadáveres mecánicos que el apagón había diseminado desordenadamente por la carretera, de la misma manera que las aguas habían arrancado a los plácidos muertos de sus tumbas arcaicas y los había ido colgando de los árboles. Recordó el odio de los granjeros y al joven Xim que la quería matar. Recordó los cuchillos de los Ins sacando ojos y rajando gargantas de personas maniatadas. Recordó el pequeño y letal orificio que dejó en la frente de ese casi niño su disparo de plasma. El mundo se colapsaba y aquí estaban ellas, pedaleando en las líquidas sombras de la noche temprana, una renegada de una secta, un engendro genético y una pobre chiflada huida de un psiquiátrico, creyendo que podrían hacer algo para arreglarlo. Bruna sintió un desconsuelo aniquilador, una tristeza polvorienta que se parecía demasiado al cansancio, al cansancio absoluto de vivir. Intuyó que Yiannis debía de experimentar algo parecido a esto cuando le daban esos bajones,

esas depresiones que tanto irritaban a la rep. Se inquietó: ¿estaría sufriendo una depresión? Pero los reps de combate no se deprimían. ¿Acaso tendrían implantado un chip para evitar eso, igual que el supuesto microprocesador contra el suicidio, y el apagón los habría dejado inutilizados?

Noche completa. Ahora con nubes, bastante más oscura que la de la víspera. Bruna se puso en cabeza y redujeron la marcha.

—Iuuuuuuuu…

Una especie de ulular de pájaro se oyó a la derecha.

—Uiiiii… uiiiiii.

Y delante de ellas. Y detrás. Bruna se detuvo.

—¿Será una lechuza? —susurró Aznárez, parándose a su lado.

—Serían veinte, no una… Y yo no sé cómo canta la lechuza, pero eso no es un pájaro.

Cada vez se oían más cerca, un anillo de llamadas en la noche que se iba apretando en torno a ellas. La rep sintió que se le ponían los vellos de punta. Señaló hacia una ambulancia abandonada que acababan de sobrepasar.

—Deprisa, metámonos allí.

Tiraron las bicicletas, entraron en el vehículo y cerraron las puertas, aunque los seguros, por supuesto, no funcionaban. Se quedaron allí dentro en silencio, conteniendo la respiración. Apenas tardaron un par de minutos en aparecer. Iban saliendo de entre las sombras poco a poco, desplegados en círculo a su alrededor. Llevaban dibujos fluorescentes en el rostro, en los brazos y sobre la ropa, como si se tratara de pinturas de guerra. Desprendían un fulgor verdoso que los asemejaba a los espectros. La gran mayoría eran varones y tenían modificaciones corporales extremas, clavos y espolones en la cara y en los brazos, pinchos en las piernas. Un par de ellos parecían ciborrads, porque mostraban abundantes prótesis metálicas. Alguno se había implantado cuchillas retráctiles en los nudillos que ahora no funcionaban, de modo que sólo tenía alguna hoja permanentemente fuera. Iban armados con cadenas, barras de hierro, mazas, hachas. Eran por lo menos una treintena. Y sonreían. Estaban disfrutando con la cacería.

De modo que era de éstos de quienes huía la familia que se lanzó a correr campo a través, pensó Bruna. Llevaban poco más de veinticuatro horas de apagón y el colapso de la sociedad ya había

hecho aparecer bandas feroces. En el caos proliferaban las alimañas.

—Estamos jodidas —dijo Aznárez a su lado con voz tranquila.

Ni que fuera una rep de combate; era la digna hermana de Lizard.

—Es probable. Pero les va a costar —contestó Husky con idéntica calma.

Además de la escopeta, seguían llevando el palo de golf, la porra policial y los dos cuchillos de cocina que habían cogido en casa del archivero. Poca cosa para el armamento de los fantasmas. Pero lo peor era su brazo inútil. Es decir, su no brazo. Era una maldita manca y no conseguía hacerse a la idea, aunque fuera ella misma quien se lo hubiera amputado.

Atisbó por la ventana a los atacantes, que cada vez estaban más cerca. Podrían prender fuego al vehículo o volcar la ambulancia, pensó Husky. Eso haría ella. Así que mejor ofrecerles cuanto antes una opción tentadora. Husky miró a Ángela, que estaba acurrucada en el suelo junto a ella, abrazada a sí misma, lívida y temblando, y le acarició levemente la cabeza, de la misma manera que hubiera podido acariciar a Bartolo. Luego se dirigió a la puerta trasera y la abrió de par en par. Se quedó allí de pie con la recortada en la mano; podría incitarles a pelear y los atacantes tendrían que venir de dos en dos, la anchura del portón no daba para más.

—Aznárez, impide que entren por las puertas delanteras.

—Eso está hecho.

Los espectros se encontraban apenas a dos metros de distancia y, cuando ella se dejó ver, se detuvieron. Les impresionó toparse con una rep de combate, algo que sin duda no esperaban, y desde luego la recortada les imponía. Pero Husky no descartaba que alguno de ellos también llevara un arma de pólvora. La rep inspiró lentamente en la pequeña calma que antecedía a la vorágine de violencia, el ojo del huracán de todo combate. Sabía que a los atacantes el sobresalto les duraría tan sólo unos segundos, los suficientes para volver a asimilar su aplastante ventaja numérica. Así que Bruna se preparó y apretó la escopeta en su mano. Pero un momento. Algo sucedía.

La línea de fantasmas se agitó, como trigo movido por el viento.

—¡Usss, usss, usss! —gritó uno, quizá el líder, y todos se pusieron en movimiento. Llevaban unas tablas con ruedas,

parecidas a las del Go pero mecánicas. Saltaron sobre ellas y salieron corriendo.

—¿Qué pasa? —dijo Barri.

—¡Al suelo, al suelo! —ordenó la rep mientras cerraba la puerta.

Ya había visto el resplandor a lo lejos. Se tiraron bajo la camilla y a los pocos segundos los oyeron pasar. Coches y más coches, luces de faros. La brigada golpista que habían dejado atrás. Que no vean las bicicletas tiradas, que no deduzcan que hay alguien, imploró mentalmente la rep al despiadado e indiferente Universo. Los vehículos se fueron haciendo más escasos y al fin dejaron de pasar. Tras un par de minutos sin oír nada, Bruna se puso en pie.

—Hay que seguir antes de que vuelvan esas bestias.

Continuaron su camino por la autopista, aunque en el primer nudo de carreteras cogieron una vía secundaria. Darían un rodeo, pero probablemente estarían a salvo de los espectros. Se bebieron los botes de leche y pedalearon durante unas decenas de kilómetros más. Ya estaban muy cerca de Madrid cuando empezó el combate. Arriba, muy arriba, en el cielo negro. Primero oyeron los estampidos de los cazas y luego vieron las explosiones. Formidables palmeras de abrasadora luz abriéndose en el aire, líneas cegadoras de oro ardiente que marcaban la trayectoria de los cañones de plasma. Los fuegos artificiales de los tiempos del odio. Y luego, unos segundos después, el ruido seco del estallido golpeando el tímpano. Se detuvieron unos instantes a ver la batalla. Los pilotos se estarían calcinando en sus cabinas, pero el espectáculo era hermoso, pensó Bruna con amargura. Así de cerca estaban el horror y la belleza.

Vieron caer, no muy lejos, fragmentos de los aviones incendiados, como estrellas que marcaban el camino. Cuando llegaron a su altura, cinco minutos después, los vieron crepitar clavados en el campo, grandes hierros llameantes a unos doscientos metros. Alrededor de las hogueras se movían, recortadas contra el fuego, las siluetas de unas cuantas personas. Ellas prosiguieron su camino hacia el corazón negro de Madrid sin detenerse.

40

Antes de dirigirse a los antiguos Mataderos decidieron tomar un pequeño desvío y pasar un momento por la casa de Yiannis, para confirmar que todo estaba bien y para comer y beber algo. En la ciudad había bastante movimiento de tropas, de manera que tuvieron que moverse con cautela. Encontraron a Yiannis, Gabi y Bartolo muy inquietos pero sanos y salvos. El archivero se las había ingeniado para hacer un par de lamparillas de aceite y tenían algo de luz. Las tres mujeres bebieron y comieron mientras explicaban por encima la situación.

—Pues mirad aquí —dijo la rusa, señalando hacia el exterior.

Desde el balcón se veían dos zonas distintas de cambiante resplandor en el perfil urbano.

—El ejército de los EUT está luchando en las afueras de Madrid —informó Ángela, que había vuelto a conectar el portátil, segura de que la señal pasaría inadvertida en la ciudad, entre los muchos móviles de los soldados golpistas.

—Es una gran noticia —dijo Aznárez—. ¿Cómo habrán llegado hasta aquí?

—Abriéndose paso desde la frontera de la zona del apagón, o por transporte aéreo, o teleportados… —aventuró la rep—. Parece que a Lago no le está yendo muy bien…

—Nanananada bien… Las noticias dicen que los EUT ya han retomado el control de tres cuartas partes de la Península…

Pero el EJI mantenía su amenaza de más desconexiones, y sobre todo seguía degollando rehenes. Faltaban dos horas para la próxima ejecución. Husky terminó de tragar apresuradamente las últimas cucharadas del guiso de garbanzos y se puso en pie. Tenía la sensación de que la pista de los Mataderos era importante.

—Vámonos.

—Esesesespera un momento… —pidió Gayo mientras se afanaba en el portátil. Luego levantó un rostro emocionado—. Ya lo tengo.

—¿El qué?

—El mensaje encriptado. Lo de la papapapaloma. Ya lo tengo. Es esto —dijo Gayo, enseñándoles el móvil.

En la pantalla se veía lo siguiente:

$$\delta_a (t) \equiv \delta (t - a)$$

—¿Y eso qué es?

—La fufu, la fufufunción delta… Es una función matemática que estudia fenómenos de intensidad tendente al infinito y duración tendente a cero. Es decir, valores picudos, explosiones fugacísimas… —explicó Gayo.

—¿Y para qué nos sirve?

—Nonono no lo sé… Pero es muy bonita.

Bruna sacudió la cabeza.

—Vámonos, Aznárez.

Ángela agarró el móvil y se puso también en pie.

—Tú no. Va a ser peligroso.

—Pero no sabéis nada de la función delta y yo sí. Seguro que tiene algún sentido. Seguro que os sirvo para algo —dijo la mujer, muy segura de sí misma, y sin trastabillarse.

Lo peor era que tenía razón.

—Está bien. En marcha.

Cuando salían, se cruzaron en la puerta con Emma. Parecía más pálida y más escuchimizada que nunca, a la temblorosa y débil luz de las lamparillas.

—No deberías salir a la calle, es peligroso —gruñó Bruna.

—Sé cuidarme, de verdad. Mejor cuidaos vosotras. Hay una patrulla de soldados de Lago a la vuelta de la esquina —dijo la niña.

—¡Emma! —chilló Gabi con verdadera alegría.

Se acercó a su amiga y la abrazó. Dos rosas de rubor se encendieron en la demacrada cara de la chica. Se querían. Es decir, la salvaje de Gabi era capaz de querer. Quizá Emma fuera incluso su primer amor, pensó la rep. Esa idea le hizo sentir una emoción extraña. Una sensación que no sabía definir. No era desagradable,

sin embargo. Incluso podría decir que era consoladora. Una tibieza que deshacía costras de hielo. La rep se asombró de sí misma: pero ¿de verdad le conmovía la posible felicidad de la tremenda Gabi?, ¿de esa furia rusa mordedora?

Bartolo se agarró a sus piernas, gimoteando. No quería que se fuera. La rep se agachó, soltó sus deditos negros y, levantando al tragón en brazos, se lo tendió a Yiannis. Las emociones debilitaban, rumió la rep. Los afectos te encadenaban, te convertían en un bicho tan tonto como Bartolo. O en una persona tan dependiente como Ángela. Y luego pensó: Lizard. Tan sólo doce noches. O quizá ninguna. Puede que estuviera muerto en un par de horas.

Llegaron a los alrededores de los Mataderos mucho antes de lo que Bruna se pensaba. En realidad no estaba muy lejos del centro, pero era una zona muy degradada y derruida, nadie la frecuentaba porque no había nada, de ahí que la rep no la conociera. Gradualmente se iban acabando los edificios y empezaba un espacio muerto de escombros y solares, de pequeñas casas con los techos hundidos y las ventanas rotas. Era como una tierra de nadie entre dos fronteras en conflicto.

—Uuhhhh… En las ruinas hay gente… —susurró Aznárez.

Cierto. Se distinguía una lucecita diminuta, y la visión nocturna de la rep le permitió advertir que entre las sombras se deslizaban y se agazapaban unas siluetas negras. Pensó en la banda de espectros de la carretera: éste sería un buen lugar para la guarida de unos bandidos. Pero no debían de ser ellos o tipos como ellos, porque las dejaron pasar sin hacer nada. Antes al contrario: se diría que se estaban escondiendo. Serían mendigos, o más bien *polillas*, ilegales venidos de una Zona Cero.

Desmontaron para atravesar una ancha zona de vías. Las traviesas eran todavía de madera y entre ellas crecían hierbas altas. Debía de hacer mucho que no pasaba ningún tren por aquí. Al otro lado se veía el perfil abrumador de los Mataderos, y por encima de ellos el cielo nocturno se encendía con el resplandor de la batalla, mucho más evidente aquí. Incluso se escuchaba un sordo clamor. Se combatía cerca.

La zona de naves industriales a la que llegaron estaba apagada y en ruinas. La dirección que señalaban las coordenadas quedaba algo más adelante, y hacia allá se dirigieron, a pie y siguiendo el viejo y

ulcerado muro del enorme conjunto de edificios.

Husky empezó a encontrarse mal enseguida. Primero fue sólo una especie de inquietud, un mayor nerviosismo, un desconsuelo. La angustia por Lizard, probablemente. Luego comenzó a sentirse débil. Le pesaban las piernas. Le dolía el estómago.

—¿Tetete pasa algo, Bruna? —preguntó Ángela, siempre tan pendiente de ella.

—No… nada… Estoy bien.

Quizá le había sentado mal algo de lo que había comido. Estaban llegando a la parte reconstruida, que era la que señalaban las direcciones de la paloma. El muro, aquí, se elevaba hasta el doble de altura y era de cemenplás reforzado, como las defensas de los cuarteles, con afiladas púas erizando la parte superior. Un cartel advertía que estaban electrificadas, aunque ahora, claro, no funcionarían. La rep se apoyó en la pared: se mareaba.

—¿Seguro que estás bien? —se inquietó Aznárez.

—He dicho que sí —respondió con sequedad.

—¡Mimimirad! —dijo una excitada Ángela consultando el portátil—. El ejército de los EUT ha entrado en el Palacio Presidencial… El general Tomás Lino se ha suicidado… La presidenta Guang ha sido asesinada pero han rescatado con vida al primer ministro de Cosmos, Krakotek… ¡La Tierra se ha apoderado del arma secreta del EJI, la máquina que causó el apagón! Al parecer, es un acelerador de flujo de plasma… El golpe de Estado está prácticamente vencido, aunque aún no se ha encontrado a los rehenes del EJI…

Las noticias infundieron cierta energía a la maltrecha Bruna. Inspiró profundamente y se irguió. Habían llegado a lo que parecía la puerta del recinto, aunque habría podido ser el acceso a un búnker de alta seguridad. Dos robocombats, uno a cada lado del umbral, guardaban el paso. Eran grandes, de tamaño militar e, incluso apagados como estaban, resultaban amedrentadores.

—¿Cómo vamos a entrar? Parece bastante inexpugnable —dijo la hermana de Lizard, señalando el masivo portón de acero.

Bruna respiró hondo, porque sentía que se ahogaba, y apoyó la mano en la pesada hoja de metal. Entonces los robocombats se encendieron y giraron hacia ellas sus troncos piramidales.

—¡Mierda! —gritó Aznárez.

Una descarga neuroléptica las dejaría paralizadas, y además seguro que activaría la alarma: si los robocombats estaban funcionando, dentro tenía que haber gente. Es decir, enemigos.

Una pequeña ventana azul se iluminó sobre el acero de la puerta. Dentro de ella había signos, pero Bruna los miró sin poder distinguirlos. Un dolor de cabeza que la estaba matando nublaba sus ojos.

—Treinta segundos para descarga… Veintinueve… veintiocho… veintisiete —empezó a descontar una voz artificial.

Bruna no podía pensar, no podía reaccionar, y Barri la miraba espantada. Había que salir corriendo de inmediato. La onda de unos robocombats tan grandes tendría mucho alcance.

—Hayhayhayhay… —tartamudeó Ángela—. Yoyoyo…

—Diecinueve… dieciocho… diecisiete…

Gayo se lanzó sobre la puerta y empezó a pulsar algunos de los signos de la ventana azul.

—Siete… seis… cinco…

La voz se detuvo. La ventana azul se apagó y el portón se abrió sin un solo ruido.

—¡Vamos! ¡Vamos! —tuvo que urgir Barri a la rep.

Penetraron en el recinto y la abertura volvió a cerrarse a sus espaldas en completo silencio.

—Es que había letras griegas y muchos signos matemáticos, así que he pensado que era eso —dijo Ángela de una tirada—. He puesto la fórmula de la función delta.

Bruna hizo un esfuerzo por sobreponerse. La jaqueca la estaba matando y se notaba cada vez más débil. Cogió la escopeta de su espalda y se la dio a Aznárez.

—Llévala tú…

No se sentía capaz de utilizarla. Miró alrededor; estaban en un pequeño patio delante de una enorme nave reconstruida. Era de piedra y ladrillo, con remates puntiagudos, ventanales de hierro forjado y gruesos cristales esmerilados y probablemente blindados. Estaba todo a oscuras, pero al fondo de los espesos vidrios parecía latir un aliento de luz, como una brasa.

Subieron el pequeño tramo de escalones y Bruna se sintió morir en cada peldaño. ¿Qué le estaba ocurriendo? Todas las células de su cuerpo se negaban a entrar en ese edificio, era como si cada paso

adelante la condujera a la destrucción y a un inmenso dolor.

—¿Qué te ocurre? —se inquietaron las otras.

—No lo sé. Sigamos.

Tentaron la puerta: estaba cerrada. Se iluminó un portero automático:

—Nombre, por favor.

Doblada sobre sí misma, Bruna dijo:

—Jan Lago.

—Nombre, por favor.

—Fer.

—Nombre, por favor.

—Janhache.

—Nombre, por favor.

Bruna se desesperó. Soltó un gemido: sentía que le estaban serrando la cabeza. Se volvió hacia Ángela.

—¿Quién… quién inventó la fórmula esa?

—Paul Dirac —dijo la mujer.

Ésa debía de ser la contraseña, porque en cuanto la pequeña Gayo nombró al matemático, la puerta se abrió con un clic. Entraron en un altísimo vestíbulo que se perdía en las sombras y en el que se veía un arco por el que salía un leve resplandor. Bruna intentó dirigirse hacia allá, pero todo su organismo se lo impedía. Cayó de rodillas, vomitó, aulló. Aznárez la sujetó por debajo de los brazos y la levantó, muy asustada.

—¿Qué te está pasando?

—Duele… —jadeó la rep.

Apoyada en la hermana de Lizard, avanzaron hacia el arco. Un terror indecible hacía temblar todo el cuerpo de Bruna: nunca había experimentado una sensación semejante. Llegaron al umbral y pudieron ver la vasta nave que se abría ante ellas; filas y filas de grandes tanques de acero y cristal parecían flotar en la penumbra. Estaban llenos de un líquido ambarino, y dentro de cada tanque había un cuerpo desnudo en suspensión.

Una violenta arcada volvió a doblar a Bruna. Era una planta de gestación de tecnohumanos. Una fábrica de reps. Era el infierno.

—Oh, Bruna…

La androide se arrancó de los brazos de Aznárez y avanzó dando tumbos hasta el primer tanque. La cartela decía:

Minería. Hembra. 23 años. Fecha de activación, 13-4-2110. TriTon Corp.

¡TriTon! La empresa de androides de Jan Lago. El mismo fabricante que la había hecho a ella. Y a Clara. Y a Merlín. Tal vez ella también fue gestada aquí. Tal vez en esta misma cisterna. Maldita fuera esa función delta con la que se abría la puerta… Esa fórmula que describía fenómenos de formidable intensidad con una duración ínfima, como el desesperado aleteo de la brevísima vida de los tecnos. Con un esfuerzo agónico, Bruna levantó la cabeza y contempló el cuerpo. Y hubiera querido arrancarse los ojos. Se trataba de una joven pequeña y robusta, como todos los tecnohumanos mineros. Pero tenía el cuerpo retorcido, los párpados entreabiertos, la mirada vidriosa, la boca desencajada en un gesto de dolor que parecía un grito. Sus manos temblaban convulsivamente en el espeso líquido. Bruna se fijó en los demás: hombres y mujeres, de expedición, de combate o de cálculo, a punto de madurar, o niños de dos, de seis, de doce años. A todos se los veía descoyuntados, atormentados, enfermos. Sufriendo.

—¿Qué… les… pasa? —balbució Husky.

Y entonces comprendió. La nave estaba a oscuras. El único resplandor era el de unos pequeños discos incandescentes que había en el suelo, las luces del sistema de seguridad, que debía de tener la misma fuente de alimentación que el portero automático y los robocombats. El resto de la planta estaba desconectada. Las cisternas de gestación habían dejado de funcionar con el apagón. Los replicantes se estaban muriendo.

El corazón de Bruna se rompió, o al menos le dolió tanto como si se rompiera. Y de ese dolor salió un alarido, y una furia que la puso en pie y le dio fuerzas para avanzar por la nave a tropezones, entre los pobres cuerpos torturados, entre niños espasmódicos y jóvenes perfectos agonizando. Todos tan infinitamente solos en sus crueles burbujas de líquido amniótico. Las luces de seguridad ponían un fulgor de brasa en la penumbra, y el metal, un brillo de cuchillos.

Seguida de Aznárez y de Ángela, Husky llegó al otro extremo de la nave y encontró una puerta. La intentó abrir. Le temblaba tanto la mano que no pudo. La hermana de Lizard accionó el pomo, que

giró sin problemas. Estaban en una sala de control, llena de pantallas y aparatos, todos apagados. Cruzaron el local y se dirigieron a la salida del fondo. Bruna la atravesó y se sintió un poco mejor; a medida que se alejaba de la nave de gestación, la sensación de sufrimiento y de muerte inminente se iba haciendo menos aguda. Se encontraban en un pequeño vestíbulo con una antigua escalera de caracol forjada en hierro. También había un ascensor, pero no funcionaba. Subieron por la escalera, Bruna peldaño a peldaño, aún arrastrando el cuerpo. Un pasillo largo y apagado desembocaba a lo lejos en una puerta abierta de la que salía un torrente de luz eléctrica y ruido de música. Bruna le hizo una señal a Aznárez para que le devolviera la escopeta, cosa que ésta hizo. La rep se encontraba bastante recuperada. Recorrieron el corredor sigilosamente hacia ese foco hipnótico de luz, mientras la música se iba haciendo cada vez más audible. Unos violines. Era hermosa, pensó Bruna. Melancólica. A ratos angustiosa. Se asomaron al umbral con cautela. Era una gran habitación cuadrada a medio camino entre una sala de juntas y una unidad de reanimación intensiva hospitalaria. En un extremo, una larga mesa de madera noble, con aspecto sólido y antiguo, y doce sillas haciendo juego alrededor. Oscuras librerías repletas de libros de papel cubrían la pared, y en el techo centelleaba una lámpara de cristal como las de las películas de época. A Yiannis le hubiera encantado la decoración.

El otro lado de la habitación parecía un quirófano. Níqueles y polímeros de un blanco deslumbrante creaban un espacio médico e higiénico. En el centro había una gran máquina de la que salía una maraña de tubos y cables; en la parte delantera del artefacto, metido en una especie de funda rígida y semitransparente que lo mantenía en pie, estaba un hombre. O lo que quedaba de un hombre, porque casi todo lo que vio Bruna en la primera ojeada parecía metálico. El rostro sí era humano. Y era el de Jan Lago.

—Ah, pasad, pasad… Os estaba esperando. No os ocultéis detrás de la puerta… No tendréis miedo de un pobre anciano impedido… ¿No es bonito este vals triste de Sibelius que está sonando? —dijo el magnate.

Sin dejar de apuntarle, Bruna alargó el cuello e inspeccionó el lugar. Al fondo, una gran pajarera albergaba media docena de

palomas cíborg, que aleteaban y se arrullaban. Sin duda salían de aquí, como había dicho Gayo. Fuera del alboroto de las aves, todo estaba tranquilo. En la sala no había nadie más.

—Parece que está solo… —gruñó.

Aznárez debió de tomar equivocadamente la frase por un permiso para avanzar, porque se lanzó con decisión hacia delante y entró en el cuarto.

—¡No, noooooo! —gritó Bruna, que acababa de ver la trampa.

Pero ya era tarde. Junto a la jamba, en el interior, estaba la pirámide truncada de un robocombat. Era un modelo de uso privado, pequeño de tamaño pero suficiente para interceptar a un individuo. El robot lanzó su choque neuroléptico y el corpachón de la hermana de Lizard se desplomó. Al instante Bruna disparó los dos cañones de su escopeta, el primero contra el robocombat, al que logró hacer un buen agujero, y el segundo contra la pistola de plasma que Lago acababa de sacar de algún lado. El plasma salió volando hasta el otro lado de la habitación. Sin dejar de apuntar al millonario, porque él no tenía por qué saber que carecía de munición, la rep se agachó a inspeccionar el estado de Barri. Tenía los ojos en blanco, pero el corazón seguía funcionando. Lento pero firme.

—Oh, Husky, puedes dejar de alardear de arma. Esas escopetas tienen que ser recargadas cada vez. O le metes más cartuchos o no es más que un hierro —dijo Lago con sorna.

Por supuesto, qué estúpida, se irritó consigo misma Bruna. En dos zancadas, seguida por la pequeña Gayo, que se pegaba a ella como su sombra, la rep llegó hasta la pistola de plasma y la recogió. Parecía estar bien.

—Esto sí dispara, sin embargo —dijo, regresando lentamente hacia el magnate mientras le apuntaba—. ¿Cómo sabes mi nombre?

—¿Cómo no saberlo? Fuiste a Cosmos y al Mosca y has dado mucho la lata.

Bruna señaló hacia el cuerpo de Aznárez.

—¿Cuánto estará así?

—Mmmm… quizá cuarenta minutos, quizá menos. Es corpulenta.

—¿Dónde están los rehenes?

—No lo sé.

Bruna disparó el plasma y le voló media oreja. Pero, para su sorpresa, era metálica. El impacto hizo saltar el recubrimiento biodérmico, dejando los entresijos de titanio al descubierto.

—¡Uy! Eso casi ha dolido —exclamó Lago con irónica calma—. De verdad que no lo sé. Si lo supiera, te lo diría. Me temo que estoy completamente derrotado. ¿No te extraña no haber encontrado a nadie hasta llegar aquí? Es lo malo de tener un ejército mercenario. Les encanta el dinero, pero les gusta más la vida que el dinero y cuando las cosas se tuercen, te dejan tirado. Los fanáticos, en cambio, son maravillosamente fieles a sus ideales. Es lo único simpático que tienen.

Husky le miró detenidamente. Todo el cuerpo de Lago parecía artificial. Su cara, muy operada para rejuvenecer los rasgos, semejaba una careta de carne adherida a un cráneo metálico del que salían unos gruesos manojos de cables que se conectaban a la máquina. El tronco y las piernas estaban cubiertos por una especie de pijama azul sin mangas, pero tanto los pies como el cuello y los brazos parecían de acero. Apoyaba los codos en una especie de pupitre transparente que tenía ante él. La mano derecha, que ella había impactado con el plasma, estaba dañada: dos dedos colgaban de retorcidos cables. Lago, que había seguido la mirada de la rep, acarició sus dedos rotos con melancolía.

—No voy a decir que no me lo haya ganado por sacar la pistola, pero es una pena haber estropeado esta obra de arte. Mi cuerpo es una maravilla —dijo Lago.

Obviamente el magnate podría haber elegido unas prótesis biodérmicas indistinguibles, pero alardeaba de la ferretería que llevaba encima.

—Así que eres un ciborradical. Obviamente, ilegal. Tienes demasiados implantes. Estás muy por encima de lo permitido en los EUT —gruñó Husky.

—¿Soy ilegal? ¿Un ser ilegal? ¿Y esto lo dices tú, Bruna? ¿Una tecno? Seguro que cuando has entrado en la planta de gestación te querías morir, seguro que has vomitado y te sentías enferma… Eso te lo hemos puesto nosotros en la cabeza, Bruna. Para que no te acerques a las fábricas. ¿No te extraña no haberte preguntado nunca por el lugar en donde te hicieron? Eso, esa falta de curiosidad, también ha sido implantada por nosotros. ¿Yo soy ilegal? ¿Soy

artificial? ¿Y tú? Tú eres orgánica, sí, pero estás tan manipulada, tan alterada por los ingenieros genéticos que por eso os llamamos *androides*… En fin, por eso y porque así a la gente le cuesta más veros como humanos. Pero, en cualquier caso, tú y yo somos paralelos, somos criaturas de la misma clase, Bruna… Somos semidioses y hemos mejorado la especie. Bueno, sobre todo yo, sinceramente, porque vosotros os estropeáis enseguida con esa lata del TTT… Sois un ensayo que no salió bien.

La detective le miró con horror. Lo que decía el hombre le repugnaba, y al mismo tiempo no podía dejar de escucharlo, atrapada en sus palabras como una polilla de la luz. Era cierto. Era asombrosa y chocantemente cierto: nunca se había preguntado, en toda su breve existencia, por las plantas de gestación.

—Mira esta mano mía, qué belleza —seguía diciendo el hombre —. En vez de mi carne mortal, esa carne que nos enferma y que nos mata, que se arruga y se mancha y se debilita y se desploma y se ulcera y se hiere y duele y se deforma… En vez de esa miserable carne mía, que se pudrió hace un siglo, estas líneas puras, perdurables y perfectas…

Lago hacía girar su mano intacta en el aire, mostrándola desde distintas perspectivas. Era un formidable mecano de acero y titanio, con pequeñas y delicadas piezas y rutilantes cables de aleación de rodio. La prótesis entera refulgía bajo la luz eléctrica: estaba adornada con incrustaciones de oro y de diamantes. Por eso Jan Lago nunca aparecía en persona. Por eso llevaba guantes en sus apariciones grabadas, y pañuelos al cuello. Y pelucas para disimular su cráneo niquelado. Husky sacudió la cabeza y apretó la pistola.

—¿Dónde están los rehenes? —repitió amenazadoramente.

—¡No lo sé! Ya te lo he dicho. Eso es cosa del EJI.

—Pero tú has dicho que sabías que yo había estado en Cosmos y en el Mosca… Lo sabes porque sois cómplices. Trabajáis juntos.

—¡Claro que sí! Eso no lo niego. Pero esas cabezas quemadas del EJI de lo único de lo que se han encargado es del asunto de los rehenes. Tan repugnante, por otra parte. Nosotros nos hemos hecho cargo de todo lo demás. El GAFPA, el Gran Acelerador de Flujo de Plasma Apuntable, es decir, la máquina del apagón, es una tecnología de Cosmos. Nunca se nos ocurriría confiársela a los locos del EJI. El paraguas disruptor que permite proteger ciertas zonas del

efecto del apagón, como, por ejemplo, este mismo cuarto, es un invento mío. Por las mismas razones de desconfianza, tampoco se lo pasamos a los Ins, por eso con ellos nos comunicamos con las palomas cíborg. Bellas, ¿no es así?

—La máquina del apagón ha caído en manos del ejército de los EUT —dijo la rep.

—Sí, ya me he enterado. Ya te he dicho que sé que estoy derrotado.

Bruna se había ido acercando mientras hablaba y ahora estaba al lado de Jan Lago. Levantó el plasma y le voló la punta de la nariz. El magnate chilló y un pequeño agujero ensangrentado apareció en el extremo del apéndice nasal. Esto sí era suyo. Carne que dolía y se hería y se deformaba.

—¿Dónde están los rehenes?

—¡No lo sé! ¿Qué vas a hacer, matarme? ¿Te vas a quedar sin saber tantas cosas interesantes que te podría contar?

Bruna frunció el ceño, reflexionando.

—Elelelelel… el ejército de los EUT está acabando con los últimos focos de resistencia en el campus universitario de Pradolongo… es a pocos kilómetros de aquí. Todavía no han encontrado a los rehenes, pero al parecer esperan lograrlo en breve —dijo Ángela, leyendo en el portátil.

Un campus universitario… Podría ser una buena madriguera para que los jóvenes Ins ocultaran a sus prisioneros.

—Nos vamos a ir ahora mismo a reunirnos con el ejército de los EUT —dijo la rep.

—¡No puedo! No puedo abandonar esta máquina. Es mi soporte vital. Si me desengancho, moriré de manera instantánea —dijo Jan Lago.

—No te creo.

Pero la verdad era que sí le creía. Parecía depender por completo de los cables y, aparte de la cabeza y los brazos, su cuerpo no se movía en absoluto.

—¿Vas a hacerlo, entonces? ¿Vas a arrancarme de la máquina y vas a matarme? ¿Sin enterarte de todo lo que te podría contar? Y, además, ¿qué vas a hacer con ella?

Aznárez seguía inmóvil. Podría dejarla aquí, pero sería abandonarla en una situación de total indefensión. La rep suspiró.

—Ángela, ¿puedes mandar un mensaje al ejército? Explícales quiénes somos y dónde estamos, y diles que tenemos a Jago. Y porporciónales las contraseñas de la puerta.

—Puepuedo intentar entrar en sus comunicaciones…

—Hazlo.

Bruna se acercó de nuevo a la hermana de Lizard y la tocó. Aceptable temperatura corporal, mejor ritmo cardiaco. Aunque continuaba sin sentido. La acomodó en el suelo con una postura más confortable y luego cogió una silla de las que rodeaban la mesa de madera, la puso delante de la máquina de Lago y se sentó.

—Mataron a tu hijo. Cómo pudiste aliarte con ellos.

—¿Janhache? Pobre necio. Le utilicé como golpe de efecto y funcionó muy bien. No era mi hijo, es decir, sí, llevaba mis genes, pero nunca tuve con él una relación paternofilial, como con ninguno de mis otros veinte vástagos. No he visto a ninguno jamás ni he tenido ningún contacto con ellos ni con sus madres. Todos han sido producto de la fecundación artificial. Ya ves que no puedo moverme de esta máquina… Necesitaba gente fiable a la que poner al frente de mis empresas, y pensé que mi dotación genética ayudaría a que fueran más listos… Y en eso la verdad es que me equivoqué bastante. Hay pocos de ellos que puedan ser definidos como brillantes, y Janhache no lo era, te lo aseguro. Pero al llevar mis genes y creerse mis hijos, los muy bobos sí que se han tomado el trabajo como algo propio y se han esforzado mucho más. El ser humano es romántico por naturaleza.

—Pero tus hijos mayores tienen cerca de sesenta años… ¿Hace cuánto que estás atado a la máquina? ¿Qué edad tienes?

Lago sonrió maquiavélicamente.

—Más tiempo del que imaginas, Bruna. Yo no soy Jan Lago. Soy mi padre, soy Dom Lago… El descubridor de la cura del alzhéimer. Un científico eminente. Un genio en la oscuridad, si me permites alardear un poco… Tan genial que también he descubierto la llave a cierta inmortalidad. Nací en 1921. Tengo ciento ochenta y nueve años. Pero unas leyes absurdas me impedían hacer lo necesario para prolongar mi vida. Me impedían desarrollar esta máquina. Así que, para que mi longevidad pudiera pasar inadvertida, fingí que había muerto y me inventé a ese supuesto hijo, Jan Lago. Todos los Jan son puras herramientas de mi voluntad, como ves.

¡Ciento ochenta y nueve años! La existencia sumada de diecinueve tecnos. Recordó a sus compañeros agonizando en la planta de abajo y volvió a sentir náuseas.

—Maldito asesino… Los reps están muriéndose por falta de energía. ¿Por qué no los protegiste también del apagón?

—¿Y llamar la atención de ese modo? Todos los ingenieros, los trabajadores de la planta, los suministradores… Se hubiera dado cuenta tanta gente. No, no. Habría sido muy llamativo. Lo siento mucho, pero tuve que hacerlo así. Y lo siento de verdad, porque es una pérdida económica cuantiosa. Sois muy caros.

Bruna sintió la poderosa tentación de darle un tiro en el centro de la cara. En la herida circular de la punta de su nariz, una diana de sangre.

—Y, además, has sumido a la península Ibérica en un caos total, la vida tardará años en normalizarse, seguro que habrá muchas víctimas… —añadió con rencor.

—Oh, no. En veinticuatro horas se puede arreglar todo. Nuestras empresas están preparadas para servir, reparar y sustituir todos los componentes eléctricos y electrónicos estropeados. Y, por otra parte, será un revulsivo económico, el dinero se moverá, la sociedad se enriquecerá. Ya sabes, la magia del mercado…

No merecía vivir. No merecía vivir. La rep apretó la culata de la pistola de plasma.

—El menmenmensaje les haha llegado —dijo Ángela—. Nono sé si me han creído, pero me parece que vendrán.

Husky sacudió la cabeza y los hombros para intentar soltar la tensión. Un propósito difícil de alcanzar, porque el reloj seguía avanzando. Debían de ser más de las 23:00, la hora de las ejecuciones.

—Ángela, ¿puedes mirar si los Ins han matado a otro rehén?

—Ya lo estaba comprobando… No hay nada por ahora, aunque ya son las 23:20.

Qué extraño. Siempre eran puntuales. Al lado del magnate, sobre una larga balda de vidrio, había varios animales metálicos articulados y construidos a tamaño natural: un gorrión, una lagartija, una gruesa araña, un pequeño ratón. Y en el centro, protegido por una urna, estaba el cuervo de Juanelo. Lo reconoció inmediatamente porque era igual al dibujo. Con plumas negras

auténticas, algo deslucidas, y con medio cuerpo y media cabeza de metal y madera. Parecía delicado y antiguo.

—El autómata de Juanelo.

Lago abrió sus pequeños y punzantes ojos con sorpresa.

—¡Vaya, Husky, me admiras! ¿Te interesan los autómatas? Éste es, en efecto, el pájaro original del gran Turriano. Fue fabricado en el siglo XVI y aún funciona. Si le das cuerda, camina hacia un lado y hacia otro, mueve las alas, la cabeza, el pico, los ojos. Es portentoso. ¡Incluso grazna! No es el único que hay en el mundo, eso sí. Hay otros treinta y dos iguales.

—Los trinitarios… Entonces es cierto que la orden existe…

Lago asintió con un gesto de satisfacción.

—Exacto. Trinity. El club más poderoso del mundo.

—¿Y ha estado en activo desde el siglo XVI?

—Digamos que no somos unos recién llegados. A lo largo de la Historia ha habido muchas empresas de la Orden… Piensa en todas aquellas cuyo nombre tuviera alguna referencia a las aves o en cuyo logotipo hubiera un pájaro o las alas de un pájaro y probablemente habrán sido nuestras.

De hecho, las artificiosas cejas del magnate, que parecían dibujadas a tinta china, recordaban a una gaviota volando.

Bruna se inquietó:

—¿Por qué me estás contando todo esto? Me estás dando demasiada información que podrías haber callado perfectamente.

Lago suspiró.

—Ya te he dicho que estoy derrotado… Y los trinitarios no aprecian la derrota. Me temo que me echarán del club. Así que me da igual revelar estas menudencias. Pero hablemos de los autómatas, que es un tema mucho más interesante. ¿Te has fijado en los otros? ¿El gorrión, la tarántula, el ratoncito, la salamandra? Los he construido yo mismo, cada uno tiene centenares de piezas y todos poseen una movilidad extraordinaria… Ah, los autómatas son uno de los grandes sueños de la Humanidad… Desde el principio de los tiempos hemos deseado convertirnos en dioses creadores y dotar de vida lo inanimado… ¿Sabes que ya había autómatas en el antiguo Egipto? Estatuas de las divinidades que movían los brazos y echaban fuego por los ojos. Y en la Edad Media se pusieron de moda las cabezas parlantes… Muy famosa fue la cabeza parlante de

mujer que tuvo san Alberto Magno en el siglo XIII y que a santo Tomás de Aquino le parecía un instrumento del demonio. En fin, ya sabes, siempre hubo gente cegada por el prejuicio. Pero mi autómata histórico preferido es la hija de Descartes… Un siglo después de Juanelo, el filósofo René Descartes, que, por cierto, era rosacruz, tuvo una hija, Francine, a la que adoraba, pero que murió a los cinco años de escarlatina. Descartes se hundió en una profunda depresión y mandó construir un autómata exactamente igual a su niña. Tenía una preciosa cara de porcelana y hablaba y se movía. El filósofo mantuvo su existencia en secreto, pero convivía con ella; le hablaba, le cantaba y la sentaba a comer con él. Incluso viajaba con ella, bien guardada en un baúl primoroso. Un día iba en barco a Suecia, reclamado por la reina, cuando en mitad de una tormenta los supersticiosos marineros abrieron el baúl y se horrorizaron al descubrir a una muñeca que parecía viva. El capitán decidió que era obra del diablo y la tiró por la borda. Cuenta la leyenda que Descartes arrojó a continuación al capitán al mar. Esto último lo dudo. Por cierto que el famoso dualismo cartesiano dividía al ser humano en mente y cuerpo. La mente, que era el alma, era espiritual y eterna; el cuerpo, por el contrario, era una simple máquina perecedera. Así que, al construir a su Francine, a lo mejor Descartes estaba intentando reproducir la máquina para que el alma volviera a habitarla. Ya ves si son importantes, trascendentes, esenciales, los anhelos que impulsan a los autómatas, a la robótica y a esta perfecta culminación de la fusión entre humanos y máquinas que somos los cíborgs. Para que luego vengan los burócratas del Ministerio de Transhumanidad dictando sus necias leyes…

Lago había ido ahuecando el tono de voz y enardeciendo sus palabras. A Bruna le recordaron los mítines del magnate en las pantallas públicas.

—¿De verdad pensaste que podías ganar? —dijo la rep.

Lago se quedó un momento desconcertado ante el brusco cambio de tema.

—Bueno, no sólo lo pensé, estuvimos a punto…

—Pero ¿cómo iba a funcionar una alianza de los trinitarios con los Ins? Es una aberración.

—Los terroristas no han sido más que un instrumento en nuestro beneficio. Un arma más. El plan era dividirnos la Tierra con

Cosmos, volver a tener un mundo con políticas definidas y enemigos tradicionales. El EJI era cosa de los cósmicos, ya se encargarían ellos de neutralizarlos después.

—Son niños, casi niños…

—Son peones necesarios de un plan mayor. La verdadera aberración son los Estados Unidos de la Tierra y sus hipocresías igualitarias, sus legislaciones restrictivas de la libertad individual, su cobardía política ante la presión de las masas… ¡Pero si incluso permiten que el Tribunal Constitucional declare ilegal la tasa de aire! ¡Cuando sin nuestras industrias, nuestro esfuerzo tecnológico y empresarial, nuestros parques pulmón, no habría oxígeno que respirar! ¿Acaso no tenemos derecho a cobrar por eso?

—Fueron vuestras industrias las que contaminaron el aire en primer lugar, y lo siguen haciendo —dijo Bruna. Y le pareció estar escuchando las palabras de Yiannis. Eso le sucedía por estar demasiado tiempo con el archivero. La amistad era una especie de contagio.

El rostro del millonario se crispó en una mueca de profundo desprecio.

—No pienso ponerme a discutir de alta política con una rep. Sólo faltaba eso. Por cierto, ¿conoces cómo os hacemos?

Un dedo de hielo recorrió la columna vertebral de Husky.

—Me da igual.

—Ya sabéis que sois clones madurados aceleradamente y que en catorce meses alcanzáis los veinticinco años de edad… Pero quizá no sepas que vuestras células madre se fabrican a partir de las células epiteliales de un humano. Así que todos provenís de un hombre o una mujer reales, y ¿sabes qué?, guardamos los archivos… Puedo buscar a quién pertenecía el pedacito de piel que te ha dado vida…

—¡No quiero saberlo! —casi gritó Bruna.

Pero vio cómo el magnate pulsaba su móvil y no se lo impidió. Por qué, por qué.

—Ah, sí, claro… Me acuerdo de ella —exclamó Lago, sardónico —. Aquí están los datos. Tú vienes del material genético de una escritora y periodista de hace cien años… Rosa Montero. Hoy está totalmente olvidada, pero fue más o menos conocida en su tiempo. Me hizo una entrevista cuando yo estaba investigando la cura del

alzhéimer… Y se prestó a donar células epiteliales creyendo que servirían para luchar contra esa enfermedad, jajajaja… Era bastante crédula, la pobre idiota. Supongo que se horrorizaría si supiera que ha servido para dar vida a un montón de replicantes. Aunque en realidad no debería quejarse, porque eso también es una forma de alcanzar la posteridad. De modo que eres un clon de Rosa Montero, Husky. Aunque estás tan manipulada, tan potenciada y tan alterada por los ingenieros genéticos que en realidad no te debe de quedar casi nada de ella.

Rosa Montero. Una humana que se llamó Rosa Montero, se repitió mentalmente la rep, muy aturdida. Tan fuera de sí que no prestó atención al ruido que se oyó a sus espaldas.

—¡Iba siendo hora de que llegarais! Ya no sabía de qué más hablar —exclamó Dom Lago.

Husky se levantó de un salto empuñando la pistola. En el umbral de la puerta estaban Yiannis, Gabi y Emma. Detrás de ellos, también con armas de plasma en sus manos, Fer, el hombre de la crin de caballo, y un muchacho de unos dieciocho años vestido todo de negro, sin duda otro terrorista. El chico apuntaba a la cabeza de Gabi y el barman tenía el cañón de la pistola pegado a la nuca del archivero.

—Ya te dije que los fanáticos son maravillosamente fiables. Ellos nunca te abandonan —rió el magnate—. Deja el arma en el suelo, Husky.

—Lo siento, Bruna. Nos han pillado en casa por sorpresa y… —dijo Yiannis, contrito.

—¡Cállate! —gritó Fer, empujando el cráneo del archivero con el cañón.

La rep dudó. Era bastante probable que pudiera reventarle la cabeza a Fer o al chico de negro antes de que ellos dispararan, pero el otro, en cualquier caso, tendría tiempo para ejecutar a su rehén.

—Deja la pistola en el suelo o los matamos. Empezando por el viejo. O por las niñas. ¿A cuál prefieres que matemos primero? Puede ser un juego interesante —dijo Lago.

Husky se inclinó y depositó el plasma a sus pies.

—Muy bien. Ahora aléjate unos pasos y pon las manos en la cabeza… Y que esa personita desagradable y fea que te has traído deje el portátil y se coloque a tu lado.

Bruna obedeció, es decir, puso su mano derecha sobre su cráneo pelado y alzó el brazo izquierdo, del que colgaba el antebrazo. Una cabizbaja y temblorosa Gayo se colocó junto a ella.

—Estúpida rep… me has agujereado la nariz. Aunque si le pongo una punta de platino quizá quede interesante… Y todo por los malditos rehenes. En fin, vamos a hacer un poco de magia —dijo el magnate. Y marcó algo en su móvil.

El muro del fondo de la sala, un panel de madera sintética, se descorrió entero con un suave siseo, dejando ver un habitáculo rectangular y sin ventanas. La luz era blanca y fría; las paredes, de un metal mate. Sentados en el suelo, apoyados contra el muro y con las manos atadas a la espalda, estaban las doce víctimas del EJI que quedaban con vida. No había nadie más ni nada más en el cubículo, salvo un portátil montado sobre un atril, evidentemente el que utilizaban para las transmisiones. Bruna buscó rápidamente a Lizard y sus miradas se trenzaron. El inspector estaba muy delgado, demacrado, con la barba crecida y señales de golpes en la cara. Se acariciaron con los ojos y cayeron el uno dentro del otro, como solamente lo habían conseguido antes en el éxtasis del sexo. Morir con él, por lo menos. Morir junto a él sería un consuelo.

Pero ¿por qué morir? Había que salvarse, había que salir de allí. Desenganchó con esfuerzo su mirada de la de Paul y regresó a la realidad.

—Hemos pensado terminar con un fin de fiesta espectacular: la ejecución de todos los rehenes. Seremos derrotados militarmente, pero no les vamos a dar la victoria moral. Siempre se acusará a los EUT de no haber sabido rescatar a los prisioneros —dijo Lago.

Se escucharon algunos gemidos y lamentos provenientes de las víctimas. Pocos, sin embargo. Debían de estar emocionalmente agotados, pensó la rep.

—Vosotras dos, id con los rehenes y colocaos de rodillas junto a ellos —ordenó el hombre-caballo a Bruna y Ángela.

Obedecieron y se arrodillaron en un extremo de la fila. Lizard estaba a la derecha de la rep, a una distancia de tres personas. La androide advirtió que los prisioneros estaban encadenados a la pared. El chico de negro se acercó a ellas y, metiéndose la pistola en el cinturón, procedió a sujetar las muñecas de Gayo a su espalda con un fleje metálico de seguridad. Luego se aproximó a la

detective.

—Pon las manos atrás —gruñó.

—Vas a tener que coger tú mismo la izquierda —le dijo Husky.

En ese momento se oyó un fuerte quejido, casi un grito: era la hermana de Lizard, que se agitaba en el suelo, recobrando poco a poco la conciencia.

El barman dio un respingo, volvió la cabeza para mirarla y giró la pistola, sin duda dispuesto a matarla. El momento cristalizó, esas milésimas de segundo cuyas vertiginosas posibilidades la rep era capaz de percibir con su helada calma y su entrenamiento. Todos los movimientos tenían que ser precisos, todos exactos. Echó con brusquedad su cuerpo para atrás aplastando al terrorista contra la pared y, con la mano que acababa de poner a su espalda, agarró la pistola de plasma y la disparó sin sacarla del cinturón, volándole los genitales al muchacho. Luego tiró del arma, apuntó a Fer, que estaba tomando una atolondrada conciencia de lo sucedido, y le abrió un boquete en la frente. El otro chico aullaba de dolor en el suelo enroscado sobre sí mismo.

—¡Menos mal! —exclamó Yiannis, mientras Emma se apresuraba a coger la pistola que todavía aferraba en su mano el cadáver del barman.

—Ayudadme a desatarlos —dijo Husky, que había dejado el plasma en el suelo mientras revisaba los bolsillos del sollozante Ins herido en busca de la llave magnética para abrir las trabas.

—Aquí está —dijo, mostrándola en el aire.

Y, en ese momento, un disparo le voló media mano derecha. La rep soltó un alarido y la llave cayó al suelo. Se volvió de un salto: la pequeña Emma la estaba apuntando.

—¿Tú?

Yiannis y Gabi miraban a la niña con estupor.

—Soy del EJI. Siempre lo he sido. Soy la comandante Venganza. Es mi nombre de guerra.

Bruna se estremeció: la herida dolía horriblemente. El dedo pulgar, el corazón y el índice habían desaparecido, junto con media palma. Por lo menos no sangraba, porque el plasma negro cauterizaba. Pero estaba impedida. Ahora no le quedaban manos con las que manejarse.

—¿Gabi…? —preguntó a la rusa con la mirada.

—Ella no sabía nada de mi pertenencia al EJI. Pero comparte al cien por cien mis mismas creencias, mis mismos ideales. Porque las dos conocemos bien el horror de este mundo vuestro del que os sentís tan orgullosos —explicó la falsa Emma.

—¡Por todos los demonios, Venganza, déjate de palabrería y pégale de una vez un tiro a la rep! —exclamó el magnate con irritación—. Ya has visto que es peligrosa, no pierdas más tiempo.

—Cállate, Lago. La he dejado inútil. No puede defenderse. Y quiero que me escuche. Quiero que sepa por qué hago esto. Sí, soy una *polilla*. Nací en la Zona Cero de San Pedro de Atacama, en el antiguo Chile, un lugar que han envenenado las fábricas de hiperpolímeros, que se instalaron allí porque tenemos boro. En este mundo de depredadores es triste tener un bien primario sin el suficiente poder para defenderlo. Te roban, te esclavizan, te matan. Como sucedió con la crisis del Congo, cuando los robots exterminaron a toda la población sólo por ser la mayor reserva de coltán de la Tierra.

—¡Esto es increíble! ¿De verdad que vas a perder el tiempo dándole una clase de injusticias históricas? ¡El ejército de los EUT está por llegar! Los fanáticos no tenéis dos dedos de frente —rugió el millonario.

—Y tú tampoco los vas a tener, Lago, como sigas interrumpiendo, porque te voy a volar esa asquerosa cabeza de cíborg —dijo Emma con tranquilidad—. En el desierto de Atacama, pasadas las pestilentes fábricas, hay una franja de tierra en la que no hay nada y que está pegada a la frontera de la siguiente zona. Y ahí se agolpan en unos campamentos repugnantes decenas de miles de personas que intentan huir del matadero. Allí viví yo mis primeros años. A la intemperie y sin más compañía que mi hermana mayor. No hay orden, no hay ayuda, no hay ley. Bandas de neosalvajes aterrorizan y matan. Una de esas bandas se llevó a mi hermana y nunca volví a verla. Ella tenía catorce años y yo entonces siete. Por eso hago esto. Por eso hacemos esto. Y Gabi vivió lo mismo, aunque nunca os lo haya contado.

Durante un brevísimo instante, Bruna imaginó a la atroz banda de espectros de la carretera apoderándose de una niña de catorce. Se estremeció.

—Te han engañado, Emma, o como te llames. Os han

manipulado. No sé qué os prometieron, pero es mentira. ¿Cómo pudiste aliarte con gente como Lago, con los capitalistas más feroces, con los verdaderos responsables de ese horror? —dijo mordiendo las palabras, porque la mano latía tan dolorosamente que tenía que esforzarse para no gemir.

—Un paso para delante y dos para atrás, decía Lenin. Hay que utilizar las contradicciones del sistema. Nosotros estamos aliados con Cosmos, con quienes compartimos ideales muy semejantes. Poseeríamos el control sobre la mitad de la Tierra.

—Cosmos tampoco pensaba daros nada, pregúntale a Lago, os han utilizado de carnaza…

La chica meneó la cabeza.

—Yo sé lo que sé —dijo—. Y sé que no tenemos más remedio que matar para no morir. Por Gabi, por amor a Gabi, ordené que dejaran a Lizard para el final, porque si ganábamos le habría perdonado la vida. Y por lo mismo tampoco habría querido tener que ejecutarte, pero no me dejas otra opción. Lo comprendes, ¿verdad, Gabi? —añadió, mirando a su amiga—. Sangre por sangre.

La rusa tenía el rostro lívido, desencajado. Asintió lentamente y murmuró:

—Sangre por sangre.

Entonces Emma volvió a dirigir su mirada a Husky, inspiró hondo, estiró el brazo con la pistola y disparó. Y, como si se hubiera tratado de una señal, de repente todo se puso en movimiento. Ángela, aún con las manos atadas a la espalda, se arrojó hacia el cañón del arma y, desviando su trayectoria, recibió todo el impacto destinado a Husky. La pequeña mujer se derrumbó en el suelo con un boquete en el pecho. Aprovechando la momentánea confusión, Gabi se lanzó sobre Emma y clavó sus dientes en el brazo armado de su amiga, que chilló y soltó la pistola. Yiannis la recogió, tembloroso, mientras la rusa le arreaba dos bofetones a la pequeña terrorista y se sentaba sobre ella, inmovilizándola.

—¡Por qué has hecho esto, por qué has hecho esto! —gritaba Gabi, con la voz estrangulada por la ira y las lágrimas.

—Traidora, miserable, cómo puedes traicionar a tu gente —gimió la antigua Emma.

—¡Y a ti cómo se te ocurre matar a mi familia! —bramó la pequeña salvaje.

Bruna se arrodilló junto a la agónica Ángela. Burbujas sanguinolentas salían de su boca y cuando intentaba respirar sonaba un gorgoteo espeluznante.

—¡Ángela! ¡Ángela! —gimió Husky.

Los pequeños y separados ojos de Gayo la miraban con embeleso. Con esa adoración que antaño había puesto tan nerviosa a la rep. Con ese amor por el que había dado su vida para salvar la de Bruna. Intentó hablar, pero no pudo. Sus labios ensangrentados formaron, sin sonido, una palabra que Bruna logró reconocer y que la sobrecogió. Una palabra que estalló en su cabeza y que la impulsó a acariciar, consternada, la mejilla de la mujer con el canto de su mano herida. Dolía. Ángela sonrió y el hirviente ruido de su pecho se apagó. Estaba muerta. Y la rep no había sido ni siquiera capaz de decirle nada.

Se puso en pie, conmocionada. Yiannis y Gabi habían llevado a Emma al cubículo de los rehenes y estaban intentando atarla con el fleje metálico que el terrorista iba a ponerle a la rep.

—¡Cuidado, Bruna! —gritó Lizard.

La detective se volvió de un salto: Lago se había desenganchado de la máquina. La especie de estuche transparente en el que estaba metido su cuerpo resultaba ser ahora un esqueleto exógeno capaz de moverse y trasladarlo. La maraña de tubos que salía de su cabeza acababa en una pequeña caja negra que llevaba colgando. La pared en donde se encontraban los autómatas se había abierto en dos, dejando a la vista un pasadizo por donde estaba escapando ahora mismo el magnate. Al otro lado del umbral, mientras se volvían a cerrar las paredes, el cíborg sonrió:

—Te creíste lo de que no podía moverme… Eres tan fácil de engañar como tu madre.

El hueco desapareció y el muro volvió a quedar intacto. Bruna se acercó a la pared intentando encontrar el modo de abrirla. Pero cómo iba a hacerlo, careciendo de manos. En ese preciso instante sintió un dolor agudísimo en el tobillo. Y la certidumbre de que algo iba muy mal. Miró hacia abajo: la tarántula autómata de Lago acababa de picarle justo por encima de la bota. Pegó una patada al artefacto, que salió rodando con ruido de lata, y luego lo persiguió y empezó a pisotearlo con ahínco. Era un bicho tenaz, las patas articuladas se agitaban, el caparazón de acero resistía. Al fin se oyó

un crujido y la mitad del tórax se hundió. Las pequeñas piezas metálicas se soltaron, las patas languidecieron y se detuvieron. Husky respiraba con agitación, y no era sólo del ejercicio. Algo no funcionaba bien dentro de ella. Tuvo frío, calor. Velos de bruma cruzaron por sus ojos. Aturdida, trastabilló hasta donde se encontraba Lizard, que aún seguía encadenado a la pared. Yiannis y Gabi habían atado a Emma y al Ins herido, y ahora estaban intentando descubrir la manera de soltar a los rehenes. La rep se dejó caer en el regazo de Lizard y apoyó su cabeza en el pecho del hombre.

—Mi Bruna, qué te pasa…

Paul olía a sucio, a sudor, a dolor. Pero por debajo de todos esos tufos se percibía el olor de su carne, ese conocido aroma a madera de su amado, de su amante, que la envolvía en una pequeña burbuja protectora. Se recordó a sí misma, en un tiempo remoto, sentada sobre las rodillas de Lizard. Era como volver a casa.

—Qué te ocurre, Bruna…

Ni Paul podía abrazarla ni ella podía utilizar sus brazos. Estaban los dos heridos, agotados, derrumbados el uno en el otro. Bruna levantó la cabeza, sintiéndose morir, y murmuró:

—Qué desastre…

Luego sonrió a Lizard y añadió:

—Pero te he salvado.

Y se desmayó.

41

Tres años, dos meses y veintisiete días.

Cuánto tiempo le parecía ahora a Bruna. Ahora que ya no podía vivirlos. Un tesoro perdido.

Hubiera preferido que fuera en su casa o en casa de Lizard, en su cama o en la de su amante, pero habían tenido que venir a MemoLab porque era aquí donde estaba todo lo necesario. Por eso ahora se encontraba en el laboratorio, al que la habían traído en la misma cama articulada que usó en el hospital durante los tres días que intentaron salvarla. Consiguieron cosas: que recuperara el conocimiento, que su cerebro no se sintiera abrasar o congelar alternativamente, que no le doliera. Habían logrado combatir con éxito la mayoría de los síntomas, pero no pudieron encontrar el antídoto o el remedio para el terrible, desconocido veneno que Lago había puesto en su araña mecánica, una sustancia artificial a la vez neurotóxica y hemotóxica. El daño neurológico se pudo contrarrestar, pero los tejidos habían empezado a gangrenarse de forma inexorable. Le habían cortado la pierna y aun así la ponzoña seguía. Moriría como mucho en un día o dos.

Tres años, dos meses y veintiocho días. Qué rica era en tiempo, y no se había dado cuenta. La dulzura de las cosas sólo se apreciaba cuando se perdían. Bruna miró a Lizard, que estaba sentado junto a ella y agarraba con absoluta delicadeza su mano artificial. El seguro le había arreglado la prótesis y volvía a ser plenamente operativa. Los médicos habían consolidado la herida de la mano verdadera, la mutilada. No le dolía, pero la tenía entumecida, parecía de madera. En la prótesis, en cambio, volvía a disfrutar de total sensibilidad, como si fueran sus dedos, su carne, su piel. Pero no lo eran. Acarició la cálida, enorme mano de Paul. Él sonrió.

—Mi hermosa Bruna.

—Ya no seré así —susurró la rep.

—Para mí siempre serás hermosa.

—Tal vez ni seré.

—Serás, y yo estaré contigo.

Qué palabras tan tibias. Sanadoras.

Cuando se supo que el estado de Bruna era irreversible, Yiannis había propuesto probar el volcado total de la rep en las bases de sílice y de ahí pasar el contenido a un tecnohumano nuevo. No se trataba sólo de datos convencionales de memoria: como le había dicho el viejo archivero, además se buscaban los recuerdos no conscientes sensoriales, el pasado emocional, los levísimos trazos que la vida iba dejando en nuestros organismos. La cuestión era atrapar la identidad, si es que eso era posible, y traspasarla a otro cuerpo. Nunca se había hecho antes. No se sabía si funcionaría. Pero Yiannis era optimista, muy optimista. Ya le habían reemplazado la válvula de oxitocina y volvía a estar químicamente en todo lo alto.

—En TriTon nos van a donar un replicante maduro en rango de activación. No tendrá que hacer los dos años de servicio a la corporación, menos mal. Los hijos de Lago, que forman el nuevo consejo de administración de la empresa, quieren contrarrestar la mala publicidad que han tenido con su padre… Será, claro, uno de los tecnohumanos que estaban en los tanques. Fallecieron muchos. Nos han asegurado que nos pueden proporcionar uno en buenas condiciones, aunque quizá tenga algún pequeño defecto. Pero, en cualquier caso, Bruna, será empezar de cero. Tendrás otra vez diez años enteros para vivir —le había explicado Yiannis.

Habían sido unos días muy extraños. Días intensos, angustiosos, cargados de novedades. El EJI estaba totalmente desmantelado, al menos de momento. A Emma, que en realidad se llamaba Lorena Montfort, la habían deportado a San Pedro de Atacama, en donde sería juzgada y cumpliría la condena. Los centros penitenciarios de las Zonas Cero eran duros. Pobre desgraciada, pensó la rep con genuina pena; pasaría mucho tiempo prisionera en el agujero pestilente del que intentó huir. Claro que Emma sin duda fue el topo que había ido delatando todos sus movimientos. Aún peor: seguramente se había hecho la encontradiza con Gabi y había

cultivado su amistad, aunque luego llegara a quererla de verdad, para acceder a Lizard. O sea que debía de ser la culpable del secuestro del inspector. Y no sólo eso: había ordenado las degollinas, e incluso las mutilaciones, el vaciado de los ojos, las torturas. Era un monstruo. Pero era un monstruo lastimoso, un precipitado de los tiempos.

En cuanto a la conspiración, todo apuntaba a la culpabilidad de Cosmos, por supuesto. La presidenta Guang y sus asesores habían sido asesinados ya en las primeras horas de la toma del Palacio Presidencial, mientras que a Krakotek nadie le había hecho nada. Sin embargo, los EUT no se atrevían a enfrentarse abiertamente con la plataforma orbital por temor a su avanzada tecnología armamentística, de la que era una prueba la máquina del apagón, que ahora estaba siendo estudiada por los científicos terrícolas. Krakotek había regresado a la Tierra Flotante, los soldados cósmicos se habían retirado completa e incondicionalmente de Ceres y una tensa paz volvía a reinar entre ambas naciones.

La gente había ido viniendo. A desearle suerte. O a despedirse. La tarde anterior estuvo Kai. Amistosa, prudente. Le contó que habían encontrado ahorcado a Dom Lago colgando del Puente de la Reina. Seguía metido en su esqueleto exógeno y la melena de tubos de su cráneo metálico estaba medio arrancada de la caja. Tal vez se hubiera suicidado, pero la inspectora no lo creía: en el pretil del puente, justo encima de donde estaba el cadáver, alguien había depositado un cuervo muerto. De todas formas, no se sabía cómo manejar oficialmente el caso. Al ser un cíborg tan avanzado, legalmente no era considerado humano, de modo que tampoco se podía hablar de asesinato o de suicidio. El Ministerio de Tecnología y Transhumanidad había creado una comisión para estudiar el asunto. Tenía su gracia, pensó Husky, que los burócratas que tanto odiaba el magnate fueran los que tuvieran la última palabra sobre su existencia.

También había venido Gabi. La niña rusa parecía haberse hecho adulta en los últimos días: mostraba una gravedad y una triste serenidad que antes no tenía. Como si su habitual y destemplada furia hubiera dado paso a la determinación.

—Voy a estudiar Derecho. Quiero ser jueza. Y cambiar el mundo —proclamó muy seria.

Una declaración que había entusiasmado al archivero hasta casi el delirio:

—¡Muy bien dicho! Mira a la nueva presidenta de los EUT, Marina Gonçalves. Es una jurista progresista muy prestigiosa, y ya ha dicho que la prioridad de su Gobierno va a ser la lucha contra la desigualdad social y el desarrollo de las Zonas Cero…

Husky no compartía el optimismo de Yiannis en absoluto. Había visto en las noticias cómo celebraban la portentosa subida de la bolsa y la reactivación económica que había supuesto el rapidísimo reemplazo de todo el sistema eléctrico y electrónico de la península Ibérica. Era lo que Lago había predicho: el poder seguía estando en manos de los mismos poderosos. Pero de todas formas le alegraba que Gabi pusiera su energía en algún proyecto y no sólo en la rabia y la violencia. Antes de irse, la rusa se había inclinado sobre ella y le había colocado con meticuloso cuidado una hebra de lana blanca alrededor de la muñeca derecha, por encima del vendaje de la herida, tocando la piel. Hizo un nudo doble y luego un pequeño lazo. Al principio, cuando Bruna rescató a Gabi de la Zona Cero, la niña hacía eso. Amarraba las cosas que quería para no perderlas.

—Te he atado. No te vas a ir. Vas a volver. Es una magia muy fuerte —dijo la rusa.

Tras lo cual se dejó caer sobre el pecho de la rep como quien se arroja a una piscina. Allí se quedó durante largo rato, abrazada en silencio a ella. Gabi. Se abrazó a ella. Durante un largo rato.

Adiós a todo esto. Hoy, martes 4 de marzo de 2110, era el maldito día de su muerte.

—No, Bruna. Vas a seguir siendo tú, sólo que en otro cuerpo —insistía Yiannis.

Había intentado dejar las cosas en orden. Pusieron a la venta el *Mosquito*. Fue difícil por la irregularidad de su falsa identidad durante la compra, pero Mirari recurrió una vez más a sus insondables conocimientos de lo clandestino y consiguió ciento ochenta mil ges por el cacharro. Husky dio dinero a la hermana de Lizard, que pagó un robot mensajero para devolver el portátil a su antigua comunidad y utilizó el resto para empezar una nueva vida.

—Me iré a Aix-en-Provence, cerca de Marsella. Ahí hay un grupo de Nuevos Antiguos conocido por su apertura mental. De hecho, casi son una escisión del movimiento, porque no son tan estrictos.

Creo que allí estaré bien. Mandaré noticias, y, cuando te recuperes, ven a verme —explicó.

Y a continuación se despidió con torpísimo afecto de su hermano y salió corriendo. Aznárez se había ido de Madrid tan deprisa que casi parecía que escapaba de algo. Husky sospechaba que le horrorizaba el experimento de Yiannis. La rep lo entendía: debía de ser demasiado para una nueva antigua, aunque fuera tan poco sectaria como ella.

Repartió el resto del dinero con Yiannis, Mirari y Maio. Además, Bruna legó oficialmente su brazo biónico a la violinista. Era una prótesis magnífica; Mirari podría volver a ser la gran música que era antes de perder la mano en una teleportación. La rep suspiró: ¡le gustaría tanto poder escuchar tocar a esa Mirari! Ojalá Yiannis consiguiera hacerla volver en otro cuerpo. Ojalá siguiera siendo ella. Ojalá abriera los ojos y se recordara.

—¿Qué te pasa, Bruna? ¿Por qué suspiras? —le susurró Lizard, inclinándose sobre la cama.

Porque quiero desesperadamente vivir, pensó Husky. Pero dijo:

—Tengo miedo.

Paul le acarició la cara.

—Normal. Yo también, un poco. Pero luego pienso que vas a regresar. Estoy seguro de ello. Y me tranquilizo.

Bruna le miró, embobada. Ahora, afeitado y con el cabello recortado, se notaba mucho más su delgadez y se advertían los estragos del maltrato. Tenía la cara llena de magulladuras, una ceja partida, la esclerótica de un ojo inyectada en sangre de algún golpe. Estaba avejentado y demacrado, pero a la rep nunca le había parecido más guapo. Pensó en su propio cuerpo, en el brazo izquierdo que ella se amputó, en la mano derecha mutilada por el disparo de plasma, en la pierna que le habían cortado para intentar detener la necrosis. Ese cuerpo joven y bello, ese organismo perfecto del que ella había estado tan orgullosa, ahora hecho trizas por los mordiscos de la vida. El tiempo ladrón te iba arrebatando todo poco a poco. La existencia te deshacía: no había más que verlos a ellos dos, deteriorados, rotos. Aunque había algo que no se había ido perdiendo. Algo que, por el contrario, se había fortalecido. La intimidad que compartían. La pasión. La ternura.

A Maio, además, le había pedido que se quedara con Bartolo

durante los días cruciales del experimento. El tragón estaba desolado y no hacía nada más que llorar y temblar. Se había pasado horas agarrado a Bruna y llenándole de mocos la barbilla. A la rep le costó desprenderse de él, y no sólo porque Bartolo se aferrara a ella con manos y pies, sino también porque ahora se daba cuenta de lo que quería a ese absurdo bicho peludo. Pero el momento final se acercaba, o, como decía Yiannis, el principio del viaje, y quería estar a solas con Lizard. Le había costado mucho que su memorista lo entendiera; Pablo Nopal había aparecido enseguida en el hospital, conmocionado.

—No te puedes morir, Bruna. Tienes todas mis memorias. Es como si se muriera una parte de mí —dijo.

Se pasó los días junto a ella con una entrega que conmovió a la rep, aunque, como le conocía, también sabía que el memorista lloraba sobre todo por sí mismo. En cualquier caso, Husky tuvo que pedirle repetidas veces que por favor se fuera y explicarle hasta la extenuación que quería acabar sola. O empezar el viaje. Hacía apenas una hora que Nopal se había marchado.

—No te preocupes, Bruna. Si falta algo de tu memoria en la nueva vida, te la volveré a escribir. Y, por cierto, si eso sucediera, ¿te gustaría cambiar algo? Quiero decir, a lo mejor prefieres que no te ponga los recuerdos dolorosos. Dime qué deseas y lo haré —le había dicho, magnánimo, antes de irse.

Husky reflexionó un momento: la muerte temprana y violenta de los padres, la adolescencia de brutales maltratos… Pero eso era ella. Sin eso no sería. Sin embargo, sí que había una pequeña cosa, un cuento que le contaba su madre en la niñez, esto es, su falsa madre en su inexistente niñez, el cuento del enano y el gigante, del que Pablo Nopal sólo había puesto el título en su memoria, pero no el contenido.

—Lo único que quiero es que me escribas de verdad el cuento del enano y el gigante.

Y Nopal se lo había prometido.

—Es la hora, Bruna. Ya está todo preparado —dijo Yiannis, entrando en la habitación.

Tres años, dos meses y veintisiete días. Un pequeño tesoro de tiempo que le arrebataban. Qué burlona era la vida: se había pasado toda su existencia obsesionada por la cuenta atrás, y ahora todo se

acababa absurda, temprana, inesperadamente. Husky sabía cómo iba a ser el procedimiento; primero la sedarían, luego la conectarían a la máquina, harían el volcado de datos en las bases de sílice, apagarían su cuerpo antiguo e insertarían las memorias en el nuevo.

Apagarían su cuerpo antiguo. Ese cuerpo roto pero suyo. Moriría dormida.

—Vamos a poner un poco de musiquita —dijo Yiannis, que revoloteaba alrededor de ella como un abejorro—. Para la sedación hemos traído a un experto de EXIT, será un proceso dulce y sereno, ya verás.

EXIT, los centros de eutanasia para humanos. Un hombre silencioso, en efecto, acababa de pegarle un parche transfusor a la yugular. Después se retiró con pasos de fieltro. Lizard apretó levemente sus dedos. Fue una caricia que le llegó al corazón. Y, sin embargo, no era más que una señal percibida por unos receptores electrónicos insertados en un tinglado metálico y biodérmico. En un maldito miembro artificial. ¿Ése iba a ser su contacto final? Quizá ella no fuera tan diferente a Dom Lago, después de todo.

—Por favor, Paul. Ponme la otra mano más arriba. En el brazo.

Lizard lo entendió enseguida. Por encima de la prótesis. En la carne real. Su manaza se posó sobre su piel como un escudo protector. Husky miró el perfil del hombre: sus párpados pesados, los carnosos labios que tantas veces besó. Pero, también, que tantas palabras duras le escupieron. Eran animales difíciles los dos, y su relación sentimental había estado llena de penumbras, de idas y venidas, de agujeros. Una función delta de emociones álgidas y efímeras. Aunque ahora Bruna comprendía con una claridad que la cegaba que todo ese pantano era puro miedo. Cuánto miedo daba querer tanto, necesitar tanto algo que no podías controlar. Sin amor no merecía la pena vivir, decía Ángela. Pero su idea del amor se parecía demasiado a la aniquilación. La fea, la intensa, la estrafalaria Ángela, ese ser luminoso que se había sacrificado por ella y que, mientras se ahogaba en su propia sangre, había formado con sus labios la palabra *gracias*. Tras haberle entregado todo, le daba las gracias. A ella, que tan avara había sido con su afecto. Ya lo dijo Yiannis al hablar de la mina: si alguien muere por ti, te sientes obligado a ser mejor. Una humana le había regalado su vida. Ahora Bruna tenía una deuda impagable con su especie. Y con la

existencia.

De pronto la rep fue consciente de la suave lluvia de notas que caía sobre ellos. Conmovedoras, hermosas.

—Qué música tan bonita, Yiannis —dijo Bruna.

—Son las *Variaciones Enigma* de Elgar, un compositor de finales del siglo XIX y principios del XX. Ésta en concreto es la variación *Nimrod*.

¿Y por qué no había disfrutado más de estas cosas? Qué poco tiempo había en la breve existencia de los reps.

—Si vuelvo, tienes que enseñarme algo de música —pidió al archivero.

—Volverás, y lo haré. Hasta muy pronto, Bruna —dijo el viejo.

Y se fue bruscamente. Yiannis estaría en el cuarto de control, adyacente al laboratorio.

Adiós a todo esto. A los días brillantes, a las noches cálidas, al cuerpo sudoroso y felizmente cansado tras hacer ejercicio, al vino blanco helado, al agua que apagaba la sed, a las payasadas de Bartolo, a los conocimientos de Yiannis, a la supernova del orgasmo, a la emoción del sexo con Lizard.

De repente tuvo un instante de terror.

Clavó con angustia su mirada en el inspector y él le sonrió. Una lenta ola de placidez fue borrando su pánico. Quizá fuera la serenidad artificial del parche transfusor, quizá el poder de los ojos de Lizard, capaces de entrar tan dentro de ella.

Sin amor no merecía la pena vivir.

Gracias, hermosa Ángela.

Adiós a todo esto, pero también al miedo. A la angustia constante de morir. Husky rió: de hecho, morirse acababa con el maldito temor a la muerte. Adiós a sus obsesiones, al recuento frenético de los días que le restaban. A la furia, a la rabia, a la inseguridad, a la pelea, al dolor. Hermosa vida, dueles. La muerte también era paz.

¿Cuándo había cerrado los ojos? No se había dado cuenta. Intentó alzar los párpados, pero no podía. No le importó. Se encontraba muy bien, y aún sentía las manos de Lizard sosteniéndola, acariciándola. También sintió algo húmedo que caía sobre su brazo biónico. Ahora cayó otra gota. Una lágrima. Eran lágrimas de Lizard. El inspector no debía de estar tan seguro de que

el volcado de memoria funcionara. Su pena le conmovió; le hubiera gustado consolarle, decirle que no pasaba nada, que se sentía muy bien, pero no fue capaz de hablar. Ah, Paul, Paul. Su número amigo. Le imaginó inclinado sobre ella, viéndola dormir, igual que ella se inclinaba sobre él aquella noche que parecía tan lejana, justo antes de que empezara todo. ¿Volverían a verse? ¿Volvería a sentirlo dentro de ella? Tan juntos. Tan inevitablemente unidos como el Sol y la Tierra. Esa Tierra azul y nata que vio cuando flotaba junto a Cosmos. Una hermosura tal que morir no importaba. Su puzle. El último rompecabezas que había hecho. Y que creyó que era una foto del espacio intergaláctico. Y en realidad eran sinapsis neuronales. Tal vez nuestro Universo sólo fuera el cerebro de un coloso y no pudiéramos ni siquiera imaginar al ser que nos alberga. Adiós, coloso, adiós. Ahhhh… Los labios de Merlín la primera vez que la besaron… ella tan joven y recién licenciada… Montañas azulosas flotando en el fulgor del atardecer. Enormes lunas rojas en noches de verano. Aroma de melón. Un sol de sal junto a un susurro de olas.

Su madre, en la penumbra del cuarto infantil, contándole el cuento del enano y el gigante.

La mano de Merlín, la mano de Lizard en su espalda sudada.

Gotas de lluvia cayendo sobre el polvo.
chispazos de luz en alamedas umbrías
un río rugidor
un temblor en el aire

EPÍLOGO

Eran las 09:00 en punto cuando Quique desactivó la cortina electrónica de su pequeña tienda. Bostezó sintiéndose agotado. La noche anterior había ido con unos amigos a un *multi-ó* y en la discoteca se levantó a una *crate* muy *faba*. Habían tomado un par de cócteles de oxitocina y se habían besado y refrotado un buen rato. Fue gustoso y prometía mucho más: habían quedado en verse el sábado. Pero todavía era jueves, y ya estaba matado. Era una tontería abrir a esas horas, lo sabía. La parroquia de su negocio llegaba más tarde. Antes de las 10:00 o incluso las 11:00, nunca venía nadie. Ahora bien, la tienda sólo llevaba en funcionamiento cuatro meses y Quique había invertido todos sus ges y muchos más ges que no tenía en el negocio. Le debía su vida entera a los bancos, y no podía descuidarse lo más mínimo. Estaba pasando muchos apuros, pero esta loca aventura empresarial era su sueño. Así que le metía todas las horas al *busines* con rigor ejemplar. La nueva presidenta Gonçalves había anunciado un cambio en la fiscalidad en beneficio de las rentas más bajas y ayudas específicas a los JEP como él, Jóvenes Empresarios Principiantes. A ver si era verdad y conseguía salir de los números rojos.

Volvió a bostezar mientras contemplaba, a través del estrecho escaparate, cómo iban abriendo los locales del centro comercial que había al otro lado de la calle. La todotienda y el servicio de mensajería ya estaban operativos. El McDonald's, en donde a mediodía Quique se tragaría apresuradamente una hamburguesa de sucedáneo de vaca, todavía se encontraba cerrado y apagado. Miró somnoliento los ubicuos arcos amarillos de la marca: qué curioso, por primera vez le parecieron las grandes alas de un pájaro volando. Entonces la vio. Una figurita ágil y nerviosa. Gafas de sol,

botas de suela gruesa, una túnica hasta la rodilla tornasolada y flotante. Se disponía a cruzar la calzada, como si viniera en derechura hacia él. No. Sí. No. Sí, sí, sí. Venía a la tienda. Una clienta a estas horas. Dio dos pasos para atrás para que la mujer pudiera abrir la puerta.

—Hola.

—Hola.

Ya lo había intuido, no sabía muy bien por qué, pero, ahora que la recién llegada se había quitado las gafas, Quique comprobó que era una tecnohumana. Pupilas de cuchillo y ojos grises. La rep dejó su mochila sobre el mostrador y a continuación, con un solo movimiento, se quitó la túnica y la arrojó al suelo. Se quedó plantada sobre sus delicadas piernas, retadora, tan sólo vestida con un sujetador y un *culotte* deportivos metalizados. Por la ligereza de su cuerpo y por su refinamiento, debía de ser una rep de cálculo, pensó él. Lo cual era raro, porque no solía tener clientes entre ellos. Y tampoco solían llevar, como esta mujer, la cabeza rapada.

—Pues tú me dirás… —inquirió Quique.

—Quiero que me tatúes una línea alrededor del cuerpo. Empezando por el cráneo, bajando por la frente, por la mitad de los párpados del ojo izquierdo, la mejilla, el cuello, el pecho, el abdomen, la pierna izquierda, el pie. Y luego subir de igual manera por detrás hasta juntar la raya en la cabeza —explicó la pequeña androide con firmeza.

Uf, qué mirada taladradora, qué fuego y qué furia. Vaya rep tan extraña: casi daba miedo, pese a ser menuda. Más le valdría esmerarse con el dibujo, se dijo el tatuador, y las rayas rectas no eran fáciles. Encendió la pistola inyectora y se sintió contento: le enardecían los retos porque amaba su trabajo.

—Me gusta. Es *fabo*. Te quedará genial. Vamos a ello.

AGRADECIMIENTOS Y ALGO MÁS

Quiero dar las gracias en primer lugar a los amigos científicos que han tenido la inmensa generosidad de leer mi borrador para cerciorarse de que no meto la pata. A Concha Monge, investigadora del grupo de investigación RoboticsLab de la Universidad Carlos III de Madrid y experta en sistemas de control de robots humanoides; al físico argentino Alberto Rojo, que ya me revisó el libro anterior de Bruna, profesor de la Universidad de Oakland (EE. UU.) y estupendo escritor de divulgación; y a Antonio Ayuso, ingeniero aeroespacial, profesor de la Escuela Contemporánea de Humanidades y amante de la literatura como lector y como autor. Los tres son grandes y geniales, y me han salvado de alguna que otra pifia (si queda algún error, seguro que es sólo mío). Quiero agradecer especialmente a Antonio Ayuso su entusiasmo y talento creativos. Él bautizó a lo que yo sólo llamaba ramplonamente «la máquina del apagón» con el glorioso nombre de GAFPA, el Gran Acelerador de Flujo de Plasma Apuntable. También se le ocurrió lo de recubrir el cohete con un condón de nanotubos, sustituyendo así un sistema de imanes antibasura que yo había creado y que al parecer no era técnicamente viable (es uno de los errores que me evitó). Como ven, un lujo.

Otro lujo ha sido contar con la lectura y las sugerencias de mis amigos los escritores Myriam Chirousse, Alejandro Gándara y Nuria Labari. Mil gracias también a Teresa Bailach, de Seix Barral, por sus minuciosas observaciones. Mi editora, la gran Elena Ramírez, es mi mejor lectora, y una fuente de entusiasmo y energía para mí.

Siempre digo que las novelas de Bruna Husky son las más realistas que jamás he escrito. De hecho, son de un realismo un poco desasosegante, porque a veces siento que la actualidad va

cumpliendo mis invenciones. Por ejemplo, cuando empecé a imaginar el mundo de Bruna, en 2008, ideé una tiranía ultrarreligiosa, fanática, sexista, cruel y retrógrada, el Reino de Labari, que pocos años después fue superada en atrocidad cuando apareció el ISIS. Asimismo, desde el primer libro de la serie he insistido en la crisis de credibilidad democrática que atraviesa el mundo de Bruna Husky (y, por desgracia, también el nuestro) y en los problemas que se derivan de dicha crisis: el populismo, la añoranza de las dictaduras de todo tipo, la pérdida de los valores democráticos, la ruptura del acuerdo social, el triunfo de la manipulación informativa, el aumento del odio y la violencia. Pues bien, me temo que en la última década todo ello no ha hecho sino empeorar. Eso sí, en esto yo me siento más cerca de Yiannis que de mi Bruna: tengo el quizá loco optimismo de creer que, si nos comprometemos con nuestras ideas y nos esforzamos en defenderlas, podemos cambiar el rumbo de la Historia.

Siguiendo con el tema del realismo, me gustaría precisar que *Los tiempos del odio* está llena de datos auténticos. Desde las trivialidades que cuenta Barri Aznárez hasta la hija autómata de Descartes, que numerosa bibliografía da como cierta (gracias, Silvia Leal y John Alejandro Bermeo). La historia de Anton Fugger es verdadera, salvo el hecho de hacerle rosacruz y promotor de la mafia de los malos pájaros. En cambio, sí parece que fue rosacruz el Greco, y su celebérrimo cuadro *El entierro del conde de Orgaz* es una obra enigmática que ha dado lugar a las lucubraciones que yo recojo en la novela y a unas cuantas más que no menciono (gracias, Sergio Solsona y Jose Luis Espejo). Todo lo que cuento del gran Juanelo, salvo el diagrama del cuervo, forma parte de la vida y la leyenda de ese hombre formidable. Como me encanta la ciencia, también he intentado que los datos científicos sean sensatos y, si no reales ya, que algunos lo son (como, por ejemplo, los robots comestibles), al menos posibles. Los criminales fascistas de la mina asturiana parece que existieron, y en cuanto al espeluznante trabajo de Vitali, Glattfelder y Battiston, es por desgracia cierto: el ochenta por ciento de las 43.000 multinacionales que analizaron en 2011 estaban controladas por tan sólo 737 empresas. Nuestro mundo está en manos de muy pocos.

Un día colgué en mi Facebook un bellísimo documental del

espacio intergaláctico. Unas amigas de la página y yo mantuvimos una conversación sobre esas imágenes y sobre su semejanza con las fotos de las sinapsis neuronales. En esos momentos yo estaba escribiendo las escenas del rompecabezas, y las ideas de la conversación se metieron en el libro. Mi gratitud a Mary Luz Sánchez Alcalde, Fátima Ballero y Presentación Alcalde. Y cariñosos saludos al inmenso gigante que quizá nos alberga.



ROSA MONTERO. Nació en Madrid el 3 de enero de 1951. Estudió Periodismo y Psicología mientras colaboraba con grupos de teatro independiente como Tábano y Canon.

Ha publicado en diversos medios de comunicación como *Pueblo*, *Hermano Lobo*, *Posible*, *Fotogramas* y desde 1976 trabaja en exclusiva para *El País*.

Es autora de las novelas *Crónica del desamor* (1979), *La función Delta* (1981), *Te trataré como a una reina* (1983), *Amado amo* (1988), *Temblor* (1990), *Bella y oscura* (1993), *La hija del caníbal* (1997, Premio Primavera), *El corazón del Tártaro* (2001), *La loca de la casa* (2003, Premio Qué Leer y Premio Grinzane Cavour), *Historia del Rey Transparente* (2005, Premio Qué Leer), *Instrucciones para salvar el mundo* (2008), *Lágrimas en la lluvia* (2011 y 2015) y *La ridícula idea de no volver a verte* (2013). También es autora del libro de relatos *Amantes y enemigos* (1998), de varias obras relacionadas con el periodismo: *España para ti para siempre* (1976), *Cinco años de país* (1982), *La vida desnuda* (1994), *Historias de mujeres* (1995), *Entrevistas* (1996), *Pasiones* (1999) y *Estampas bostonianas y otros viajes* (2002) y de los libros

infantiles *El nido de los sueños* (1991) y la serie protagonizada por Bárbara.

Su trayectoria periodística ha sido reconocida, entre otros, con el Premio Nacional de Periodismo en 1980, el Rodríguez Santamaría en 2005 y el Premio de Periodismo El Mundo. Su obra está traducida a más de veinte idiomas. En noviembre de 2017 fue galardonada con el Premio Nacional de las Letras en reconocimiento a su trayectoria novelística, periodística y ensayística.